

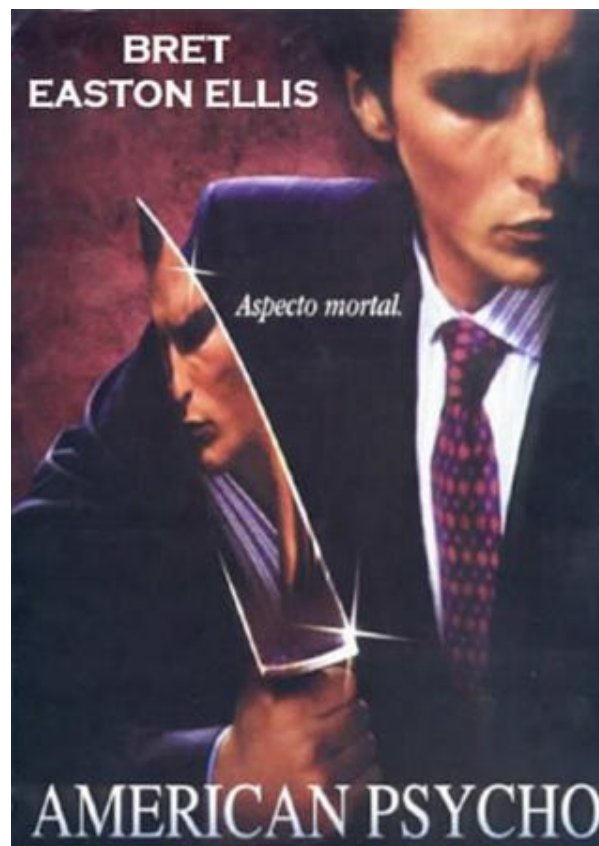
Bret Easton Ellis

American Psycho

BRET EASTON ELLIS

(PARTE 1)

American Psycho



libros Tauro

www.LibrosTauro.com.ar

Ésta es una novela y por lo tanto todos los personajes, situaciones o diálogos que en ella aparecen –a excepción de algunas esporádicas referencias a personas, productos y lugares por todos conocidos– son imaginarios y no se refieren a nadie en particular ni pretenden dañar los intereses de ninguna entidad.

* * *

Para Bruce Taylor

* * *

Tanto el autor de estas *Memorias* como estas *Memorias* mismas son, naturalmente, novelescos. No obstante, individuos tales como el autor de estas *Memorias* no sólo pueden existir en nuestra sociedad, sino que por fuerza deben existir, si se consideran las circunstancias bajo las que, por lo general, esta sociedad nuestra se desenvuelve. He querido presentar ante el público, más claramente que de costumbre, uno de *Los* personajes de nuestro reciente pasado. Representa a una generación que todavía vive entre nosotros. En el fragmento que se titula «El subsuelo», este personaje se presenta a sí mismo, expone sus puntos de vista e intenta, como puede, aclarar las razones por las que surgió y no tenía más remedio que surgir en nuestro ambiente. En el fragmento siguiente vienen ya las verdaderas «memorias», y en ellas refiere algunos acontecimientos de su vida.

FIODOR DOSTOIEVSKI
Memorias del subsuelo

* * *

Uno de los mayores errores que cometen las personas es creer que las buenas maneras son sólo expresión de ideas felices. Hay toda una gama de comportamientos que pueden expresarse con buenas maneras. De esto se ocupa la civilización: de hacer las cosas con buenas maneras y no del modo opuesto. Uno de nuestros errores fue el movimiento naturalista roussonianos de *los* años sesenta, cuando la gente decía: «¿Por qué no puedo decir lo que se me pasa por la cabeza?» En la civilización debe haber ciertas restricciones. Si todos siguiéramos nuestros impulsos sin cortapisas nos mataríamos *los* unos a *los* otros.

JUDITH MARTIN
Miss Buenas Maneras

* * *

Y mientras las cosas se caían a pedazos,
Nadie prestaba mucha atención.

TALKING HEADS

Inocentes

PERDED TODA ESPERANZA AL TRASPASARME» está garabateado con letras rojo sangre en la fachada del Chemical Bank cerca de la esquina de la calle Oncecon la Primera Avenida y está escrito con caracteres lo bastante grandes como para que se vea desde el asiento trasero del taxi cuando éste avanza— a sacudidas entre la circulación que deja Wall Street y justo cuando Timothy Price se fija en las palabras se detiene un autobús, con el anuncio de *Les Misérables* en el costado, tapándole la vista, pero a Price, que trabaja con Pierce & Pierce y tiene veintiséis años, no parece que le importe porque le dice al taxista que le dará cinco dólares si sube el volumen de la radio — «Be My Baby» suena en la WYNN— y el taxista, negro, no norteamericano, así lo hace.

—Tengo recursos para dar y vender —está diciendo Price—. Soy creativo, soy joven, no tengo escrúpulos, estoy motivado a tope, soy ingenioso a tope. En esencia lo que digo es que la sociedad *no* puede permitirse el lujo de prescindir de mí. Soy una *buena inversión*. —Price se tranquiliza, continúa mirando por la sucia ventanilla del taxi, probablemente la palabra «MIEDO» de un grafiti escrito con un spray en la fachada de un McDonald's de la esquina de la Cuarta con la Séptima—. Lo que quiero decir es que se mantiene el hecho de que a nadie le importa un pito su trabajo, que todo el mundo odia su trabajo, que *yo* odio mi trabajo, que *tú* me has dicho que odias el tuyo. ¿Qué puedo hacer? ¿Volver a Los Ángeles? *No* es una alternativa. Me cambié de la Universidad de California en Los Ángeles a la de Stanford para soportar esto. ¿Quiero decir que soy el *único* que piensa que no gana el suficiente dinero? —Como en una película, aparece otro autobús, otro cartel de *Les Misérables* remplaza a la palabra..., no es el mismo autobús porque alguien ha escrito la palabra «BOLLERA» encima de la cara de Eponine. Tim suelta bruscamente—: Tengo un piso aquí, tengo una casa en los *Hamptons*, por el amor de Dios.

—Los padres, tío. Es por los padres.

—No me la *compré* gracias a ellos. ¿Quiere subir el volumen de una jodida vez?

—Esto no puede sonar más alto —puede que diga el taxista. Timothy lo ignora y continúa irritado:

—Podría soportar el vivir en esta ciudad si les pusieran Blaupunkt a los taxis. Puede que hasta sistemas sintonizadores dinámicos ODM In o ORC n. —En este punto la voz se le ablanda—. Cualquiera de ellos. Son modernos, amigo mío, modernísimos.

Se quita del cuello el walkman de aspecto muy caro, y sigue quejándose.

—Odio quejarme, de verdad que lo odio, de la basura, los desperdicios, la enfermedad, de lo sucia que está esta ciudad y *tú* sabes y yo sé que es una *pocilga*... —Sigue hablando mientras abre su nuevo *attaché* Tumi de piel de becerro que compró en D.F. Sanders. Mete el walkman dentro del *attaché* junto a un teléfono plegable portátil inalámbrico tamaño cartera (antes tenía un NEC 9000 Porta portátil) y saca el periódico de hoy—. En el de hoy, sólo en el de hoy..., vamos a ver..., modelos estranguladas, bebés tirados desde el techo de los edificios, niños asesinados en el metro, una reunión comunista, un jefe de la Mafia liquidado, nazis... —recorre las páginas con excitación—, jugadores de béisbol con sida, más porquería de la Mafia, atascos, vagabundos sin casa, diversos maníacos, enjambres de maricones llenando las calles, madres de alquiler, la supresión de una serie televisiva, niños que consiguen entrar en un zoológico y torturan y queman vivos a varios animales, más nazis..., y el chiste es, la gracia final es, que todo eso pasa en esta ciudad..., no en otro sitio, exactamente aquí, te traga, espera un momento, más nazis, atascos, atascos, vendedores de bebés, mercado negro de bebés, bebés con sida, bebés yanquis, un edificio que cae encima de un bebé, un bebé maníaco, atascos, un puente que se hunde... —Deja de hablar, respira a fondo y luego dice tranquilamente, con los ojos fijos en un mendigo de la esquina de la Segunda con la Quinta—: Ése

hace el número veinticuatro de los que he visto hoy. Llevo la cuenta. –Luego pregunta, sin echar ni un vistazo–: ¿Por qué no llevas el blazer de estambre azul marino y los pantalones grises? –Price lleva un traje de lana y seda con seis botones de Ermeregildo Zegna, una camisa de algodón con puños franceses de Ike Behard, una corbata de seda de Ralph Lauren y zapatos de cuero de Fratelli Rossett!

El *Post* es una auténtica mierda. Hay un artículo medianamente interesante sobre dos personas que desaparecieron de una fiesta a bordo del yate de un personaje medio conocido de Nueva York mientras el barco daba la vuelta a la isla. Los restos de sangre y tres copas de champán rotas son las únicas pistas: Se sospecha que hubo violencia y la policía cree que el arma que utilizó el asesino fuera quizás un machete, porque en la cubierta se encontraron varias rayaduras y cortes. Por el momento no han encontrado los cuerpos. No hay sospechosos. Price se puso a soltar su rollo habitual a la hora de almorzar y luego siguió con él durante el partido de squash y continuó desvariando mientras tomaba unas copas en Harry's, adonde fue después, tomó tres J&B con agua, mucho más interesado por la cuenta de Fisher de la que se ocupa Paul Owen. Price no se quiere callar.

– ¡Enfermedades! –Exclama, con la cara tensa de dolor–. Ahora hay esa teoría de que si coges el virus del sida por tener relaciones sexuales con alguien que ya está infectado, entonces puedes coger *cualquier* cosa, sea por el virus *per se* o no..., la enfermedad de Alzheimer, distrofia muscular, hemofilia, leucemia, anorexia, diabetes, cáncer, esclerosis múltiple, fibrosis quística, parálisis cerebral, dislexia; por el amor de Dios..., ¿se puede coger dislexia por culpa de un *cono*... .

–No estoy seguro, tío, pero no creo que la dislexia sea un virus.

–¿Quién sabe? No están seguros. Que lo demuestren.

Fuera de este taxi, en las aceras, palomas negras e hinchadas revolotean por encima de los restos de perritos calientes de delante de un Gray's Papaya mientras unos travestis miran ociosamente y un coche de la policía patrulla en silencio en dirección prohibida por lila calle de dirección única y el cielo está bajo y es gris y en un taxi que se ha detenido al lado de éste, un tipo que se parece mucho a Luis Carruthers saluda a Timothy con la mano y cuando Timothy lo devuelve el saludo, el tipo –pelo muy repeinado hacia atrás, tirantes, gafas de montura de asta– se da cuenta de que no es quien él ;reía que era y vuelve a su ejemplar de *USA Today*. Agachada en la acera hay una fea vagabunda llena de bolsas que agarra un látigo y lo hace restallar contra las palomas, que lo ignoran y siguen picoteando y peleándose, hambrientas, por los restos de los perritos calientes, y el coche de la policía desaparece en un aparcamiento subterráneo.

–Pero entonces, cuando uno llega precisamente al punto en que tu reacción ante esta época es de aceptación total y absoluta, en que tu cuerpo se ha convertido en algo que *sintoniza* la locura, y alcanzas ese punto en que todo tiene sentido, en que la cosa encaja, cogemos a una de esas jodidas negras asquerosas sin hogar, que, en realidad, lo que *quiere* (oye lo que digo, Bateman), lo que *quiere* es estar lejos de las calles, de esta, de *esas* calles, ¿las ves?, *ésas* –señala–, y tenemos a un alcalde que no quiere escucharla, un alcalde que no quiere dejar que la *muy puta* se lo haga a su modo (¡Santo Dios!), *deja* que la jodida puta muera *congelada*, no la *saca* de su puñetera miseria buscada, y mira, vuelves adonde estabas al principio, confuso, jodido... Número veinticuatro, para nada, veinticinco... ¿Quién estará en casa de Evelyn? Espera, vamos a ver. –Levanta una mano encariñada con una impecable manicura–. Ashley, Courtney, Muldwyn, Marina, Charles..., ¿voy bien por ahora? Puede que uno de los amigos «artistas» de Evelyn del, diosanto, «East» Village. Ya sabes cómo son..., los que preguntan a Evelyn si tiene un chardonnay *blanco* seco. –Se da una palmada en la frente y cierra los ojos y ahora murmura, con los dientes apretados–. Me marchó. Me libro de Meredith. Esencialmente, la muy puñetera me *desafía* a que me guste. Lo dejo. ¿Por qué tardé tanto en darme cuenta de que tiene la personalidad de una jodida presentadora de un concurso de televisión? Veintiséis, veintisiete... Quiero decirle que soy sensible. Le dije que el accidente del *Challenger* me dejó muy descolocado..., ¿qué más quiere ella? Soy íntegro, tolerante, quiero decir

que estoy extremadamente satisfecho con mi vida. Soy optimista con respecto al futuro..., eso quiero decir, ¿y tú?

–Claro, claro..., pero...

–y lo único que consigo de ella es *mierda*... Veintiocho, veintinueve, valiente mierda, esto es un jodido *montón* de mendigos. Te lo digo yo... –De repente se interrumpe, como si estuviera agotado y apartando la vista de otro anuncio de *Les Misérables*, como si recordara algo importante, pregunta–: ¿Leíste lo del presentador de ese concurso de televisión? Asesinó a dos chavales. >Un maricón depravado. Chusco, chusco de verdad. –Price espera una reacción. No la hay. De repente: el Upper West Side.

Le dice al taxista que se detenga en la esquina de la Ochenta y uno con Riverside, pues la calle es de dirección única, y no la que él quiere.

–No se moleste en dar la vuel... –empieza Price.

–A lo mejor si voy por el otro lado –dice el taxista.

–No se moleste. –Luego, en un aparte apenas audible, con los dientes apretados, sin sonreír, añade–: Idiota de mierda.

El taxista dirige el taxi a una parada. Detrás, dos taxis hacen sonar sus bocinas, luego se ponen en marcha.

–¿Deberíamos llevar flores?

–Para nada. Coño, *te* la estás follando, Bateman. ¿Por qué íbamos a llevarle flores a *Evelyn*? Será mejor que tenga cambio de cincuenta –le advierte al taxista, mirando de reojo los números rojos del taxímetro–. Joder. Los esteroides. Lo siento, estoy tenso.

–Creía que ya los habías dejado.

–*Tuve* acné en las piernas y en los brazos y los rayos UVA no me sirvieron de nada, conque empecé a ir a un salón de bronceado para que se me quitase. Dios mío, Bateman, deberías ver cómo *tengo* el estómago. Completamente en carne viva... –dice de un modo lejano, raro, mientras espera a que el taxista le dé el cambio–. Destrozado. –Escatima la propina al taxista, pero éste de todos modos está auténticamente agradecido–. Hasta la vista, Shlomo.

Price le guiña el ojo.

–Coño, coño, coño –dice Price mientras abre la portezuela.

Al apearse del taxi distingue a un mendigo en la calle –«Bingo: *treinta*»– que lleva una especie de mono verde muy raro, chillón, asqueroso, va sin afeitarse y con el pelo grasiento peinado hacia atrás, y chistosamente Price mantiene abierta la puerta del taxi para que suba. El vagabundo, confuso y gruñón, con una mirada avergonzada clavada en el suelo, sostiene una taza de café de plástico vacía, agarrada con fuerza en una mano insegura.

–Me parece que no quiere el taxi –dice Price, soltando una risita y cerrando de un portazo–. Pregúntale si tiene tarjeta American Express.

–¿Tiene usted tarjeta American Express?

El vagabundo asiente con la cabeza y se aleja, arrastrando lentamente los pies.

Hace frío por ser abril y Price avanza rápidamente calle abajo, hacia la casa de Evelyn, mientras silba «Si yo fuera rico», y su aliento crea penachos humeantes de vapor, y balancea su *attaché Tumi* de piel. Una silueta con el pelo muy repeinado hacia atrás y gafas con montura de asta se acerca a lo lejos, con un traje cruzado de gabardina y lana beige Cerruti 1881 y con el mismo *attaché Tumi* de piel de D.F. Sanders que lleva Price, y Timothy se pregunta en voz alta:

–¿No es Victor Powell? No puede ser.

El hombre pasa debajo del fulgor fluorescente de una farola, con una mirada inquietante en la cara y, durante un momento, frunce los labios en una leve sonrisa y mira a Price casi como si se conocieran, pero en cuanto se da cuenta de que no le conoce y en cuanto Price se da cuenta de que no es Victor Powell, se aleja.

–Gracias a Dios –murmura Price cuando se acerca a casa de Evelyn.

–Se parecía muchísimo a él.

–¿Powell y una cena en casa de Evelyn? Dos cosas que casan casi tan bien como tela escocesa ya cuadros. –Price vuelve a pensado–. O como calcetines blancos con pantalones grises.

Un lento fundido y Price está subiendo los escalones de la casa de piedra que su padre le compró a Evelyn, mientras gruñe porque se le olvidó devolver las cintas que alquiló ayer por la noche en el videoclub Haven. Pulsa el timbre. De la casa de piedra contigua a la de Evelyn, una mujer–tacones altos, culo enorme– sale sin cerrar la puerta con llave. Price la sigue con la mirada y cuando oye pasos en el interior que bajan hacia la entrada donde estamos nosotros, se da la vuelta y se arregla su corbata Versace dispuesto a encarar a quien sea. Courtney abre la puerta y lleva una blusa de seda crema Krizia, una falda de tweed rojiza Krizia y zapatos de seda y raso D'Orsay de Manolo Blahnik.

Yo tiritó y le tiendo mi abrigo de lana negra Giorgio Armani y ella lo coge, besándome con mucho remilgo la mejilla derecha, luego hace exactamente los mismos movimientos con Price mientras coge su abrigo Armani. El nuevo CD de Talking Heads suena suavemente en el cuarto de estar.

–Un poco tarde, ¿no os parece, chicos? –pregunta Courtney, sonriendo traviesamente.

–Un taxista haitiano inepto –murmura Price, devolviéndole el beso a Courtney–. Tenemos mesa reservada en un sitio, así que, por favor, no me hables de Pastels a las nueve.

Courtney sonrío mientras cuelga los dos abrigos en el armario del vestíbulo.

–Esta noche cenamos aquí, queridos. Lo siento, lo sé, lo sé, traté de hablar con Evelyn de ello, pero tenemos... sushi.

Tim pasa junto a ella y cruza el salón hacia la cocina.

–¿Evelyn? ¿Dónde estás, Evelyn? –llama con voz cantarina–. Tenemos que *hablar*.

–Me alegra verte –le digo a Courtney–. Esta noche estás muy guapa. Tienes un... brillo juvenil en la cara.

–La verdad es que sabes cómo halagar a las damas, Bateman. –En la voz de Courtney no hay sarcasmo–. ¿Debo decirte a Evelyn que estás en ese plan? –pregunta, coqueteando.

–No –le digo–. Pero apuesto lo que sea a que te gustaría.

–Pasa –dice ella, quitándome las manos de su cintura y poniéndome las suyas en los hombros, mientras me guía por el vestíbulo en dirección a la cocina–. Tenemos que liberar a Evelyn. Lleva arreglando el sushi desde hace una hora. Trata de hacer tus iniciales..., la P con platija y la B con atún..., pero cree que el atún parece demasiado pálido...

–Qué romántico.

–... Y no tiene suficiente platija para poder terminar la B. –Courtney toma aliento–. Y por eso creo que va a hacer las iniciales de Tim en vez de las tuyas. ¿Te importa?–pregunta, algo preocupada. Courtney es la novia de Luis Carruthers.

–Me siento terriblemente celoso y creo que lo mejor será que hable con Evelyn –digo yo, dejando que Courtney me empuje suavemente dentro de la cocina.

Evelyn está junto a un mostrador de madera con, una blusa de seda crema Krizia, una falda detweed rojiza Krizia y un par de zapatos de seda y raso D'Orsay idéntico al que lleva Courtney. Su

largo pelo rubio está recogido en un moño de aspecto más bien severo y me saluda sin levantar la vista de la fuente oval de acero inoxidable Wilton sobre la que ha dispuesto artísticamente el sushi.

–Hola, cariño, lo siento. Quería ir a ese encantador bistró salvadoreño nuevo, del Lower East Side...

Price gruñe de modo audible.

–...pero no conseguimos mesa. Timothy, *no gruñas*. –Coge un trozo de platija y lo coloca cuidadosamente cerca del centro de la fuente, completando lo que parece una T mayúscula. Se aleja un *poco* de la fuente y la examina atentamente–. No sé. Oh, me siento tan insegura.

–Te dije que tuvieras *Finlandia* en esta casa –murmura Tim, mirando las botellas, la mayoría de ellas de dos litros, de la barra–. Evelyn nunca tiene *Finlandia* –dice sin dirigirse a nadie y dirigiéndose a todos.

–Dios mío, Timothy. ¿No te las arreglarás con *Absolut*? –pregunta Evelyn, y luego pensativamente a Courtney–: La pasta de California debe ir en el borde de la fuente, ¿no?

–Bateman, ¿qué tomas? –pregunta Price, suspirando. –J&B con hielo –le digo, pensando de pronto que es extraño que no hayan invitado a Meredith.

–Oh, Dios mío. Qué *lío* –dice Evelyn entrecortadamente–. Os juro que vaya *llorar*.

–Ese sushi tiene un aspecto *maravilloso* –le aseguro, para tranquilizarla.

–Oh, es un *lío* –se queja ella–. Es un *lío*.

–No, no, el sushi tiene un aspecto *maravilloso* –le digo, y, en un intento de resultar lo más tranquilizador posible, cojo un trozo de aleta y me lo meto en la boca, lanzando un gemido de placer, y abrazo a Evelyn por detrás; aunque tengo la boca llena, me las arreglo para decir–: Delicioso.

Ella me da un cachete juguetón, evidentemente complacida por mi reacción, y por fin, con mucho cuidado, me besa remilgadamente en la mejilla y luego se vuelve hacia Courtney. Price me tiende una copa y se dirige hacia el cuarto de estar mientras trata de quitarse algo invisible de su blazer.

–Evelyn, ¿no tendrás un cepillo para pelusas?

Yo hubiera preferido ver el partido de béisbol o ir al gimnasio a hacer ejercicio o probar ese restaurante salvadoreño que tuvo un par de buenas reseñas, una en la revista *New York*, la otra en el *Times*, a tener que cenar aquí, pero cenar en casa de Evelyn tiene una cosa buena: que está cerca de la mía.

–¿Quedaría bien la salsa de soja si no está exactamente a la temperatura ambiente? –está preguntando Courtney–. Creo que hay hielo en uno de los platos.

Evelyn está colocando con mucha delicadeza tiras de jengibre naranja pálido en un mantoncito junto a mi platillo de porcelana lleno de salsa de soja.

–No, no queda bien –dice–. Oye, Patrick, ¿serías tan cielo y sacarías el Kirin de la nevera? –Luego, aparentemente cansada del jengibre, tira el mantoncito en la fuente–. No te molestes, por favor. Lo *haré* yo.

De todos modos, me dirijo a la nevera. Con una mirada sombría, Price vuelve a entrar en la cocina y pregunta:

–¿Quién coño está en el cuarto de estar?

Evelyn finge ignorancia.

–¿Quién está?

Courtney la advierte:

–Evelyn. Se lo habrás *dicho*, espero.

–¿De quién se trata? –pregunto yo, súbitamente asustado–. ¿Victor Powell?

–No, no es Victor Powell, Patrick –dice Evelyn, como quien no quiera la cosa–. Es un artista amigo mío, Stash y Vanden, su novia.

–O sea que era una *chica* eso de allí –dice Price–. Ven a echar una ojeada, Bateman –añade desafiante–. A ver si lo adivino. ¿No es del East Village?

–Oh, Price –dice Evelyn coqueteando y abriendo varias botellas de cerveza–. Y por qué no. Vanden va a Camden y Stash vive en el Soho.

Salgo de la cocina, cruzo el comedor donde está puesta la mesa con velas de cera de abeja de Zona encendidas en sus candelabros de plata de ley de Fortunoff, y entro en el cuarto de estar. No puedo decir lo que lleva puesto Stash porque es todo negro. Vanden lleva mechas verdes en el pelo. Mira un vídeo de una banda de heavy-metal que ponen en la cadena de vídeos musicales mientras fuma un pitillo.

–Ejem –toso yo.

Vanden aparta la vista con pereza, probablemente drogada hasta las patas. Stash no se mueve.

–Hola. Soy Pat Bateman –digo, tendiéndole la mano y fijándome en mi reflejo en un espejo colgado de la pared... y sonriendo ante la buena pinta que tengo.

Ella me la estrecha, sin decir nada. Stash se pone a olerse los dedos.

Brusco corte y estoy de vuelta en la cocina.

–Quiero que se vaya de aquí –está diciendo Price, muy enfadado–. Esa chica está muy pasada y no deja de mirar la cadena de vídeos musicales y yo quiero ver el puñetero informe McNeil/Lehrer.

Evelyn sigue abriendo grandes botellas de cerveza importada y dice con aire ausente:

–Tendremos que comer todo eso enseguida o si no vamos a envenenarnos.

–Lleva mechas verdes en el pelo –les informo–. Y está fumando.

–Bateman –dice Tim, sin dejar de mirar a Evelyn.

–¿Qué? –digo yo–. ¿Timothy?

–Eres un majadero.

–Oye, deja a Patrick en paz –dice Evelyn–. Es un buen chico. Es nuestro Patrick. No eres un majadero, ¿verdad, cariño? –Evelyn está en Marte y yo me dirijo a la barra a servirme otra copa.

–Un buen chico, ¿eh? –Tim sonrío afectadamente y asiente con la cabeza, luego cambia de expresión y vuelve a preguntarle a Evelyn con hostilidad si no tiene un cepillo para las pelusas.

Evelyn termina de abrir las botellas de cerveza japonesa y le dice a Courtney que vaya a por Stash y Vanden.

–Tenemos que comerlo ya o si no nos envenenaremos –murmura, moviendo lentamente la cabeza y examinando la cocina, para asegurarse de que no se ha olvidado nada.

–Siempre que consiga apartarlos de ese último vídeo de Megadeth –dice Courtney, antes de salir.

–Tengo que hablar contigo –dice Evelyn.

–¿De qué? –Me acerco a ella.

–No –dice, y luego señala a Tim–, con Price.

Tim sigue mirándola, enfadado. Yo no digo nada y miro la copa de Tim.

–Sé amable –me ruega– y pon el sushi en la mesa. El tempura está en el micro ondas y el sake está calentándose... –la voz va desvaneciéndose mientras precede a Price fuera de la cocina.

Me pregunto dónde habrá conseguido Evelyn el sushi –atún, platija, caballa, camarón, anguila, incluso *bonito*, todos parecen tan frescos, y hay montoncitos de wasabi y tiras de jengibre situadas estratégicamente alrededor de la fuente Wilton–, pero también me gusta la idea de que *no lo sé*, de que *nunca* lo sabré, de que nunca *preguntaré* de dónde son, y de que el sushi estará allí en medio de la mesa de cristal de Zona que le compró su padre a Evelyn, como una misteriosa aparición de Oriente, y cuando dejo la fuente veo mi reflejo en la superficie de la mesa. Mi piel parece más oscura debido a la luz de las velas y me fijo en que el miércoles pasado me cortaron muy bien el pelo en Gio's. Me sirvo otra copa. Me preocupa el nivel de sodio de la salsa de saja.

Somos cuatro los que estamos sentados a la mesa esperando a que Evelyn y Timothy vuelvan con el cepillo para pelusas que necesita Price. Yo estoy sentado a la cabecera tomando largos tragos de J&B. Vanden se sienta en el otro extremo, leyendo sin interés una porquería de periódico del East Village que se llama *Deception*, cuyo titular dice: «LA MUERTE DEL CENTRO DE LA CIUDAD». Stash ha cogido con los palillos un trozo de platija que aparece en mitad de su plato como un brillante insecto empalado. De vez en cuando mueve el trozo de sushi por el plato pero nunca alza la vista ni hacia mí ni hacia Vanden o Courtney, que está sentada a mi lado tomando traguitos de vino de ciruelas en una copa de champán.

Evelyn y Timothy vuelven como a los veinte minutos de que los demás nos hubiéramos sentado y Evelyn parece ligeramente ruborizada. Tim me mira cuando ocupa la silla contigua a la mía, con una nueva copa en la mano, y se inclina hacia mí, como si fuera a decirme algo, cuando de repente Evelyn le interrumpe:

–Ahí no, Timothy. –y añade, susurrando–: Chico, chica.

–Chico, chica. –Señala la silla vacía junto a Variden.

Timothy mira a Evelyn y, dudándolo, se coloca a lado de Vanden, que bosteza y pasa una página de su periódico.

–Estupendo –dice Evelyn, sonriendo, encantada con la presentación de la comida–, a por ello. –y después de fijarse en el trozo de sushi que Stash se ha servido (ahora está inclinado sobre su plato, susurrando algo), su compostura se tambalea, pero sonrío valientemente y pregunta con voz muy aguda–: ¿Quiere alguien vino de ciruelas?

Nadie dice nada, hasta que Courtney, que tiene la vista fija en el plato de Stash, levanta insegura su copa y dice, tratando de sonreír:

–Está... delicioso, Evelyn.

Stash no habla. Aunque probablemente se sienta incómodo en la mesa con nosotros, pues no se parece a los demás hombres de la habitación –no lleva el pelo peinado hacia atrás, tampoco lleva tirantes, ni gafas con montura de asta, y su ropa es negra y esta mal planchada, no tiene prisa por encender un puro, probablemente sea incapaz de conseguirse una mesa en Camols, debe de ganar una miseria–, con todo, su comportamiento carece de justificación y está sentado como si le hipnotizara el brillante trozo de sushi y, justo cuando por fin toda la mesa está a punto de ignorarle, de apartar la vista de él y ponerse a comer, se estira en la silla y dice en voz alta, señalando su plato con dedo acusador:

–¡Se mueve!

Timothy le lanza una mirada de un desprecio tan absoluto que yo no la puedo igualar, aunque reúno la suficiente energía para aproximarme. Vanden parece divertida y también, infortunadamente, Courtney, quien estoy empezando a pensar que encuentra atractivo a este mono, aunque supongo que si yo saliera con Luis Carruthers me pasaría lo mismo. Evelyn se ríe con toda naturalidad y dice:

–Oh, Stash, *eres* un terremoto –y luego pregunta, preocupada–: ¿Tempura? –Evelyn es ejecutiva de los servicios financieros de una empresa, por si a alguien le interesa.

–Tomaré un poco –le digo, y cojo un trozo de berenjena de la fuente, aunque no vaya comérmela porque está frita.

Los de la mesa se ponen a servirse, ignorando a Stash. Yo observo a Courtney mientras mastica y traga.

Evelyn, en un intento de iniciar una conversación, dice, después de lo que parece un largo silencio:

–Vanden va a Camden.

–¿De verdad? –pregunta Timothy, gélido–. ¿Dónde está eso? –En Vermont –responde Vanden, sin levantar la vista del periódico.

Miro a Stash para ver si le gusta la flagrante mentira de Vanden, pero se comporta como si no estuviera escuchando, como si se encontrara en otra habitación o en un club punk de los arrabales de la ciudad, pero consigue que al resto de la mesa sí le guste, lo que me molesta pues estoy casi seguro de que todos sabemos que se encuentra en New Hampshire.

–¿Dónde fuisteis *vosotros*? –dice Vanden suspirando, después de que ha quedado claro que a nadie le interesa Camden.

–Bueno, yo fui a *Le Rosay* –empieza Evelyn–, y luego seguí cursos de Economía en Suiza.

–Yo también sobreviví a unos cursos de Economía en Suiza –dice Courtney–. Pero yo estuve en Ginebra. Evelyn estuvo en Lausana.

Vanden deja el ejemplar de *Deception* junto a Timothy y suelta una risita desmayada y maligna, y aunque a mí me da un poco por el culo que Evelyn no encaje la condescendencia de Vanden y se la devuelva, el J&B me ha calmado la tensión hasta un punto en que no me preocupa no tener nada que decir. Probablemente, Evelyn cree que Vanden es encantadora, está confusa y perdida, es una *artista*. Price no come, tampoco Evelyn; a lo mejor por la cocaína, pero lo dudo. Mientras toma un trago de su copa, Timothy levanta el ejemplar de *Deception* y ríe ahogadamente para sí mismo.

–«La muerte del centro de la ciudad» –dice; luego, señalando cada una de las palabras del titular, añade–: ¿A quién coño le importa?

Yo espero automáticamente que Stash levante la vista de su plato, pero sigue mirando el solitario trozo de sushi, mientras sonrío para sí mismo y asiente con la cabeza.

–Oye –dice Vanden, como si la hubieran insultado–. *Eso* nos afecta.

–Nada de eso –dice Timothy, aleccionador–. ¿Nos afecta *eso*? ¿Y qué pasa con las matanzas de Sri Lanka, guapa? ¿No nos afectan también? ¿Qué pasa con Sri Lanka?

–Bueno, eso es un club del Village. –Vanden se encoge de hombros–. Sí, también nos afecta.

De repente, Stash se pone a hablar sin levantar la vista.

–Ese club se llama *El Tonka*. –Parece molesto, pero su voz es inexpresiva y baja, y sus ojos siguen clavados en el sushi–. Se llama *El Tonka*, no *Sri Lanka*. *El Tonka*.

Vanden baja la vista, luego dice sumisamente:

–Oh.

–Me refiero a que si no sabes nada de Sri Lanka. A que los sij están matando a toneladas de judíos allí –la aguijonea Timothy–. ¿No os afecta *eso*?

–¿Quiere alguien rollo *kappamaki*? –interrumpe Evelyn alegremente, con una fuente en la mano.

–Vamos, vamos, Price –digo yo–. Hay problemas más importantes que Sri Lanka de los que preocuparse. Seguro que nuestra política exterior es importante, pero hay problemas más apremiantes aquí mismo.

–¿Como cuáles? –pregunta él, sin apartar la vista de Vanden–. A propósito, ¿por qué hay un cubito de hielo en mi salsa de soja?

–No –empiezo yo, titubeando–. Bueno, tenemos que terminar con el apartheid de una vez. Y frenar la carrera de armas nucleares, detener el terrorismo y el hambre del mundo. Asegurar una potente defensa nacional, evitar que el comunismo se extienda por Centroamérica, trabajar por un acuerdo de paz en Oriente Medio, evitar la intervención norteamericana en ultramar. Tenemos que asegurar que Estados Unidos sea una potencia mundial respetada. Eso no significa que haya que descuidar nuestros problemas domésticos, que son igual de importantes, si no *más*. Una atención mejor y más adecuada a los ancianos, controlar el sida y encontrarle cura, evitar los daños ambientales producidos por los desechos tóxicos y la contaminación, mejorar la calidad de la educación primaria y secundaria, reforzar las leyes contra el crimen y las drogas ilegales. También debemos asegurar que la clase media tenga acceso a la educación universitaria, y que los jubilados tengan seguridad social, aparte de preservar los recursos naturales y las zonas de bosque, y reducir la influencia de los comités de acción política.

Todos me miran incómodos, incluido Stash, pero estoy lanzado.

–Pero económicamente seguimos hechos un lío. Tenemos que encontrar el modo de disminuir la tasa de inflación y reducir el déficit comercial. También necesitamos proporcionar formación y trabajo a los desempleados, además de evitar que los empleos existentes los ocupen extranjeros indeseables. Tenemos que hacer de Estados Unidos el líder mundial de las nuevas tecnologías. Y al mismo tiempo, necesitamos promover el crecimiento económico y la expansión comercial y oponemos a los impuestos federales y controlar las tasas de interés, mientras proporcionamos oportunidades a las empresas pequeñas y controlamos las fusiones y las apropiaciones de las grandes empresas.

Price está a punto de escupir su *Absolut* después de este comentario, pero yo trato de establecer contacto visual con cada uno de ellos, en especial con Vanden, que si se quitase esas mechas verdes y el cuero y consiguiera algo de color –puede que asistiendo a una clase de aeróbic–, se pusiera una blusa, algo de Laura Ashley, *podría* resultar guapa. Pero ¿por qué se acuesta con Stash? Es un tipo torpe y pálido y tiene el pelo mal cortado y al menos pesa cinco kilos de más, y carece de tono muscular debajo de su camiseta negra.

–Pero tampoco podemos ignorar nuestras necesidades sociales. Hemos de evitar que la gente abuse de las ayudas sociales. Tenemos que proporcionar comida y alojamiento a los que no tienen hogar y oponemos a la discriminación racial y promover los derechos civiles mientras promovemos también la igualdad de derecho para las mujeres, aunque también debemos modificar las leyes del aborto para proteger el derecho a la vida, al tiempo que mantenemos de algún modo la libertad de elección de las mujeres. También tenemos que controlar el flujo de inmigrantes ilegales. Tenemos que incentivar el retorno a los valores morales tradicionales y frenar el sexo explícito en la televisión, el cine, la música popular, en todas partes. y: más importante aún, tenemos que promover un interés social general y evitar el materialismo de los jóvenes.

Termino mi copa. Todos se sientan frente a mí en un silencio total, Courtney sonrío y parece contenta. Timothy se limita a agitar la cabeza y parece aturdido. Evelyn está completamente desconcertada por el giro que ha tomado la conversación y aguarda, insegura, y pregunta si alguien quiere postre.

–Tengo... sorbete –dice, como si estuviera mareada–. De kiwi, carambola, chirimoya, higo chumbo y de, oh..., ¿cómo se llama? –Interrumpe su tono monótono de zombie y trata de recordar qué es lo último–. Ah, sí, pera japonesa.

Todos siguen en silencio. Tim me lanza una rápida ojeada. Yo miro a Courtney, luego de nuevo a Tim, luego a Evelyn. Evelyn cruza su mirada con la mía, luego mira con preocupación hacia Tim.

Yo también vuelvo a mirar a Tim, luego a Courtney y luego de nuevo a Tim, que me mira una vez más antes..de responder lentamente, con inseguridad:

–Pera chumba.

–Higo chumbo –le corrige Evelyn.

Yo miro con suspicacia a Courtney y después de que ella diga: Chirimoya.

Yo digo:

–Kiwi.

Y luego Vanden también dice:

–Kiwi.

Y Stash dice tranquilamente, aunque pronunciando cada sílaba muy claramente.

–Chocolate.

La preocupación que nubla la cara de Evelyn cuando oye esto queda instantáneamente remplazada por una máscara sonriente y evidentemente bondadosa, y dice:

–Oh, Stash, sabes que no tengo chocolate, aunque admito que es bastante *exótico* para un sorbete. He dicho que tengo chirimoya, *pera* chumba, carambola..., *quiero decir* higo chumbo...

–Ya lo sé. Te he oído. Te he oído –dice él, moviendo la mano–. Sorpréndeme.

–De acuerdo –dice Evelyn–. ¿Courtney? ¿Te importaría echarme una mano?

–Claro que no. –Courtney se levanta y me fijo en que sus zapatos rechinan en dirección a la cocina.

–Nada de puros, chicos –grita Evelyn.

–Pues vaya –dice Price, volviendo a guardarse el puro en el bolsillo de la chaqueta.

Stash sigue mirando el sushi con una intensidad que me inquieta y tengo que preguntarle, esperando que capte mi sarcasmo:

–¿Se ha vuelto a mover, o ha hecho algo?

Vanden ha hecho una cara de Smiley con todas las rodajas de rollo de California que ha amontonado en su plato, que levanta para que lo vea Stash, y pregunta:

–¿Rex?

–Tranquila –gruñe Stash.

Evelyn vuelve con los sorbetes en copas de margarita Odeon y con una botella sin abrir de Glenfiddich, que sigue sin abrir mientras tomamos los sorbetes. Courtney tiene que irse pronto para reunirse con Luis en una fiesta de la empresa, en Bedlam, un club nuevo del centro. Stash y Vanden se marchan poco después para ir «a pillar» algo en un sitio del Soho. El único que ve que Stash coge el trozo de sushi de su plato y se lo mete en el bolsillo de su cazadora verde oliva de aviador soy yo. Cuando se lo menciono a Evelyn, mientras ella llena el lavaplatos, me lanza tal mirada de odio que parece muy dudoso que hagamos sexo esta noche. Pero de todos modos me quedo. Lo mismo que Price, que ahora está tumbado en una alfombra Aubusson de fines del siglo XVIII tomando café exprés en una taza Ceralene en el suelo de la habitación de Evelyn. Yo estoy tumbado en la cama de Evelyn sujetando una almohada de Jenny B. Goode, con un vaso de arándanos y Absolut en la mano. Evelyn está sentada en su tocador cepillándose el pelo, con una túnica de seda y rayas verdes y blancas de Ralph Lauren que envuelve su muy atractivo cuerpo, y contempla su reflejo en el espejo.

–¿Soy el único al que le sorprendió el hecho de que Stash decidiera que su trozo de sushi era... –toso, luego añade–: un animal de compañía?

–Por favor, a ver si dejas de invitar a tus amigos «artistas» –dice Tim, fatigado–. Estoy cansado de ser el único de la cena que no ha tenido contactos extraterrestres.

–Fue sólo esta vez –dice Evelyn, observándose un labio, perdida en su propia y plácida belleza.

–Y en Odeon también –murmura Price.

Me pregunto vagamente por qué no me invitaron a la cena de artistas del Odeon. ¿Habría pagado Evelyn la cuenta? Probablemente. y de repente me imagino a una sonriente Evelyn, secretamente malhumorada, sentada a una mesa llena de amigos de Stash, todos ellos haciendo pequeñas casetas de perro con las patatas fritas o pretendiendo que su salmón a la plancha estaba vivo, por lo que movían el trozo de pescado por la mesa, mientras hablaban con los demás sobre el «ambiente artístico» y las nuevas galerías; puede que hasta trataran de meter el pescado en la caseta de perro hecha con patatas fritas... .

–Si lo recuerdas bien, no los había vuelto a ver –dice Evelyn. –No, pero Bateman es tu novio, así que contaba –dice Price soltando una risotada, y yo le tiro la almohada. Él la agarra y me la vuelve a tirar.

–Deja a Patrick en paz. Es un buen chico –dice Evelyn, untándose la cara con una especie de crema–. Tú no eres un extraterrestre, ¿verdad, cariño?

–¿Debería dignificar esa pregunta con una respuesta? –le digo yo, suspirando.

–Oh, cariño. –Evelyn hace un puchero al espejo, mirándome con su reflejo–. Ya sé que no eres un extraterrestre.

–Es un alivio –murmuro para mí mismo.

–No, pero Stash estaba en Odeon aquella noche –continúa Price, y luego me mira–. En Odeon. ¿Estás escuchándome, Bateman?

–No, no te escuchaba –dice Evelyn.

–Sí me escuchaba, pero el de esa vez no se llamaba Stash. Se llamaba Horseshoe o Magnet o Lego o algo igualmente adulto –dice burlonamente Price–. Lo he olvidado.

–Timothy, ¿adónde quieres ir a parar? –pregunta Evelyn, cansada–. No estoy escuchándote. –Humedece una bola de algodón y se la pasa por la frente.

–No, estábamos en Odeon. Price se sienta con cierto esfuerzo–. y no me preguntéis por qué, pero recuerdo claramente que pidió el *cappuccino* de atún.

–*Carpaccio* –le corrige Evelyn.

–No, Evelyn querida, amor de mi vida. Recuerdo claramente que le oí pedir el *cappuccino* de atún –dice Price, mirando al techo.

–Dijo *carpaccio* –le lleva la contraria Evelyn, pasándose el algodón por los párpados.

–*Cappuccino* –insiste Price–. Hasta que tú le corregiste.

–Pero si esta noche, al llegar, ni siquiera lo reconocías... –dice ella.

–Pero le recuerdo –dice Price, volviéndose hacia mí–. Evelyn le describió como «el atleta bondadoso». Así fue como nos lo presentó. Lo juro.

–Oh, cállate ya –dice ella, aburrida, pero mira a Timothy desde el espejo y le sonrío coqueteando.

–Lo que quiero decir es que dudo que Stash salga en las páginas de sociedad de W, que según me parece a mí constituyen tu criterio para elegir a los amigos –dice Price, devolviéndole la mirada y sonriendo con una mueca de lobo lujurioso. Yo me concentro en los arándanos y el Absolut que tengo en la mano y que parece como un vaso de sangre aguada con hielo y una rodaja de limón.

–¿Cómo van las cosas entre Courtney y Luis? –pregunto, esperando que dejen de mirarse.

–Oh, Dios mío –gime Evelyn, dando la espalda al espejo–. Lo que de verdad es *espantoso* no es que a Courtney ya *no* le guste Luis. Es que...

–¿Que cancelaron su cuenta en Bergdorf's? –pregunta Price.

Yo me río. Nos damos una palmada en la mano uno al otro.

–No –continúa Evelyn, también divertida–. Es que ella está enamorada de su *agente* inmobiliario. Un *amanerado* que va a The Feathered Nest.

–Courtney podría tener problemas –dice Tim, examinando la reciente labor de su manicura, pero, Dios mío, qué es;.. *Vanden*.

–Oh, no *saques* eso a relucir –solloza Evelyn, y se pone a cepillarse el pelo.

–Vanden es un cruce entre... The Limited y... Benetton de segunda mano –dice Price, alzando las manos, con los ojos cerrados.

–No –digo yo, sonriendo, tratando de incorporarme a la conversación–. Fiorucci de segunda mano.

–Sí –dice Tim–. Eso opino yo. –Sus ojos, ahora abiertos, recorren el cuerpo de Evelyn.

–Timothy, no sigas con eso –dice Evelyn–. Estudia en *Camden*. ¿Qué *esperabas*?

–Dios mío –protesta Timothy–. Estoy harto de oír hablar de los problemas de las chicas de *Camden*. Ay, mi novio, le quiero pero él quiere a otra y, oh; cuánto le *echo de menos* y él me ignora y bla bla bla bla bla..., Dios mío, qué aburrido. Cosas de estudiantes. Es importante, ¿sabes? Es triste. ¿No crees, Bateman?

–Sí, es importante. Y es triste.

–¿Ves? Bateman está de acuerdo conmigo –dice Price, afectadamente.

–Oh, *no* lo está. –Evelyn se limpia con un Kleenex la crema con la que se ha untado–. Patrick *no* es cínico, Timothy. Es un buen chico, ¿verdad, cariño?

–No, no lo soy –susurro para mí mismo–. Soy un jodido psicópata malvado.

–¿Y qué? –dice Evelyn, suspirando–. Ella tampoco es la chica más brillante del mundo.

–¡Ja! ¡La reserva intelectual de este siglo! –exclama Price–. Pero Stash tampoco es el tipo más brillante. Una pareja perfecta. ¿Se conocieron gracias a la sección de contactos de un periódico o algo así?

–Déjalos en *paz* –dice Evelyn–. Stash tiene talento y estoy segura de que infravaloras a Vanden.

–Es una chica... –Price se vuelve hacia mí–. Oye, Bateman, es una chica..., me lo dijo Evelyn..., es una chica que alquiló *El infierno blanco* porque creyó que era una película... –se atraganta– sobre traficantes de cocaína.

–Me has dejado tieso –digo yo–. Pero ¿sabemos cómo se gana la vida Stash? Por cierto, supongo que tendrá apellido, aunque no me lo dijo, ni lo quiero saber, Evelyn.

–Lo primero de todo es que es *absolutamente* decente y encantador –dice Evelyn en su defensa.

–Un hombre que pidió *sorbete de chocolate*, ¡por el amor de Dios! –exclama Timothy, incrédulo–. ¿De qué estás hablando? Evelyn ignora esto, y se quita sus pendientes Tina Chow. –Es escultor –se limita a decir.

–Coño –dice Timothy–. Recuerdo haber hablado con él en Odeon. –Se vuelve nuevamente hacia mí–. Fue cuando pidió el *cappuccino* de atún, y estoy seguro de que hubiera sido capaz de pedir salmón *au lait*, y me dijo que *organizaba* fiestas, lo que técnicamente lo convierte..., no sé, corrígeme si me equivoco, Evelyn..., en un *proveedor*. ¡*Es un proveedor!* –exclama Price–. ¡No un jodido escultor!

–Oh, por dios, *tranquilízate* –dice Evelyn, untándose la cara con más crema.

–Es como si dices que tú eres *poeta*. – Timothy está borracho y yo estoy empezando a preguntarme cuándo se largará.

–Bueno –empieza Evelyn–. Me he enterado...

–¡Eres una jodida procesadora de textos! –estalla Tim. Se acerca a Evelyn y se agacha junto a ella, contemplando su reflejo en el espejo.

–¿No has engordado, Tim? –pregunta Evelyn, pensativa. Estudia la cabeza de Tim en el espejo y dice–: Tienes la cara como... más redonda.

Timothy, como venganza huele el cuello de Evelyn y pregunta:

–¿Qué es este olor... fascinante?

–Obsession. –Evelyn sonríe, coqueteando, y aparta suavemente a Timothy–. Es *Obsession*. Patrick, quítame a tu amigo de encima.

–No, no, espera –dice Timothy, olfateando ruidosamente–. No es *Obsession*. Es..., es... –y luego, con una mueca de horror, añade–: Es..., oh, Dios mío, es ¡*Q. T. Instatan!* ¡Quieres ponerte morena con potingues!

Evelyn considera sus posibilidades. Contempla la cabeza de Price una vez más.

–¿Se te está cayendo el pelo?

–Evelyn –dice Tim–. No cambies de tema... –y luego, auténticamente preocupado–. Ahora que lo dices..., ¿usaré demasiado gel? –Se pasa la mano por el pelo, inquieto.

–Podría ser –dice Evelyn–. Y ahora, haz el favor de *sentarte*.

–Bueno, por lo menos no es verde y no he tratado de cortármelo con el cuchillo del pan –dice Tim, refiriéndose a las mechas de Vanden y, al penoso corte de pelo de Stash. Un corte de pelo que es penoso porque es barato.

–¿Has engordado? –pregunta Evelyn, esta vez con más seriedad.

–Cristo bendito –dice Tim, a punto de darse la vuelta, ofendido–. No, Evelyn.

–Pues tienes la cara... más redonda –asegura Evelyn–. Con los rasgos menos... marcados.

–No lo creo –dice Tim.

Se contempla atentamente en el espejo. Evelyn continúa cepillándose el pelo, pero lo hace con menos intensidad porque está mirando a Tim. Éste se da cuenta y le huele la nuca y me parece que le da un lametazo rápido y hace una mueca de disgusto.

–¿No es *Q.T.*? –pregunta–. Vamos, dime que sí. Huele a eso. –No –dice Evelyn, sin sonreír–. Eso es lo que usas *tú*. –No. No lo uso por cuestión de principios. Vaya un salón de bronceado. Te lo aseguro –dice él–. La que usa *Q.T.* eres *tú*. –Estás proyectándome lo que haces *tú* –dice ella, débilmente. –Ya te lo he dicho –insiste Tim– Vaya un salón de bronceado. Quiero decir que sé que es caro, pero... –Price se pone pálido.

–Oh, eres muy *valiente* por admitir que vas a un salón de bronceado –dice Evelyn.

–*Q.T.* –dice él, atragantándose.

–No sé de qué me estás hablando –dice Evelyn, y vuelve a cepillarse el pelo–. Patrick, acompaña a tu amigo a la puerta.

Ahora Price está de rodillas y huele y olfatea las piernas de Evelyn, mientras ella se ríe. Yo me pongo tenso.

–Dios mío –murmura ella–. *Fuera* de aquí.

–Estás *naranja*. –Price se ríe, de rodillas, con la cabeza en el regazo de Evelyn–. Pareces *naranja*.

–No lo estoy –dice ella, con una voz que es un prolongado gruñido de dolor, de éxtasis–. Estúpido.

Yo sigo tumbado en la cama mirándolos a ambos. Timothy se apoya en su regazo y trata de meter su cabeza debajo de la túnica Ralph Lauren. Evelyn tiene la cabeza echada hacia atrás y trata de apartado, pero de un modo juguetón, mientras le pega levemente en la espalda con su cepillo de pelo Jan Hové. Estoy casi seguro de que Timothy y Evelyn tienen una aventura. Timothy es la única persona interesante que conozco.

–Tienes que marcharte –dice ella por fin, jadeando. Ha dejado de pelearse con él.

Price alza la vista hacia ella, con una sonrisa resplandeciente y llena de dientes, y dice:

–Lo que la señora ordene.

–Gracias –dice ella, con una voz que me suena a decepción. Él se pone de pie.

–¿Cenamos? ¿Mañana?

–Tendré que preguntárselo a mi novio –dice ella, sonriéndome desde el espejo.

–¿Llevarás ese vestido negro tan sexy de Anne Klein? –pregunta él, poniéndole las manos en los hombros y susurrándole al oído, mientras la huele–. Bateman no será bienvenido.

Yo me río bondadosamente mientras me levanto de la cama, y le acompaño afuera de la habitación.

–¡Espera! ¡Mi café exprés! –grita él.

Evelyn se ríe, luego palmotea como si le gustara la resistencia de Timothy a marcharse.

–Vamos, amigo mío –digo yo, mientras le empujo bruscamente por el dormitorio–. Es hora de irse a la cama.

Price todavía se las arregla para tirarle un beso a Evelyn antes de que me libre de él. Está totalmente en silencio cuando le hago salir de la casa.

Después de que se haya marchado, me sirvo un brandy en una copa labrada italiana y, cuando vuelvo al dormitorio, encuentro a Evelyn tumbada en la cama, viendo «Teletienda». Me tumbo junto a ella y me aflojo la corbata Armani. Por fin le pregunto, pero sin mirarla:

–¿Por qué no echaste a Price?

–Dios mío, Patrick –dice ella, con los ojos cerrados–. ¿Qué pasa con Price? –y dice esto de un modo que me hace pensar que se ha acostado con él.

–Es rico –digo yo.

–*Todo el mundo* es rico –dice ella, concentrada en la pantalla del televisor.

–Y es guapo –le digo.

–*Todo el mundo* es guapo, Patrick –dice ella, ausente. –Tiene un cuerpo estupendo –digo.

–Ahora *todo el mundo* tiene un cuerpo estupendo –dice ella.

Dejo la copa en la mesilla de noche y me deslizo encima de ella. Mientras la beso y le chupo el cuello, ella mira desapasionadamente la enorme pantalla Panasonic del aparato de televisión por control remoto, y baja el volumen. Me quito la camisa Armani y pongo su mano en mi torso, deseando que note que está duro como una piedra y que tengo el estómago *plano*, y tenso los músculos, contento de que esté encendida la luz y pueda ver lo moreno que estoy y lo marcado que se me ha puesto el abdomen.

–¿Sabes? –dice ella, con claridad–. Stash ha dado positivo en los análisis del sida. Y... –Hace una pausa, pues algo de la pantalla ha atraído su interés; el volumen sube ligeramente y luego vuelve a bajar–. Y... creo que esta noche se va a acostar con Vanden.

–Dios mío –digo yo, mordiéndole suavemente el cuello, con una de mis manos en un pecho firme y frío.

–Eres malo –dice ella, ligeramente excitada, pasando las manos por mis anchos y fuertes hombros.

–No –susurro yo–. Sólo tu novio.

Después de intentar hacer sexo con ella durante unos quince minutos, decido renunciar.

Ella dice:

–¿Sabes? Uno siempre puede estar en mejor forma.

Cojo la copa de brandy. La termino. Evelyn es adicta al Parnate, un antidepresivo. Me quedo allí tumbado junto a ella viendo «Teletienda» –muñecas de cristal, almohadas con encaje, lámparas en forma de balones de rugby, Lady Zirconia– sin sonido. Evelyn empieza a desvariar.

–¿Usas minoxidil? –pregunta, después de largo rato.

–No. No lo uso –digo–. ¿Por qué iba a usado?

–Parece como si estuvieras perdiendo pelo –murmura ella.

–Pues no –me encuentro diciendo. Es difícil de entender. Tengo un pelo muy abundante y no puedo decir que esté quedándome sin él. La verdad es que dudo de que sea cierto.

Vuelvo a mi casa y le deseo buenas noches a un portero que no conozco (podría ser cualquiera) y luego entro en mi cuarto de estar desde el que se domina la ciudad. El sonido de los Tokens cantando «The Lion Sleep Tonight» llega desde las luces de la máquina de discos Wuditzer 1015 (que no es tan buena como la Wuditzer 850, tan difícil de encontrar) que está en el rincón del cuarto de estar. Me masturbo pensando primero en Evelyn, luego en Courtney, luego en Vanden y luego otra vez en Evelyn, pero justo antes de correrme –un orgasmo poco intenso– pienso en una modelo casi desnuda que he visto hoy en un anuncio de Calvin Klein.

Por la mañana

Con las primeras luces de un amanecer de mayo, éste es el aspecto que tiene el cuarto de estar de mi apartamento: encima de la chimenea de mármol blanco y granito con fuego de gas cuelga un David Onica original. Es un retrato de un metro ochenta por un metro veinte de una mujer desnuda –en el que predominan los grises y verdes oliva apagados– que está sentada en una tumbona viendo la cadena de vídeos musicales. El fondo es un paisaje marciano, un fulgurante desierto malva con peces muertos y destripados, y varios platos rotos dispersos por él, que se alza como unos fuegos artificiales por encima de la cabeza amarilla de la mujer. Todo ello con un marco de aluminio negro. El cuadro domina un largo sofá blanco y un televisor digital Toshiba de treinta pulgadas; es un modelo de alto contraste y alta definición que tiene incorporado un sistema de vídeo con tubo de tecnología punta de NEC con sistema de efecto digital imagen a imagen (más congelación de imágenes); el audio incluye un MTS incorporado a su estructura con amplificador de cinco vatios por canal. Un vídeo Toshiba se encuentra en una estructura de cristal debajo del televisor; es un modelo Beta de banda super y tiene incorporado un sistema de montaje, que incluye un generador de caracteres con memoria de ocho páginas, grabadora y reproductora de alta definición, y programador temporal para tres semanas y ocho posibles grabaciones. Hay una lámpara halógena en cada uno de los rincones del cuarto de estar. Persianas venecianas blancas cubren las ocho ventanas

que van del suelo al techo. Delante del sofá hay una mesa baja con la parte de arriba de cristal y patas de roble de Turchin, con animales de cristal Steuben situados estratégicamente entre los carísimos ceniceros de cristal de Fortunoff, aunque yo no fumo. Junto a la máquina de discos Wurlitzer hay un gran piano de concierto Baldwin de ébano negro. El suelo de todo el apartamento es de brillante roble blanco. En el otro extremo del cuarto, junto a un escritorio y un revistero de Gio Ponti, hay un sistema estéreo completo (lector de CD, pletina, sintonizador, amplificador) de Sansui con bafles de un metro ochenta Duntech Sovereign 2001 de palisandro brasileño. Un futón encima de una estructura de roble ocupa el centro del dormitorio. Pegado a la pared hay un aparato Panasonic de treinta y una pulgadas con pantalla superplana y sonido estéreo y, debajo de él, en una estructura de cristal, hay un vídeo Toshiba. No estoy seguro de si la hora que marca el despertador digital Sony es correcta, conque tengo que sentarme y mirar la parpadeante hora del vídeo, luego coger el teléfono Ettore Sottrass que descansa en la mesilla de acero y cristal situada junto a la cama y marcar el número del servicio de la hora. En una esquina hay un sillón de cuero crema, acero y madera, diseñado por Eric Marcus, y en la otra un sillón de madera contrachapada moldeada. Una alfombra beige y blanca con puntos negros de Maud Sienna cubre la mayor parte del suelo. Una pared está tapada por cuatro hileras de cajones inmensos de caoba blanca. En la cama, llevo puesto un pijama de seda de Ralph Lauren, y cuando me levanto me pongo una antigua bata de tela escocesa y me dirijo al cuarto de baño. Meo mientras trato de distinguir mi reflejo en el cristal del anuncio del partido de béisbol enmarcado de encima del retrete. Después de cambiarme, poniéndome unos pantalones de boxeador Ralph Lauren y un jersey Fair Isle, y deslizar los pies dentro de unas zapatillas de seda con diseño de lunares de Enrico Hidolin, me sujeto una bolsa de hielo de plástico a la cara e inicio los ejercicios de estiramientos de la mañana. Después me pongo delante de un lavabo de cromo y acrílico Washmobile –con jabonera, sujetavaso y raíles que sirven de toalleros, que compré en Hastings Tile y que utilizo mientras me pulen los lavabos de mármol que encargué en Finlandia– y contemplo mi reflejo con la bolsa para hielo todavía puesta. Echo un poco de Plax fórmula antiplaca en un vaso de acero inoxidable y me enjuago con él la boca durante treinta segundos. Luego pongo Rembrandt en un cepillo de dientes de concha de tortuga falsa y empiezo a cepillarme los dientes (¿usé el hilo dental ayer por la noche?), y me enjuago con Listerine. Luego me miro las manos y uso un cepillo de uñas. Me quito la bolsa de hielo y uso una loción limpiadora y dilatadora de los poros, luego una máscara facial de hierba de menta que me dejo puesta diez minutos mientras me observo las uñas de los dedos de los pies. Luego uso el cepillo de dientes eléctrico Probright y el abrillantador Interplak (esto, además del cepillo de dientes) que tiene una velocidad de 4.200 rpm y cambia de dirección cuarenta y seis veces por segundo; las cerdas más largas limpian el espacio interdental y masajean las encías, mientras que las más cortas frotan la superficie de los dientes. Vuelvo a enjuagarme, con Cepacol. Me quito la máscara facial con una esponjita renovadora de menta. La ducha tiene una cabeza universal omnidireccional que se ajusta dentro de una escala vertical de diez centímetros. Está hecha de latón australiana dorado y negro, y cubierta por una terminación de esmalte blanco. En la ducha, primero uso un gel limpiador, luego un limpiador corporal de miel y almendra, y para la cara, un gel exfoliador. El champú Vidal Sassoon es especialmente bueno para quitar las escamas de sudor seco, las sales, aceites, suciedad y contaminantes aéreos que pueden cargar el pelo y dañar el cuero cabelludo, lo que hace que parezcas mayor. El acondicionador también es bueno —; la tecnología de la silicona permite disfrutar de las ventajas de Un acondicionador sin que te dé volumen al pelo, lo que también te hace parecer mayor—. Los fines de semana o antes de una cita, prefiero usar el champú revitalizante natural, acondicionador y complejo nutriente Greune, y el acondicionador Complex: Son preparados que contienen D–pantheno1, un factor de complejo de vitamina B; polisorbato 80, un agente limpiador para el cuero cabelludo, e hierbas naturales. Este fin de semana tengo planeado ir a Bloomingdale's o Bergdorf's y, siguiendo consejos de Evelyn, compraré un champú y suplemento Foltene European para hacer más fino el pelo, que contiene un complejo de hidratos de carbono que penetran en las raíces del pelo y mejoran la fuerza y el brillo. También el tratamiento enriquecedor del pelo Vivagen, un nuevo producto Redken que evita los depósitos minerales y prolonga el ciclo

vital del pelo. Luis Carruthers me recomendó el sistema Aramis Nutriplexx, un complejo nutriente que contribuye a mejorar la circulación. Una vez fuera de la ducha y después de secarme con la toalla, vuelvo a ponerme los pantalones de boxeador Ralph Lauren y, antes de echarme el Mousse A Raiser, una crema de afeitar de Pour Hommes, me aplico una toallita caliente en la cara durante dos minutos para ablandar los pelos de la barba. Luego siempre me pongo un hidratante (Clinique es el que prefiero) y lo dejo actuar durante un minuto. Puedes quitártelo o dejado y aplicar la crema de afeitar encima –preferiblemente con una brocha, que ablanda la barba–, algo que encuentro que facilita el afeitado. También evita que el agua se evapore y reduce la fricción entre la piel y la hoja de afeitar. Siempre humedezco la hoja con agua caliente antes del afeitado y me afeito en la dirección en que crece la barba, apretando suavemente la piel. Dejo las patillas y la barbilla para el final, pues las patillas son más duras y necesitan más tiempo para ablandarse. Enjuago la hoja y quito el exceso de agua antes de empezar. Después me echo agua fría a la cara para suprimir cualquier rastro de espuma. Debe usarse una loción para después del afeitado sin alcohol o con muy poco. No debe usarse jamás colonia para la cara, pues su elevado contenido de alcohol reseca la piel y te hace parecer mayor. Uno debe aplicarse un tónico antibacteriano sin alcohol con un algodón humedecido en agua para normalizar la piel. Aplicar un hidratante es el paso final. Enjuáguese la cara con agua antes de aplicar una loción emoliente para suavizar la piel y proteger el hidratante.

Luego aplíquese Gel Apaissante, fabricado también por Pour Hommes, que es una excelente loción sedante de la piel. Si la cara parece seca y escamosa –lo que hace parecer opaco y mayor– úsese una loción clarificadora que elimina las es camitas y descubre la piel más fina (algo que también hace que tu bronceado parezca más intenso). Luego aplíquese un bálsamo antiedad de ojos (Baume Des Yeux), seguido de una loción final humidificadora «protectora». Yo uso una loción para el cuero cabelludo después de secarme el pelo con la toalla. También ahueca un poco el pelo y le da cuerpo y firmeza (pero sin dejado pegajoso), y luego añado más loción, dándole forma al pelo con un cepillo de cerda natural Kent, y por fin me lo peino hacia atrás con un peine de dientes anchos. Me vuelvo a poner el jersey Fair Isle y deslizo nuevamente los pies dentro de las zapatillas de seda con lunares negros, y luego me dirijo al cuarto de estar y pongo el nuevo Talking Heads en el lector de CD, pero patina ligeramente, de modo que lo saco y aplico un limpiador de lentes lectoras láser. Las lentes lectoras láser son muy sensibles y padecen debido a pelos o suciedad o humo o contaminantes o humedad, y si están sucias pueden leer inadecuadamente un CD, haciendo ciertos pasajes inaudibles, variando la velocidad y provocando una distorsión general; el limpiador de lentes lectoras tiene un cepillo limpiador que seca línea automáticamente con las lentes mientras el disco gira para eliminar residuos y partículas. Cuando vuelvo a poner el CD de Talking Heads, funciona perfectamente. Recojo el ejemplar de *USA Today* que han dejado en la puerta y lo llevo a la cocina donde tomo dos Advil, un complejo vitamínico y una tableta de potasio, tragándolos con una botella grande de agua Evian que bebo sin vaso, pues la criada, una vieja china, se olvidó de poner en marcha el lavaplatos ayer antes de irse, y luego tengo que tomar el zumo de limón y pomelo en una copa de vino Sto Rémy que compré en Baccarat. Miro el reloj de neón de encima deja nevera para asegurarme de que tengo tiempo suficiente para desayunar sin prisa. De pie en la cocina, me como un kiwi y una peramanzana japonesa (cuestan cuatro dólares cada una en Gristede's) que saco de unas cajas de aluminio diseñadas en Alemania. Saco un bollo de salvado, un sobrecito de té de hierbas sin cafeína y una caja de avena y salvado de uno de los grandes armarios con puertas de cristal que ocupan casi por entero una pared de la cocina, completados con estantes de acero inoxidable y cristal y metal soplado con arena, enmarcados en metal azul grisáceo oscuro. Me como la mitad del bollo de salvado después de pasado por el microondas y ligeramente cubierto por una leve capa de mantequilla de manzana. Sigue un tazón de avena y salvado con germen de trigo y leche de saja; otra botella de agua Evian y una taza pequeña de té descafeinado después de eso. Junto al tostador de pan Panasonic y a la cafetera Saltan Pop-Up está la cafetera exprés de plata de ley Cremina (que, extrañamente, todavía está caliente) que compré en Hammacher Schlemmer (la taza de acero inoxidable para el exprés que conserva el calor, y el plato y la cucharilla están junto al fregadero, sucias), y el microondas Sharp modelo R-1810A Carousel II con

placa giratoria que uso cuando caliento la otra mitad del bollo de avena. Junto al tostador Salton Sonata y el procesador de alimentos Cuisinart Little Pro y el exprimidor Acme Supreme y la licuadora Cordially y ours, está la tetera de alta presión de acero inoxidable que hace sonar «Té para dos» cuando el agua está a punto y con la que me preparo otra taza de té descafeinado de manzana y canela. Durante lo que parece bastante tiempo contemplo el cuchillo Black & Decker Handy que está en la repisa junto al fregadero, enchufado en la pared: es un pelador troceador con varios apliques, una hoja de sierra, una hoja para escalopes y un mango recargable. El traje que me pongo hoyes de Alan Flusser. Es un traje de los ochenta, que es una versión puesta al día del estilo de los treinta. La nueva versión ha ensanchado los hombros, ampliado el pecho, y recorta la espalda. Las solapas blandas deben de tener unos diez centímetros de ancho con las puntas terminando cerca de las hombreras. Utilizadas adecuadamente en los trajes cruzados, las solapas en punta se consideran más elegantes que las menos marcadas. Los bolsillos tienen un diseño de doble ancho –encima de la cartera hay una hendidura con un adorno a cada lado a base de estrechas franjas de tela–. Cuatro botones forman un cuadrado en el delantero; encima de él, hacia donde se cruzan las solapas, hay dos botones más. Los pantalones tienen profundos pliegues y caen sueltos con objeto de continuar el vuelo de la ancha chaqueta. Los tirantes se ajustan perfectamente detrás. La corbata es de seda con lunares, diseñada por Valentino Coutere. Los zapatos son mocasines de cocodrilo de A. Testoni. Mientras me visto, en la televisión aparece el programa de Patty Winters. Hoy los invitados son mujeres con múltiples personalidades. Una mujer mayor muy gorda e indescriptible aparece en la pantalla y se oye la voz de Patty que le pregunta:

–Bueno, ¿se trata de esquizofrenia, o de qué? *Explíquenoslo.*

–No, no. Los que tienen personalidades múltiples *no* son esquizofrénicos –dice la mujer, negando con la cabeza–. *No* somos peligrosos.

–Bien –empieza Patty, manteniéndose de pie entre el público, con el micrófono en la mano–. ¿Quién era usted el mes pasado?

–El mes pasado parecía que por lo general era Polly –dice la mujer.

Corte al público, la cara preocupada de un ama de casa; antes de que se vea en el monitor, nuevo corte a la mujer de múltiple personalidad.

–Bien –continúa Patty–, ¿y *ahora* quién es?

–Bueno... –La mujer empieza cansinamente, como si estuviera aburrída de que le hagan esa pregunta, como si ya la hubiera contestado una y otra vez y siguieran sin creerla–. Bueno, este mes soy... Lambchop. Casi siempre... Lambchop.

Una larga pausa. La cámara corta a un primer plano de una asombrada ama de casa que mueve la cabeza, mientras otra ama de casa le susurra algo.

Los zapatos que llevo son mocasines de cocodrilo de A. Testoni. Al coger mi impermeable del armario del vestíbulo, encuentro un pañuelo de cuello Burberry y una gabardina a juego con el dibujo de una ballena (algo que podría llevar un niño), y tiene una mancha de algo que parece sirope de chocolate seco por delante, oscureciéndole las solapas. Cojo el ascensor y bajo al portal, mientras le doy cuerda a mi Rolex haciendo pequeños movimientos de muñeca. Le digo buenos días al portero, salgo y llamo a un taxi, dirigiéndome hacia Wall Street.

Harry's

Price y yo bajamos andando por Hannover Street en los momentos más oscuros del crepúsculo y, como guiados por radar, nos dirigimos en silencio hacia Harry's. Timothy no ha dicho nada desde que dejamos P & P. Ni siquiera hace el menor comentario sobre el horrible vagabundo que está acurrucado debajo de un Dumpster de Stone Street, aunque suelta un desagradable silbido a una mujer –tetas grandes, rubia, buen culo, tacones altos– que se dirige a Water Street. Price parece nervioso y no me apetece preguntarle qué le pasa. Lleva un traje de lino de Canali Milano, una camisa de algodón de Ike Behard, una corbata de seda de Bill Blass y unos zapatos con cordones de Brooks Brothers. Yo llevo un traje ligero de lino con pantalones de pinzas, una camisa de algodón, una corbata de seda, todo ello de Valentino Couture, y zapatos perforados de Allen–Edmonds. Una vez en Harry's vemos a David van Patten y a Craig McDermott en una mesa de delante. Van Patten lleva una chaqueta cruzada sport de lana y seda, pantalones con bragueta de botones de lana y seda con las pinzas invertidas de Mark Valentino, una camisa de algodón de Gitman Brothers, una corbata de seda a lunares de Bill Bass y zapatos de cuero de Brooks Brothers. McDermott lleva un traje de lino con pantalones de pinzas, una camisa de algodón y lino de Basile, una corbata de seda de Joseph Abboud y mocasines de avestruz de Susan Bennins Warren Edwards.

Ambos están inclinados sobre la mesa, escribiendo en el reverso de servilletas de papel, con un whisky escocés y un martini situados respectivamente delante de ellos. Nos saludan con la mano. Price deja su attaché Tumi de cuero en una silla vacía y se dirige hacia la barra. Le grito para que me pida un J&B con hielo y luego me siento con Van Patten y McDermott.

–Hola, Bateman –dice Craig, con una voz que sugiere que éste no es su primer martini–. ¿Es apropiado llevar mocasines con borlas con un traje formal, o no? No me mires como si estuviera loco.

–Mierda, *no* se lo preguntes a Bateman –protesta Van Patten, agitando una pluma de oro Cross delante de la cara y dando un sorbo ausente a su copa de martini.

–¿Van Patten? –dice Craig. –¿Qué?

McDermott duda, luego dice: –Cállate la boca –con voz inexpresiva.

–¿Qué os jode tanto? –Localizo a Luis Carruthers de pie en la barra junto a Price, que le ignora ostensiblemente. Carruthers no va bien vestido: traje cruzado de lana con doble fila de botones, creo que de Chaps, una camisa a rayas de algodón y una corbata de lazo de seda, aparte de gafas con montura de asta de Oliver Peoples.

–Bateman, vamos a mandar estas preguntas a GQ –empieza Van Patten.

Luis me localiza, sonrío débilmente, luego, si no me equivoco, se ruboriza y se vuelve hacia la barra. Los camareros siempre ignoran a Luis por algún motivo.

–Hemos apostado a ver cuál de nosotros aparece el primero en la columna de preguntas y respuestas, y ahora estoy esperando una respuesta. *¿Qué crees tú?* –pregunta McDermott.

–¿Sobre *qué?* –pregunto yo, irritado.

–Mocasines con borlas, carapijo –dice él.

–Bueno, veréis, chicos... –Mido cuidadosamente las palabras–. Los mocasines con borlas son tradicionalmente un calzado sport... –Vuelvo a mirar a Price, que espera ansioso su copa. Trata de pasar junto a Luis sin mirarle, pero Luis le tiende la mano. Price sonrío, dice algo y se aleja deprisa en dirección a nuestra mesa. Luis vuelve a intentar atraer la atención del camarero y nuevamente fracasa.

–Pero se han vuelto aceptables por lo populares que son, ¿o no?– pregunta Craig con vehemencia.

–Sí –asiento con la cabeza–. Siempre que no sean negros o de cordobán están bien.

–¿Y los marrones? –pregunta Van Patten, desconfiadamente. Pienso en esto y luego digo:

–Demasiado deportivos para un traje formal.

–¿De qué habláis, so maricones? –pregunta Price. Me tiende la copa y luego se sienta, cruzando las piernas.

–De acuerdo, de acuerdo –dice Van Patten–. Lo que yo pregunto es *esto*. Tiene dos partes. – Hace una pausa dramática–. ¿Los cuellos redondos son demasiado formales o demasiado deportivos? Segunda parte, ¿qué tipo de nudo de corbata les va mejor?

Un Price aturdido, con una voz todavía tensa, responde rápidamente con una pronunciación exacta, clara, que se puede oír sobre el estrépito de Harry's.

–Son versátiles y se pueden llevar tanto con trajes como con chaquetas sport. Pueden ser adecuados para ocasiones formales y debe añadirse un pasador si son especialmente formales. – Hace una pausa, suspira; parece como si hubiera visto a alguien. Me vuelvo para ver quién *es*. Price continúa–: Si se llevan con un blazer entonces el cuello debe parecer blando y se pueden llevar con o sin pasador. Como son tradicionales, lo mejor es que se equilibren con un nudo de corbata relativamente pequeño. –Da un sorbo a su martini, vuelve a cruzar las piernas–. ¿La siguiente pregunta?

–Invítale a una copa –dice McDermott, evidentemente impresionado.

–¿Price? –dice Van Patten.

–¿Qué? –dice Price, recorriendo el local con la vista.

..–No tienes precio.

–Oídmeme –digo yo–. ¿Adónde vamos a cenar?

–He comprado la siempre fiable guía Zagat –dice Van Patten, sacando la agenda púrpura del bolsillo y agitándola delante de Timothy.

–Estupendo –dice Price secamente.

–¿Qué vamos a cenar? –Soy yo...

–Algo rubio con grandes tetas. –Price.

–¿Qué tal ese bistró salvadoreño? –McDermott.

–Oídmeme, podríamos pasarnos por Tunnel después, así que algo que quede cerca de allí. –Van Patten.

–No, mierda –empieza McDermott–. ¿Vamos a ir a Tunnel?

La semana pasada me ligué a esa chica de Vassar...

–No, Dios mío, *otra vez* no –protesta Van Patten.

–¿Cuál es tu problema? –interviene, agresivo, McDermott. –También *estaba* yo. No me apetece volver a oír esa historia– dice Van Patten.

–Pero nunca te he contado lo que pasó *después* –dice McDermott, enarcando las cejas.

–¿Cuándo estuvisteis? –pregunto yo–. ¿Por qué no me invitaron a mí?

–Andabas muy ocupado con ese jodido *ligue*, y ahora calla la boca y escucha, La cosa fue que me ligué a esa chica de Vassar en Tunnel..., muy caliente, grandes tetas, piernas estupendas, una tía buena en pequeño..., y la invité a un par de kirs de champán y ella había venido a la ciudad por las

vacaciones de primavera y me la chupó prácticamente en el Chandelier Roomy por eso me la llevé a casa...

–Espera un momento –le interrumpo–. ¿Puedo preguntarte dónde estaba *Pamela* durante todo eso?

Craig guiña el ojo.

–Vete a *tomar por el culo*. Quería que me la chupara, Bateman. Quería una chica que me dejara...

–No quiero oír esas cosas –dice Van Patten llevándose las manos a los oídos–. Seguro que cuenta algo desagradable.

–Fijaos en el remilgado –se burla McDermott–. Mira, decidimos ir juntos a mi casa o acercamos hasta Saint Bart' s. Lo único que quiero es una chica cuya cara pueda aguantar treinta, cuarenta minutos.

Le tiro mi agitador.

–De todos modos, volvimos a mi casa y oí lo que pasó. –Se acerca más a la mesa–. Ya había tomado demasiado champán como para tragar lo que fuera y como fuera, y yo...

–¿Es que te dejó que te la follaras sin condón? –pregunta uno de nosotros.

McDermott abre mucho los ojos.

–Es una chica de *Vassar*. No una de *Queens*.

Price me da un golpecito en el hombro.

–¿Qué quiere decir *eso*?

–Da lo mismo, escuchad –continúa McDermott–. La chica quería..., ¿estáis preparados? –Hace una pausa dramática–. Sólo quería trabajármela a mano, y fijaos en esto..., con el *guante* puesto. –Se echa hacia atrás en su silla y da un trago a su copa, satisfecho de sí mismo.

Nos tomamos la cosa en serio. Ninguno se burla de la reveladora declaración de McDermott ni de su incapacidad para reaccionar más agresivamente con la chica. Nadie dice nada, pero todos pensamos lo mismo: *Nunca* se ha ligado a una chica de *Vassar*.

–Lo que tú necesitas es una chica de *Camden* –dice Van Patten, después de recuperarse de lo que ha contado McDermott.

–*Estupendo* –digo yo–. Una chica que crea que está muy bien follar con su hermano.

–Sí, pero creen que SIDA es una nueva banda inglesa –apunta Price.

–¿Dónde cenamos? –pregunta Van Patten, ausente, mientras examina con atención la pregunta escrita en la servilleta–. ¿Dónde coño vamos a ir?

–La verdad es que resulta raro que las chicas crean que a los chicos les interesan esas cosas, las enfermedades y cosas así –dice Van Patten, moviendo la cabeza.

–Pues yo no estoy dispuesto a ponerme un jodido condón– anuncia McDermott.

–He leído un artículo que he fotocopiado –dice Van Patten–, que cuenta que nuestras posibilidades de cogerlo son de un cero cero cero coma cinco por ciento o algo así, y que da igual qué tipo de chica guarra, asquerosa, mamona, te termines cepillando.

–Los chicos no pueden cogerlo.

–Bueno, los *blancos*.

–¿Esa chica llevaba un jodido guante? –pregunta Price, todavía asombrado–. ¿*Un guante*? ¿Por qué no te la meneaste tú solo? –Oye, la polla era una fiesta –dice Van Patten–. Faulkner. –¿A qué universidad fuiste? –pregunta Price–. ¿A PineManar?

–Tíos –anuncio yo–. Fijaos en quién se acerca.

–¿Quién? –Price no quiere volver la cabeza.

–Adivínalo –digo yo–. La mayor comadreja de Drexel Burnham Lambert.

–¿Conolly? –apunta Price.

–Hola, Prestan –digo, estrechando la mano de Prestan.

–Amigos –dice Prestan, de pie junto a la mesa, saludando con la cabeza a todos–. Lo lamento, pero esta noche no podré cenar con vosotros. –Prestan lleva un traje cruzado de lana de Alexander Julian, una camisa de algodón y una corbata de seda de Perry Ellis. Se inclina, y mantiene el equilibrio apoyando una mano en el respaldo de mi silla–. Me molesta mucho no poder ir, pero los compromisos..., ya sabéis.

Price le lanza una mirada acusadora y suelta, insultante:

–¿Estaba invitado a venir con nosotros?

Yo me encojo de hombros y termino lo que me queda del J&B. –¿Qué hiciste ayer por la noche? –pregunta McDermott, y luego añade–: Bonito traje.

–Mejor sería, ¿con quién se lo hizo ayer por la noche? –corrige Van Patten.

–No, no –dice Prestan–. Fue una velada decente, muy respetable. Nada de chicas, nada de sexo, nada de alcohol. Fui a The Russian Tea Room con Alexandra y sus padres. Ella llama a su padre..., fijaos..., Billy. Pero estoy tan puñeteramente cansado, y fue sólo *un* Stoli. –Se quita las gafas (Oliver Peoples, naturalmente) y bosteza, limpiándolas con un pañuelo de Armani–. No estoy seguro, pero me parece que nuestro camarero, que parecía un pope ortodoxo, echó algo de ácido en el borscht. Estoy tan jodidamente cansado.

–¿Entonces qué vas a hacer? –pregunta Price, sin el menor interés.

–Tengo que devolver unos vídeos, ir a un vietnamita con Alexandra y a un musical en Broadway, algo inglés –dice Prestan, paseando la vista por el local.

–Oye, Prestan –dice Van Patten–. Vamos a mandar las preguntas al GQ ¿Quieres hacer alguna?

–Sí, sí, quiero hacer una –dice Prestan–. Vamos a ver, cuando se lleva esmoquin, ¿cómo se consigue que el plastrón de la camisa no se te levante?

Van Patten y McDermott se quedan sentados en silencio durante un minuto antes de que Craig, interesado y con la frente fruncida al pensar, dice:

–Es una buena pregunta.

–Oye, Price –dice Preston–. ¿Vas a hacer alguna tú?

–Sí –afirma Price, y suspira–. Si todos tus amigos son unos gilipollas, ¿es asesinato, conducta desordenada, o una buena acción si les vuelas *sus* jodidas cabezas con una Magnum del treinta y ocho?

–No es adecuada para el GQ –dice McDermott–. Prueba con *Soldier* o *Fortune*.

–O *Vanity Fair*. –Van Patten.

–¿Y ése quién es? –pregunta Price, mirando hacia la barra–. ¿No es *Reed* Robinson? A propósito, Preston, uno sólo tiene que hacer que le hagan un ojal en la parte delantera de la camisa, por donde se puede meter un botón que se lleva cosido a los pantalones; de ese modo te aseguras de que el plastrón tieso de la parte de delante de la camisa no se mete por debajo de la faja y así no se te sube cuando te sientas, ¿no es ese mamón *Reed Robinson*? Se parece mucho a él.

Asombrado por la explicación de Price, Prestan se da lentamente la vuelta, todavía apoyado, y después de ponerse de nuevo las gafas, mira hacia la barra.

–No, es Nigel Morrison.

–Ah –exclama Price–. Uno de esos jóvenes maricones ingleses que están de interinos en...
–¿Cómo sabes que es maricón? –le pregunto.
–Son todos maricones. –Price se encoge de hombros–. Los ingleses.
–¿Y cómo *te* has enterado, Timothy? –pregunta Van Patten, sonriendo maliciosamente.
–Le vi dándole por el culo a Bateman en el servicio del Morgan Stanley –dice Price.
Yo suspiro y le pregunto a Preston.
–¿Dónde trabaja de interino Morrison?
–Lo he olvidado –dice Preston, rascándose la cabeza–. ¿En Lazard?
–¿Dónde? –le apremia McDermott–. ¿En First Boston? ¿En Goldman?
–No estoy seguro –dice Preston–. Puede que en Drexel. Oye, sólo es ayudante del analista financiero, y su espantosa novia de dientes podridos está en una miserable ratonera ocupándose de equilibrar las acciones.
–¿Dónde cenamos? –pregunto, empezando a perder la paciencia–. Tenemos que reservar mesa. No quiero quedarme de pie junto a una jodida barra.
–¿Qué coño es eso que lleva Morrison? –se pregunta Preston–. ¿Es un traje a rayas con una camisa *de cuadros*?
–No es Morrison –dice Price.
–¿Entonces quién es? –pregunta Preston, volviendo a quitarse las gafas.
–Es Paul Owen –dice Price.
–Ése no es Paul Owen –digo yo–. Paul Owen está en el otro extremo del bar. Allá al fondo. Owen está junto a la barra con un traje cruzado de lana.
–Se ocupa de la cuenta de Fisher –dice alguien.
–El hijoputa tiene suerte –murmura alguien.
–Sí, un hijoputa *judío* con suerte –dice Preston.
–Dios mío, Preston –digo yo–. ¿Qué tiene que ver *eso* con nada?
–Oye, he visto a ese hijoputa sentado en su oficina al teléfono con CEOs, dándole vueltas a un jodido menorah, o como se llamen *esos* candelabros judíos. El pasado diciembre el hijoputa llevó una rama de la fiesta de Hanukkah a la oficina –dice de repente Preston, especialmente animado.
–A lo que se da vueltas es a esa especie de pirindola que se llama dreidel, Preston –digo yo tranquilamente–, no a un menorah. Lo que se hace girar es un dreidel.
–Dios santo, Bateman, ¿es que quieres que vaya a la barra y le diga a Freddy que fría una de esas jodidas tortas de patata? –pregunta Preston, alarmado de verdad–. Unos... ¿*latkes*?
–No –digo yo–. Pero deja de hacer observaciones antisemitas. –La voz de la razón... –Price se echa hacia delante y me da una palmadita en la espalda–. El buen chico de siempre.
–Sí, un buen chico que, según tú, deja que un analista financiero interino inglés lo sodomice –digo, irónicamente.
–He dicho que eres la voz de la razón –dice Price–. No que *no fueras* homosexual.
–O redundante –añade Preston.
–Sí –digo yo, mirando directamente a Price–. Pregúntale a Meredith si soy homosexual. Es decir, si tendría tiempo para meterse mi polla en la boca.
–A Meredith le gusta hacérselo con maricas –explica Price, imperturbable–. Por eso me la cepillo yo.

–Esperad un momento, chicos, sé un chiste. –Prestan se frota las manos.

–Prestan –dice Price–, el chiste *eres* tú. ¿No sabías que no queremos que vengas a cenar con nosotros? A propósito, bonito chaleco; no hace juego, pero no queda tan mal.

–Price, eres un hijoputa, eres tan jodidamente puñetero conmigo que ya apestas –dice Prestan, riéndose–. De todos modos, John Fitzgerald Kennedy y Pearl Bailey se encuentran en una fiesta y van al Despacho Oval para follar, y cuando están follando, Kennedy se duerme y... –Prestan se interrumpe–. Cómo, ¿y qué pasa luego...? Ah, sí, Pearl Bailey le dice: señor presidente quiero volver a follar, y entonces él dice: ahora vaya dormir un poco y en... treinta..., no esperad... –Prestan se vuelve a interrumpir, confuso–. No..., dentro de sesenta minutos..., no, estaba bien, dentro de treinta minutos, me despertaré y volveremos a hacerla, pero tienes que mantener una mano en mi polla y la otra sobre mis huevos, y ella dice que muy bien pero por qué tengo que tener una mano en su polla y la otra..., la otra en los huevos... y... –Se fija en que Van Patten está garabateando algo en el dorso de una servilleta–. Oye, Van Patten, ¿me escuchas?

–Te escucho –dice Van Patten, irritado–. Sigue. Termina de una vez. Una mano en mi polla, otra mano en mis huevos, sigue.

Luis Carruthers continúa de pie junto a la barra, esperando una copa. Ahora me parece que su corbata de lazo es de Agnes B. Todo está tan poco claro.

–Yo no –dice Price.

–Y él dice, porque... –Prestan vuelve a vacilar. Hay un largo silencio. Prestan me mira...

–No *me* mires –digo yo–. El chiste no lo cuento yo.

–Y él dice... Se me ha quedado la mente en blanco.

–¿Es *eso* la gracia del chiste? ¿Se me ha quedado la mente en blanco? –pregunta McDermott.

–Él dice, bueno, porque... –Prestan se pone la mano sobre *los* ojos y piensa–. Dios santo, no puedo creer que se me haya olvidado...

–*Estupendo*, Prestan –suspira Price–. Además de hijoputa, no tienes ni un poco de gracia.

–¿Se me ha quedado la mente en blanco? –me pregunta Craig–. No lo cojo.

–Sí, sí, ya me acuerdo –dice Prestan–. Oíd, ya me acuerdo. Porque la última vez que follé con una negra, me robó la cartera. –y se echa a reír de inmediato. Y después de un breve silencio, todos los de la mesa empiezan a reírse, excepto yo.

–Eso es, en *eso* consiste la gracia –dice orgullosamente Preston, aliviado.

Van Patten le da una palmada en la mano. Incluso Price se ríe. –Dios santo –digo yo–. Es espantoso.

–¿Por qué? –dice Prestan–. Es muy divertido.

–Sí, Bateman –dice McDermott–. Ríete.

–Oh, se me había olvidado que Bateman está saliendo con alguien que defiende los derechos civiles –dice Price–. ¿Por qué no te gusta?

–No es divertido –digo yo–. Es *racista*.

–Bateman, eres un hijoputa mamón –dice Prestan–. Deberías dejar de leer todas esas biografías de Ted Bundy. –Prestan se levanta y consulta su Rolex–. Tíos, me voy. Hasta mañana.

–Sí. A la misma Batihora, en el mismo Baticanal –dice Van Patten, dándome un codazo.

Prestan se inclina hacia delante antes de irse.

–Porque la última vez que follé con una negra me robó la cartera.

–Lo he cogido –digo, empujándole.

–Recordad esto, chicos: hay pocas cosas que funcionen tan bien en la vida como un Kenwood. – Sale.

–Dua–dudua –dice Van Patten.

–Oídmeme, ¿sabía alguno de vosotros que los hombres de las cavernas consumían más fibra que nosotros? –pregunta McDermott.

Pastels

Estoy a punto de echarme a llorar cuando llegamos a Pastels porque estoy seguro de que no vamos a conseguir mesa, pero la mesa es buena, y el alivio, que casi tiene un carácter de marea, me deja limpio como una tremenda oleada. McDermott conoce al maître de Pastels y, aunque hemos hecho la reserva desde el taxi sólo unos minutos antes, nos hacen pasar inmediatamente del abarrotado bar al comedor principal, rosa y bien iluminado, y nos sientan en una mesa excelente para cuatro. Es imposible conseguir mesa en Pastels y creo que Van Patten, yo mismo, e incluso Price, estamos impresionados, puede que hasta sintamos envidia, de la proeza de McDermott para conseguir una mesa.

Después de meternos en un taxi en Water Street nos dimos cuenta de que no habíamos reservado mesa en ningún sitio y mientras debatíamos sobre los méritos de un nuevo bistró californiano–siciliano del Upper East Side –siento tal pánico que casi rompo la Zagat en dos– conseguimos llegar a un consenso. Price fue la única voz disidente, pero al final se encogió de hombros y dijo:

–Me la suda. –y usamos su teléfono portátil para reservar la mesa.

Luego sacó su walkman y puso el volumen tan alto que el sonido de Vivaldi casi resultaba audible aun con las ventanillas medio abiertas y el ruido del tráfico de la calle resonando dentro del taxi. Van Patten y McDermott hicieron chistes desagradables sobre el tamaño de la polla de Tim, y yo me uní a ellos. Antes de entrar en Pastels, Tim cogió la servilleta con la versión final de su pregunta al GQ y se la tiró a un vagabundo que estaba cerca de la puerta del restaurante con un cartel que decía: «ESTOY HAMBRIENTO Y NO TENGO CASA POR FAVOR A YÚDENME».

Parece que las cosas van como la seda. El maître ha mandado cuatro Bellini obsequio de la casa, pero de todos modos pedimos unas copas. Las Ronnettes cantan «Then He Kissed Me», nuestra camarera es una tía buena y hasta Price parece relajado aunque detesta el lugar. Además, hay cuatro mujeres en la mesa situada frente a la nuestra, todas muy guapas –rubias, grandes tetas: una lleva un vestido camiserero de lana reversible de Calvin Klein, otra lleva un vestido de malla de lana y un chaleco con adornos de seda de Geoffrey Beene, otra lleva una falda simétrica de tul con pliegues y un bustier de terciopelo bordado de, creo, Christian Lacroix, aparte de zapatos de tacón alto de Sidonie Larizzi, y la última lleva un vestido negro con lentejuelas sin tirantes debajo de un chaleco sastre de crepé de Bill Blass–. Ahora las Shirelles cantan «Dancing In The Street» por los altavoces, y el sistema de sonido, además de la acústica, pues el restaurante tiene el techo alto, es tan potente que tenemos que gritar prácticamente para pedir a la camarera que está tan buena –lleva un vestido de dos colores de lana con adornos de pasamanería de Myrone de Prémonville y botines de terciopelo hasta el tobillo y, estoy casi seguro, coquetea conmigo–: se ríe de modo sexy cuando le pido, de primero, el ceviche de cazón y calamar con caviar dorado; me lanza una mirada tan encendida, tan penetrante cuando pido el pastel de carne con salsa verde de tomatillo, que tengo que mirar el Bellini rosa de la alargada copa de champán con expresión interesada, *grave*, para que no crea que estoy *demasiado* interesado. Price pide las tapas y luego el venado con salsa de yogur y

brotos de polipodio con trocitos de mango. McDermott pide el sashimi con queso de cabra y luego el pato ahumado con endibias y sirope de arce. Van Patten toma los embutidos al gratén y el salmón a la plancha con vinagre de frambuesa y guacamole. El aire acondicionado del restaurante está a tope y estoy empezando a lamentar el no haberme puesto el nuevo jersey de Versace que compré la semana pasada en Bergdorf's. Quedaría muy bien con el traje que llevo.

–¿Podría retirar estas cosas, *por favor*? –le indica Price al camarero, señalando los Bellini.

–Espera, Tim –dice Van Patten–. *Tranquilo*. Los tomaré yo. –*Eurobasura*, David –explica Price–. *Eurobasura*. –Puedes tomarte el *mío*, Van Patten –digo yo.

–Espere –dice McDermott, haciendo que el mozo se detenga–. También yo tomaré el *mío*.

–¿Por qué? –pregunta Price–. ¿Tratas de atraer a esa chica armenia que está junto a la barra?

–¿Qué chica armenia? –Van Patten de repente gira el cuello, interesado.

–Lléveselos todos –dice Price, prácticamente echando humo.

El mozo retira humildemente las copas, saludando con la cabeza sin mirar a nadie cuando se aleja.

–¿Quién te ha dado permiso? –dice McDermott, casi gritando.

–Fijaos, chicos. Fijaos en quién acaba de entrar –dice Van Patten.

–Por el amor de Dios, *no* será el jodido Prestan –suspira Price.

–Nada de eso –dice Van Patten de modo siniestro–. Todavía no sabe adónde hemos ido.

–¿Victor Powell? ¿Paul Owen? –pregunto yo, súbitamente asustado.

–Tiene veinticuatro años y tiene, lo diré así, una cantidad de pasta *repulsiva* –suelta Van Patten, haciendo una mueca. Es evidente que la persona le ha visto y él suelta una sonrisa resplandeciente, mostrando su dentadura al completo–. Está forrado.

Giro el cuello, pero no consigo imaginar a quién se refiere. –Es Scott Montgomery –dice Price–. ¿No? ¿No es Scout Montgomery?

–Puede que sí –dice Van Patten, para azuzarle.

–Es el enano de Scott Montgomery –dice Price.

–Price –dice Van Patten–. No tienes precio.

–Fijaos en cómo simulo que estoy excitado –dice Price, dándose la vuelta–. Bueno, lo más excitado que puedo estar por conocer a alguien de Georgia.

–Vale –dice McDermott–. Y va vestido de punta en blanco.

–Oye –dice Price–. Estoy deprimido. Tremendamente deprimido.

–Hay que ver –digo yo, localizando a Montgomery–. Azul marino, muy elegante.

–Una tela muy sutil –susurra Van Patten.

–Demasiado beige –sentencia Price–. Ya sabes.

–Aquí viene –digo yo, dándome fuerza.

Scott Montgomery se dirige hacia nuestra mesa con un blazer azul marino cruzado con botones de concha de tortuga falsos, una camisa de lana arrugada a rayas con un toque de respuntes rojos, una corbata de seda blanca y azul con fuegos artificiales impresos de Hugo Boss y pantalones color ciruela de lana con cuatro pinzas y bolsillos oblicuos de Lazo. Sujeta una copa de champán y se la tiende a la chica con la que está –aspecto evidente de modelo, delgada, bien de tetas, sin culo, tacones altos–, que lleva una falda de crepé y un chaleco de terciopelo, lana y cachemira, y doblado en el brazo hay un abrigo de terciopelo, lana y cachemira, todo de Louis Dell'Olio. Zapatos de tacón de Susan Bennis Warren Edwards. Gafas de sol de Alain Mikli. Bolso de cuero prensado de Hermes.

–Hola, chicos, ¿cómo os va? –dice Montgomery con un marcado acento de Georgia–. Os presento a Nicki. Nicki, éstos son McDonald, Van Buren, Bateman..., bonito bronceado y mister Price. –Sólo estrecha la mano de Timothy y luego coge la copa de champán que tenía Nicki. Nicki sonríe educadamente, como un robot; probablemente no habla inglés.

–Montgomery –dice Price, en un tono amable, familiar, mirando a Nicki–. ¿Cómo te van las cosas?

–Bien, amigos –dice Montgomery–. Vaya ver si consigo una mesa mejor que la vuestra. ¿Todavía no os han traído la cuenta? Es una broma.

–Oye, Montgomery –dice Price, mirando a Nicki pero mostrándose todavía inusualmente amable con una persona que yo creía que le resultaba desconocida–. ¿Squash?

–Llámame –dice Montgomery, distraído, paseando la vista por el local–. ¿No es Tyson ése de ahí? Aquí tienes mi tarjeta.

–Estupendo –dice Price, guardándosela en el bolsillo–. ¿El jueves?

–No puedo. Me voy a Dallas mañana, pero... –Montgomery ya se aleja de la mesa, dirigiéndose apresuradamente hacia otra persona, mientras tira de Nicki–. Sí, sí, la semana que viene.

Nicki me sonríe, luego mira al suelo –losetas rosas, azul, verde lima que se entrecruzan formando dibujos triangulares– como si éste contuviera algún tipo de respuesta, alguna especie de clave, ofreciera una razón coherente de por qué estaba con Montgomery. Me sorprende preguntándome si será mayor que él, y luego si coquetea conmigo.

–Hasta luego –está diciendo Price.

–Hasta luego, amigos... –Montgomery ya se encuentra en mitad de la sala. Nicki le sigue. Estaba equivocado: *tiene culo*.

–Ochocientos millones –anuncia McDermott admirativamente, moviendo la cabeza.

–¿De la universidad? –pregunto.

–Estás de broma –dice Price.

–¿De Rollins? –apunto yo.

Óyeme bien –dice McDermott–. De Hampden–Sydney. –Es un parásito, un miserable, un buitro –concluye Van Patten.

–Pero tiene ochocientos *millones* –repite enfáticamente McDermott.

–Olvídalo y tráeme la *cabeza* de ese enano..., ¿te haría callar eso? –dice Price–. Me refiero a que pareces muy impresionado, McDermott.

–En cualquier caso –apunto yo–, una guapa chica.

–Esa chica es tremenda –concuerta McDermott. –Afirmativo –asiente Price, pero de mala gana.

–Tío –dice Van Patten, acongojado–. *Conozco* a esa chica. –Joder –murmuramos todos.

–Déjame adivinarlo –digo yo–. Te la ligaste en Tunnel, ¿a que sí?

–No –dice él, después de dar un sorbo a su copa–. Es modelo. Anoréxica, alcohólica. Una puta estirada. *Completamente* francesa.

–Qué bromista eres –digo yo, sin saber si está mintiendo:

–¿Qué te apuestas?

–¿Para qué? –McDermott se encoge de hombros–. He follado con ella.

–Un día bebió un litro de Stoli, luego lo vomitó y *volvió a bebérselo*, McDermott –explica Van Patten–. Alcohólica total.

–Una alcohólica total bien *barata* –murmura Price.

–No me importa –dice McDermott valientemente–. Es muy guapa. Quiero follar con ella. Quiero casarme con ella. Quiero tener hijos con ella.

–Dios mío –dice Van Patten, casi con náuseas–. ¿Quién querría casarse con una chica que va a dar a luz una jarra de vodka y zumo de arándanos?

–Pero *tiene* su punto –digo yo.

–Claro. Él también quiere tirarse a la chica armenia de la barra –dice burlescamente Price–. ¿Qué daría a luz ella?.., ¿una botella

de Korbel y un frasco de zumo de melocotón?

–¿*Qué* chica armenia? –pregunta McDermott, nervioso, volviendo el cuello.

–Dios santo. Que os den por el culo, so maricones –dice Van Patten, suspirando.

El maître se acerca para saludar a McDermott, luego se fija en que no tenemos los preceptivos Bellini y se aleja corriendo antes de que podamos impedirselo. No estoy seguro de por qué McDermott conoce tanto a Alain –¿quizá de Cecelia?–, lo que me jade un poco, pero decido que puedo marcarles un gol enseñándoles mi nueva tarjeta de visita. La saco de mi cartera de piel de gacela (Barney's, 850 dólares) y la dejo encima de la mesa, esperando su reacción.

–¿Qué es eso? ¿Un dibujo? –pregunta Price, sin demasiada apatía.

–Mi nueva tarjeta de visita. –Trato de comportarme desenfadadamente, pero me sorprende sonriendo muy orgulloso–. ¿Qué os parece?

–Vaya –dice McDermott, recogéndola, auténticamente impresionado–. Muy bonita. Échale un ojo. –Se la tiende a Van Patten.

–Las recogí del impresor ayer –apunto yo.

–Está bien de color –dice Van Patten, estudiando atentamente la tarjeta.

–Es color hueso –señalo–. Y los caracteres se llaman algo así como Silian Rail.

–¿Silian Rail? –pregunta McDermott.

–Sí. No está mal, ¿verdad?

–Está bastante bien, Bateman –dice Van Patten cautamente, el jodido envidioso–, pero eso no es nada... –Saca su cartera y deja una tarjeta de visita junto al cenicero–. Mirad ésta.

Todos nos inclinamos y estudiamos la tarjeta de visita de David, y Price dice tranquilamente:

–Es bonita *de verdad*.

Me recorre un breve espasmo de envidia cuando me fijo en la elegancia del color y la evidente clase de los tipos. Aprieto el puño cuando Van Patten dice, afectadamente:

–Cáscara de huevo con tipos Romalian... –Se vuelve hacia mí–. ¿Qué opinas tú?

–Muy bonita –grazno, pero consigo asentir con la cabeza, cuando el mozo trae cuatro nuevos Bellini.

–Dios santo –dice Price, alzando la tarjeta de visita hacia la luz e ignorando las nuevas copas–. Es super de verdad. ¿Cómo es posible que un idiota como tú tenga algo de tan buen gusto?

Miro la tarjeta de visita de Van Patten y luego la mía, y no puedo creer que a Price le guste de verdad más la de Van Patten. Aturdido, doy un trago a mi copa y respiro a fondo.

–Pero esperad –dice Price–. Todavía no habéis visto nada...

–Saca la suya de un bolsillo interior de la chaqueta y lenta, dramáticamente, le da la vuelta para que la admiremos, y anuncia–: la *mía*. Hasta yo tengo que admitir que es espléndida.

De repente, el restaurante parece muy lejos, enmudecido; el ruido, distante, un murmullo sin sentido, comparado con esta tarjeta de visita, y todos tenemos que oír las palabras de Price:

–Letras de relieve, blanco nimbo claro...

–¡Es la hostia! –exclama Van Patten–. Nunca había visto... –Bonita, muy bonita –tengo que admitir–. Pero espera. Vamos a ver la de Montgomery.

Price la saca y, aunque se comporta de modo indiferente, no entiendo cómo puede ignorar su sutil color blanco, su grosor lleno de gusto. Me siento inesperadamente deprimido por haber iniciado esto.

–Pizza. Vamos a pedir una pizza –dice McDermott–. ¿No quiere compartir nadie una pizza conmigo? ¿De pomátomo rojo? Mmmmm. Seguro que a Bateman le apetece *ésa* –dice, frotándose las manos con ansia.

Cojo la tarjeta de visita de Montgomery y paso los dedos por ella, para notar la sensación de la tarjeta en las yemas de los dedos.

–Agradable, ¿eh? –El tono de Price sugiere que se da cuenta de que tengo envidia.

–Sí –digo yo bruscamente, devolviéndole la tarjeta a Price como no le daría un trozo de mierda, aunque me cuesta tragarme todo esto.

–Pizza de pomátomo rojo –me recuerda McDermott–. Me muero de hambre.

–Pizza no –murmuro yo, aliviado cuando desaparece la tarjeta de visita de Montgomery, que queda fuera de vista, de nuevo en el bolsillo de Timothy.

–Venga –dice McDermott, lamentándose–. Pidamos la pizza de pomátomo rojo.

–Cállate de una vez, Craig –dice Van Patten, mirando a una camarera que toma el pedido de una mesa–. Pero llama a esa tía buena.

–Pero no es la nuestra –dice McDermott, manoseando la carta que le ha arrancado a un mozo que pasaba.

–Llámala de *todos* modos –insiste Van Patten–. Pídele agua o una Corona o lo que sea.

–¿Por qué a *ella*? –pregunto, aunque a nadie en concreto. Mi tarjeta de visita sigue en la mesa, ignorada, junto a una orquídea de un jarrón azul. La cojo poco a poco y la vuelvo a guardar, doblada, en mi cartera.

–Es exactamente igual que esa chica que trabaja en la sección de Georgette Klinger, de Bloomindale's –dice Van Patten–. Vamos a llamarla.

–¿Quiere alguien pizza, o no? –McDermott está bastante molesto.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunto a Van Patten.

–Porque le compré un perfume a Kate *allí* –contesta él.

Los gestos de Price atraen la atención hacia nuestra mesa. –Me olvidé de contarle a todo el mundo que Montgomery es un enano.

–¿Quién es Kate? –digo yo.

–*Kate* es la chica con la que Van Patten tiene una aventura –explica Price, volviendo a mirar hacia la mesa de Montgomery. –¿y qué ha sido de Miss Kittridge? –pregunto.

–Sí –sonríe Price–. ¿Qué *pasa* con Amanda?

–Bueno, chicos, veréis, no nos atamos demasiado. ¿Fidelidad?

–Vale.

–¿No tienes miedo a las *enfermedades*? –pregunta Price. – ¿De quién? ¿De Amanda, o de Kate? –pregunto yo. –Creía que estábamos de acuerdo en que no podíamos cogerlas. –Van Patten alza la voz–. Por lo tanto..., mamón, a ver si cierras la boca.

–Yo no te decía...

Llegan cuatro Bellini más. Ahora hay ocho Bellini encima de la mesa.

–Oh, Dios mío –se lamenta Price, tratando de agarrar al mozo antes de que se escabulla.

–Pizza de pomátomo rojo..., pizza de pomátomo rojo... –McDermott ha encontrado un mantra para la noche.

–Pronto nos convertiremos en el objetivo de chicas iraníes cachondas –dice, inexpresivo, Price.

–Es como un cero por ciento de lo que sea, ya sabes... ¿Me estás escuchando? –pregunta Van Patten.

–Pizza de pomátomo rojo..., pizza de pomátomo rojo... –Luego McDermott da una palmada en la mesa, haciéndola oscilar-. ¡Me cago en Dios! ¿Es que no me escucha nadie?

Yo todavía sigo en trance debido a la tarjeta de visita de Montgomery, –el color con tanta clase, el grosor, las letras, la impresión– y de repente alzo el puño como para golpear a Craig y chillo, con una voz que es un trueno:

–¡Nadie quiere esa jodida *pizza de pomátomo rojo!* ¡Una pizza debe ser *espesa* y ligeramente *esponjosa* y tener una *capa de queso fundido!* ¡Aquí la capa de queso es demasiado fina porque el gilipollas del cocinero lo pasa todo demasiado tiempo por el horno! ¡Las pizzas siempre están secas y se cuarteán! –grito.

Con la cara roja, derramo mi Bellini en la mesa y cuando alzo la vista han llegado nuestros primeros platos. Una camarera que está muy buena me mira con expresión extraña y vidriosa. Me seco la mano en la cara, sonriéndole amablemente. Ella sigue allí de pie, mirándome como si fuera una especie de monstruo –la verdad es que parece *asustada*–, y yo miro a Price –¿para qué?, ¿buscando consejo?– y él dice:

–Puros. –Y se da un golpecito en el bolsillo de la chaqueta. McDermott dice tranquilamente.

–No me parece que se cuarteén.

–Oye, guapa –digo yo, ignorando a McDermott y cogiendo a la camarera del brazo para acercarla a mí. Ella titubea, pero yo sonrío y me deja que la acerque más–. Ahora, aquí vamos a cenar agradablemente y... –empiezo a explicar.

–Esto no es lo que he pedido –dice Van Patten, mirando su plato–. No quería los *embutidos al gratén*.

–Cierra la boca. –Lo fulmino con la mirada y luego me vuelvo tranquilamente hacia la tía buena, sonriendo como un idiota, pero un idiota guapo–. Y ahora presta atención, guapa. Somos buenos clientes de este restaurante y probablemente pidamos un buen coñac, o brandy, quién sabe, y queremos estar tranquilos y disfrutar del –hago un gesto con el brazo– ambiente. Y –con la otra mano mi cartera de piel de gacela– nos gustaría paladear unos *buenos* puros cubanos después y no queremos que nos moleste una *palurda*...

–*Palurda*. –McDermott asiente con la cabeza hacia Van Patten y Price.

–Una *palurda*, sí, o cualquier cliente o turista desconsiderado que inevitablemente va a quejarse de nuestras inocuas costumbres... Así que... –pongo disimuladamente lo que espero que sean cincuenta dólares en una mano de dedos pequeños–. Si me garantizas que no van a molestarnos mientras cenamos, te lo agradeceríamos *mucho*. –Aprieto la mano, cerrándole el puño sobre el billete–. y si se queja alguien, bueno... –hago una pausa, luego advierto amenazadoramente–, pues lo echamos a patadas.

La chica asiente sin decir nada y empieza a alejarse con esa expresión aturdida, confusa, en la cara.

–Y –añade Price, sonriendo–, si aparece otra ronda de Bellini dentro de un radio de cincuenta metros alrededor de esta mesa, prenderemos fuego al maltre. Conque ya se lo puedes advertir.

Después de un largo silencio durante el que contemplamos nuestros primeros platos, Van Patten dice:

–¿Bateman?

–¿Qué? –Cojo un trozo de cazón con el tenedor, le pongo un poco de caviar dorado y luego dejo el tenedor.

–Eres la perfección en plan universitario –murmura.

Price ve a otra camarera que se acerca con una bandeja con cuatro copas largas de champán que contienen un líquido rosa pálido, y dice:

–Por el amor de Dios, esto es absurdo...

Sin embargo, la camarera las deja en la mesa de al lado, para las cuatro guapas.

–Está *caliente* –dice Van Patten, ignorando sus embutidos al gratén.

–Una tía buena –asiente McDermott, de acuerdo–. Sin la menor duda.

–A mí no me impresiona –dice Price, sorbiendo por la nariz–. Fíjate en sus rodillas.

Mientras la tía buena está allí, la miramos de arriba abajo, y aunque sus rodillas sostienen unas piernas largas y morenas, no puedo evitar darme cuenta de que una de las rodillas es, evidentemente, mayor que la otra. La rodilla izquierda es más saliente, y casi imperceptiblemente más delgada, que la derecha, y este insignificante defecto ahora nos parece insoportable, por lo que perdemos todo interés. Van Patten está mirando su plato, aturdido, y luego mira a McDermott, y dice:

–Esto tampoco es lo que yo he pedido. Es *sushi*, no sashimi. –Cristo bendito –suspira McDermott–. En realidad, aquí no se viene por la comida.

Un chico que es casi exactamente igual que Christopher Lauder se acerca a la mesa y dice, dándome un golpecito en el hombro:

–Bonito bronceado, Hamilton –antes de dirigirse hacia el servicio de caballeros.

–Bonito bronceado –remeda Price, que moja sus tapas en mi plato.

–Joder –digo yo–, espero no haberme ruborizado.

–La verdad, Bateman, ¿dónde vas a broncearte? –pregunta Van Patten.

–Sí, Bateman, ¿adónde vas? –McDermott parece genuinamente intrigado.

–Fíjate bien en lo que voy a decirte –digo yo–. A un salón de bronceado. –Y luego añado, irritado–: Como *todo* el mundo.

–Yo tengo –dice Van Patten, haciendo una pausa para causar el mayor impacto– una cama para broncearse en... casa. –y luego toma una buena porción de sus embutidos al gratén.

–No puede ser –digo yo, acobardado.

–Es *verdad* –me confirma McDermatt, con la boca llena–. Yo la he visto.

–Eso es jodidamente insultante –digo.

–¿Y por qué coño es jodidamente insultante? –pregunta Price, empujando con el tenedor las tapas por su plato.

–¿Sabes lo caro que es ser socio de un jodido salón de bronceado? –me pregunta Van Patten–. ¿Aunque sólo sea durante un año?

–Tú estás loco –murmuro.

–Fijaos, chicos –dice Van Patten–. Bateman se ha enfadado. De pronto, aparece un camarero y, sin preguntar si hemos terminado, se lleva nuestros primeros platos, que casi no hemos tocado. Nadie se queja, excepto McDermott, que pregunta:

–¿Nos ha quitado los platos de verdad? –y luego se echa a reír sin entender nada. Pero cuando ve que ninguno de los demás ríe, se contiene.

–Se los ha llevado porque las raciones son tan pequeñas que probablemente ha creído que habíamos terminado –dice Price cansadamente.

–Yo creo que se ha enfadado por lo de la cama de bronceado –le digo a Van Patten, aunque secretamente creo que sería un lujo digno de mí, de no ser porque no tengo sitio para una en mi apartamento.

–¿Con quién está Paul Owen? –oigo que McDermott le pregunta a Price.

–Con uno de esos sinvergüenzas de Kicker Peabody –dice Price distraídamente–. Conoce a McCoy.

–¿Entonces, por qué está sentado con esos miserables de Drexel? –pregunta McDermott–. ¿No es Spencer Wynn ése?

–¿Estas muy colocado o *qué*? –pregunta Price–. Ése no es Spencer Wynn.

Miro a Paul Owen, que está sentado a una mesa con otros tres chicos –uno de los cuales podría ser Jeff Duvall: tirantes, pelo peinado hacia atrás, gafas de montura de asta–, todos ellos tomando champán y me pregunto perezosamente cómo se las habrá arreglado Owen para ocuparse de la cuenta de Fisher. Eso me quita el apetito, pero nuestros segundos platos llegan casi inmediatamente después de que nos hayan retirado los primeros y nos ponemos a comer.

McDermott se suelta los tirantes. Price le llama guarro. Me noto paralizado, pero consigo apartar la vista de Owen y mirar mi plato (el pastel de carne es un hexágono amarillento, rodeado de lanchas de salmón ahumado, con dibujitos retorcidos de salsa de tomatillo rodeando artísticamente el plato), y luego miro a la multitud que está esperando. Parecen hostiles, puede que borrachos debido a los Bellini, obsequio de la casa, cansados de esperar horas por unas mierdosas mesas pegadas a la abierta cocina, a pesar de haber hecho una reserva. Van Patten interrumpe el silencio de nuestra mesa dando un golpe con su tenedor y echando su silla hacia atrás.

–¿Qué pasa? –digo yo, alzando la vista de mi plato, con el tenedor levantado encima de él, que mi mano no moverá; es como si ésta apreciase demasiado la disposición del plato, como si mi mano tuviera mente y se negara a desordenarlo. Suspiro y dejo el tenedor a un lado, desesperanzado.

–Mierda. Tengo que grabarle esa película a *Mandy*. –Van Patten se limpia la boca con la servilleta, se pone de pie–. Vuelvo enseguida.

–¿Tienes que grabársela obligatoriamente? –pregunta Price–. ¿Es que te has vuelto loco?

–Es que está en –Bastan. Fue al dentista. –Van Patten se encoge de hombros, con pinta de calzonazos.

–¿Y qué coño vas a hacer? –La voz me vacila. Todavía pienso en la tarjeta de visita de Van Patten–. ¿Llamar al canal desde donde la emiten?

–No –dice él–. Tengo un teléfono inalámbrico conectado al programador de un vídeo Videotonics que compré en Hammachar Schlemmer. –Se aleja, tirándose de los tirantes.

–Qué modernidad –digo yo, sin entonación.

–¿Qué quieres de postre? –le grita McDermott.

–Algo con chocolate y sin harina de trigo –le contesta él; gritando.

–¿Van Patten ha dejado de ir al gimnasio? –pregunto–. Parece inflado.

–Eso parece, pero no ha dejado de ir –dice Price.

–¿Ya no es socio del Vertical Club? –pregunto.

–No lo sé –murmura Price, estudiando su plato. Luego, lo aparta suspirando y se vuelve hacia la camarera para pedirle otro Finlandia con hielo.

Otra camarera que está muy buena se nos acerca muy decidida, trayendo una botella de champán Perrier–Jouet, que no es de reserva, y nos dice que es un obsequio de Scott Montgomery.

–No es de reserva, ¡será buitre! –dice Price, siseando, y vuelve el cuello para buscar la mesa de Montgomery–. Miserable. –Alza el dedo desde el otro lado del comedor–. El mamón es tan bajo que casi ni lo puedo ver. Creo que el que ha cogido el gesto es Conrad. No estoy seguro.

¿Dónde está Conrad? –pregunto–. Debería saludarle. –Es el tipo que te llamó Hamilton –dice Price.

–Ése no era Conrad –digo yo.

–¿Estás seguro? Se parecía muchísimo a él –dice Price, pero en realidad no está escuchando; mira descaradamente a la camarera que está tan buena, a la hendidura de sus pechos que queda al descubierto cuando se inclina para agarrar mejor el corcho de la botella.

–No, ése no es Conrad –digo, sorprendido por la torpeza de Price para reconocer a sus compañeros de trabajo–. Ese tipo lleva el pelo mejor cortado.

Permanecemos sentados en silencio mientras la tía buena sirve el champán. Una vez que se ha ido, McDermott pregunta si nos gusta la comida. Le digo que el pastel de carne estaba bien, pero que tenía demasiada salsa de tomatillo. McDermott asiente con la cabeza y dice: –Es lo que yo había oído.

Van Patten regresa, murmurando:

–No tienen un buen servicio para meterse una línea. –¿Postre? –sugiere McDermott.

–Sólo si puedo pedir el sorbete Bellini –dice Price, bostezando.

–¿Y si pedimos la cuenta? –dice Van Patten.

–Es hora de dedicarse al ojeo, caballeros –digo yo.

La tía buena trae la cuenta. El total son 475 dólares, mucho menos de lo que esperábamos. La pagamos entre todos, pero necesitamos dinero en efectivo, así que saco mi American Express Platino y cojo sus billetes, en su mayoría de cincuenta dólares y muy nuevos. McDermott pide que le devolvamos diez dólares, pues sus embutidos al gratén sólo costaban dieciséis. La botella de champán de Montgomery queda en la mesa, sin beber. Fuera de Pastels un mendigo distinto está sentado en la calle, con un cartel que dice algo completamente ilegible. Nos pide educadamente unas monedas y, luego, algo para comer.

–Ese sujeto necesita un tratamiento facial –sentencio yo. –Oye, McDermott –dice en voz muy alta Price–. Tírale tu corbata.

–Mierda. ¿Crees que van a darle algo por *ella*? –pregunto, mirando al mendigo.

–Cualquier porquería del Jam –dice Van Patten, riendo. Nos damos una palmada en la mano.

–Oye, tío –dice McDermott, mirándose la corbata, claramente ofendido.

–Lo siento..., taxi... –dice Price, haciéndole señas a un taxi– y puede que algo de beber.

–Vamos a Tunnel le dice McDermott al taxista.

–Estupendo, McDermott –dice Price, subiéndose al asiento de delante–. Suena como si estuvieras muy excitado.

–Lo que pasa es que no soy un maricón decadente y quemado como tú –dice McDermott, subiéndose delante de mí.

–¿Sabe alguno de vosotros que los hombres de las cavernas consumían más fibra que nosotros? –dice Price, dirigiéndose al taxista.

–Ya lo había oído –dice McDermott.

–Van Patten –digo yo–. ¿Te fijaste en la botella de champán a la que nos invitó Montgomery?

–Vamos a ver –dice Van Patten, inclinándose hacia McDermott–. A ver si lo adivino. ¿Perrier–Jouet?

–*Bingo* –dice Price–. Pero no era de reserva.

–Jodido buitres –dice Van Patten.

Tunnel

Esta noche todos los hombres del exterior de túnel llevan esmoquin por algún motivo, excepto un mendigo de mediana edad que está sentado junto a un Dumpster, sólo a unos centímetros de los cordones, tendiendo a todo el que le presta atención una taza de café de plástico, pidiendo unas monedas, y cuando Price nos precede sorteando a la multitud en dirección a los cordones, haciendo señas a uno de los de la puerta, Van Patten agita un crujiente billete de dólar delante de la cara del mendigo sin hogar, que momentáneamente se anima, luego Van Patten se lo guarda en el bolsillo mientras entramos en el club y saca una docena de tickets para copas y dos pases de VIP. Una vez dentro tenemos un leve tropiezo con otros dos porteros –largos abrigos de lana, cola de caballo, probablemente alemanes– que quieren saber por qué no llevamos esmoquin. Price consigue resolver el problema con toda facilidad, puede que dándoles una propina o puede que gracias a su mera presencia (probablemente lo primero). Yo me mantengo aparte y, mientras le doy la espalda, trato de oír cómo McDermott se queja a Van Patten de lo loco que estoy por menospreciar las pizzas que hacen en Pastels, pero es difícil oír nada con la versión de «I Feel Free» de Belinda Carlisle atronando por el sistema de sonido. Tengo una navaja con la hoja de sierra en el bolsillo de mi chaleco Valentino y estoy tentado a destripar a McDermott con ella allí mismo, en la entrada; podría rajarle la cara, romperle la columna vertebral. Pero finalmente Price nos hace señas con la mano de que entremos y la tentación de liquidar a McDermott queda remplazada por una extraña sensación de que vaya pasarlo bien, tomar champán, coquetear con una tía buena, encontrar algo que meterme por la nariz puede que hasta bailar algunos temas antiguos o esa nueva canción de Janet Jackson que me gusta.

La cosa se tranquiliza un poco cuando avanzamos por el vestíbulo de entrada, camino de la puerta de verdad, y pasamos junto a tres tías buenas. Una lleva un chaleco de lana negro con botones a un lado y gran escote, pantalones de crepé y un jersey de cuello alto de cachemira muy ajustado, todo de Óscar de la Renta; otra lleva una chaqueta cruzada de lana, mohair y tweed de nailon, que hace juego con unos pantalones estilo vaquero y una camisa de hombre de algodón, todo de Stephen Sprouse; la más guapa lleva un chaleco de lana a cuadros y una falda de lana sujeta más arriba de la cintura, las dos cosas de Barney's, y una blusa de seda de Andra Gabrielle. Es indudable que nos prestan atención alas cuatro y nosotros se la prestamos a ellas, volviendo la cabeza, excepto Price, que las ignora y dice algo grosero.

–Cristo bendito, Price, anímate –se lamenta McDermott–. ¿Cuál es tu problema? Esas chicas estaban muy *cachondas*.

–Sí, siempre que hables farsi –dice Price, dándole a McDermott un par de tickets para copas como para calmarle.

–¿Cómo? –dice Van Patten–,–. No me han parecido españolas.

–¿Sabes, Price? Vas a tener que cambiar de actitud si quieres acostarte con alguien –dice McDermott.

–¿Me hablas *tú* de acostarse? –le pregunta Price a Craig–. *Tú* que lo único que conseguiste la otra noche fue que te la... menearan.

–Que te den por el culo, Price –dice Craig.

–Pero ¿es que creéis que yo hago lo mismo que vosotros cuando necesito un coño? –le desafía Price.

–Sí, haces lo mismo –dicen McDermott y Van Patten, al unísono.

–Mirad –digo yo–, se pueden hacer cosas distintas a cómo uno se siente de verdad para conseguir una chica. Espero que no te haré perder la inocencia, McDermott. –Me pongo a andar más deprisa, tratando de mantenerme a la altura de Tim.

–No, pero eso no explica por qué Tim se comporta como un carapijo –dice McDermott, tratando de alcanzarme.

–Como si a esas chicas les *importase* –suelta Price–. Cuando les diga lo que ganó anualmente, créeme, lo que haga o deje de hacer no importará nada.

–¿Y cómo vas a informarles de eso? –pregunta Van Patten–. ¿Vas a decirles, aquí tenéis una Corona y, a propósito, gano ciento ochenta mil al año, cuál es tu signo del zodiaco?

–Ciento noventa mil –le corrige Price, y luego añade–: Sí, haré eso. Aunque esas chicas no andan detrás de ello.

–¿Y de qué andan detrás esas chicas, sabelotodo? –pregunta

McDermott, inclinándose ligeramente según camina.

Van Patten se ríe y, sin dejar de andar, se da un golpe con las manos.

–Oye –digo yo, riendo– te podrías preguntar si lo sabes tú.

–Quieren a un tío bueno que las lleve a Le Cirque dos veces por semana, y que consiga que entren en Nell's de modo habitual. O puede que a un amigo personal de Donald Trump –dice Price fríamente.

Le damos las entradas a una chica que está bastante bien y que lleva una chaqueta de lana de melton y un pañuelo de seda de Hermes. Cuando nos deja entrar, Prince le guiña el ojo y McDermott está diciendo:

–Sólo con entrar a este sitio empiezan a preocuparme las enfermedades. Hay muchas chicas contagiadas. Lo *noto*.

–Ya te lo había dicho yo –dice Van Patten, y luego vuelve a repetir–: Nosotros no podemos cogerlas. Hay un cero cero cero con uno por ciento de...

Por suerte, la versión larga de «New Sensation» de INXS apaga su voz. La música está tan alta que sólo se puede hablar a gritos. El club está bastante lleno; la única luz procede de los focos de la pista de baile. Todos llevan esmoquin. Todos toman champán. Como sólo tenemos dos pases de VIP, Price se los enseña a McDermott y Van Patten y éstos agitan sus tarjetas de visita ante el tipo que hace guardia al comienzo de la escalera que lleva abajo. El tipo que les deja pasar lleva un esmoquin de lana cruzado, una camisa de cuello volado de algodón de Cerruti 1881 y una corbata de lazo de cuadros blancos y negros de Martin Dingman Neckwear.

–Oye –le digo a Price–. ¿Por qué no las usamos?

–Porque –me grita por encima de la música, agarrándome por el cuello– necesitamos un poco de polvo boliviano...

Le sigo cuando él se lanza por el estrecho pasillo que corre en paralelo a la pista de baile, luego a la barra y finalmente a la Chandelier Room, que está abarrotada de tipos de Drexel, de Leman' s, de Kidder Peabody, de First Bastan, de Morgan Stanley, de Rothschild, de Goldman, e incluso de *Citibank*, por el amor de dios, todos con esmoquin, todos con copas largas de champán en la mano, todos muy cómodos, y es así como si siempre sonara la misma canción. A «New Sensation» la sigue «The Devil Inside», y Price distingue a Ted Madison apoyado en la barandilla del fondo de la sala, con un esmoquin cruzado de lana, una camisa de cuello volado de Paul Smith, una corbata de lazo y una pechera de Rainbow Nerckwear, botonadura de diamantes de Triana, zapatos de piel y gro de Ferragamo y un antiguo reloj de bolsillo Hamilton de Sacks, y después de Madison, y perdiéndose en la oscuridad están los dos pasadizos que esta noche están iluminados deslumbrantemente con luces verdes y rosas, y Price se detiene de repente, y mira a Ted, que sonrío amistosamente cuando distingue a Timothy, y Price mira soñadoramente los dos pasadizos como si le sugirieran algún tipo de libertad, supusieran un escape que Price lleva tiempo buscando, pero le grito:

–Oye, ahí está Teddy. –y esto hace que deje de mirar, sacuda la cabeza como si se la quisiera despejar, vuelva a enfocar su mirada en Madison y grita terminantemente:

–No, ése no es Madison, por el amor de Dios, es *Tumball*. –y al tipo que yo creía que era Madison le saludan otros dos chicos con esmoquin y nos da la espalda y de repente, detrás de Price, Ebersol aprieta el cuello de Timothy con las manos como si quisiera estrangularlo, luego Price se suelta, estrecha la mano de Ebersol y dice:

–¿Qué tal, Madison?

Madison, que yo creía que era Ebersol, lleva un espléndido chaleco cruzado de lino blanco de Hackett of London, adquirido en Bergdorf Goodman. Tiene un puro sin encender en una mano y una copa de champán medio vacía, en la otra.

–Mister Price –grita Madison–. Encantado de verle, señor. –Madison –grita Price a su vez–. Necesitamos de tus servicios.

–¿Andáis buscando problemas? –Madison sonrío.

–Algo más inmediato —;:vuelve a gritar Price.

–Claro –grita Madison y luego, con frialdad debido a algo, me saluda con la cabeza, gritándome, creo : Bateman. –y luego–: Bonito bronceado.

Un tipo que está detrás de Madison y que se parece mucho a Ted Dreyer, lleva un esmoquin cruzado de solapas brillantes, una camisa de algodón y una corbata de lazo de seda a cuadros. Estoy casi seguro que de Polo para Ralph Lamén. Madison mira a su alrededor, saludando con la cabeza a varias personas que pasan entre la multitud.

Finalmente, Price pierde la calma.

–Oye. Necesitamos drogas –creo que le oigo gritar. –Paciencia, Price, paciencia –grita Madison–. Hablaré con Ricardo.

Pero todavía sigue allí, saludando con la cabeza a la gente que pasa empujándonos.

–Quisiéramos que lo hicieras ahora –chilla Price.

–¿Por qué no lleváis esmoquin? –grita Madison.

–¿Cuánto queremos? –me pregunta Price, con aspecto desesperado.

–Será bastante con un gramo –grito yo–. Mañana tengo que estar pronto en la oficina.

–¿Tienes dinero en metálico?

No puedo mentir, asiento con la cabeza y le tiendo cuarenta dólares.

–Un gramo –le grita Price a Ted.

–Oíd –dice Madison, presentándonos a su amigo–, os presento a You.

–Un gramo. –Price pone el dinero en la mano de Madison–. ¿You? ¿Cómo?

El chico y Madison sonrían y Ted niega con la cabeza y grita un nombre que no consigo oír.

–No –grita Madison–. Hugh –creo.

–Claro. Encantado de conocerte, Hugh. –Price se, sujeta la muñeca y da un golpecito a un Rolex de oro con el dedo índice.

–Volveré enseguida –grita Madison–. Haced compañía a mi amigo. Usad sus vales para copas. –Desaparece. You, Hugh, o como sea, se pierde entre la multitud. Sigo a Price a la barandilla.

Quiero encender mi puro, pero no tengo cerillas; sin embargo el tenerlo en la mano y oler su aroma, unido a la idea de que pronto tendremos la droga, me anima y cojo dos de los vales para copas de Price y trato de conseguirle un Finlandia con hielo, que no tienen, me informa la tía buena de detrás de la barra coqueteando, pero tiene un cuerpo tan estupendo y una pinta de estar tan cachonda que tendré que dejarle propina. Pido un Absolut para Price y un J&B con hielo para mí. Estoy a punto de gastar una broma a Tim y llevarle un Bellini, pero esta noche parece demasiado nervioso como para apreciarla, de modo que me abro paso a codazos entre la multitud hasta donde está y le doy el Absolut y él lo coge sin dar las gracias y se lo termina de un trago, mira el vaso y hace una mueca, mirándome de modo acusador. Yo me encojo de hombros. Price vuelve a mirar las vías de tren como si estuviera muy abstraído. Esta noche hay muy pocas chicas en Tunnel.

–Oye, mañana por la tarde vaya salir con Courtney.

–¿Con ella? –me chilla, mirando las vías–. Estupendo. –Incluso con el ruido capto el sarcasmo.

–¿y por qué *no*? Carruthers está fuera de la ciudad.

–Harías mejor contratando a una chica de un servicio de acompañantes –me grita amargamente, casi sin pensar.

–¿Por qué? –grito yo.

–Porque te va a costar *mucho* llevártela a la cama.

–En absoluto –grito.

–Oye, también yo me resigno a eso –grita Price, moviendo ligeramente su vaso. Los cubitos de hielo resuenan con fuerza, sorprendiéndome–. Meredith es igual. Espera que le paguen. *Todas* lo esperan.

–Price. –Doy un largo trago de whisky–. No tienes precio...

Señala a lo que tiene detrás.

–¿Adónde llevan esas vías? –Unas luces láser empiezan a destellar.

–No lo sé –digo, al cabo de un largo rato–, ni siquiera sé si duran mucho.

Me aburro de mirar a Price, que ni se mueve ni habla. La única razón por la que ocasionalmente se aparta de los raíles de tren es para buscar con la mirada a Madison o Ricardo. No hay ninguna mujer cerca, sólo un ejército de profesionales de Wall Street con *esmoquin*. La única mujer que localizo está bailando sola en una *esquina* una canción que creo que se llama «Lave Triangle». Lleva lo que parece ser un top con lentejuelas de Ronaldus Shamask y me concentro en ella, pero me encuentro en *ese* estado de inquietud previo a la coca y me pongo a morder con nerviosismo un vale para bebidas y uno de los tipos de Wall Street que se parece a Boris Cunningham se interpone entre la chica y yo. Estoy a punto de dirigirme a la barra cuando vuelve Madison –han sido veinte minutos– y sorbe ruidosamente por la nariz, con una sonrisa de prestado pegada a su cara, mientras estrecha la mano de un sudoroso y serio Price que se aparta tan deprisa que, cuando Ted trata de darle una palmada cariñosa en la espalda, sólo encuentra el aire.

Sigo a Price, que pasa junto a la barra y atraviesa la pista de baile, luego cruza el piso bajo y sube por la escalera, pasa por delante de la larga hilera de chicas que aguardan para ir al servicio, lo que me parece extraño, pues en el club esta noche casi no hay mujeres, y luego entramos en el servicio de caballeros, que está vacío, y Price y yo nos metemos juntos en uno de los retretes y él cierra con pestillo la puerta.

–Me tiemblan las manos –dice Price, tendiéndome la papelina–. Ábrela tú.

La cojo, desplegando con mucho cuidado los bordes del pequeño envoltorio de papel blanco, y expongo el supuesto gramo –parece menos– a la luz fluorescente del servicio de caballeros.

–Joder –susurra Price, de un modo sorprendentemente amable–. No es mucho, ¿verdad? –Se echa hacia delante para mirarlo. –Puede que sea por la luz –apunto yo.

–El jodido Ricardo –dice Price, examinando la coca. –Desde luego –susurro yo, sacando mi tarjeta American Express Platino–. Vamos a meternos un poco.

–¿Es que la vende por *miligramos*? –pregunta Price. Coge un poco de polvo con su propia tarjeta American Express Platino, llevándoselo a la nariz y aspirando. Se queda en silencio durante unos momentos y luego suelta, con voz carraspeante:

–Dios mío.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–Es un jodido miligramo de edulcorante... o lo que sea. Todo menos coca –dice.

Yo esnifo y llego a la misma conclusión.

–Está muy cortada, desde luego, pero tengo la sensación de que si nos metemos lo bastante, funcionará bien. –Pero Price está furioso, tiene la cara roja y suda; me grita como si fuera culpa mía, como si la idea de comprar el gramo a Madison hubiera sido mía.

–Quiero que me pegue, Bateman –dice Price, lentamente, alzando la voz–. ¡No empolvarme el cerebro con esta jodida mierda!

–Siempre puedes echado al café au lait –grita una voz muy remilgada en el retrete de al lado.

Price me mira, con los ojos muy abiertos de incredulidad, luego monta en cólera y se da la vuelta y empieza a dar puñetazos en la pared.

–Cálmate –le digo–. Vamos a metemos más.

Price se vuelve hacia mí; después de pasarse la mano por su pelo peinado hacia atrás, parece algo más calmado.

–Creo que tienes razón –y luego alza la voz–, es decir, si al maricón del retrete de al lado le parece *bien*.

Esperamos la respuesta, y la voz del retrete de al lado por fin murmura:

–Me parece bien...

–¡Que te den por el culo! –grita enfadado Price.

–¡Que te den por el culo! –dice la voz, imitando el tono. –No, ¡que te den por el culo a ti! –responde, gritando, Price, y trata de trepar por la separación de aluminio, pero le sujeto con una mano y en el retrete de al lado suena la cisterna y la persona sin identificar, obviamente nerviosa, deja el servicio de caballeros. Price se apoya en la puerta de nuestro retrete y me mira con expresión desconsolada. Se pasa una mano temblorosa por la cara, que todavía está muy roja, y cierra los ojos, apretándolos con fuerza; tiene los labios muy pálidos, y un leve resto de cocaína en uno de los agujeros de la nariz..., y luego dice tranquilamente, sin abrir los ojos:

–Vale. Vamos a terminárnosla.

—Eso es valor —digo yo. Metemos por turnos nuestras respectivas tarjetas de crédito en el polvo hasta que ya no queda bastante para que puedan cogerlo las tarjetas y apretamos los dedos y esnifamos o nos frotamos las encías. No me ha pegado demasiado, pero otro J&B le dará al cuerpo la falsa sensación suficiente como para que crea que se ha metido algo medio bueno.

Al salir del retrete, nos lavamos las manos, mirando nuestro reflejo en el espejo y, una vez satisfechos, volvemos nuevamente hacia The Chandelier Room. Empiezo a considerar que debería haber dejado en el guardarropa mi abrigo (Armani), pero diga lo que diga Price, me noto colocado, y: unos minutos después espero .en la barra, tratando de atraer la atención de la tía buena. Por fin tengo que dejar un billete de veinte dólares sobre la barra para atraer su atención, y eso que me fijo que quedan muchos vales para copas. La cosa funciona. Aprovechándome de los vales para copas, pido dos Stolis dobles con hielo. Me sirve los vasos delante de mí.

Me siento bien, y le grito:

—Oye, ¿no vas a la Universidad de Nueva York?

Ella niega con la cabeza, sin sonreír.

—¿A Hunter? —grito.

Vuelve a negar con la cabeza. A Hunter no.

—¿A Columbia? —grito..., aunque se trata de una broma.

Ella continúa concentrada en la botella de Stoli. Decido no proseguir la conversación y dejo los vales para copas en la barra cuando pone los vasos delante de mí —Pero niega con la cabeza y grita:

—Ya son pasadas las once. Ya no sirven. Hay que pagar al contado. Son veinte dólares.

Y sin quejarme, haciendo como que domino por completo la situación, saco mi cartera de piel de gacela y le tiendo un billete de cincuenta que la chica mira, lo juro, despectivamente y, suspirando, se vuelve a la caja registradora y coge mi cambio, y yo la miro fijamente y digo con toda claridad, aunque mi voz quede apagada por el sonido de «Pump Up the Volume» y la multitud:

—Eres una puta asquerosa y me apetece coserte a puñaladas y chapotear en tu sangre —pero sonriendo.

No le dejo propina y me reúno con Price, que de nuevo está apoyado, de mal humor, junto a las vías del tren, agarrado con las manos a la barandilla de hierro. Paul Owen, que se ocupa de la cuenta de Fisher, lleva un esmoquin cruzado de lana con seis botones y está al lado de Price, gritando algo como:

—Llegué a quinientas iteraciones «cash flow» descontado en un IBM PC, tomé el taxi de la empresa a Smith and Wollensky.

Le doy la copa a Price, mientras asiento con la cabeza a Paul. Price no dice nada, ni siquiera gracias. Se limita a coger la copa y contempla fúnebremente los raíles y luego mira de *reajo* y baja la cabeza hacia su vaso y, cuando las luces estroboscópicas se ponen a funcionar, se estira y murmura algo para sí mismo.

—¿Te ha pegado? —le pregunto. —¿Cómo estás? —grita Owen. —Muy contento —digo yo.

La música es una canción continua, interminable, que se une a otra. Unas canciones separadas que sólo se relacionan unas con otras por medio de un sordo redoble y que se imponen a cualquier conversación, lo cual, mientras estoy hablando con un buitro como Owen, me parece perfecto. Parece que ahora hay más chicas en la Chandelier Room y trato de establecer contacto visual con una de ellas —tipo modelo, con grandes tetas—. Price me da un codazo y yo me inclino hacia él para preguntarle si deberíamos hacerlos con otro gramo.

—¿Por qué no llevas esmoquin? —pregunta Owen, detrás de mí. —Lo dejo —grita Price—. Estoy harto.

–¿El qué dejas? –le grito yo, confuso.

–*Esto* grita él, refiriéndose a, aunque no estoy seguro pero creo que sí, su doble Stoli.

–No –le digo–. Lo tomaré yo.

–Escúchame, Patrick –me chilla–. Lo *dejo*.

–¿Y adónde vas? –estoy confuso de verdad–. ¿No quieres que busque a Ricardo?

–Lo dejo –grita –, *me voy*.

Empiezo a reírme, sin saber lo que quiere decir.

–Muy bien, ¿y adónde vas a ir?

–¡*Lejos!* –grita.

–No me digas –le grito a mi vez–. ¿Dejas las operaciones de bolsa?

–*No*, Bateman. Estoy hablando en serio, hijoputa. *Me marchó*.

Vaya desaparecer.

–¿Pero adónde? –Todavía estoy riéndome, todavía sigo confuso, todavía grito–. ¿A Margan Stanley? ¿A Rehab? ¿Adónde?

Él aparta la vista sin responder, se limita a seguir mirando los raíles, tratando de descubrir el punto donde terminan, que está más allá de la oscuridad. Está poniéndose demasiado coñazo, pero Owen parece todavía peor y he cruzado la mirada accidentalmente con él.

–Dile que no se preocupe, que lo pase bien –grita Owen. –¿Todavía llevas tú la cuenta de Fisher? –¿Qué otra cosa podría decirle?

–¿Qué? –pregunta Owen–. Espera. ¿No es Conrad ése? Señala a un chico que lleva un esmoquin con una sola fila de botones, una camisa de algodón con corbata de lazo, todo de Pierre Cardin, y que está junto a la barra, justo debajo del candelabro, con una copa de champán en la mano, mirándose atentamente las uñas. Owen saca un puro y me pide fuego. Me siento molesto, de modo que me dirijo a la barra sin excusarme para pedirle unas cerillas a la tía buena a la que me gustaría cortar en pedazos. The Chandelier Room está abarrotada y todos parecen conocidos, todos parecen el mismo. El humo de los puros cuelga pesadamente en el aire, y la música, otra vez INXS, suena más alta que nunca. Me toco la frente por error y se me humedecen los dedos. En la barra cojo unas cerillas. De regreso por entre la multitud, tropiezo con McDermott y Van Patten, que se ponen a pedirme más vales para copas. Les doy los vales que me quedan, sabiendo que ya no son válidos, pero estamos apretujados en mitad de la sala y los vales para copas no les ofrecen el suficiente incentivo para abrirse paso hasta la barra.

–Son unas chicas petardas –dice Van Patten–. Ten cuidado.

No hay tías buenas.

–Mamonas de rincón oscuro –grita McDermott.

–¿Has encontrado drogas? –grita Van Patten–. Hemos visto a Ricardo.

–No –grito yo–. Negativo. Madison no ha podido conseguir nada.

–Siempre el jodido servicio –grita el chico de detrás de mí. –Es inútil –grito–. No oigo nada.

–¿Qué? –grita Van Patten–. No oigo nada.

De repente McDermott me coge del brazo.

–¿Qué hostias está haciendo Price? Fíjate.

Como en una película, me vuelvo con dificultad, poniéndome de puntillas para ver que Price se ha subido a la barandilla y trata de equilibrarse. Alguien le ha dado una copa de champán y, borracho o muy colocado, extiende las manos hacia delante y cierra los ojos, como si bendijera a la

multitud. Detrás de él las luces estroboscópicas se encienden y se apagan, y el aparato del humo parece enloquecido y suelta una neblina gris que ondula y le envuelve. Grita algo, pero no consigo oír qué –la sala está abarrotada por encima de su capacidad, el nivel sonoro es una ensordecedora combinación de «Party All the Time», de Eddie Murphy, y el estrépito constante de los ejecutivos–, y empiezo a abrirme paso hacia él, sin dejar de mirarle, y consigo avanzar más allá de donde está Madison y Hugh y Turnball y Cunningham y unos cuantos más. Pero la multitud es tan espesa que es inútil seguir intentándolo. Sólo unas pocas caras se fijan en Tim, que todavía se balancea en la barandilla, con los ojos semicerrados, gritando algo. Desconcertado, de repente me alegra estar entre la multitud, incapaz de llegar hasta él, de salvarle de una casi segura humillación, y durante un *byte* de silencio perfectamente acompasado, puedo oír que grita:

–¡Adiós! –y entonces la gente le presta atención–. ¡Mamanes!

Retuerce el cuerpo con cierta gracia y salta de la barandilla y cae en los raíles y se pone a correr, con la copa de champán balanceándosele en la mano. Se tambalea una, dos veces, con la luz estroboscópica encendiéndose y apagándose, en lo que parece una película a cámara lenta, pero recupera su compostura antes de desaparecer en la oscuridad. Un guardia de seguridad permanece sentado perezosamente junto a la barandilla mientras Price desaparece por el túnel. Se limita a mover la cabeza, creo.

–¡Price! ¡Da la vuelta! –grito yo con todas mis fuerzas, pero la multitud, de hecho, está aplaudiendo su actuación–. ¡Price! –le vuelvo a gritar, tratando de imponerme a los aplausos. Pero se ha ido y dudo de que si me oyera fuera a hacerme caso. Madison está a mi lado y me tiende la mano como para felicitarme por algo.

–Ese chico provoca *tumultos*.

McDermott aparece detrás de mí y me tira del hombro.

–¿Es que Price conoce un reservado para VIP que no conocemos nosotros? –Parece preocupado.

Ahora he salido de Tunnel y estoy colocado pero cansado de verdad y en la boca tengo un sorprendente sabor como a NutraSweet, incluso después de beber dos Stolis más y medio J&B. Son las doce y media y vemos unas limusinas que tratan de girar hacia la izquierda camino de la West Side Highway. Los tres, Van Patten, McDermott y yo, discutimos las posibilidades de encontrar ese nuevo club que Sdlama Nekenieh. No estoy colocado de verdad, sólo borracho o algo así.

–¿Comemos mañana? –les pregunto, bostezando.

–Yo no puedo –dice McDermott–. Vaya cortarme el pelo a Pierre...

–¿Y el desayuno? –sugiero yo.

–Tampoco –dice Van Patten–. Cita en Gio's. Manicura. –Eso me recuerda –le digo, mirándome la mano– que también yo necesito que me la hagan.

–¿Y la cena? ¿Cómo la tienes? –me pregunta McDermott.

–Tengo una cita –digo–. Mierda.

–¿Y tú? –le pregunta McDermott a Van Patten.

–Imposible –dice Van Patten–. Tengo que ir a Sunmakers. Y luego al gimnasio.

La oficina

En el ascensor, Frederick Dibble me habla de una nota de Page Six, o de otra columna de cotilleos, sobre Ivana Trump y luego de ese nuevo local italo-thai del Upper East Side al que fue ayer por la noche con Emily Hamilton y se pone a disparatar sobre un increíble plato de fusilli shiitake. Yo he sacado una pluma de oro Cross para escribir el nombre del restaurante en la agenda. Dibble lleva un traje cruzado de lana a rayas muy finas de Canali Milano, una camisa de algodón de Bill Blass, una corbata de seda a cuadros escoceses mínimos de Bill Blass Signature, y en el brazo sujeta un impermeable Missoni U amo. Tiene buen aspecto, lleva un corte de pelo muy caro y lo miro admirativamente cuando se pone a tararear con la música ambiental –una versión de lo que podría ser «Sympathy for the Devil»– que suena en todos los ascensores del edificio de nuestras oficinas. Iba a preguntarle a Dibble si ha visto el programa de Patty Winters de esta mañana –trataba del autismo–, pero se baja un piso antes del mío y repite el nombre del restaurante:

–Thaidialano. –Y añade–: Nos vemos, Marcus. –y sale del ascensor.

Las puertas se cierran. Yo llevo un traje de lana de cuadraditos diminutos blancos y negros, y pantalón con pinzas de Hugo Boss, una corbata de seda, también de Hugo Boss, una camisa de algodón de Joseph Abboud y zapatos de Brooks Brothers. Me he pasado el hilo dental con demasiada fuerza esta mañana y todavía puedo notar el sabor como a cobre de la sangre en el fondo de la garganta. He utilizado Listerine después y noto como si tuviera la boca en llamas, pero me las arreglo para sonreír al vacío cuando salgo del ascensor, balanceando mi nuevo attaché de cuero negro de Bottega Veneta.

Mi secretaria, Jean, que está enamorada de mí y con la que probablemente terminaré casándome, está sentada en su mesa y esta mañana, para atraer mi atención como de costumbre, lleva algo probablemente poco caro y completamente inapropiado: un cardigan de cachemira Chanel, un polo de cachemira y un pañuelo de cuello de cachemira, pendientes de perlas falsas, y unos pantalones de crepé de lana de Barney's. Me quito el walkman de alrededor del cuello y me acerco a su mesa. Ella alza la vista y sonrío tímidamente.

–Un poco tarde, ¿no? –dice.

–Clase de aeróbic. –Me comporto fríamente–. Lo siento. ¿Algún recado?

–Ricky Hendricks ha cancelado su cita para hoy –dice–. No dijo qué cancelaba ni por qué.

–A veces boxeo con él en el Harvard Club –le explico–. ¿Algo más?

–Y.. Spencer quiere verse contigo para tomar una copa en Fluties Pier 17 –dice, sonriendo.

–¿Cuándo? –pregunto.

–Después de las seis.

–Negativo –le digo mientras entro en mi despacho–. Cancellalo.

Jean se levanta de su mesa y me sigue dentro.

–¿Y qué debo decirle? –pregunta, divertida.

–Bueno..., puedes decirle... que no –le digo, quitándome mi impermeable Armani y colgándolo de un perchero de Alex Loeb que compré en Bloomingdale's.

–Entonces..., ¿le digo sólo... que no? –repite ella.

–¿Has visto el programa de Patty Winters de esta mañana?–pregunto–. Uno sobre autismo.

–No. –Sonríe como si de algún modo le encantara mi adicción al programa de Patty Winters–. ¿Qué tal ha estado?

Cojo el *Wall Street Journal* de hoy y paseo la vista por la primera página; no es más que un borrón de letras de imprenta sin sentido.

–Creo que mientras lo veía estaba alucinando. No sé cómo. No estoy seguro. No recuerdo –murmuro, dejando el *Journal* a un lado. Luego cojo el *Financial Times* de hoy–. La verdad es que no lo sé. –Jean sigue allí, esperando instrucciones. Suspiro y junto las manos, sentándome en la mesa de despacho Palazetti con la parte de arriba de cristal, y con las dos lámparas halógenas de los lados ya encendidas–. Muy bien, Jean –empiezo–. Necesito que reserves mesa para tres en el Camols para las doce y media, y si allí no puede ser, prueba en Crayons. ¿De acuerdo?

–Sí, señor –dice, en tono de broma, y luego se vuelve para salir.

–Espera un momento –digo, recordando algo–. Y necesito que reserves una mesa para dos en Arcadia para las ocho de esta tarde.

Jean se da la vuelta, con una expresión de decepción en la cara, pero todavía sonriendo.

– ¿Es algo... romántico?

–No, déjalo –le digo–. Me ocuparé yo. Gracias.

–Lo haré yo –dice ella.

–No. No –digo yo, despidiéndola con la mano–. Sé amable y tráeme una Perrier, ¿de acuerdo?

–Hoy estás muy amable –dice, antes de irse.

Tiene razón, pero no digo nada. Me limito a mirar el cuadro de George Stubbs que cuelga de la pared del otro lado, preguntándome si debería moverlo de sitio, pensando que a lo mejor está demasiado cerca del Aiwa estéreo AM/FM y la doble pletina y el plato semiautomático, el ecualizador gráfico, los cascos a juego, todo a la luz crepuscular que combina perfectamente con el tono de color del despacho. El cuadro de Stubbs probablemente quedaría mejor encima del dóberman de tamaño natural de la esquina (700 dólares en *Beauty and the Beast*, de la Trump Tower) o puede que encima de la antigua mesa Pacrizinni que está junto al dóberman. Me levanto y cambio de sitio todas esas revistas deportivas de los años cuarenta –me costaron a treinta dólares cada una– que compré en Funchies, Bunkers, Gaks and Gleeks, y luego descuelgo el cuadro de Stubbs de la pared y lo apoyo contra la mesa y luego me vuelvo a sentar y juego con los lápices que tengo dentro de una jarra de cerveza alemana original que compré en Mantiques. El Stubbs queda bien en cualquier sitio. Una reproducción del paraguera Black Forest (675 dólares en Hubert des Forges) está en el otro rincón sin, me acabo de fijar, ningún paraguas.

Pongo una cinta de Paul Butterfield en la pletina, vuelvo a sentarme a la mesa y hojeo el *Sports Illustrated* de la semana pasada, pero no puedo concentrarme. No dejo de pensar en esa puñetera cama para broncearse que tiene Van Patten y llamo a Jean por el interfono.

–¿Sí? –responde ella.

–Jean. Escucha, mantente con todas las antenas concentradas en una cama para broncearse, ¿entendido?

–¿Cómo? –pregunta ella, incrédula. No estoy seguro, pero probablemente todavía sonría.

–Ya sabes. Una cama para broncearse –repito, como quien no quiere la cosa.

–Muy bien... –dice ella, dubitativa–. ¿Algo más?

–Oh, mierda, sí. Recuérdame que devuelva las cintas de vídeo que alquilé ayer por la noche. – Me pongo a abrir y cerrar el cenicero de plata de ley que hay junto al teléfono.

–¿Algo más? –pregunta Jean, y luego coqueteando–: ¿Todavía quieres la Perrier?

–Sí. Me parece estupendo. ¿Oye, Jean?

–Dime –dice ella, y me alegra su paciencia.

–¿Crees que estoy loco? –pregunto–. Me refiero a porque quiero tener una cama para broncearme.

Hay una pausa y luego:

–Bueno, *no* es demasiado corriente –admite, y puedo asegurar que está eligiendo las palabras con *mucho* cuidado–. Pero, da igual, claro. Me refiero a que, ¿cómo si no vas a mantener ese fantástico tono de piel?

–Buena chica –digo, antes de colgar. Tengo una secretaria estupenda.

Entra en mi despacho cinco minutos después con la Perrier, una rodaja de lima y el informe Ramson, que no necesitaba traer, y yo me siento vagamente conmovido por su casi total devoción hacia mí. Pero no puedo evitar que eso me halague.

–Tienes mesa en Camols para las doce y media –anuncia, mientras me sirve la Perrier en un vaso de cristal–. En la zona de no fumadores.

–No vuelvas a ponerte esa ropa –le digo, lanzándole una rápida mirada–. Gracias por el informe Ramson.

–¿Cómo...? –titubea ella, a punto de darme la Perrier, y pregunta–: ¿Qué has dicho? No te he oído –antes de dejar el vaso encima de mi mesa de despacho.

–He dicho –y repito tranquilamente, sonriendo–, que no vuelvas a ponerte esa ropa. Ponte un vestido. Una falda o lo que sea.

Jean se queda allí un poco confusa y después me mira y sonrío como si fuera una retrasada mental.

–Si no te gusta, no volveré a ponérmela –dice humildemente.

–Es que –digo, dando un sorbo a la Perrier– estarás mucho más guapa con otra cosa.

–Gracias, Patrick –dice sarcásticamente, aunque apuesto lo que sea a que mañana se pondrá un vestido. El teléfono de su mesa empieza a sonar. Le digo que no estoy. Se vuelve para salir.

–Ah, y tacón alto –añado–. Me gustan los tacones altos.

Jean mueve la cabeza bondadosamente cuando sale, y cierra la puerta a sus espaldas. Saco un receptor Panasonic de bolsillo con televisor en color de tres pulgadas y radio AM/FM y trato de encontrar algo que ver, por suerte ponen *Peligro extremo*, antes de volverme hacia el terminal del ordenador.

El gimnasio

El gimnasio al que acudo, Xclusive, es privado y está situado a cuatro manzanas de mi apartamento del Upper West Side. En los dos años que llevo de socio, lo han reformado tres veces y aunque tienen los últimos aparatos de musculación (Nautilus, Universal, Keiser) cuenta con una gran variedad de pesas que también me gusta usar. El club tiene diez pistas de tenis y squash, clases de aeróbic, cuatro estudios de baile para aeróbic, dos piscinas, ciclostáticos, un aparato Gravitron, aparatos para remar, cintas para correr, aparatos para hacer esquí de fondo, atención personal, controles cardiovasculares, programas personalizados, masaje, sauna y cámaras de vapor, un solarium, mesas de bronceado y un café. con un bar de zumos naturales, todo ello diseñado por J. J.

Vogel, que diseñó el nuevo club de Norman Prager, Petty's. La cuota de socio asciende a cinco mil dólares anuales.

Hacía frío esta mañana, pero parece que el día se ha templado cuando salgo de la oficina y llevo un traje cruzado a rayas con seis botones de Ralph Lauren, con una camisa Sea Island de algodón de cuello volado y rayas muy finas y puños franceses, también de Polo, y me quito la ropa, con alivio, en el vestuario provisto de aire acondicionado. Luego me pongo unos shorts negros ala de cuervo de algodón y lycra con una franja blanca en la cintura y costados, y una camiseta de algodón y lycra, las dos cosas de Wilkes, que se pueden doblar tanto que de hecho las llevo en mi attaché. Después de ponérmelas y conectar mi walkman, sujetándolo a los shorts de lycra y poniéndome los auriculares en los oídos, escucho una selección de Stephen Bishop/Christopher Cross de una cinta que me grabó Todd Hunter. Me miro al espejo antes de entrar al gimnasio y, poco satisfecho, vuelvo al attaché en busca de espuma para mantener el pelo peinado hacia atrás y luego uso un hidratante y, para una manchita que tengo debajo del labio inferior, un toque de Clinique Touch-Stick. Satisfecho, subo el volumen del walkman y salgo del vestuario.

Cheryl, esa chica regordeta y baja que está enamorada de mí, se encuentra sentada encima de la mesa donde se inscribe la gente, leyendo una de las columnas de cotilleos del *Post*, y se le ilumina la cara de modo notable cuando ve que me acerco. Me dice hola, pero yo paso rápidamente por delante de ella, casi sin darle cuenta de su presencia pues no hay cola en el Stairmaster, para el que normalmente hay que esperar veinte minutos. Con el Stairmaster uno trabaja la mayor cantidad de músculos del cuerpo (entre la pelvis y las rodillas) y termina quemando más calorías por minuto que haciendo cualquier otra actividad de aeróbic, excepto quizás el esquí nórdico.

Probablemente debiera hacer algo de estiramiento antes, pero si lo hago tendré que hacer cola – ya hay un maricón detrás de mí, probablemente mirándome atentamente la espalda, el culo, los músculos de las piernas. Hoy no hay tías buenas en el gimnasio. Sólo maricones del West Side, probablemente actores en paro, camareros que trabajan de noche y Muldwyn Butner, de Sachs, con el que fui a Exeter, en el aparato de los bíceps. Butner lleva unos shorts de nailon y lycra hasta la rodilla con un dibujo ajedrezado y una camiseta de algodón y lycra y Reeboks de cuero. Termino con mis veinte minutos en el Stairmaster y dejo que lo use el maduro maricón sobremusculado y teñido de rubio de detrás de mí, y comienzo con los ejercicios de estiramiento. Mientras los hago vuelvo a recordar el programa de Patty Winters que he visto esta mañana. Trataba de los pechos grandes y salía una mujer a la que le habían hecho una *reducción* de pechos, pues creía que tenía unas tetas demasiado grandes –la jodida idiota–. He llamado inmediatamente a McDermott, que también lo estaba viendo, y los dos nos hemos dedicado a reírnos de la mujer durante lo que quedaba de programa. Hago quince minutos de estiramiento antes de dirigirme a los aparatos Nautilus.

Antes tenía un monitor personal que me había recomendado Luis Carruthers, pero quiso ligar conmigo el otoño pasado y decidí seguir mi propio programa de entrenamiento que incluye ejercicios de aeróbic y aparatos. Con las pesas alterno entre las propias pesas y los aparatos que utilizan resistencias hidráulicas, neumáticas o electromecánicas. La mayoría de los aparatos son muy eficaces, pues cuentan con control informatizado que te permite hacer los ajustes de la resistencia de pesos sin tener que levantarte. Los aspectos positivos de los aparatos incluyen un registro de la sensibilidad muscular, lo que reduce los riesgos de lesiones. Pero también me gusta la versatilidad y libertad que ofrecen las pesas y las muchas variaciones en el levantamiento, algo que no se puede hacer con los aparatos.

En los aparatos de piernas hago cinco tandas de diez repeticiones. Para la espalda también hago cinco tandas de diez repeticiones. En el aparato para endurecer el estómago mejoro y hago seis tandas de quince, y en el aparato de bíceps hago siete series de diez. Antes de dedicarme a las pesas paso veinte minutos en la ciclostática leyendo el último número de la revista *Money*. Con las pesas hago tres tandas de quince repeticiones de extensiones de piernas, luego tres tandas y veinte

repeticiones de levantamiento de pesas con barra, luego tres tandas y veinte repeticiones de levantamientos laterales para los deltoides traseros y tres tandas y veinte repeticiones de levantamientos lentos, poleas y levantamientos desde el suelo. Para el pecho hago tres tandas de veinte repeticiones de levantamientos en el plano inclinado. Para los deltoides delanteros también hago tres tandas de levantamientos laterales y de levantamientos desde la posición de sentado. Finalmente, para los tríceps hago tres tandas y veinte repeticiones de agarre de cables con pesas y levantamientos de pesas directos. Después de más ejercicios de estiramiento para enfriarme, tomo una rápida ducha caliente y luego voy al video club donde devuelvo las dos cintas que alquilé el lunes, *Reformatorio de travestis* y *Doble cuerpo*, pero alquilo otra vez *Doble cuerpo* porque quiero volver a ver esta noche, aunque sé que no voy a tener tiempo suficiente para masturbarme en la escena en la que matan a la mujer con una taladradora eléctrica, pues estoy citado con Courtney a las siete y media en el Café Luxembourg.

Una cita

Camino de casa desde Xclusive, y después de un intenso masaje shiatsu, me detengo en un quiosco cercano al edificio donde vivo y examino detenidamente la hilera de revistas «Sólo para adultos» con el walkman funcionando, y las tensas melodías del Canon de Pachelbel en cierto modo complementan las fotografías iluminadas con dureza de las revistas que hojeo. Compró *El vibrador de las putas lesbianas* y *Coño con coño*, junto con el último *Sports Illustrated* y el último número de *Esquire*, aunque estoy suscrito a ellas y ya me deben de haber llegado por correo. Espero a que el quiosco se vacíe para pagar. El quiosquero dice algo y hace un gesto señalándose su ganchuda nariz mientras me da las revistas y el cambio. Bajo el volumen y levanto uno de los auriculares del walkman y pregunto:

—¿Qué?

El tipo se vuelve a tocar la nariz y con un acento espeso, casi incomprensible, dice, creo:

—Le sangra la nariz.

Dejo en el suelo mi attaché de Bottega Veneta y me llevo un dedo a la cara. Al apartado está rojo y manchado de sangre. Busco en mi impermeable Hugo Bossy saco un pañuelo Polo y me seco la sangre, doy las gracias con la cabeza, vuelvo a ponerme mis gafas de aviador Wayfarer y me marcho. Jodido iraní.

En el portal del edificio de mi casa me detengo en el mostrador y trato de atraer la atención del portero, un hispano negro al que no reconozco. Habla por teléfono con su mujer o su camello o un adicto al crack y me mira mientras asiente con la cabeza, con el teléfono sujeto en el cuello, prematuramente arrugado. Cuando se entera de que quiero decirle algo, suspira, abre mucho los ojos y le dice algo a quien está al otro lado de la línea antes de dejar el aparato.

—¿Qué quiere? —masculla.

—Mire —empiezo yo, con el tono más educado y amable que puedo poner—. Por favor, podría decirle al encargado que tengo una grieta en el techo y... —me interrumpo.

Me está mirando como si yo hubiera superado algún tipo de límite inexpresado y empiezo a preguntarme cuál es la palabra que le ha confundido: seguro que no *grieta*¹:-. ¿Entonces cuál? ¿Encargado? ¿Techo? ¿Quizá por favor?

-¿Qué dice? -Suspira, profundamente, se echa hacia atrás, siempre mirándome fijamente.

Bajo la vista al suelo de mármol y también suspiro y le digo:

-Mire. Verá. Límitese a decirle al encargado que Bateman... del décimo L. -Cuando vuelvo a mirarle para ver si se ha enterado de algo, me recibe la máscara inexpresiva de la cara de subnormal profundo del portero. Para este hombre soy un espectro, pienso. Soy algo irreal, algo que no es tangible, y sin embargo una molestia de algún tipo, y asiente con la cabeza, vuelve a coger el teléfono y reanuda su conversación hablando en un dialecto que me resulta totalmente desconocido.

Recojo el correo -un catálogo de Polo, la factura de American Express, el *Playboy* de junio, una invitación para una fiesta de la oficina en un club nuevo que se llama Bedlam-, luego me dirijo al ascensor, entro en él mientras hojeo el catálogo de Ralph Lauren y aprieto el botón de mi piso y luego el botón de cerrar la puerta, pero se interpone alguien antes de que se cierren las puertas e instintivamente me vuelvo para decir hola. Es el actor Tom Cruise, que vive en el ático, y como cortesía, sin preguntárselo, aprieto el botón del ático y él me lo agradece con un gesto de la cabeza y mantiene la vista fija en los números que se encienden encima de la puerta en rápida sucesión. En persona es mucho más bajo y lleva las mismas gafas Wayfarer negras que yo. Viste unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta Armani.

Para romper el incómodo silencio, me aclaro la garganta y digo:

-En mi opinión estabas muy bien en *Barman*. Creo que era una película muy buena, y lo mismo *Top Gun*. De verdad creo que era buena.

Aparta la vista de los números y me mira directamente.

-Se llamaba *Cóctel* -dice, en voz bastante baja.

-¿Perdón? -digo yo, confuso.

Se aclara la garganta y dice:

-*Cóctel*, no *Barman*. La película se llamaba *Cóctel*.

Sigue una larga pausa; sólo el sonido de los cables que tiran del ascensor hacia arriba compite con el silencio evidente y pesado que se ha hecho entre nosotros.

-Claro, claro... Eso es -digo, como si recordara el título-. *Cóctel*. Claro, eso es -digo-. Estupendo, Bateman, ¿en qué estarías pensando? -Muevo la cabeza y luego, para arreglar las cosas, le tiendo la mano-. Encantado. Soy Pat Bateman.

Cruise me la estrecha, con poca fuerza.

-¿Te gusta vivir en este edificio? -sigo.

Espera largo rato antes de responder:

-Eso creo.

-Es estupendo -digo-. ¿No te parece?

Él asiente con la cabeza, sin mirarme, y yo vuelvo a apretar el botón de mi piso, una reacción casi involuntaria. Nos quedamos en silencio.

-Conque... *Cóctel*, ¿eh? -digo, al cabo de un rato-. Ése era el título.

Cruise no dice nada, ni siquiera asiente con la cabeza, pero ahora me mira de un modo extraño y se quita las gafas de sol y dice, con una leve mueca:

¹ «Grieta», en inglés es también «crack». (N. del T.)

–Te sangra la nariz.

Me quedo de piedra allí durante un momento, antes de entender que tengo que hacer algo con respecto a eso, de modo que hago como que estoy confuso y me toco la nariz y luego saco mi pañuelo Polo –ya manchado de sangre– y me seco la sangre de la nariz, que parece una especie de manantial.

–Debe de ser la altura –digo, riendo–. Estamos muy altos. Él asiente, sin decir nada, y vuelve a mirar los números.

El ascensor se detiene en mi piso y cuando se abren las puertas le digo a Tom:

–Soy un gran fan tuyo. Me alegra mucho haberte conocido.

–Claro, claro, muy bien. –Cruise ensaya su famosa sonrisa y aprieta el botón de cerrar la puerta.

La chica con la que voy a salir esta noche, Patricia Worrell –rubia, modelo, que abandonó Sweet Briar recientemente después de sólo un semestre–, ha dejado dos recados en el contestador, para decirme que es increíblemente importante que la llame. Mientras me aflojo la corbata de seda de un azul inspirado en Matisse, de Bill Robinson, marco su número y paseo por el apartamento, con el teléfono inalámbrico en la mano, para conectar el aire acondicionado.

Responde al tercer timbrado.

–¿Diga?

–Patricia. Hola. Soy Pat Bateman.

–Oh, hola –dice ella–. Oye, estoy hablando por la otra línea. ¿Puedo volver a llamarte yo?

–Bueno... –digo.

–Verás, es mi gimnasio –dice ella–. En el banco no han pagado. Te llamaré dentro de un segundo.

–Bien –digo, y cuelgo.

Entro en el dormitorio y me quito lo que llevaba puesto hoy: un traje de lana de espiguilla con pantalones de pliegues de Giorgio Correggiari, una camisa de algodón oxford de Ralph Lauren, una pajarita de Paul Stuart y zapatos de Cole–Haan. Me pongo unos pantalones de boxeador de sesenta dólares que compré en Barney's y hago algunos ejercicios para relajarme, con el teléfono en la mano, esperando que vuelva a llamar Patricia. Después de diez minutos de estiramiento, suena el teléfono y espero a que suene seis veces para responder.

–Hola –dice ella–. Soy yo, Patricia.

–¿Podrías esperar un momento ? Tengo otra llamada. –Claro –dice ella.

La hago esperar unos minutos, luego respondo.

–Hola –digo–. Lo siento.

–No importa.

–¿Entonces cenamos? –digo–. ¿Te pasas por mi casa a las ocho?

–Bueno, eso es de lo que te quería hablar –dice ella lentamente.

–Oh, no –protesto yo–. ¿Qué pasa?

–Bueno, verás, es que... –empieza–. Hay un concierto en el Radio City y...

–No, no, no –digo, inflexible–. Nada de música.

–Pero es que mi ex novio, un teclista del Sarah Lawrence, toca en la banda y... –Se interrumpe, como si ya hubiera decidido oponerse a lo que diga yo.

–No, Patricia –le digo con firmeza, pensando para mí: maldita sea, ¿por qué *este* problema? ¿Por qué *esta* noche?

–Oh, Patrick –se lamenta ella por el teléfono–. Será tan divertido.

Estoy bastante seguro de que las posibilidades de acostarme con Patricia esta noche son bastante altas, pero no si vamos a un concierto en el que toca un ex novio suyo (con Patricia no existe nada así).

No me gustan los conciertos –le digo, dirigiéndome a la cocina. Abro la nevera y saco un litro de Evian–. No me gustan los conciertos –vuelvo a decir–. No me gusta la música «en directo».

–Pero éste no es como los *demás*. –y añade débilmente–: *Tenemos* buenos asientos.

–Oye. No es necesario que discutamos –digo–. Si quieres ir, *vete*.

–Pero yo creía que íbamos a ir *juntos* –,dice ella, fingiendo emoción–. Creía que íbamos a ir a *cenar*. –y luego, casi como si se le acabara de ocurrir, añade–: Pero *juntos*. Los *dos*.

–Lo sé. Lo sé –digo–. Oye, debemos dejar que cada uno haga exactamente lo que *quiera* hacer. Quiero que hagas lo que te apetezca hacer.

Ella hace una pausa y prueba desde otro ángulo.

–Es una música tan bonita... Sé que suena a estúpido pero es realmente *gloriosa*. La banda es una de las mejores que hayas visto nunca. Son divertidos y maravillosos, y la música es estupenda y, Dios mío, me apetece muchísimo que los veas. Lo pasaremos muy bien, garantizado –dice, con ardor.

–No, no, ve tú –digo–. Lo pasarás bien.

–Patrick –dice ella–. Tengo *dos* entradas.

–No. No me gustan los conciertos –digo–. La música en directo me *fastidia*.

–Bueno –dice ella, y su voz suena con un auténtico tono de decepción–, pero me sentiré muy mal si no estás allí conmigo.

–Te digo que vayas y lo pases bien. –Quito el tapón de la botella de Evian, tomándome un tiempo para lo siguiente–. No te preocupes. Iré al Dorsia solo. No importa nada.

Hay una larguísima pausa que soy capaz de traducir como: bien, bien, ahora vamos a ver si quieres ir a ese jodido concierto. Tomo un largo trago de Evian, esperando que me diga que aparecerá por aquí.

–¿Dorsia? –pregunta, y luego, desconfiadamente–. ¿Has reservado mesa allí? Quiero decir, ¿para nosotros?

–Sí –digo yo–. Para las ocho y media.

–Bueno... –Emite una risita y luego, tartamudeando, añade–: Era..., bueno, lo que quiero decir es que... yo ya los he visto. Sólo quería que los vieras *tú*.

–Oye. ¿Qué vas a hacer por fin? –pregunto–. Si no vienes tú, tendré que llamar a otra persona. ¿Tienes el teléfono de Emily Hamilton?

–Vamos, vamos, Patrick, no te... *precipites*. –Suelta una risita nerviosa–. Tocan otras dos noches más, así que *puedo* verlos mañana. Oye, tranquilo, ¿vale?

–Vale –digo yo–. Estoy tranquilo.

–¿A qué hora quieres que nos veamos? –pregunta la puta del restaurante.

–He dicho que a las ocho –le respondo, molesto.

–Está bien –dice ella, y luego, con un susurro seductor–: Nos veremos a las ocho. –Sigue al teléfono como si esperara que le fuera a decir algo más, como si creyera que iba a felicitarla por hacer la elección adecuada, pero no tengo tiempo para esas cosas, de modo que cuelgo con brusquedad.

Inmediatamente después de colgarle el teléfono a Patricia, atravieso rápidamente la habitación y agarro la guía Zagat y busco hasta que encuentro Dorsia. Con dedos temblorosos marco el número. Comunica. Dominado por el pánico, pongo el teléfono en llamada constante y durante los siguientes cinco minutos la señal de que comunican, perpetua y espantosa, se repite sin cesar. Por fin deja de comunicar y en los segundos que preceden a la respuesta experimento algo de lo más raro: una descarga de adrenalina.

–Dorsia –dice alguien, de sexo no fácilmente identificable; alguien a quien el ruido de fondo ha hecho andrógino–. Espere un segundo, por favor.

El sonido que oigo es ligeramente menos fuerte que el de un estadio de fútbol abarrotado y tengo que reunir todo el valor del que soy capaz para seguir en la línea y no colgar. Espero cinco minutos, con la mano sudorosa, entumecida por agarrar el teléfono inalámbrico con tanta fuerza, con una parte de mí mismo dándose cuenta de la inutilidad del esfuerzo, otra esperanzada, otra jodida por no haber reservado mesa antes o haber encargado a Jean que lo hiciera. Al fin, vuelve a oírse la voz, que dice, arisca:

–Dorsia.

Me aclaro la garganta.

–Oiga, ya sé que es un poco tarde, pero ¿es posible reservar una mesa para dos para las ocho y media o las nueve? –Lo pregunto con los ojos cerrados con fuerza.

Hay una pausa –la multitud del fondo es una masa que se agita, ensordecedora– y con auténtica esperanza me atrevo a abrir los ojos, dándome cuenta de que el maître, Dios le bendiga, probablemente esté comprobando la lista de reservas para ver si han cancelado alguna–, pero entonces suelta una risita, al principio baja, pero que se convierte gradualmente en una carcajada que se interrumpe bruscamente cuando cuelga con violencia.

Aturdido, febril, notándome vacío, pienso en lo que puedo hacer, mientras el único sonido que me llega es el del tono del teléfono. Reuniendo toda la energía que me queda, cuento hasta seis, vuelvo a abrir la guía Zagat y trato de recobrar mi concentración para superar el aplastante pánico de no conseguir reservar mesa para las ocho y media en un sitio que, si no está tan de moda como el Dorsia, al menos sea comparable. Por fin consigo reservar mesa para dos a las nueve en Barcadia, yeso *sólo* porque ha habido una cancelación, y pienso en que Patricia probablemente se mostrará decepcionada, aunque le *guste* Barcadia –las mesas son espaciosas, la luz es agradable y tranquilizadora, la comida Nouvelle Southwestern–, y si no le gusta, ¿qué va a hacer la muy puta, *denunciarme?*

Hoy he trabajado intensamente en el gimnasio después de salir de la oficina, pero la tensión ha vuelto, de modo que hago noventa distensiones abdominales y ciento cincuenta flexiones, y luego corro sin moverme durante veinte minutos mientras oigo el nuevo CD de Huey Lewis. Tomo una ducha caliente y después uso una nueva limpiadora facial de Caswell–Massey y una crema corporal de Greune, luego un hidratant corporal de Lubriderm y una crema facial Neutrogena. Dudo entre dos modelos. Uno es un traje de crepé de lana de Bill Robinson que compré en Sacks, con esa camisa de algodón de Charivari y una corbata Armani. O una chaqueta de sport de lana y cachemira de cuadros azules, una camisa de algodón y pantalones de lana con pinzas, de Alexander Julian, con una corbata de seda de lunares de Bill Blass. El Julian podría resultar un poco caliente para mayo; pero si Patricia lleva ese modelo de Karl Lagerfeld que *creo* que se va a poner, entonces quizá tenga que llevar el Julian, porque queda bien con *su* vestido. Los zapatos son unos mocasines de cocodrilo de A. Testoni.

Una botella de Scharffenberger está metida en hielo en un recipiente de aluminio hilado Spiros que está dentro de un cubo para champán de cristal grabado de Christine van der Hurd, que está encima de una bandeja de plata de Cristoffe. El Scharffenberger no está mal –no es Cristal, pero ¿por

qué malgastar el Cristal con esta calientapollas?—. De todos modos, probablemente no note la diferencia. Tomo una copa mientras la espero, arreglando de vez en cuando los animales Steube de la mesita de cristal de Turchin, u hojeando el último libro que he comprado, algo de Garrison Keillor. Patricia se retrasa.

Mientras espero en el sofá del cuarto de estar, y en la máquina de discos Wurlitzer suena «Cherish», de los Lovin' Spoonful, llego a la conclusión de que Patricia esta noche está a salvo, pues no voy a sacar inesperadamente un cuchillo y usarlo contra ella sólo porque me apetezca hacerlo, ni voy a obtener ningún placer viendo cómo sangra por los cortes que le he hecho en el cuello, ni a degollarla o sacarle los ojos. Tiene suerte, aunque no haya ningún motivo detrás de esa suerte. Puede que esté a salvo porque es rica, porque tiene *una familia* rica, y eso la proteja esta noche, o simplemente puede que se trate de que lo he elegido *yo*. A lo mejor la copa de Scharffenberger me ha quitado las ganas de hacerlo, o puede que simplemente se trate de que no quiero echar a perder este conjunto concreto de Alexander Julian con la sangre de la muy puta. Sea lo que sea, se mantiene el hecho: Patricia seguirá viva, y esta victoria no requiere habilidad, ni ejercicios de imaginación, ni ingenuidad por parte de ninguno. Simplemente se debe a que el mundo, *mi mundo*, funciona así.

Llega con media hora de retraso y le digo al portero que la deje subir; aunque me reúno con ella a la puerta mientras la cierro con llave. No lleva el vestido Karl Lagerfeld que esperaba, pero de todos modos parece decentemente guapa: una blusa de seda con gemelos brillantes en los puños de Louis Dell'Olio y unos pantalones de terciopelo bordado de Saks, pendientes de cristal de Wendy Géll para Anne Klein y zapatos dorados. Espero hasta que estamos en el taxi camino del centro para decirle que no vamos a ir a Dorsia y luego me disculpo, mencionando algo sobre líneas telefónicas desconectadas, un incendio, un maître vengativo. Ella lanza un leve suspiro cuando le doy la noticia, ignora las disculpas y aparta la vista de mí para mirar por la ventanilla. Trato de calmarla describiéndole lo guapa que está y lo *lujoso* que es el restaurante al que vamos a ir, hablándole de su pasta con hinojo y banana, de sus *sorbetes*, pero ella se limita a negar con la cabeza y entonces sólo me queda decirle, Dios santo, que Barcadia es mucho más caro que Dorsia, pero sigue inexorable. Sus ojos, lo juro, sueltan lágrimas intermitentemente.

No dice nada hasta que estamos sentados en una mediocre mesa cerca de la parte del fondo del comedor principal, y sólo para pedir un Bellini. Para cenar yo pido los raviolis con sábalo y compota de manzana de primer plato y la carne con chevre y fondo de codorniz de segundo. Ella pide el chiquiguo rojo con violetas y piña, y de primero una sopa de mantequilla de cacahuete con pato ahumado y pulpa de calabaza, lo que suena a raro pero de hecho está bastante bien. La revista *New York* lo llamó «un plato jugueteón pero misterioso», y yo se lo repito a Patricia, que enciende un pitillo ignorando la cerilla que he encendido, hundida, muy arisca, en su silla. Me echa directamente el humo a la cara, lanzándome ocasionales miradas de furia que ignoro educadamente, pues soy el caballero que puedo ser. Una vez que llegan nuestros platos, me limito a mirar mi comida —los triángulos de carne roja oscura con chevre por encima que está bañada de zumo rosa de granada, con el fondo de codorniz alrededor de la carne, y rodajas de mango colocadas alrededor del borde del plato— durante largo rato, un poco confuso, antes de decidirme a comer, mientras dudo con el tenedor en la mano.

Aunque la cena sólo dura noventa minutos, siento como si hubiera estado sentado en Barcadia durante toda una semana, y aunque no siento deseos de ir a Tunnel después, me parece un castigo apropiado para la conducta de Patricia. La cuenta sube a 320 dólares —de hecho, menos de lo que yo esperaba— y saco mi American Express Platino. En el taxi, camino del centro, clavo la vista en el taxímetro, y nuestro taxista intenta entablar conversación con Patricia, que le ignora por completo mientras retoca su maquillaje con un compacto Gucci, añadiendo lápiz de labios a una boca ya muy pintada. Esta noche había un partido de béisbol que creo que he olvidado dejar programado para grabar, de modo que no lo podré ver cuando vuelva a casa, pero recuerdo que hoy, después del trabajo, he comprado dos revistas y siempre puedo pasar una hora o así estudiándolas atentamente.

Miro mi Rolex y me doy cuenta de que si tomamos una copa, puede que dos, llegaré a casa a tiempo de ver *A última hora con David Letterman*. Aunque físicamente Patricia es atractiva y no me importaría tener actividad sexual con su cuerpo, la idea de tratada con educación, de ser amable, de disculparme por esta noche, por no haber podido ir a Dorsia (aunque Barcadia es *dos veces* más caro, por "el amor de Dios), me molesta mucho. La muy puta probablemente esté jodida porque no vamos en una limusina.

El taxi se detiene delante de Tunnel. Pago la carrera y le dejo una propina decente al taxista y abro la puerta para que se baje Patricia, que ignora mi mano cuando trato de ayudarla a apearse del taxi. Esta noche no hay nadie esperando junto a los cordones. De hecho, la única persona en la calle Cuarenta y cuatro es un vagabundo que está sentado junto a un Dumpster, retorciéndose de dolor, pidiendo unas monedas o comida, y nosotros pasamos rápidamente por delante de él mientras uno de los tres porteros que están detrás de los cordones nos deja entrar, y otro me da una palmadita en la espalda, diciendo:

–¿Cómo está, mister McCullough?

Yo asiento con la cabeza, mientras abro la puerta para que pase Patricia, y antes de seguirla, digo:

–Bien, bien, Jim. –y le estrecho la mano.

Una vez dentro, después de pagar cincuenta dólares por los dos, me dirijo de inmediato a la barra sin preocuparme de si Patricia me sigue o no. Pido un J&B con hielo. Ella quiere una Perrier, sin lima, y se la pide ella misma. Después de beberme media copa, apoyado en la barra y mirando a la camarera que está tan buena, de repente hay algo que parece fuera de lugar. No es la iluminación ni los INXS cantando «New Sensation» ni la tía buena de detrás de la barra. Es otra cosa. Cuando me vuelvo lentamente para observar el resto del club, me encuentro con un espacio que está completamente desierto. Patricia y yo somos los dos únicos clientes de todo el club. Somos, exceptuando a la tía buena de la barra, literalmente las *dos únicas personas de Tunnel*. «New Sensation» se convierte en «The Devil Inside» y la música suena a toda potencia, pero parece menos fuerte porque no hay una multitud que reaccione ante ella, y la pista de baile parece inmensa cuando está vacía.

Me alejo de la barra y decido comprobar las otras zonas del club, esperando que Patricia me siga, pero no lo hace. Nadie vigila las escaleras que llevan abajo y cuando bajo por ellas la música del piso de arriba cambia, se convierte en Belinda Carlisle cantando «I Feel Free». Abajo hay una pareja que por un momento tomo por Sam e Ilene Sanford, pero está demasiado oscuro, y *hace mucho calor*, y podría equivocarme. Paso junto a ellos, que están en la barra tomando champán, y me dirijo hacia un chico extremadamente bien vestido con aspecto de mexicano que está sentado en un sofá. Lleva una chaqueta cruzada de lana y unos pantalones a juego de Mario Valentino, una camiseta de algodón de Agnes B. y unos zapatos sin cordones (no lleva calcetines) de Susan Bennis Warren Edwards, y está con una musculosa chica eurobasura bastante guapa –rubia oscuro, grandes tetas, piel bronceada, sin maquillar, fuma Merit Ultra Lights– que lleva un vestido de algodón con un dibujo de cebra de Patrick Kelly y unos zapatos de tacón alto de seda con diamantes de imitación.

Le pregunto al chico si se llama Ricardo.

Él asiente:

–Claro.

Le pido un gramo, diciéndole que me ha mandado Madison.

Saco mi cartera y le tiendo un billete de cincuenta dólares y dos de veinte. Él le pide su bolso a la chica eurobasura. Ésta le da un bolso de terciopelo de Anne Moore. Ricardo busca dentro y me tiende una papelina. Antes de irme, la chica eurobasura me dice que le gusta mi cartera de piel de gacela. Yo le digo que me apetece follármela y luego que puede que separarle los brazos del cuerpo

con un cuchillo, pero la música, George Michael cantando «Faith», es demasiado fuerte y no me oye.

De vuelta arriba, encuentro a Patricia donde la he dejado, sola en la barra, con un vaso de Perrier en la mano.

–Oye, Patrick –dice, en actitud más relajada–. Sólo quiero que sepas que soy...

–¿Una puta? Oye, ¿quieres un poco de coca? –le grito, interrumpiéndola.

–Oh, claro que sí... Claro. –Está tremendamente confusa. –Vamos –le chillo, cogiéndola de la mano.

Ella deja el vaso en la barra y me sigue por el club desierto hasta los servicios del piso de arriba. No hay motivo para que no lo hagamos abajo, pero parece horterera, así que nos la metemos en uno de los retretes del servicio de caballeros. Después de salir del servicio, me siento en un sofá y fumo uno de los pitillos de Patricia mientras ella baja a por unas copas.

Vuelve disculpándose por su conducta anterior.

–Adoro Barcadia, la comida era superior, y ese sorbete de mango, Dios mío, ha hecho que me sintiera en los cielos. Oye, ha estado muy bien que no hayamos ido a Dorsia. Siempre podemos ir cualquier otra noche, y sé que probablemente trataste de conseguir mesa, pero hoy no era la noche adecuada. Pero, de verdad, me ha encantado la comida de Barcadia. ¿Cuánto tiempo lleva abierto? Creo que unos tres o cuatro meses. Leí una gran reseña sobre él en *New York*, o puede que en *Gourmet*... Pero, de todos modos, ¿quieres venir conmigo' mañana por la noche a oír a esa banda? O puede que sea mejor que vayamos a Dorsia y luego a ver a la banda de Wallace. O podríamos ir a Dorsia después, aunque a lo mejor no está abierto hasta tan tarde. Patrick, hablo en serio: deberías verles. Avatar es un cantante genial, y la verdad es que creo que he estado enamorada de él, bueno, en realidad le deseaba, no estaba enamorada de él. Entonces me gustaba Wallace de verdad, pero él se dedicaba a una cuestión de inversiones bancarias y no podía llevar aquella vida y se vino abajo, y por culpa del ácido, no de la cocaína. Quiero decir que *me di cuenta* de lo que estaba pasando, pero que cuando la cosa se vino abajo comprendí que era mejor dejarlo.

J&B estoy pensando. Un vaso de J&B en la mano derecha estoy pensando. Una mano estoy pensando. Charivari. Una camisa...de Charivari. Fusilli estoy pensando. Jami Gertz estoy pensando. Me gustaría follarme a Jami Gertz estoy pensando. Un Porsche 911. Un sharpei estoy pensando. Me gustaría tener un sharpei. Tengo veintiséis años estoy pensando. Tendré veintisiete el año que viene. Un Valium. Me apetece un Valium. En unos Valiums estoy pensando. Teléfono celular estoy pensando.

Limpieza en seco

La tintorería china a la que normalmente mando mi ropa manchada de sangre me devolvió ayer una chaqueta Soprani, dos camisas blancas Brooks Brothers y una corbata de Agnes B. todavía con manchas de sangre de alguien. Tengo una cita para comer a las doce –dentro de cuarenta minutos– y antes decido pasar por la tintorería a quejarme. Además de la chaqueta Soprani, las camisas y la corbata, llevo una bolsa de sábanas manchadas de sangre que también necesitan una limpieza. La tintorería china está situada a unas veinte manzanas de casas de mi apartamento del West Side, casi cerca de Columbia, y como anteriormente nunca he estado allí, la distancia me sorprende (hasta ahora la ropa siempre la han recogido en mi apartamento, después de llamarles por teléfono, y luego

me la devolvían a las veinticuatro horas). Debido a esta excursión, no tengo tiempo para mis ejercicios de la mañana, y como he dormido demasiado, debido a que me pasé hasta casi la madrugada pegándole a la coca con Charles Griffin e Hilton Ashbury –algo que empezó de modo inocente en la fiesta de una revista en M.K., a la que ninguno habíamos sido invitados, y terminó en mi cajero automático hacia las cinco de la madrugada–, me he perdido el programa de Patty Winters, que de hecho era una repetición de una entrevista con el Presidente, de modo que en realidad no me importa, supongo.

Estoy tenso, llevo el pelo peinado hacia atrás, las Wayfarer puestas, me duele el cráneo, tengo un puro –sin encender– sujeto entre los dientes, y llevo puesto un traje negro Armani, una camisa de algodón Armani y una corbata de seda, también de Armani. Parezco en forma pero tengo el estómago revuelto, la mente muy agitada. Cerca ya de la tintorería china paso rápidamente junto a un mendigo que llora. Un viejo, de cuarenta o cincuenta años, gordo y grisáceo y justo cuando estoy abriendo la puerta, me fijo en que, además de *eso*, también está *ciego* y le piso el pie, que de hecho es un muñón, haciendo que se le caiga el vaso de plástico de la mano y que las monedas se desparramen por la acera. ¿Lo hice a propósito? ¿Qué crees tú? ¿O fue algo accidental?

Luego, durante diez minutos, señalo las manchas a la menuda vieja china que, supongo, se ocupa de la limpieza y que incluso trae a su marido desde el fondo de la tienda, pues no consigo entender ni una palabra de lo que dice. Pero el marido sigue completamente mudo y no se molesta en traducir. La vieja sigue farfullando algo en lo que supongo que es chino y por fin tengo que interrumpida.

–Oiga, espere... –Alzo la mano con el puro, con la chaqueta Soprani colgada en el otro brazo–. Ustedes no..., bueno..., espere..., bueno, *no* me están dando razones *válidas*.

La china sigue berreando algo, cogiendo las mangas de la chaqueta con una mano minúscula. Le aparto la mano y, echándome hacia delante, le digo muy lentamente:

–¿Qué trata *usted* de decirme?

Ella sigue berreando, con los ojos muy abiertos. El marido extiende las dos sábanas que ha sacado de la bolsa, ambas salpicadas de sangre seca, y las mira en silencio.

–¿Lavar? –le pregunto–. ¿Trata de decirme que hay que *lavarla*? –Muevo la cabeza, incrédulo–. ¿Lavarla? Dios mío.

La mujer sigue señalando las mangas de la chaqueta Soprani y cuando se vuelve hacia las dos sábanas que tiene detrás, sus berridos se elevan otra octava.

–Un par de cosas –le digo, hablando más alto que ella–. Una. No se puede lavar una Soprani. Sin la menor duda. Dos... –y entonces más alto, imponiéndome a ella– *dos*, estas sábanas sólo se pueden conseguir en Santa Fé. Son unas sábanas muy caras y necesito que queden limpias *de verdad*... – Pero ella sigue hablando y yo asintiendo como si entendiera aquel galimatías. Luego sonrío y me acerco mucho a su cara–. Si no cierra esa jodida boca, voy a matarla, ¿entiende?

La china queda aterrada y su voz se acelera aún más de modo incoherente, con los ojos muy abiertos. Su cara, puede que debido a sus arrugas, parece extrañamente inexpresiva. Vuelvo a señalar patéticamente las manchas, pero entonces me doy cuenta de que es inútil y bajo la mano, esforzándome por entender lo que dice. Luego, como fortuitamente, la interrumpo, hablando otra vez más alto que ella.

–Y ahora escuche, tengo una importante comida de negocios –miro el Rolex–, en Hubert's, dentro de treinta minutos –y volviendo a mirar la aplastada cara de ojos oblicuos de la mujer, añado–: y necesito que esas..., no, espere, dentro de *veinte* minutos. Tengo una comida de negocios en Hubert's dentro de veinte minutos con Ronald Harrison y necesito que esas sábanas estén limpias para esta tarde.

Pero ella no me escucha; sigue hablando incomprensiblemente en el mismo idioma parapléjico, desconocido. Nunca le he tirado un cóctel mólotov a nadie y me pongo a preguntarme qué elementos se necesitan: gasolina, cerillas..., ¿o quizá baste con un mechero?

–Oiga –le suelto, y sinceramente, de modo monótono, acercándome a su cara (la boca se le mueve caóticamente, se vuelve hacia su marido, que asiente durante una extraña y breve pausa), le digo"–: *No* la entiendo a usted.

Me echo a reír, asustado ante lo ridículo de esta situación y, dando una palmada en el mostrador, busco con la vista por la tienda a alguien con quien hablar, pero no hay nadie, y murmuro:

–Esto es una locura. –Suspiro, pasándome la mano por la cara, y luego dejo bruscamente de reír y me noto furioso. Le digo 'en un gruñido–: Es usted una *imbécil*. No la *puedo* soportar.

Ella vuelve a farfullarme algo.

–¿Cómo? –pregunto, escupiendo la palabra–. ¿No me ha oído? ¿Que y un jamón? ¿Qué me está diciendo? ¿Que y un jamón?

Ella vuelve a coger la manga de la chaqueta Soprani. Su marido se mantiene detrás del mostrador, tético y desinteresado.

–*Es... usted... una... imbécil* –bramo.

La mujer vuelve a farfullar algo, impávida, señalando inexorablemente las manchas de las sábanas.

–Putastúpida. ¿Me entiende? –grito, con la cara roja, a punto de echarme a llorar. Estoy temblando y le arranco la chaqueta, murmurando–: Por el amor de Dios.

Detrás de mí se abre la puerta y suena una campanilla y trato de tranquilizarme. Cierro los ojos, respiro profundamente; recuerdo que debo pasar por el salón de bronceado después de comer, puede que por Hermes o...

–¿Patrick?

Sorprendido por el sonido de una voz de verdad, me doy la vuelta y veo a una chica que reconozco de mi edificio, una chica a la que he visto algunas veces en el portal, mirándome con admiración siempre que paso junto a ella. Es mayor que yo, casi treinta años, bastante guapa, con unos kilos de más, y lleva un chándal –¿de dónde? ¿Bloomington's? No tengo ni idea– y está... *radiante*. Al quitarse las gafas de sol, me ofrece una amplia sonrisa.

–Hola, Patrick, ya me imaginaba que eras tú.

Como no tengo idea de cómo se llama, murmuro:

–Hola. –y luego, algo que parece un nombre de mujer, y después la miro, confuso, encogido, tratando de controlar mi enfado, mientras la china sigue soltando chillidos detrás de mí. Por fin, uno las manos y digo–: Muy bien.

La chica se queda allí sin saber qué hacer, hasta que se dirige muy nerviosa hacia el mostrador, con un resguardo en la mano.

–¿No es absurdo? Tener que venir hasta tan lejos..., pero como sabes, *son* los mejores –dice.

–¿Entonces por qué no pueden quitar *estas* manchas? –pregunto pacientemente, sin dejar de sonreír, con los ojos cerrados, hasta que la china se calla por fin y los abro–. ¿Eres capaz de hablar o lo que sea con estos chinos? –pregunto delicadamente–. Yo no lo consigo.

La chica se acerca a la sábana que sostiene el viejo.

–Oh, claro, ya lo veo –murmura. En el momento en que intenta tocar la sábana, la vieja la aparta violentamente, e ignorándola, la chica me pregunta–: ¿De qué son? –Vuelve a mirar las manchas y dice–: Dios mío.

–Bueno, verás... –Miro las sábanas, que la verdad es que están hechas una pena–. Se trata, bueno, de zumo de arándanos, zumo de arándanos, sí.

Ella me mira y asiente, como si dudase, luego aventura tímidamente:

–Pues a mí no me parecen arándanos.

Miro atentamente las sábanas durante largo rato antes de tartamudear:

–Bueno, quiero decir, verás..., en realidad son... de *Basca*. Ya sabes, son como... –Hago una pausa–. Como las chokolatinas Dove... con Hershey's Syrup.

–Claro, claro. –Ella asiente con la cabeza, comprendiendo, quizá con cierto escepticismo.

–Oye, si tú pudieras hablar con ellos. –Me echo hacia delante y arranco las sábanas de las manos del viejo–. Te lo agradecería *de verdad*. –Doblo la sábana y la dejo suavemente en el mostrador; luego, mirando nuevamente mi Rolex, explico–: Se me está haciendo tarde. Tengo una cita para comer en Hubert's dentro de quince minutos. –Me dirijo hacia la puerta de la tintorería y la china se pone a farfullar de nuevo, amenazándome con un dedo. La miro indignado, obligándome a no imitar los gestos que hace con la mano.

–¿En Hubert's? ¿*De verdad*? –pregunta la chica, impresionada–. Está en el centro, ¿verdad?

–Sí, bueno, oye, tengo que irme. –Trato de detener el taxi que se acerca por el otro lado de la calle y, al tiempo, simular gratitud.

Le digo:

–Gracias..., Samantha.

–Me llamo Victoria.

–Claro, Victoria. –Hago una pausa–. ¿No he dicho eso?

–No. Has dicho Samantha.

–Bien, pues lo siento. –Sonríe–. Ando con problemas.

–¿A lo mejor podemos comer un día de la semana que viene? –sugiere ella, esperanzada, avanzando hacia mí mientras salgo reculando de la tienda–. Ya sabes, estoy a menudo en el centro, cerca de Wall Street.

–No estoy seguro, Victoria. –Me esfuerzo por sonreír disculpándome, apartando mis ojos de sus muslos–. Trabajo sin parar.

–Bueno, entonces, ¿qué tal el sábado? –pregunta Victoria, temiendo resultar ofensiva.

–¿El sábado que viene? –pregunto, volviendo a mirar mi Rolex.

–Sí. –Ella se encoge tímidamente de hombros.

–No puedo, me temo. Voy a ir a la sesión matinal de *Les Misérables* –miento–. Oye, tengo que irme... –Me paso una mano por el pelo y murmuro–: Dios santo –antes de obligarme a añadir–: Te llamaré.

–Muy bien –Sonríe, aliviada–. Hazlo.

Miro indignado a la china una vez más y salgo a toda prisa de allí, corriendo hacia un inexistente taxi, y luego me pongo a andar más despacio una manzana o dos después de la tintorería y...

De repente me encuentro mirando a una vagabunda muy guapa que está sentada en los escalones de una casa de Amsterdam, con un vaso de plástico en el escalón de debajo de sus pies, y como guiado por radar me dirijo hacia ella, sonriendo, rebuscando en mi bolsillo para darle unas monedas. Su cara parece demasiado joven y fresca y bronceada para ser la de una vagabunda, lo que hace que sus problemas resulten más dolorosos. La examino cuidadosamente durante los segundos que me lleva ir desde el borde de la acera a los escalones de la casa donde está sentada, con la cabeza caída, mirándose el regazo sin decir nada. Alza la vista, sin sonreír, después de darse cuenta que me he

detenido delante de ella. Mi antipatía se desvanece y, queriendo ofrecerle algo agradable, algo sencillo, me inclino, sin dejar de mirarla, con los ojos irradiando simpatía hacia su cara grave, y dejando un dólar en su vaso de plástico, digo:

–Buena suerte.

Le cambia la expresión y debido a ello me fijo en el libro –Sartre– que tiene en el regazo, y luego en la bolsa para libros de la Universidad de Columbia que tiene al lado, y por fin en el café del vaso y en mi dólar flotando en él y, aunque todo esto sucede en cuestión de segundos, parece como a cámara lenta, y entonces ella me mira, luego mira el vaso, y grita:

–Oye, ¿cuál es tu puñetero problema?

Aturdido, agachado encima del vaso, sintiéndome rebajado, tartamudeo:

–No sabía..., no sabía que estaba... lleno. –y me alejo, temblando, llamando a un taxi, y dirigiéndome a Hubert's en él.

Alucino y convierto los edificios en montañas, en volcanes, las calles se vuelven junglas, el cielo se convierte en un telón de teatro, y antes de apearme del taxi tengo que ponerme bizco con objeto de aclararme la visión. La comida en Hubert's se convierte en una constante alucinación en la que me encuentro soñando mientras estoy despierto.

Harry's

Hay que llevar los calcetines a juego con los pantalones –le dice Todd Hamlin a Reeves, que le escucha atentamente, removiendo su Beefeater con hielo, con un agitador de plástico.

–¿Quién lo dice? –pregunta George.

Y ahora escucha –explica pacientemente Hamlin–. Si uno lleva pantalones *grises*, debe llevar calcetines *grises*. Tan sencillo como eso.

–Espera un momento –interrumpo yo–. ¿Y si los zapatos son *negros*?

–Queda igual de bien –dice Hamlin, dando un sorbo a su martini–. Pero entonces el cinturón tiene que *hacer juego* con los zapatos.

–Entonces lo que estás diciendo es que con un traje *gris* puedes llevar calcetines grises o *negros* –digo yo.

–Bueno..., sí –dice Hamlin, confuso–. Eso supongo. ¿He dicho eso?

–Vamos a ver, Hamlin –digo yo–. No estoy de acuerdo con lo del cinturón, pues los zapatos están lejos del *cinturón*. Creo que hay que concentrarse en llevar un cinturón que haga juego con los *pantalones*.

– *Tiene razón* –dice Reeves.

Los tres, Todd Hamlin, George Reeves y yo, estamos sentados en el Harry's y son poco más de las seis. Hamlin lleva un traje de Lubiam, una camisa a rayas y cuello largo muy bonita de Burberry, una corbata de seda de Resikeio y un cinturón de Ralph Lauren. Reeves lleva un traje cruzado de seis botones de Christian Dior, una camisa de algodón, una corbata estampada de Claiborne, zapatos perforados con cordones de Allen–Edmonds, un pañuelo de algodón en el bolsillo, probablemente de Brooks Brothers; unas gafas de sol de Lafon París descansan en una servilleta

junto a su copa, y un attaché bastante bonito de T. Anthony en una silla vacía colocada junto a nuestra mesa. Yo llevo un traje de franela a rayas de dos botones y sin cruzar, una camisa de algodón a rayas multicolores y un pañuelo de bolsillo de seda, todo de Patrick Aubert; una corbata de seda con lunares de Bill Blass y gafas graduadas con montura de Lafont Paris. Uno de nuestros lectores de CD portátiles descansa en mitad de la mesa rodeado de vasos y una calculadora. Reeve's y Hamlin se han ido pronto de la oficina para hacerse un tratamiento facial y los dos tienen buen aspecto, con la cara rosa pero bronceada, el pelo corto y peinado hacia atrás. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los Rambos de la vida real.

–¿Y qué pasa con los chalecos? –pregunta Reeves a Tood–. ¿No están... pasados de moda?

–No, George –dice Hamlin–. *Claro* que no.

–No –me muestro de acuerdo–. Los chalecos *nunca* han estado pasados de moda.

–El problema, sin embargo, *es...* ¿cómo se deben llevar? –pregunta Hamlin.

–Deben ser ajustados... –empezamos simultáneamente Reeves y yo.

–Lo siento dice Reeves–. Sigue, sigue.

–No, no importa –digo yo–. Sigue tú.

–Insisto –dice George.

–Bien, pues deben ajustarse al cuerpo y tapar la cintura –digo–. Deben asomar un poco justo por encima del botón de arriba de la chaqueta del traje. Pero si se ve excesivamente el chaleco, proporcionará al traje un aspecto muy tieso, estirado, que no es deseable.

–Vaya, vaya –dice Reeves, con aspecto confuso–. Exacto. Ya lo sabía.

–Necesito otro J&B –digo, levantándome–. ¿Y vosotros, chicos?

–Beefeater con hielo –me indica Reeves.

–Martini.

–Hamlin.

–Enseguida. –Me dirijo hacia la barra y, mientras espero a que Freddy sirva las copas, oigo a un chico, que creo que es ese griego, William Theodocropopolis, del First Bastan, que lleva una especie de chaqueta de lana muy hortera de cuadritos y una camisa perfecta, pero que también lleva una corbata de cachemira de aspecto super de Paul Stuart que hace que el traje parezca mejor de lo que se merece, y le está contando a un tipo, otro griego, que toma una Diet Cake:

–De modo que escucha, Sting estaba en Chernoble..., ya sabes, ese sitio que abrieron los que abrieron Tunnel..., y luego salió en Page Six y alguien conducía un Porsche 911 y dentro del coche estaba Whitney y...

Al volver a nuestra mesa, Reeves le está contando a Hamlin cómo se burla de los sin hogar de la calle, cómo les tiende un dólar y cuando se acercan lo aparta y se lo mete en el bolsillo.

–Oye, la cosa *funciona* –insiste–. Se quedan tan sorprendidos que no dicen nada.

–Limitate... a decirles... que no –le digo, dejando las copas en la mesa–. Es lo *único* que tienes que decir.

–¿Limitarme a decides que no? –Hamlin sonrío–. ¿Funciona eso?

–Bueno, en realidad sólo con las mujeres sin hogar preñadas –admito.

–Apuesto lo que sea a que no has probado a limitarte a decide que no al gorila ese de más de dos metros de la calle Chambers –dice Reeves–. El que lleva una pipa de crack.

–¿Habéis oído hablar de ese club que se llama Nekenieh? –pregunta Reeves.

Distingo a Paul Owen que está sentado a una mesa del otro lado de la sala con un tipo que se parece mucho a Trent Moore, o a Roger Daley, y con otro tipo que se parece a Frederick Connell. El abuelo de Moore es dueño de la empresa en la que trabaja él. Trent lleva un traje espantoso de lana de cuadritos mínimos.

–¿Nekenieh? –pregunta Hamlin–. ¿Qué es eso de Nekenieh? –Tíos, tíos –digo yo–. ¿Quién es ese que está sentado con Paul Owen allí? ¿Es Trent Moore?

–¿Dónde? –Reeves.

–Los que se levantan. En aquella mesa –digo yo–. Esos tipos. –¿No es Madison? No, es Dibble –dice Reeves. Se pone sus gafas graduadas para asegurarse.

–No –dice Hamlin–. Es Trent Moore.

–¿Estás seguro? –pregunta Reeves.

Paul Owen se detiene junto a nuestra mesa al salir. Lleva unas gafas de sol de Pesol y un *attaché* de Coach Leatherware.

–Hola, ¿qué tal? –dice Owen, y presenta a los dos tipos con los que está: Trent Moore y uno que se llama Paul Denton.

Reeves y Hamlin y yo estrechamos sus manos sin levantamos. George y Todd se ponen a hablar con Trent, que es de Los Ángeles y sabe dónde está situado Nekenieh. Owen vuelve su atención hacia mí, lo que me pone un poco nervioso.

–¿Cómo te ha ido últimamente? –pregunta Owen. –Estupendamente –digo yo–. ¿Ya ti?

–Tremendo –dice él–. ¿Cómo va la cuenta de Hawkins?

–Va... –me atasco, y continúo tartamudeando momentáneamente–: Va... bien.

–¿De verdad? –pregunta, vagamente intrigado–. Es interesante –dice, sonriendo, con las manos unidas detrás de la espalda–. ¿No *estupendamente*?

–Bueno –digo yo–. Ya sabes...

–¿Y cómo está Marcia? –pregunta, paseando la vista por la sala, sin escucharme de verdad–. Es una chica *estupenda*.

–Claro que sí –digo, temblando–. Tengo... suerte.

Owen me ha confundido con Marcus Halberstam (y eso que Marcus está saliendo con Cecelia Wagner), pero por algún motivo no me importa de verdad y me parece un *faux pas* lógico pues Marcus trabaja en P & P también, de hecho hace exactamente lo mismo que yo, y también siente debilidad por los trajes Valentino y las gafas graduadas y compartimos el mismo peluquero en el mismo sitio, el Pierre Hotel, de modo que parece comprensible; no me molesta. Pero Paul Denton no deja de mirarme, como si supiera algo, como si no estuviera seguro de si me conoce o no, lo que hace que me pregunte si estuvo en aquel cruce de hace tiempo, una noche del pasado marzo. Si ése es el caso, estoy pensando, debería de tener su número de teléfono o, mejor, su dirección.

–Muy bien, podríamos tomar unas copas –le digo a Owen. –*Estupendo* –dice él–. Aquí tienes mi tarjeta.

–Gracias –digo, mirándola atentamente, contento por su falta de gusto, antes de guardármela en la chaqueta–. A lo mejor llevo... –Hago una pausa, y añado cuidadosamente–: A Marcia.

–Sería *estupendo* –dice él–. Oye, ¿no has estado en *ese* bistró salvadoreño de la Ochenta y tres? –pregunta–. Cenaremos allí esta noche.

–Sí. Quiero decir, no –digo–. Pero he oído decir que es muy bueno. –Sonrío débilmente y doy un sorbo a mi copa.

–Sí, también yo. –Mira su Rolex–. ¿Trent? ¿Denton? Tenemos que irnos. Tenemos mesa reservada para dentro de quince minutos.

Nos decimos adiós y camino de la salida de Harry's se detienen en la mesa a la que están sentados Dibble y Hamilton, o por lo menos los que yo *creo* que son Dibble y Hamilton. Antes de irse, Denton vuelve a mirar hacia nuestra mesa. Me mira a mí, por última vez, y parece dominado por el pánico, como si me reconociera de algo y *eso*, a su vez, le sacara de sus casillas.

–La cuenta de Fisher –dice Reeves.

–Mierda –digo yo–. No nos lo recuerdes.

–Un hijoputa con suerte –dice Hamlin.

–¿Habéis visto a su novia? –pregunta Reeves–. A Laurie Kennedy. Una tía buena total.

–Yo la conozco –digo, pero rectifico–. La conocía.

–¿Por qué dices eso? –pregunta Hamlin, intrigado–.

–Porque *salió* con ella –dice Reeves, sin interés.

–¿Y cómo lo sabes? –le pregunto, sonriendo.

–Bateman gusta a las chicas. –Reeves suena a un poco borracho–. Es un chico GQ. Eres un GQ total, Bateman.

–Gracias, pero... –No puedo decir si está siendo sarcástico, pero hace que me sienta orgulloso y trato de quitar importancia a lo guapo que soy, diciendo–: esa chica tenía una personalidad *espan-tosa*.

–Dios santo, Bateman –protesta Hamlin–. ¿Qué quieres decir con eso?

–¿Cómo? –digo yo–. La *tiene*.

–¿Y qué? Lo que importa es su *aspecto*. Laurie Kennedy es *un bombón* –dice Hamlin enfáticamente–. No pretendas que te interesaba por otro motivo.

–Si tienen una gran personalidad, entonces... algo va muy mal –dice Reeves, en cierto modo confuso por su propia afirmación.

–Si tienen una gran personalidad y no son guapas... Reeves alza las manos, indicando algo–, ¿a quién le *importan*?

–Bueno, digamos que *hipotéticamente*, ¿de acuerdo? ¿Qué pasa si tienen una 'gran personalidad? –pregunto'; .sabiendo perfectamente que se trata de un asunto estúpido.

–Estupendo. "Hipotéticamente serán mejor pero... –dice Hamlin.

–Lo sé, lo sé. –Sonrío.

–*No* hay chicas con gran personalidad –decimos todos al unísono, riendo, intercambiando palmadas.

–Una gran personalidad –empieza Reeves– consiste en una chica que sea una. tía buena y que satisfaga todas las exigencias sexuales sin ser demasiado puerca y que esencialmente mantenga la jodida boca *cerrada*.

–Oye –dice Hamlin, asintiendo para mostrar que está de acuerdo–. Las únicas chicas con gran personalidad que son listas o incluso divertidas o medio inteligentes o hasta con talento..., aunque sabe Dios qué coño significa *eso...*, son chicas *feas*.

–*No hay duda* –asiente Reeves.

–Y eso es porque tienen que disimular lo jodidamente *poco atractivas* que son –dice Hamlin, volviendo a sentarse.

–Bien, mi teoría siempre ha sido –empiezo– que los hombres han venido aquí sólo para procrear, para que prosiga la especie, ¿de acuerdo?

Los dos asienten con la cabeza.

–Y el único modo de hacer *eso* –continúo, eligiendo las palabras con cuidado– *es...* que te guste una tía buena, aunque a veces el *dinero* y la *fama...*

–Nada de peros –dice Hamlin, interrumpiéndome–. Bateman, ¿me estás diciendo que te lo harías con Oprah Winfrey? Es rica, tiene poder... ¿Y con Nell Carter? Tiene un espectáculo en Broadway, una voz estupenda...

–Espera un momento –dice Reeves–. ¿Quién coño es Nell Carter?

–No lo sé –digo yo, confundido por el nombre.

–Préstame atención, Bateman –dice Hamlin–. La única razón por la que existen las chicas es para que nos gusten, como acabas de decir tú. Para la supervivencia de la especie, ¿o no? Es tan sencillo –coge la aceituna de su copa y se la mete en la boca– como esto.

Después de una pausa prudente, digo:

–¿Sabéis lo que dijo Ed Gein de las mujeres?

–¿*Ed Gein*? –pregunta uno de ellos–. ¿El maître del Canal Bar?

–No –digo yo–. Un asesino en serie, de Wisconsin, en los años cincuenta. Era un tipo interesante.

–Siempre te interesan esas cosas, Bateman –dice Reeves, y luego a Hamlin–: Bateman siempre lee esas biografías: la de Ted Bundy y la del Hijo de Sam y la de *Visión Fatal* y la de Charlie Manson. Las de todos *esos*.

–Bueno, ¿qué dijo *ese* Ed? –pregunta Hamlin, interesado.

–Dijo –empiezo yo–: Cuando veo a una chica guapa andando por la calle pienso en dos cosas. Una parte de mí quiere salir con ella y ser amable de verdad y tratarla como se debe. –Me interrumpo, termino el J&B de un trago.

–¿Y qué pensaba su otra parte? –pregunta Hamlin, inseguro.

–En cómo quedaría su cabeza clavada en un palo –digo. Hamlin y Reeves se miran y luego me miran a mí antes de echarse a reír, y luego los dos se mueven, inquietos.

–Oídmeme, ¿adónde vamos a cenar? –digo yo, cambiando de tema.

–¿Qué tal ese sitio indio-californiano del Upper West Side? –sugiere Hamlin.

–A mí me parece bien –digo.

–Suena bien –dice Reeves.

–¿Quién reserva mesa? –pregunta Hamlin.

Deck chairs

Courtney Lawrence me invita a cenar un lunes por la noche y la invitación parece implicar vagamente algo sexual, de modo que acepto, pero una parte de la cita consiste en cenar con dos graduados en Camden, Scott y Anne Smiley, en un restaurante nuevo de Columbus que han elegido ellos y se llama Deck Chairs, un sitio que he hecho que investigara mi secretaria antes de dejar hoy la oficina, para que me propusiera tres menús alternativos que podría pedir. Las cosas que Courtney me ha contado de Scott y Anne –él trabaja en una agencia de publicidad, ella abre restaurantes con el dinero de su padre, el más reciente 1968, en el Upper East Side– en la interminable carrera en taxi hacia la parte alta de la ciudad, han sido sólo ligeramente menos interesantes que oír en qué ha consistido el día de Courtney: tratamiento facial en Elizabeth Arden, compra de menaje de cocina en la Pottery Barn (todo esto, naturalmente, después de haber tomado litio) antes de bajar hasta Harry's donde tomó unas copas con Charles Murphy y Rusty Webster, y donde Courtney se olvidó la bolsa de menaje de cocina de Pottery Barn que había dejado debajo de la mesa. El único detalle de la vida de Scott y Anne que me parece remotamente sugerente es que adoptaron a un chico coreano de trece años al año siguiente de casarse, lo llamaron Scott Jr. y lo mandaron a Exeter, donde Scott había estudiado cuatro años antes de que fuera yo.

–Sería mejor que hubieran reservado mesa –le advierto a Courtney en el taxi.

–No fumes ese puro, Patrick –dice ella lentamente.

–¿No es ése el coche de Donald Trump? –pregunto, mirando la limusina que se ha parado junto a nuestro taxi.

–Dios santo, Patrick. Cállate –dice Courtney, con voz espesa y de drogada.

–¿Sabes, Courtney? Tengo un walkman en mi attaché de Bottega Veneta y me lo podría poner –digo–. Deberías tomar algo más de litio. O una Diet Cake. Algo de cafeína te levantaría un poco.

–Lo único que quiero es tener un niño –dice suavemente, mirando por la ventanilla al vacío–. O mejor dos... niños..., sería perfecto.

–¿Hablas conmigo o con ese tipo? –digo, en un suspiro, pero lo bastante fuerte para que me oiga el taxista israelí, y Courtney probablemente no dice nada.

El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre perfumes y barras de labios y maquillajes. Luis Carruthers, el novio de Courtney, está fuera de la ciudad, en Phoenix, y no volverá a Manhattan hasta última hora del jueves. Courtney lleva una chaqueta y un chaleco de lana, un jersey de lana y pantalones de gabardina de Bill Blass, pendientes de cristal, esmalte y plata dorada de Gerard E. Yosca, y zapatos Orsay de seda y raso de Manolo Blahnik. Yo llevo una chaqueta de tweed hecha a la medida, pantalones y una camisa de algodón de la tienda de Alan Flusser y una corbata de seda del Stairmaster en mi gimnasio. Saludo con la mano a un mendigo de la esquina de la Cuarenta y nueve con la Octava, luego le hago un corte de manga.

Esta noche la conversación se centra en el nuevo libro de Elmore Leonard –que no he leído–; ciertas reseñas de restaurantes –que sí–; la grabación inglesa de *Les Misérables* comparada con la del reparto norteamericano; ese nuevo bistró salvadoreño de la Segunda esquina con la Ochenta y tres, y sobre qué columnas de cotilleo s están mejor escritas –la del *Post* o la del *News*. Al parecer Anne Smiley y yo tenemos una amiga común. Se trata de una camarera del Abertone's, de Aspen, a la que violé con un bote de spray para el pelo las Navidades pasadas cuando fui allí a esquiar durante las vacaciones. Deck Chairs está abarrotado, resulta atronador porque la acústica es espantosa debido a los techos altos y, si no me equivoco, al estruendo contribuye una versión New

Age de «White Rabbit» que atruena desde los altavoces de las esquinas del techo. Un chico que se parece a Forrest Atwater –pelo rubio peinado hacia atrás, gafas graduadas con montura de madera de secoya, traje Armani con tirantes– está sentado con Caroline Baker, una chica que trabaja de inversionista en Drexel, me parece, y que no tiene buen aspecto. Necesita más maquillaje, y el conjunto de tweed de Ralph Lauren que lleva puesto es demasiado austero. Están en una mesa mediocre de delante de la barra.

–Lo llaman cuisine de California *clásica* –me dice Anne, acercándoseme, después de haber pedido. Lo que acaba de decir merece una reacción, supongo, y como Scott y Courtney están discutiendo los méritos de la columna de cotilleos del *Post*, tengo que contestarle algo.

–¿Quieres decir, comparada, digamos, con la cuisine de California? –pregunto, con mucho cuidado, midiendo cada palabra, y añado en voz bastante baja–: ¿O con la cuisine *post-California*?

–Quiero decir que sé que esto suena a muy moderno, pero hay muchísima diferencia. Es algo *sutil* –dice ella–, pero la hay.

–Me han hablado de la cuisine *post-California* –digo, plenamente consciente de la decoración del restaurante: las tuberías a la vista y la cocina abierta para pizzas y las... sillas de cubierta". De hecho, la he probado. ¿Nada de verduras? ¿Conchas con burritos? ¿Galletitas Wasabi? ¿Voy bien? Y, a propósito, ¿te han dicho alguna vez que eres exactamente igual que Garfield, aunque aplastado y despellejado y con un espantoso jersey Fedagamo que alguien te echó por encima antes de llevarte corriendo al veterinario? ¿Fusilli? ¿Aceite de oliva con brie?

–Exacto –dice Anne, impresionada–. Courtney, ¿de dónde has *sacado* a Patrick? Sabe tantas cosas. Me refiero a que la idea que tiene Luis de la cuisine de California es media naranja y unos gelati –dice, encantada, luego se ríe, animándome a reírme con ella, lo que hago, dudándolo un poco.

De primer plato pido radicchio con una especie de calamar. Anne y Scott piden ragú de cazón con violetas. Courtney casi se queda dormida cuando tiene que reunir todas sus fuerzas para leer la carta, pero antes de que resbale de la silla la cojo por los hombros, tiro de ella, y Anne pide en su lugar, algo simple y ligero como palomitas de maíz estilo Cajun, que no están en la carta, pero como Anne conoce a Noj, el cocinero, éste le prepara unas pocas..., *¡sólo para Courtney!* Scott y Anne insisten en que todos debemos pedir una especie de pejerrojo renegrido, una especialidad de Deck Chairs² que, por suerte para ellos, es uno de los primeros platos que Jean me ha elegido. Si no lo hubiera sido, y si a pesar de todo ellos hubieran insistido en que yo lo pidiera, habría habido muchas posibilidades de que después de cenar hubiera irrumpido en el estudio de Scott y Anne hacia las dos de esta madrugada –después de *Últimas noticias con David Letterman*– y los hubiese hecho picadillo con un hacha, primero obligando a Anne a que viera cómo se desangraba Scott por las heridas del pecho, y luego habría encontrado el modo de ir a Exeter, donde echaría un frasco de ácido por encima de la cabeza de ojos oblicuos de su hijo. Nuestra camarera es una tía buena que lleva unos zapatos dorados de lagarto con piedras falsas. He olvidado devolver la cinta al video club esta noche y San Pellegrino.

–Lo llaman cuisine de California *clásica* –me dice Scott.

–¿Por qué no vamos al Zeus Bar la semana que viene? –le sugiere Anne a Scott–. ¿Crees que tendremos problemas para conseguir mesa un viernes? –Scott lleva un jersey de cachemira a rayas rojas y púrpura y negras de Paul Scott, pantalones muy anchos de pana de Ralph Lauren y mocasines de Cole– Haan.

–Bueno..., podría ser –dice.

–Es una *buena* idea. Me *gusta* muchísimo –dice Anne, cogiendo una pequeña violeta de su plato y oliéndola antes de ponérsela cuidadosamente en la lengua. Lleva un jersey de lana y mohair tejido

² «Deck chairs», el nombre del restaurante, es «sillas de cubierta». (*N. del T.*)

a mano, rojo, púrpura y negro de Koos van Den Akker Couture, y pantalones de Anne Klein, con zapatos de cuero abiertos por delante.

Un camarero, no la tía buena, se acerca a la mesa para ver si queremos otra copa.

–J&B. Solo –digo, antes de que pida ninguno de los demás.

Courtney pide un champán con hielo, lo que me atrae secretamente.

–Oh –dice, como si se acordara de algo–, ¿podría tomarlo con una rodaja?

–¿Una rodaja de qué? –le pregunto, enfadado, incapaz de contenerme–. Déjame que lo adivine. ¿Melón? –y estoy pensando: oh Dios mío por qué no has devuelto esos jodidos vídeos Bateman estúpido hijoputa.

–¿De limón, señorita? –dice el camarero, lanzándome una mirada gélida.

–Sí, claro. De limón –asiente Courtney, que parece perdida en una especie de sueño..., pero contenta, ignorando todo lo demás.

–Yo tomaré una copa de..., oh, Dios mío, creo que de Acacia –dice Scott, y luego se dirige a la mesa–. ¿Quiero un blanco? ¿Quiero de verdad un chardonnay? ¿Podemos tomar el pejerrojo con un cabernet?

–Estoy de acuerdo –dice Anne, animándole.

–Muy bien, tomaré el..., vaya, el sauvignon blanc –dice Scott. El camarero sonrío, confuso.

–Scottie –chilla Anne–. ¿El sauvignon *blanc*?

–Sólo bromeaba –se ríe él tontamente–. Tomaré el chardonnay. El Acacia.

–Eres un *payaso*. –Anne sonrío aliviada–. Resultas hasta divertido.

–Tomaré el chardonnay –le dice Scott al camarero.

–Muy bien –dice Courtney, dándole unos golpecitos en la mano.

–Yo sólo tomaré... –dice Anne, vacilando–. Bueno, sólo tomaré una Diet Coke.

Scott levanta la vista de un trozo de pan de avena que estaba mojando en una pequeña lata de aceite de oliva.

–¿No vas a tomar alcohol esta noche? –pregunta.

–No –dice Anne, sonriendo a travésamente. ¿Quién sabe por qué? ¿Ya quién coño le importa?–. No me apetece.

–¿Ni siquiera una copa de chardonnay? –le pregunta Scott–. ¿y qué tal un sauvignon blanc?

–Tengo clase de aerobio a las nueve –dice ella, resbalando, perdiendo el control–. La verdad es que no podría.

–Bueno, pues entonces yo no quiero nada –dice Scott, decepcionado–. Quiero decir que tengo una a las ocho en Xclusive.

–¿Quiere alguien saber dónde voy a estar yo mañana a las ocho? –pregunto.

–No, cariño. Sé que te gusta mucho el Acacia. –Anne se echa hacia delante y le aprieta la mano a Scott.

–No, querida. Seguiré con San Pellegrino –dice Scott, molesto.

Tamborileo muy *fuerte* con los dedos en la mesa, diciendo «mierda, mierda, mierda, mierda» para mí mismo. Courtney tiene los ojos semicerrados y respira pesadamente.

–Oye. Me arriesgaré –dice Anne, por fin–. Tomaré Diet Coke con *ron*.

–Tendrán Diet Cake *sin caféina*, ¿verdad? –pregunta Anne al camarero.

–¿Sabes? –la interrumpo–, deberías tomado con Diet Pepsi. Es mucho mejor.

–¿De verdad? –pregunta Anne–. ¿A qué te refieres?

–A que deberías tomar Diet Pepsi en vez de Diet Coke –digo–. Es mucho mejor. Tiene más burbujas. Y un sabor más limpio. Casa mejor con el ron y tiene un contenido de sodio más bajo.

El camarero, Scott, Anne e incluso Courtney, me miran como si hubiera hecho una especie de observación diabólica, apocalíptica, como si hubiera echado abajo un mito, o faltado a un juramento que se observaba solemnemente. Además, de repente, el Deck Chairs queda casi en silencio. Ayer por la noche alquilé una película que se titulaba *Dentro del culo de Lydia* y mientras me hacían efecto dos Halcion y de hecho tomaba Diet Pepsi, contemplé cómo Lydia –una tía muy buena, rubia teñida, totalmente bronceada, con un culo perfecto y grandes tetas –se chupaba a un tipo con una polla enorme mientras otra tía buena rubia con un coño rubio perfectamente depilado se arrodillaba detrás de Lydia y después de meterle la lengua en el culo y chuparle el coño, empezaba a meter un vibrador plateado muy largo y engrasado en el culo de Lydia y la follaba con él mientras le seguía comiendo el coño y el tipo de la polla tan enorme se corría sobre la cara de Lydia mientras ella le chupaba las pelotas y luego Lydia tenía un orgasmo potentísimo que parecía auténtico, y luego la chica de detrás de Lydia se arrastraba y chupaba el semen de la cara de Lydia y luego hacía que Lydia chupara el vibrador. Lo nuevo de Stephen Bishop salió el martes pasado y ayer en Tower Records lo compré en disco compacto, casete y álbum, porque quiero tenerlo en los tres formatos.

–Oye –digo, con voz temblorosa de emoción–, toma lo que quieras, pero yo te recomiendo la Diet Pepsi.–Bajo la vista hacia mi regazo, miro la servilleta azul, con las palabras Deck Chairs bordadas en el borde, y durante un momento creo que vaya llorar; me tiembla la barbilla y no puedo tragar.

Courtney se echa hacia delante y me toca suavemente la muñeca, acariciando mi Rolex.

–Todo va bien, Patrick. La verdad es...

Un dolor agudo cerca del hígado se impone a la oleada de emoción y me siento muy tieso en la silla, sorprendido, confuso, y el camarero se marcha y luego Anne pregunta si hemos visto la reciente exposición de David Onica y me siento más tranquilo.

Resulta que no hemos visto la exposición, pero yo no quiero ser tan hortera como para sacar a relucir que tengo un cuadro suyo, con que le doy una patadita a Courtney por debajo de la mesa. Eso la hace salir del estupor producido por el litio y dice como un robot:

–Patrick tiene un Onica. Lo tiene, de verdad.

Yo sonrío, encantado; doy un trago a mi J&B.

–Oh, es fantástico, Patrick –dice Anne.

–¿De verdad? ¿Un Onica? –pregunta Scott–. ¿No son muy caros?

–Bueno, se podría decir... –Doy un trago a mi copa, súbitamente confuso: se podría decir..., decir, ¿el qué?–. Nada.

Courtney suspira, a la espera de otra patada.

–El de Patrick le costó veinte mil dólares. –Parece fuera de su mente, mientras coge un trocito de pan de avena caliente.

Le lanzo una mirada penetrante y trato de no soltar un silbido.

–Bueno, no, Courtney, en realidad fueron *cincuenta*.

Ella alza lentamente la vista del pan de avena que está desmenuzando entre los dedos y, aunque a pesar de su bruma de litio se las arregla para mirarme de un modo tan malicioso que automáticamente me humilla, no me humilla lo suficiente como para contarles a Scott y Anne la verdad: que el Onica sólo me costó veinte de los grandes. Pero la amenazadora mirada de Courtney –aunque yo podría estar reaccionando equivocadamente y ella sólo mirara con desagrado los dibujos de las columnas, las persianas de la claraboya, los jarrones Montigo llenos de tulipanes púrpura que se

alinean en la barra– me asusta lo bastante como para no contar cómo me hice con el Onica. Es una mirada que puedo interpretar con bastante facilidad. Advierte: dame otra patada y no mientas, ¿lo entiendes?

–Parece un precio... –empieza Anne.

Contengo la respiración, con la cara rígida por la tensión.

–Bajo –murmura.

Suelto el aire.

–Lo *es*. Hice un negocio fabuloso –digo yo, atragantándome.

–¿Pero *cincuenta* mil? –pregunta Scott, con desconfianza.

–Bueno, creo que su obra... tiene una especie de... cualidad..., está maravillosamente proporcionada... –Hago una pausa, tratando de recordar una frase de una crítica que vi en la revista *New York*–: Es intencionadamente burlona.

–¿No tiene uno Luis, Courtney? –pregunta Anne, y luego da unos golpecitos a Courtney en el brazo-. ¿Courtney?

–Que Luis... tiene... ¿el qué? –Courtney mueve la cabeza como si se la quisiera aclarar, abriendo mucho los ojos, como si quisiera asegurarse de que no se le van a cerrar.

–¿Quién es Luis? –pregunta Scott, haciendo señas a la camarera para que se lleve la mantequilla que acaba de poner en la mesa..., valiente *merienda de negros*.

Anne responde por Courtney.

–*Su novio* –dice, después de mirar a Courtney, que está muy confusa y, de hecho, busca mi ayuda.

–¿Dónde está? –pregunta Scott.

–En Texas –digo yo rápidamente–. Está en Phoenix, quiero decir.

–No –dice Scott–. Me refiero a en qué *empresa*.

–L. F. Rothschild –dice Anne, a punto de mirar a Courtney para que se lo confirme, pero me mira a mí-. ¿Es así?

–No. Trabaja en P & P –digo–. Trabajamos juntos.

–¿No salía antes con Samantha Stevens? –pregunta Anne. –No –dice Courtney–. Sólo era una foto que sacaron en W. Terminó mi copa en cuanto me la traen y hago señas casi inmediatamente para que me traigan otra y pienso que Courtney *es* un bombón, pero acostarme con ella no vale esta cena. La conversación cambia violentamente mientras yo estoy mirando a una mujer de un aspecto estupendo del otro lado de la sala –rubia, grandes tetas, vestido ajustado, zapatos de raso con tacones dorados– cuando Scott se pone a hablarme de su nuevo lector de discos compactos mientras Anne parlotea inconscientemente con una pirada y completamente distraída Courtney sobre los nuevos tipos de pasteles de arroz y trigo bajos en sodio, la fruta fresca y la música New Age, especialmente Manhattan Streamroller.

–Es un Aiwa –dice Scott–. *Tendrías* que oírlo. El sonido... –hace una pausa, cierra los ojos en éxtasis, sin dejar de masticar el pan de avena– *es fantástico*.

–Bueno, como sabes, Scottie, el Aiwa *está* bien. –¿Será posible? *Scottie*, estoy pensando–. Pero el Sansui es el *mejor*. –Hago una pausa, luego añado–: Lo sé, porque tengo uno.

–Pues yo creía que el mejor era *el Aiwa*. –Scott parece preocupado, pero no lo bastante para que yo me dé por satisfecho.

–No importa, Scott –digo–. ¿El Aiwa tiene control remoto digital?

–Sí –dice.

–¿Y control informático?

–Bueno. Eso es una tontería.

–¿Viene el equipo con un giradiscos con plato de metacrilato y bronce?

–Sí –miente el muy hijoputa.

–¿Tiene tu equipo un... sintonizador Accophase T-106? –le pregunto.

–Claro –dice, encogiéndose de hombros.

–¿Estás seguro? –digo–. Piénsalo bien.

–Sí. Creo que sí –dice, pero la mano le tiembla cuando coge un poco más de pan de avena.

–¿Qué tipo de altavoces lleva?

–Duntech de madera –me responde, con demasiada rapidez. –Amigo mío, deberías tener unos altavoces V Infinity IRS –digo–. O unos...

–Espera un momento –me interrumpe–. ¿Altavoces V? Nunca he oído hablar de altavoces V.

–Es lo que quería decirte –digo–. Sino tienes los V, es como si escucharas un jodido walkman.

–¿Cuál es la respuesta de bajos de esos altavoces? –me pregunta, con desconfianza.

–Quince hertzios ultrabajos –murmuro, separando cada– palabra.

Eso hace que se calle durante un momento. Anne habla monótonamente sobre yogur congelado sin grasa y chow chows. Me echo hacia atrás en el asiento, satisfecho de haber dejado fuera de combate a Scott, pero éste enseguida recupera la compostura y dice:

–En cualquier caso... –tratando de comportarse como si no le importara tener un mierdoso estéreo muy barato– hoy compramos el nuevo de Phil Collins. Deberías oír lo estupendamente que suena «Groovy Kind of Love» en el aparato.

Sí, creo que es con mucho la mejor canción que ha compuesto jamás –digo, bla bla bla, y pienso que es algo en lo que al fin podemos estar de acuerdo Scott y yo. Llegan los platos de pejerrojo y tienen un aspecto raro y Courtney se excusa y va al servicio de señoras y, al cabo de media hora, sin que aún haya regresado, me dirijo al fondo del restaurante y me la encuentro dormida en el guardarropa.

Pero en su apartamento se tumba desnuda, y tiene las piernas –bronceadas y fuertes gracias al aerobio y musculosas– abiertas y yo estoy de rodillas delante de su coño mientras me la meneo y en el momento en que me pongo a chupárselo ella ya se ha corrido dos veces y tiene el coño tenso y caliente y húmedo y yo se lo abro, metiendo los dedos, mientras sigo meneándomela con la otra mano. Le alzo el culo, con ganas de meterle la lengua dentro, pero a ella no le apetece y levanto la cabeza y busco en la antigua mesilla de noche Portian el condón que está en el cenicero de Palio junto a la lámpara halógena Tensar y el jarrón de cerámica D'Oro y lo abro con dos dedos pegajosos y brillantes, y los dientes, y luego me lo pongo, con gran facilidad, en la polla.

–Quiero que *me* folles –gime Courtney, estirando las piernas hacia atrás, con lo que la vagina se le abre más, mientras se la toca con los dedos, que me hace chupar, y que tienen unas uñas largas y rojas, y el flujo de su coño, que brilla a la luz que llega de las farolas de la calle y se cuelga por entre las persianas Stuart, Hall, sabe a rosa y dulce y ella me lo pasa por la boca y labios y lengua antes de que se enfríe.

–Muy bien –digo, poniéndome encima de ella. Meto garbosamente mi polla en su coño, besándola con fuerza en la boca, y empujo dentro de ella con golpes prolongados de mi polla y de las caderas, subiendo y bajando, al ritmo de nuestro momento de mayor deseo, y mi orgasmo sube desde la base de mis cojones, de mi culo, avanzando por la polla y poniéndola tan tensa que casi me duele, pero entonces, a mitad de un beso, alzo la cabeza, dejando que la lengua le cuelgue de la

boca y se ponga a chuparse sus propios labios rojos y dilatados, y mientras sigo empujando, aunque con menos fuerza, me doy cuenta de que hay... un problema de algún tipo que ahora no puedo saber cuál es..., pero me domina mientras miro la botella medio vacía de Evian de la mesilla de noche y digo anhelante:

–Mierda. –y me salgo.

–¿Qué pasa? –gimotea Courtney–. ¿Has olvidado algo?

Sin contestar, me levanto de la cama y entro dando tumbos en el cuarto de baño, tratando de quitarme el condón, pero está medio pegado y mientras me lo despego tropiezo accidentalmente contra la balanza Genold al tiempo que también intento encender la luz y, en el proceso, me hago daño en el dedo gordo del pie. Entonces, maldiciendo, consigo abrir el armarito de las medicinas.

–Patrick, ¿qué estás haciendo? –pregunta desde el dormitorio. –Estoy buscando el lubricante espermicida soluble en agua –le contesto–. ¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Buscando un *Advil*?

–Dios mío –grita ella–. ¿No has tomado nada? –Courtney –vuelvo a gritar, fijándome en un pequeño corte de cuchilla de afeitar que tengo encima del labio–. ¿Dónde *está*? –No te oigo, Patrick –grita ella.

–Luis tiene un gusto terrible en colonia –murmuro, cogiendo un frasco de Paco Rabanne y oliéndolo.

–El lubricante espermicida soluble en agua –le contesto gritando, mirándome en el espejo, mientras busco un Clinique TouchStick para taparme la cortadura.

–¿Qué es lo que quieres saber... *donde está*? –grita–. ¿No lo tienes puesto?

–¿Que dónde está el jodido *lubricante espermicida soluble en agua*? –grito con fuerza–. ¡El lubricante! ¡Espermicida! ¡Soluble! ¡En agua! –Grito esto mientras utilizo su Clinique para taparme el corte, luego me peino el pelo hacia atrás.

–En el estante de arriba –dice ella–. Creo.

Mientras busco en el armarito de las medicinas echo una mirada a la bañera, fijándome en lo sencilla que es, lo que me impulsa a decir:

–¿Sabes, Courtney? Deberías hacer que te pusieran mármol en la bañera, o quizá hacer que te añadieran unos cuantos chorros de jacuzzi –grito–. ¿Me oyes, Courtney?

Al cabo de un rato ella dice:

–Sí..., Patrick. Te oigo.

Por fin encuentro el tubo detrás de un gran frasco –casi *una jarra*– de Xanax en el estante de arriba del armarito de las medicinas y, antes de que la polla se me ablande del todo, pongo un poco de espermicida en la punta del condón por dentro, luego extendiendo otro poco por el látex y después vuelvo al dormitorio y me tiro de un salto a la cama, haciendo que Courtney se agite.

–Patrick, esto no es un jodido *trampolín* –protesta. Ignorándola, me arrodillo encima de ella, meto mi polla en el coño de Courtney y ella alza inmediatamente sus caderas para adaptarse a mis empujones. Luego se chupa el pulgar y empieza a frotarse el clítoris. Yo contemplo cómo mi polla entra y sale de su vagina con rápidos empujones.

–Espera –dice ella, entrecortadamente.

–¿Qué? –gruñe yo, molesto.

–Luis siempre dijo que despacio y con seguridad –dice ella, jadeando, tratando de quitarme de encima de ella.

–Sí –digo yo, chupándole la oreja–. Luis siempre dice eso. Es un idiota. –y ahora, espoleado por lo que le desagrada a su estúpido novio, empiezo a moverme más deprisa, acercándome a mi clímax.

–No, imbécil –gruñe ella–. He dicho que Luis *siempre deja un espacio de seguridad*. No que «Luis lo hace despacio y con seguridad». Déjame en paz.

–¿Cómo? –gruñe yo.

–Salte –gruñe ella, resistiéndose.

–No vaya hacerte caso –digo, chupándole sus pequeños y perfectos pezones, los dos muy tiesos y situados en unas tetas duras y grandes.

–¡Que te salgas, maldita sea! –grita.

–¿Qué es lo que quieres, Courtney? –gruñe, haciendo más lentos mis empujones hasta que finalmente me enderezo y entonces me arrodillo encima de ella, con la polla todavía medio dentro. Courtney se apoya en la cabecera de la cama y mi polla sale por completo–. Es un final bastante desagradable –señalo–. Me parece.

–Enciende la luz –dice ella, tratando de sentarse. –Muy bien, coño –digo–. Me vaya casa. –Patrick –me advierte–. Enciende la luz.

Me estiro y enciendo la lámpara halógena Tensor.

–Es un final desagradable, ¿no crees? –digo. –Quítatelo –dice ella, cortante.

–¿Por qué? –pregunto.

–Porque tienes que dejar centímetro y medio en la punta –dice, tapándose los pechos con la colcha Hermés y alzando la voz, agotada su paciencia–, ¡para que retenga la fuerza de *la eyaculación!*

–Me largo de aquí –amenazo, pero no me muevo–. ¿Dónde tienes tu litio?

Se pone una almohada encima de la cabeza y murmura algo, adoptando la posición fetal. Creo que va a echarse ,a llorar.

–¿Dónde tienes el litio, Courtney? –le vuelvo a preguntar, con tranquilidad–. *Debes* tomar un poco.

Vuelve a murmurar algo indescifrable y mueve la cabeza –no, no, no– debajo de la almohada.

–¿Qué? ¿*Qué* dices? –pregunto con una amabilidad forzada, meneándomela débilmente para volver a tener una erección–. ¿*Dónde?*

Siguen unos sollozos debajo de la almohada, apenas audibles.

–Ahora lloras, pero sigo sin saber lo que estás diciendo. –Trato de quitar la almohada de encima de su cabeza–. ¿Qué decías?

Vuelve a murmurar algo, y de nuevo carece de cualquier sentido lo que dice.

–Courtney –la advierto, poniéndome furioso–, si has dicho lo que creo que has dicho: que el litio está en una caja en el congelador junto al Frusen Gladjé y que es un *sorbete*... –estoy gritando–, si es eso lo que has dicho, entonces, te *mataré*. ¿Es un *sorbete*? ¿Tu litio es un *sorbete* de verdad? –chillo, quitándole al fin la almohada de la cabeza y cruzándole la cara con una bofetada bastante fuerte.

–¿Crees que me excitas por hacer sexo conmigo *sin las debidas precauciones*? –me grita a su vez.

–Dios mío, la verdad es que no merece la pena –murmuro, tirando del condón de modo que sobre centímetro y medio en la punta..., de hecho, un poco menos–. Vamos a ver, Courtney, ¿yeso por qué? ¿Eh? Dímelo. –La abofeteo otra vez, esta vez con menos fuerza–. ¿Por qué tiene que sobrar, centímetro y medio? ¿Qué es eso de que recoge la *fuerza de la eyaculación*?

–Eso no me excita. –Está histérica, bañada en lágrimas, ahogándose–. Vaya Barbados en agosto y no quiero tener un sarcoma de Kaposi que me lo jada todo. –Se atraganta, tose–. Quiero ponerme bikini –gime–. Un Narma Kamali que acabo de comprar en Bergdorf's.

La agarro por la cabeza y la obligo a mirar la colocación del condón.

–¿Ves? ¿Contenta? Estúpida puta de mierda. ¿Estás contenta, estúpida puta de mierda?

Sin mirarme la polla, dice sollozando:

–Terminemos con esto. –y se vuelve a dejar caer en la cama.

Le meto de nuevo la polla con brusquedad y tengo un orgasmo tan débil que casi resulta inexistente y mi suspiro de intensa, pero en cierto modo esperada decepción, Courtney lo toma equivocadamente por placer y la excita durante un momento, aunque sigue sollozando tumbada debajo de mí en la cama, lloriqueando, y se toca a sí misma, pero se me pone blanda casi al instante –de hecho, *durante* el momento en que me corro–, pero si lo dejo se pondrá furiosa, de modo que sujeto la base del condón y la trabajo con el dedo. Después de estar allí tumbados, uno aliado del otro, pero separados, como unos veinte minutos con Courtney lamentándose de Luis y de las tablas para carne tan antiguas y la quesera de plata de ley y la fuente metálica que se olvidó en Harry's, trata de chupármela.

–Quiero volver a follar contigo –le digo–, pero no me gusta ponerme un condón porque no noto nada.

Y ella me dice tranquilamente, apartando la boca de mi arrugada polla, y mirándome:

–Si no lo usas, tampoco vas a sentir nada.

Reunión de negocios

Jean, mi secretaria, que está enamorada de mí, entra en mi despacho sin llamar, anunciando que tengo que asistir a una importantísima reunión empresarial a las once. Estoy sentado a mi mesa de despacho Palazzetti con la parte de arriba de cristal, mirando mi monitor con las Ray-Ban puestas, masticando Nuprin, con resaca después de un pasón de coca que empezó de modo bastante inocente la noche pasada en Shout con Charles Hamilton, Andrew Spencer y Chris Stafford, y luego continuó en el Princeton Club, progresó en Barcadia y terminó en Nell's hacia las tres y media, y aunque esta mañana, mientras me bañaba, tomando un bloody mary de Stoli, puede que tras cuatro horas de sueño, sudando y sin soñar, he recordado que tenía esta reunión, parece que me olvidé de ella en el taxi que me trajo. Jean lleva una chaqueta de seda roja, una camisa de croché con vivo de rayón, zapatos de ante rojos con lazos de raso de Susan Bennis Warren Edwards y pendientes de plata dorada de Robert Lee Morris. Se queda ahí, delante de mí, ignorando mi malestar, con un informe en la mano.

Después de hacer como que la ignoro durante cerca de un minuto, por fin me quito las gafas de sol y me aclaro la voz.

–Muy bien. ¿Algo más, Jean?

–¿Hoy vas de mister Gruñón? –Sonríe, coloca tímidamente el informe encima de mi mesa y se queda ahí esperando... ¿qué? ¿Que la divierta con anécdotas de ayer por la noche?

–Sí, pareces *tonta*. Claro que hoy voy de mister Gruñón –digo siseando, y cojo el informe y lo meto en el cajón de arriba de la mesa.

Me mira, sin entender y con aspecto de evidente abatimiento, dice:

–Ha llamado Ted Madison, y también James Baker. Quieren verte en Fluties a las seis.

Suspiro, mirándola.

–Bien, ¿y qué harías tú?

Se ríe, nerviosa, sin moverse, ahí, con los ojos muy abiertos. –No estoy segura.

–Jean. –Me levanto para llevada afuera del despacho–. ¿Sabes qué decir?

Tarda un poco, pero al fin, asustada, aventura:

–¿Limitarme... a decir... que no?

–Pues... límitate... a decir... que no –asiento, la empujo afuera y cierro de un portazo.

Antes de dejar mi despacho para la reunión tomo dos Valium con Perrier, y luego me aplico una crema limpiadora en la cara con unos algodones, y después un hidratante. Llevo un traje de tweed y una camisa de algodón a rayas, ambas cosas de Yves Saint Laurent, y una corbata de seda de Armani y unos zapatos negros nuevos de Ferragamo. Me lavo los dientes y, cuando me sueno la nariz, espesos hilillos de sangre y mocos manchan un pañuelo de cuarenta y cinco dólares de Hermes que, por desgracia, no era un regalo. Pero tomo cerca de veinte litros de Evian al día y voy al salón de bronceado con regularidad así que una noche de juerga no ha afectado la suavidad de mi piel ni su tono de color. Mi cutis todavía es excelente. Tres gotas de Visine me aclaran los ojos. Una bolsa de hielo elimina las ojeras. Todo lo cual lleva a esto: me siento hecho una mierda, pero tengo un aspecto excelente.

También soy el primero que llega a la sala de juntas. Luis Carruthers me sigue como un perrillo faldero, un segundo después, y ocupa el asiento junto al mío, lo que significa que vaya tener que quitarme el walkman. Lleva una chaqueta de sport de lana a cuadros, pantalones de lana, una camisa de algodón de Hugo Boss y corbata escocesa –los pantalones, me parece, de Brooks Brothers. Se pone a hablar de un restaurante de Phoenix, el Propheteers, del que me interesa saber pero no a través de Luis Carruthers. Sin embargo, he tomado diez miligramos de Valium, y por ese motivo me las arreglo para aguantarle. En el programa de Patty Winters de esta mañana han salido unos descendientes de unos miembros del Partido Donner.

–Los clientes eran unos paletos *totales*, algo predecible –está diciendo Luis–. Querían llevarse a una representación de un grupo local de *Les Misérables*, que ya he visto en Londres, pero...

–¿Tuviste problemas para reservar mesa en Propheteers? –pregunto, cortándole.

–No. Ninguno en absoluto –dice–. Cenamos tarde.

–¿Qué tomaste? –pregunto.

–Tomé las ostras escalfadas, la lata y la tarta de nuez.

–Me dijeron que la lata es buena allí –murmuro, pensativo. –El cliente tomó el budín blanc, el pollo asado y el pastel de queso –dice.

–¿Pastel de queso? –digo, confuso ante esos platos tan vulgares–. ¿Qué salsa o qué fruta acompañaban al pollo asado? ¿De qué forma estaba cortado?

–De ninguna, Patrick –dice él, también confuso–. Sólo era... pollo asado.

–¿Y el pastel de queso de qué sabor era? ¿Estaba caliente? –pregunto–. ¿Era pastel de queso Ricotta? ¿Era queso de cabra? ¿Llevaba flores o cilantro como acompañamiento?

–Sólo era... un pastel de queso normal –dice, y luego–: Patrick, estás sudando.

–¿Qué tomó la chica? –pregunto, ignorándole–. La que iba con el cliente.

–Bueno, tomó la ensalada campestre, las vieiras y la tarta de limón –dice Luis.

–¿Las vieiras eran a la plancha? ¿O era un sashimi de vieiras? ¿O un ceviche? –pregunto–. ¿O estaban *gratinadas*?

–No, Patrick –dice Luis–. Estaban... asadas.

La sala de juntas está en silencio mientras considero eso, pensando en ello antes de preguntar, finalmente:

–¿Qué es «asadas», Luis?

–No estoy seguro –dice él–. Creo que se necesita... una sartén.

–¿Y el vino? –pregunto.

–Un sauvignon Hanc del 85 –dice–. Jordan. Dos botellas.

–¿Y el coche? –pregunto–. ¿Alquilaste un coche mientras estabas en Phoenix?

–Un BMW. –Sonríe–. Deportivo, negro.

–Maravilloso –murmuro, recordando la noche pasada, y cómo me sentí completamente perdido en un retrete de Nell's (echaba espuma por la boca, y en lo único en que podía pensar era en insectos, en montones de insectos, y en perseguir palomas; echaba espuma por la boca y perseguía palomas)–. Phoenix. Janet Leigh era de Phoenix... –Me atasco, luego continúo–. La cosieron a puñaladas en la ducha. Una escena decepcionante. –Hago una pausa–. La sangre parecía falsa.

–Oye, Patrick –dice Luis, apretándome su pañuelo contra la mano. Cierro los dedos con fuerza, pero se relajan al tocarme Luis–. Dibble y yo vamos a comer la semana que viene en el Yale Club. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

–Claro. –Pienso en las piernas de Courtney, abiertas delante de mi cara, y cuando vuelvo a mirar a Luis, durante un breve momento, su cabeza me parece una vagina parlante, lo que me quita el miedo y me impulsa a decir algo, mientras me seco el sudor de la frente–. Llevas un traje... muy bonito, Luis. –Lo último que se me podría ocurrir.

Él baja la vista, como si estuviera aturdido, y luego se ruboriza, avergonzado, y me toca la solapa.

–Gracias, Pat. También tú tienes un aspecto estupendo... como de costumbre.

Y cuando estira la mano para tocarme la corbata, se la cojo antes de que sus dedos lleguen a ella, y le digo:

–Tu cumplido ha sido suficiente.

Reed Thompson entra, llevando una chaqueta cruzada de lana lisa con cuatro botones y una camisa de algodón a rayas y una corbata de seda, todo Armani, además de unos calcetines de algodón azules de Interwover, un tanto horteras y unos zapatos de Ferragamo que parecen idénticos a los míos, con un ejemplar del *Wall Street Journal* sujeto en una mano muy cuidada y un abrigo de tweed Bill Kaserman doblado descuidadamente en el otro brazo. Saluda con la cabeza y se sienta frente a nosotros. Poco después entra Todd Broderick, que lleva un traje cruzado de lana a rayas con seis botones y una camisa a rayas anchas y una corbata de seda, todo de Polo, además de un llamativo pañuelo de bolsillo de lino que estoy casi seguro de que también es de Polo. McDermott entra después, con un ejemplar de esta semana de la revista *New York* y el *Financial Times* de esta mañana. Lleva unas gafas nuevas sin graduar de Oliver Peoples con montura de madera de secoya, un traje blanco y negro de espiguilla sin cruzar con solapas en forma de V, una camisa de algodón a rayas con cuello volado y una corbata de seda con dibujo escocés, todo ello diseñado y realizado por John Reyle.

Sonríe, alzando las cejas, a McDermott, que ocupa hoscamente el asiento junto al mío. Suspira, abre el periódico y se pone a leer en silencio. Como no ha dicho ni «hola» ni «buenos días» puedo asegurar que está jodido y sospecho que por algo que tiene que ver conmigo. Por fin, notando que Luis está a punto de preguntar algo, me vuelvo hacia McDermott.

–¿Oye, McDermott, qué te pasa? –Sonríe sin ganas–. ¿Había mucha cola para el Stairmaster esta mañana?

–¿Quién ha dicho que pasa algo? –pregunta, sorbiendo por la nariz, mientras pasa las páginas del *Financial Times*.

–Oye –le digo, inclinándome hacia él–. Yate pedí disculpas por lo que te grité sobre la pizza la otra noche en Pastels.

–¿Quién ha dicho que sea por eso? –pregunta, muy tenso.

–Creía que ya lo habíamos aclarado –susurro, agarrando el brazo de su butaca y sonriendo hacia Thompson–. Lamento haber dicho eso de las pizzas de Pastels. ¿Satisfecho?

–¿Quién ha dicho que sea por eso? –vuelve a preguntar.

–¿Entonces por *qué* es, McDermott? –susurro, notando movimiento detrás de mí. Cuento hasta tres y luego me vuelvo, cogiendo a Luis inclinado hacia mí, tratando de escuchar. Sabe que le he cogido y se deja caer lentamente en su butaca, culpable.

–McDermott, esto es absurdo –susurro–. No puedes estar enfadado conmigo porque opino que las pizzas de Pastels son... *secas*.

–Que se *cuartean* –dice fulminándome con la mirada–. Lo que dijiste exactamente fue que eran secas y se cuarteaban.

–Lo siento –digo–. Pero tengo razón. Así son. Leíste la reseña del *Times*, ¿a que sí?

–Mira. –Busca en el bolsillo y me tiende la fotocopia de un artículo–. Sólo te quería demostrar que estás equivocado. Lee *esto*.

–¿De qué se trata? –pregunto, abriendo la página plegada.

–Es un artículo sobre tu héroe, Donald Trump –dice McDermott, sonriendo maliciosamente.

–Seguro que lo es –digo, con aprensión–. ¿Por qué nunca le veo, me pregunto?

–Y... –McDermott ojea el artículo y señala con un dedo acusador el párrafo de abajo–. ¿Dónde cree Donald Trump que sirven la mejor pizza de Manhattan?

–Déjame que lo lea –digo, suspirando e indicándole con un gesto de que se aparte–. Podrías estar confundido. Vaya foto tan espantosa.

–Bateman, *mira*. Lo he subrayado –dice él.

Hago como que leo el jodido artículo, pero me estoy enfadando de verdad y tengo que devolvérselo a McDermott y preguntarle, totalmente hundido:

–¿Y *qué*? ¿Qué quieres dar a entender con esto? ¿Qué estás tratando de decirme, McDermott?

–¿Y *ahora* qué piensas de la pizza de Pastels, Bateman? –pregunta afectadamente.

–Bueno –digo yo, eligiendo las palabras con mucho cuidado–. Pienso que tengo que volver a probar esa pizza... –Lo estoy diciendo con los dientes apretados–. Lo único que quiero dejar sentado es que la última vez que estuve allí la pizza estaba...

–¿Seca y cuarteada? –propone McDermott.

–Sí. –Me encojo de hombros–. Cuarteada.

–Vaya, vaya. –McDermott sonrío, triunfante.

–Oye si a Donny le gusta la pizza de Pastels –empiezo, odiando tener que admitir esto delante de McDermott, y suspiro y añado casi ininteligiblemente–, también me gusta a mí.

McDermott lanza un grito de alegría.

Cuento tres corbatas de crepé de seda, una corbata de seda y satén de Versace, dos corbatas anchas de seda, una corbata de seda de Kenzo, dos corbatas a cuadros de seda. Los aromas de

Xeryus y Tuscany y Armani y Obsession y Polo y Grey Flannel e incluso de Antaeus se mezclan, imponiéndose unos a otros al desprenderse de los trajes al aire, formando una extraña combinación: un perfume frío, mareante.

–Pero no me disculpo –le advierto a McDermott.

–Ya te has disculpado, Bateman –dice él.

Entra Paul Owen llevando una chaqueta de cachemira de sport con un solo botón, unos pantalones tropicales de franela, una camisa de cuello alto de Ronaldus Shamask, pero lo que de verdad me impresiona es la corbata, de audaces rayas azules y negras y amarillas de Andrew Fezza para Zanzarra. Carruthers también se excita, y se inclina sobre mi butaca y pregunta, si es que le he escuchado correctamente:

–¿Crees que lleva un suspensor a juego con esa cosa?

Como no respondo, se echa hacia atrás, abre un *Sports Illustrated* que está en medio de la mesa y, tarareando para sí mismo, se pone a leer un artículo sobre los submarinistas olímpicos.

–Hola, Halberstam –dice Owen, al pasar.

–Hola, Owen –digo yo, admirando el modo en que lleva cortado y peinado hacia atrás el pelo, con una parte tan lisa y puntiaguda que... me deja destrozado y hace que tome nota mental para preguntarle dónde compra los productos para el cuidado del pelo, qué tipo de espuma usa, aunque supongo, después de calibrar todas las posibilidades, que es en–X.

Entra Greg McBride y se detiene junto a mi butaca.

–¿Has visto el programa de la Winters de esta mañana? Tremendo. Una orgía total. –y nos damos una palmada en la mano antes de que él ocupe un asiento entre Dibble y Lloyd. Sabe Dios de dónde vienen.

Kevin Forrest, que entra con Charles Murphy, dice:

–Tengo estropeado el contestador. Me lo jodió Felicia.

Ni siquiera presto atención a lo que llevan puesto. Pero me sorprende mirando los gemelos de Murphy, modelo exclusivo con un búho con ojos azules de cristal.

En el video club luego en D'agostino's

Paseo por Video Visions, el video club próximo a mi apartamento del Upper West Side, tomando una lata de Diet Pepsi, mientras la nueva cinta de Christopher Cross atruena por los auriculares de mi walkman Sony. Al salir de la oficina he jugado al squash con Montgomery, luego me han dado un masaje shiatsu y me he reunido con Jesse Lloyd, Jamie Conway y Kevin Forrest para tomar unas copas en Rusty's, en la calle Setenta y tres. Esta noche llevo un abrigo nuevo de lana de D'ngaro Domo Paris, y en la mano un attaché de Bottega Veneta y un paraguas de Georges Gaspar.

El videoclub está más lleno de gente que de costumbre. Hay muchas parejas haciendo cola para alquilar *Reformatorio de travestis* o *El coño de Ginger*, sin ningún aspecto de sentir vergüenza o incomodidad, además ya me he tropezado en la sección de terror con Robert Ailes, del First Bastan, o al menos creo que era Robert Ailes. Ha murmurado:

–Hola, McDonald –al pasar junto a mí, con *Viernes 13: Séptima parte* y un documental sobre abortos en lo que me he fijado que eran unas manos muy bien cuidadas, a las que echaba a perder lo que me ha parecido un Rolex de oro de imitación.

Como la pornografía está descartada, me detengo en la sección de comedias y, notándome confuso, me decido por una película de Woody Allen, pero todavía no estoy satisfecho. *Quiero algo más*. Paso por delante de la sección de musicales rock –nada–, luego me encuentro en la de comedias de terror –lo mismo–, y de repente sufro un ataque de ansiedad poco intenso. *Hay demasiadas jodidas películas para elegir*. Me agacho detrás de un cartel que anuncia la nueva comedia de Dan Aykroyd y tomo dos Valiums de cinco miligramos, que me trago con la Diet Pepsi.

Luego, casi por rutina, extiendo la mano para coger *Doble cuerpo* –una película que he alquilado treinta y siete veces– y me dirijo al mostrador donde tengo que esperar veinte minutos para que me atienda una chica estúpida (pesa tres kilos de más, tiene el pelo seco y enredado). De hecho lleva un indescriptible jersey enorme –sin la menor duda, *no* es de diseño– probablemente para disimular el hecho de que *no* tiene tetas, aunque *tiene* unos ojos bonitos: *¿para qué coño?* Por fin, me toca a mí. Le tiendo las cajas vacías.

–¿Eso es todo? –pregunta, cogiendo mi tarjeta de socio. Llevo unos guantes negros Mario Valentino. Ser socio de Video Visions sólo me cuesta doscientos cincuenta dólares al año.

–¿Tienen alguna película de Jami Gertz? –le pregunto, tratando de establecer contacto visual.

–¿Cómo? –pregunta, distraída.

–¿Películas en las que salga Jami Gertz?

–¿Quién? –Escribe algo con el teclado del ordenador y luego dice, sin mirarme–: *¿Cuántos días?*

–Tres –digo yo–. *¿No sabe quién es Jami Gertz?*

–Creo que no. –De hecho, la chica suspira.

–Jami Gertz –digo–. Es una *actriz*.

–Me parece que no sé lo que me quiere decir –replica en un tono que sugiere que estoy molestándola, pero, bueno, trabaja en un videoclub y como en esos establecimientos hay tal demanda de profesionales altamente cualificados, su comportamiento rastrero es completamente razonable, *¿o no?* La de cosas que le podría hacer a esta chica con un martillo, las palabras que podría grabarle en el cuerpo con un punzón para el hielo. Le da al chico que tiene detrás mis cajas –y hago como que no me doy cuenta de la reacción de terror de éste al reconocermé después de mirar la caja de *Doble cuerpo*– y el chico se dirige, muy diligente, a una especie de cripta del fondo de la tienda a por las películas.

–Seguro que la conoce –digo yo, todo bondad–. Sale en los anuncios de Diet Pepsi. Ya sabe cuáles.

–La verdad es que no –dice ella, en un tono monótono que casi me deja seco. Teclea los títulos de las películas y luego mi número de socio en el ordenador.

–Me gusta mucho esa parte de *Doble cuerpo* en que a la mujer de la película..., bueno, la atraviesan con una taladradora eléctrica..., es lo mejor –digo, casi jadeando. Parece que en este preciso momento y de repente, en el videoclub hace mucho calor y, después de murmurar: «¡Oh, Dios mío!», para mí mismo, pongo la mano enguantada encima del mostrador para que me deje de temblar–. Y la sangre sale disparada hasta el techo.

Respiro a fondo y mientras digo esto la cabeza se me pone a asentir por su cuenta y no dejo de tragar saliva, pensando «tengo que verle los zapatos», y del modo más disimulado posible trato de mirar por encima del mostrador para comprobar qué tipo de zapatos lleva, pero me pone furioso que sólo sean unas zapatillas deportivas. Y *no* K–Swiss, *ni* Tretorn, *ni* Adidas, *ni* Reebok, sino unas muy baratas.

–Firme aquí. –La chica me tiende las cintas sin siquiera mirarme, negándose a reconocer que sabe quién soy, y respirando y exhalando con fuerza, se dirige a los siguientes en la cola: una pareja con un bebé.

De vuelta a mi apartamento me paro en D' Agostino's donde para cenar compro dos botellas grandes de Perrier, un pack de seis botellas de Coca-Cola Classic, una cabeza de arugula, cinco kiwis de tamaño medio, un frasco de vinagre balsámico al estragón, una lata de creme fraiche, una caja de tapas para el microondas, una caja de tofu y una tableta de chocolate blanco que cojo en la caja.

Una vez fuera, ignoro al mendigo que holgazanea debajo del cartel de *Les Misérables* y tiene un letrero en la mano que dice: «ESTOY SIN TRABAJO TENGO HAMBRE Y NO TENGO DINERO POR FAVOR AYÚDENME», cuyos ojos lloran después de hacerle el truco del dólar–y–el–mendigo y decirle:

–Podría hacer el favor de afeitarse. –Mis ojos, casi guiados por radar, enfocan un Lamborghini Countach rojo aparcado junto a la acera, que resplandece bajo las farolas de la calle, y tengo que detenerme, pues el Valium me está haciendo efecto, lo que motiva que se borre todo lo demás: el mendigo que llora, los niños negros pasados de crack que bailan rap junto al enorme aparato de radio que atruena, las bandadas de palomas que revolotean por encima buscando un sitio donde pasar la noche, las sirenas de las ambulancias, las bocinas de los taxis, la chica de aspecto decente con un vestido de Betsey Johnson; todo eso se desvanece y en lo que parece como el lapso temporal en el que se saca una fotografía (pero a cámara lenta, como en una película), el sol se pone, la ciudad queda a oscuras y lo único que veo es el Lamborghini rojo y lo único que oigo es mi constante y firme respiración. Todavía sigo parado, babeando, delante de la tienda, mirando, unos minutos después (no sé cuántos).

Tratamiento facial

Salgo de la oficina a las cuatro y media, me dirijo a Xclusive, donde hago ejercicios con pesas durante una hora, luego atravieso el parque en taxi hasta Gio's, en el Pierre Hotel, para que me hagan un tratamiento facial, la manicura y, si el tiempo lo permite, la pedicura. Estoy tumbado en la mesa de una de las salas privadas esperando a Helga, la especialista en piel, para que me haga un tratamiento facial. Mi camisa de Brooks Brothers y mi traje de Garrick Anderson están colgados en el armario, mis mocasines A. Testoni descansan en el suelo, con unos calcetines de treinta dólares de Barney's metidos dentro, y la única prenda de vestir que llevo puesta son unos calzones de boxeador de setenta dólares de Comme des Garçons. La bata que tengo que ponerme yace en el suelo junto a la ducha, pues quiero que Helga se fije en mi cuerpo, en mi pecho, que vea lo tremendos que se me han puesto los abdominales desde la última vez que estuve aquí, aunque ella es mucho mayor que yo –puede que tenga treinta o treinta y cinco años– y no hay modo que pueda llegar a follármela. Estoy tomando una Diet Pepsi que Mario, el ayudante, me ha traído, con hielo frappé en un vaso, que he pedido pero no quiero.

Cojo el *Post* de hoy de un revistero de cristal Smithly Watson y examino la columna de cotilleo s, luego me fijo en un artículo sobre las recientes apariciones de esas criaturas que parecen en parte pájaros, en parte roedores –esencialmente palomas con cabeza y rabo de rata– que descubrieron en el centro de Harlem y que ahora se están trasladando hacia el centro de la ciudad. Una foto muy mala de una de esas cosas acompaña el artículo, pero los expertos, nos asegura el *Post*, están casi seguros de que esta nueva camada es una falsificación. Como de costumbre, esto no me quita el

miedo, y me llena de un terror indescriptible el que alguien haya dedicado su tiempo y energía a pensar esto: vaya trucar una fotografía (y a hacer un trabajo de mierda, pues la cosa parece un jodido Comecocos) y a mandarla al *Post*, luego el *Post* decide ocuparse del asunto (¿después de reuniones, debates, tentaciones en el último minuto de cancelar todo el asunto?), publicar la fotografía, hacer que alguien escriba *sobre* ella y entreviste a los expertos y publique finalmente el artículo en la página tres de la edición de hoy y consiga que hablen de ella durante los centenares de miles de comidas que tienen lugar en la ciudad. Cierro el periódico y me tumbo, agotado.

La puerta de la sala privada se abre y una chica a la que no he visto anteriormente entra y con los ojos semicerrados puedo ver que es joven, italiana, de aspecto estupendo. Sonríe, se sienta en una silla a mis pies e inicia la pedicura. Apaga la luz del techo y, exceptuadas unas luces halógenas estratégicamente situadas que me iluminan pies, manos y cara, la sala queda a oscuras, haciendo imposible saber qué cuerpo tiene la chica. Sólo permiten distinguir que lleva unos botines de ante gris y piel negra de Maud Frizon. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los OVNIS que matan. Llega Helga.

–Mister Bateman –dice Helga–. ¿Qué tal está?

–Muy bien, Helga –digo, tensando los músculos de estómago y pecho. Tengo los ojos cerrados, de un modo que parece que es algo casual, como si los músculos actuaran por su cuenta y yo no pudiera evitarlo. Pero Helga se pone suavemente la bata por encima del palpitante pecho y la abrocha, simulando ignorar las ondulaciones de debajo de la piel bronceada.

–Ha vuelto muy pronto –dice.

–Estuve hace dos días –digo, confuso.

–Lo sé, pero... –Vacila, mientras se lava las manos en el lavabo–. No importa.

–Oiga, Helga –digo.

–¿Qué, mister Bateman?

–Al entrar aquí, me he fijado en un par de mocasines de hombre con borlas doradas de Bergdorf Goodman, esperando a que los limpiaran, a la puerta de la sala de al lado. ¿A quién pertenecen? –pregunto.

–Son de mister Erlanger –dice ella. –¿Mister Erlanger, de Lehman's?

–No. Mister Erlanger, de Salomon Brothers –dice.

–¿Le he contado que me apetece llevar una gran cara sonriente de Smiley y luego poner en el CD la versión de «Dont' Worry, Be Bappy», de Bobby McFerrin, y luego coger a una chica y a un perro..., un collie, un chow chow, un sharpei, la verdad es que no importa..., y conectarlos a un aparato de transfusiones, y cambiarles la sangre, ya sabe, la del perro pasársela a la tía buena y viceversa? ¿Nunca se lo he contado?

Mientras estoy hablando oigo que la chica que se ocupa de mis pies tararea una de las canciones de *Les Misérables*, y luego Helga me pasa un algodón húmedo por la nariz, inclinándose sobre mi cara, para examinarne los poros. Me río como un maníaco, luego respiro a fondo y me toco el pecho, esperando que el corazón esté latiendo rápida, impacientemente, pero no noto nada.

–Chist, mister Bateman –dice Helga, pasándome una esponja vegetal caliente por la cara, que hace que la piel me pique y luego quede fría–. Relájese.

–De acuerdo –digo–. Me relajaré.

–Oh, mister Bateman –murmura Helga–, tiene usted un cutis tan estupendo. ¿Cuántos años tiene? Si no le importa que se lo pregunte.

–Tengo veintiséis.

–Ah, es por eso. Es tan limpio. Tan suave. –Suspira–. Relájese.

Me abandono, cerrando los ojos, mientras una versión en música ambiental de «Don't Worry, Baby» elimina todos los malos pensamientos y me pongo a pensar sólo en cosas agradables: la mesa que he reservado para cenar esta noche con la novia de Marcus Balberstam, Cecelia Wagner; el puré de nabos del Union Square Café; cuando esquiaba bajando la Buttermilk Mountain, en Aspen, las Navidades pasadas; el nuevo disco compacto de Buey Lewis and the News; camisas de Ike Behar, de Joseph Abboud, de Ralph Lauren; guapísimas tías buenas comiéndose el coño y el culo unas a otras bajo desagradables luces de vídeo; cargamentos de arugula y cilantro; mi bronceado; el aspecto que tienen los músculos de mi espalda cuando las luces de mi cuarto de baño los iluminan desde el ángulo adecuado; las manos de Helga acariciándome la lisa piel de la cara, extendiendo cremas y lociones y tónicos, y susurrando, admirada: «Oh, mister Bateman, tiene usted una cara tan limpia y tan suave, tan limpia»; el hecho de que no vivo en un remolque en el parque ni trabajo en una bolera ni vaya los partidos de hockey ni como costillas asadas; el aspecto del edificio AT&T a medianoche, sólo a medianoche. Jeannie entra e inicia la manicura, primero cortando y limando las uñas, luego cepillándolas con un disco de lija para suavizar los bordes que queden.

–La próxima vez prefiero que me las deje un poco más largas, Jeannie –le advierto.

Sin decir nada, las frota con cremosa lanolina caliente, luego me seca las manos y usa un hidratante de cutículas, luego quita todas las cutículas mientras limpia las uñas por debajo con un algodón sujeto a un palito. Un vibrador caliente me masajea la mano y el antebrazo. Me pulimentan las uñas con una gamuza y luego con loción especial.

Cita con Evelyn

Evelyn llama por mi tercera línea telefónica que no voy a descolgar, pero como utilizo la segunda línea para saber si Bullock, el maître del Davis Francois, un nuevo restaurante de Central Park South, puede conseguirme mesa para esta noche de modo que Courtney (a la que tengo por la primera línea) y yo podamos cenar, lo descuelgo con la esperanza de que sean los de la tintorería. Pero *no*, es Evelyn y, aunque la verdad es que no me parece bien hacerle esto a Courtney, respondo a su llamada. Le digo a Evelyn que estoy hablando por la otra línea con mi preparador físico privado. Luego le digo a Courtney que tengo que responder a una llamada de Paul Owen y que me verá con ella en Turtles a las ocho, y luego dejo de hablar con Bullock, el maître. Evelyn se ha instalado en el Carlyle pues a la mujer que vive en la casa contigua a la suya la encontraron muerta ayer por la noche, decapitada, y por esto está tan trastornada. Esta mañana no ha podido ir a la oficina y ha pasado la tarde tranquilizándose mientras le hacían un tratamiento facial en Elizabeth Arden. Me ruega que cenemos juntos esta noche, y luego dice, antes de que yo pueda inventar una mentira plausible, una excusa aceptable:

–¿Dónde *estuviste* tú ayer por la noche, *Patrick*?

Hago una pausa.

–¿Por qué? ¿Dónde *estuviste tú*? –pregunto, mientras bebo un litro de Evian, todavía ligeramente sudoroso después de los ejercicios de esta tarde en el gimnasio.

–Discutiendo con el conserje del Carlyle –dice ella, con una voz que me suena a fastidio–. Pero ahora dime dónde *estuviste* tú, *Patrick*.

–¿Por qué discutiste con él? –pregunto.

–Patrick –dice ella, en tono apremiante.

–Aquí sigo –digo al cabo de un momento.

–Patrick. No importa. El teléfono de mi habitación no tiene dos líneas y *no* se pueden mantener las llamadas –dice Evelyn–; ¿*Dónde* estuviste tú?

–Estuve... alquilando unos vídeos –digo, contento, dándome una palmada para celebrarlo, con el teléfono inalámbrico sujeto en el cuello.

–Quería que nos viésemos –dice lloriqueando, con un tono de niña pequeña–. Estaba muy asustada. Todavía lo estoy. ¿No lo notas por mi voz?

–De hecho, sueñas a muchas cosas.

–No, Patrick, en serio. Estoy totalmente aterrorizada –dice.

Estoy temblando. Tiemblo como una hoja. Pregúntaselo a Mia, mi especialista facial. Ha dicho que estaba muy tensa.

–Bien –digo yo–, ¿podríamos vernos de todos modos? –Querido, claro que sí –dice lloriqueando, y luego se dirige a alguien que ha entrado en su suite–. Colóquelo allí junto a la ventana..., no, *aquella* ventana..., ¿y puede decirme dónde demonios está esa masajista?

–Pero es que tengo la cabeza de tu vecina en mi congelador –digo, bostezando y estirándome–. Oye, ¿cenamos? ¿Dónde? ¿Me estás escuchando?

A las ocho y media estamos sentados uno frente al otro en Barcadia. Evelyn lleva una chaqueta de rayón de Anne Klein, una falda de crepé de lana, una blusa de seda de Bonwit's, unos pendientes antiguos de oro y ágata de James Robinson que cuestan, aproximadamente, unos cuatro mil dólares. Yo llevo un traje cruzado, una camisa de seda a rayas, una corbata estampada y zapatos de cuero, todo de Gianni Versace. No he cancelado la reserva que he hecho en Turtles ni le he dicho a Courtney que no nos veríamos allí, de modo que probablemente aparecerá a las nueve menos diez, quedará completamente desconcertada y, si hoy no ha tomado Elavil, probablemente se pondrá furiosa, y por eso –y no por la botella de Cristal que Evelyn insiste en pedir y a la que luego añade cassis– me río con ganas.

He pasado gran parte de la tarde comprándome regalos anticipados de Navidad –unas grandes tijeras en un drugstore de cerca del City Hall, un abrecartas de Hammacher Schlemmer, un cuchillo para el queso de Bloomingdale's que hace juego con la tabla para queso que Jean, mi secretaria, que está enamorada de mí, me ha dejado encima de la mesa del despacho antes de salir a comer mientras yo estaba en una reunión–. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre la posibilidad de una guerra nuclear, y según los expertos reunidos, las posibilidades de que tenga lugar el mes que viene son bastante altas. La cara de Evelyn me parece como de tiza; tiene la boca pintada con un lápiz de labios púrpura que produce un efecto sorprendente, y me doy cuenta de que ha seguido el trasnochado consejo de Tim Price de dejar de usar loción bronceadora. En vez de mencionarle esto y de que me aburra con estúpidas disculpas, le pregunto por la novia de Tim, Meredith, a la que Evelyn desprecia por motivos que nunca he tenido claros. Y debido a los rumores que corren sobre Courtney y yo, Courtney también está en la lista de personas que odia Evelyn, por motivos que están más claros. Pongo la mano sobre mi alargada copa de champán cuando la recelosa camarera, a petición de Evelyn, intenta añadir cassis a mi Cristal.

–No, gracias –le digo–. Puede que después. En una copa aparte.

–Aguafiestas –dice Evelyn, riendo, luego olfatea–. Pero hueles bien. ¿Qué te has puesto? ¿Obsession? Oye, aguafiestas, ¿es Obsession?

–No –digo yo, espantado–. Paul Sebastian.

–Claro. –Sonríe y termina su segunda copa. Parece mucho más animada, casi excitada, más de lo que uno esperaría de alguien a cuya vecina la decapitaron en cuestión de segundos, mientras todavía estaba consciente, con una sierra eléctrica. Los ojos de Evelyn brillan a la luz de las velas, luego recuperan su gris pálido habitual.

–¿Cómo *está* Meredith? –pregunto, tratando de disimular mi falta de interés.

–Oh, Dios mío. Está saliendo con Richard Cunningham –se lamenta Evelyn–. Él trabaja en el First Bastan. ¿Puedes *creerlo*?

–Ya sabes –añado yo–, Tim iba a romper con ella.

–¿*Por qué*, por el amor de Dios? –pregunta Evelyn, sorprendida, intrigada–. Si tienen esa casa *fabulosa* en los Hamptons.

–Recuerdo haberle oído contar que estaba mortalmente harto de ver que los fines de semana ella no hacía más que arreglarse las uñas.

–Oh, Dios mío –dice Evelyn, y luego, auténticamente confusa, añade–: ¿Quieres decir...? Espera, ¿es que no tiene a nadie que le haga la manicura?

– Tim decía, y lo repetía con bastante frecuencia, que tenía la personalidad de una presentadora de un concurso de televisión –digo secamente, tomando un trago.

Evelyn sonríe para sí misma.

– Tim es un bribón.

Ociosamente, me pregunto si Evelyn querría acostarse con otra mujer, si llevara una a su casa y si, en caso de que yo insistiera, me dejaría mirar cómo se lo hacían las dos. Y si me dejarían dirigirlas, decirles lo que tienen que hacer, qué posición adoptar debajo de las lámparas halógenas. Probablemente no; no parece que haya demasiadas posibilidades. Pero ¿y si la obligo *a punta de pistola*? ¿Si las amenazo con destriparlas si no aceptan? La idea no carece de atractivo e imagino el ambiente con toda claridad. Me pongo a contar las banquetas que hay alrededor de la habitación; luego me pongo a contar a las personas sentadas en las banquetas.

Me está preguntando por Tim:

–¿Dónde crees que ha estado *ese* bribón? Hay rumores de que está en *Sachs* –dice siniestramente.

–Los rumores dicen –digo– que está en rehabilitación. Este champán no está lo suficientemente frío. –Estoy distraído–. ¿No te manda postales?

–¿Ha estado enfermo? –pregunta ella, con un leve temblor en la voz.

–Sí. Eso creo –digo yo–, ¿Crees que si pido otra botella de Cristal conseguiré que por fin me la traigan *fría*?

–Oh, Dios mío –dice Evelyn–. ¿Crees que podría estar *enfermo*?

–Sí. Está en un hospital. En Arizona –añado. La palabra *Arizona* tiene un misterioso matiz y la repito–: En Arizona, creo.

–Oh, *Dios* mío –exclama Evelyn, ahora alarmada de verdad, y se termina de un trago el Cristal que le queda en la copa.

–¿Quién sabe? –Me encojo de hombros.

–¿Crees tú...? –Respira a fondo y deja su copa–. ¿Crees que se trata de...? –y ahora lanza una mirada a su alrededor antes de acercárseme y susurrar–, ¿de sida?

–Oh, no, nada de eso –digo, pensando de inmediato en que me hubiera gustado haber hecho una pausa lo suficientemente larga antes de responder, para así asustarla más–. Sólo son... heridas... indeterminadas... –mordisqueo la punta de un pan con hierbas y me encojo de hombros– en el cerebro.

Evelyn suspira, aliviada, y dice:

–¿No hace mucho calor aquí?

–Lo único en que puedo pensar es en ese cartel que vi en la estación de metro de la otra noche antes de matar a aquellos dos niños negros..., una foto de un ternero, con la cabeza vuelta hacia la cámara, los ojos muy abiertos y mirando al flash, y con un cuerpo que parecía que estaba metido en una especie de cesta, y grandes letras negras debajo de la foto que decían: «Pregunta: ¿Por qué no puede andar este ternero?» Luego: «Respuesta: Porque sólo tiene dos patas.» Pero luego vi otro cartel, con la misma foto, el mismo ternero, que decía: «Prohibida su publicación.» –Hago una pausa, sin dejar de tocar el pan, y pregunto–: ¿Te enteras de lo que te estoy diciendo, o es como si hablara con una pared? –digo, pronunciando con claridad y mirando fijamente a Evelyn, que abre la boca y, por primera vez desde que la conozco, parece a punto de decir algo interesante y le presto mucha atención y ella pregunta:

–¿No es ésa...?

–¿Cómo? –Es el único momento de la noche en que siento auténtico interés por lo que va a decir, y la animo a que siga–. ¿Cómo?

–¿Quién es?

–¿No es... Ivana Trump? –pregunta, mirando por encima de mi hombro.

Me doy rápidamente la vuelta.

–¿Dónde? ¿Dónde está Ivana?

–En la mesa de delante. La segunda después de... –hace una pausa– Brooke Astor. ¿La ves?

Bizqueo, me pongo mis gafas sin graduar Oliver Peoples y me doy cuenta de que Evelyn, cuya visión está nublada por el Cristal con cassis, no sólo ha confundido a Norris Powell con Ivana Trump, sino que además ha confundido a Steve Rubell con Brooke Astor y, sin poder evitarlo, casi estallo.

–No, *Dios* mío, *Dios* mío, Evelyn –me quejo, destrozado, decepcionado, notando una descarga de adrenalina, con la cabeza entre las manos–. ¿Cómo puedes tomar a esa *palurda* por Ivana?

–Lo siento –la oigo decir–. Un error infantil.

–Es cabreante –digo yo, muy enfadado, con los ojos casi cerrados.

La tía buena, o sea nuestra camarera, que lleva unos zapatos de raso de tacón alto, pone en la mesa dos nuevas copas alargadas de champán para la segunda botella de Cristal que ha pedido Evelyn. La camarera hace un puchero con los labios en dirección a mí cuando estiro la mano para coger otro panecillo, y yo levanto la cabeza hacia ella y le respondo con otro puchero, luego aprieto la cabeza entre las palmas de las manos, algo que se repite cuando trae los primeros platos. Sopa de calabaza y especias con pimientos secos para mí; maíz seco y budín jalapeño para Evelyn. He mantenido las manos en los oídos para no escuchar lo que dice Evelyn durante el intervalo entre su error, cuando ha tomado a Monis Powell por Ivana Trump, y la llegada de nuestros primeros platos, pero tengo hambre, de modo que quito la mano derecha del oído. La voz vuelve a ser ensordecedora de inmediato.

–Pollo Tandoori y foie gras, y mucho jazz, y él adoraba el Savoy, pero huevas de sábalo, los colores eran muy vistosos, aloe, limón, Morgan Stanley...

Vuelvo a llevarme las manos adonde las tenía, apretando con más fuerza. Pero el hambre me domina otra vez, por lo que, tarareando para mí mismo, vuelvo a coger la cuchara, pero no sirve de nada: el tono de voz de Evelyn es tan especial que resulta imposible de ignorar.

–Gregory se graduará pronto en Saint Paul y en septiembre irá a Columbia –está diciendo Evelyn, al tiempo que destroza con mucho cuidado su budín que, por cierto, le han servido frío–. Tengo que hacerle un regalo de graduación y me siento totalmente perdida. ¿Qué me sugieres tú?

–Un cartel de *Les Misérables* –digo, suspirando, medio en broma.

–Perfecto –dice ella, destrozando su budín todavía más, y luego, después de un trago de Cristal, me mira con cara extraña.

–¿Qué te pasa, querida? –pregunto, escupiendo una pipa de calabaza que atraviesa el aire con mucha gracia y cae en medio del cenicero en lugar del vestido de Evelyn, mi blanco original.

–Necesitamos más cassis –dice–. ¿Podrías llamar a nuestra camarera?

–Claro que sí –digo, todo bondad, y sin dejar de sonreír, añado–: No tengo la menor idea de quién es Gregory. ¿No lo sabías?

Evelyn deja su cuchara delicadamente al lado del plato de budín y me mira directamente a los ojos.

–Mister Bateman, me gustas de verdad, *adoro* tu sentido del humor. –Me aprieta suavemente la mano y se ríe, de hecho *dice*–: Ja ja ja... –Pero está seria y no bromea.

Evelyn me devuelve el cumplido. Admira mi sentido del humor. Nos retiran los platos al tiempo que llegan los segundos, de modo que Evelyn tiene que soltarme la mano para hacer sitio para los platos. Ella ha pedido codorniz rellena de tortillas de trigo azul con guarnición de ostras en piel de patata. Yo tomo conejo con moras de Oregón y patatas paja fritas.

–Él fue a Deerfield, luego a Harvard. Ella fue a Hotchkiss, luego a Radcliffe...

Evelyn habla, pero yo no escucho. Su diálogo se superpone a su propio diálogo. Se le mueve la boca, pero no oigo nada ni puedo prestar atención, ni concentrarme de verdad, pues a mi conejo lo han cortado para que parezca... una... ¡jostrella! Patatas fritas como cordones de zapatos lo rodean, y han extendido una espesa salsa roja por encima del plato –que es blanco y de porcelana y de sesenta centímetros de ancho– para que tenga el aspecto de una puesta de sol, pero más bien parece la sangre de un disparo que me acaba de herir y, moviendo la cabeza, incrédulo, aprieto un dedo contra la carne y luego hundo otro y luego otro, y luego busco una servilleta, no la mía, para limpiarme la mano. Evelyn no ha interrumpido su monólogo –habla y mastica de un modo exquisito– y sonriéndole seductoramente estiro la mano por debajo de la mesa y le agarro el muslo, limpiándome la mano en él, y ella sigue hablando y me sonríe traviesamente y toma más champán: sigo estudiándole la cara, aburrido de lo hermosa que es, perfecta de verdad, y pienso para mí mismo lo extraño que resulta que Evelyn me saque de tantos aprietos; está siempre ahí cuando más la necesito. Vuelvo a mirar el plato, ya sin el menor apetito, cojo mi tenedor, estudio el plato durante un minuto o dos, quejándome para mí mismo antes de suspirar y dejar el tenedor. Luego cojo mi copa de champán.

–Groton, Lawrenceville, Milton, Exeter, Kent, Saint Paul's, Hotchkiss, Andover, Milton, Choate..., vaya, Milton ya lo he dicho...

–Si no ceno nada esta noche, y no vaya cenar nada, quiero cocaína –anuncio. Pero no he interrumpido a Evelyn, que resulta imparable, como una máquina, y continúa hablando.

–La boda de Jayne Simpson fue tan bonita –suspira–. Y la fiesta de después tremenda. En el Club Chernoble, salió en Page Six. Billy escribió sobre ella. WWD sirvió el banquete.

–Oí que sólo se podían tomar dos copas –digo, aburrido, indicándole a un camarero que se lleve mi plato.

–Las bodas son tan románticas. Ella tenía un anillo de pedida con diamantes. ¿Sabes, Patrick? Yo *no* me conformaría con menos –dice tímidamente–. Tiene que ser de diamantes. –Le brillan los ojos y trata de describir la boda con todo detalle–. Hubo una cena para quinientas personas..., no, perdona, para setecientas cincuenta, seguida de una tarta helada hecha por Ben y Jerry. El vestido era de Ralph y tenía encaje blanco y un escote muy profundo, y era sin mangas. Era maravilloso, Patrick, ¿qué te hubieras puesto tú? –pregunta, suspirando.

–Yo exigiría que me dejaran llevar unas gafas de sol Ray–Ban. Unas Ray–Ban muy caras –digo, con cuidado–. De hecho, exigiría que todo el mundo llevara gafas de sol Ray–Ban.

–Yo quiero una banda de zydeco, Patrick. Eso es lo que quiero. Una banda de zydeco –exclama excitada y sin respiración–. O mariachis. O reggae. Algo étnico que sorprenda a mi padre. No soy capaz de decidirme.

–Yo quiero llevar un fusil de asalto Harrison AK–47 a la ceremonia, –digo, fastidiado–, con un cargador de treinta balas para poder volarle después la cabeza a tu madre para ponérsela al maricón de tu hermano. Y aunque personalmente no me gusta nada de lo que hacen los soviéticos, no sé, el Harrison me recuerda en cierto _modo a... –Me interrumpo, confuso, y me miro las manos. Luego vuelvo a mirar a Evelyn–. ¿Stoli?

–Oh, y muchas trufas de chocolate. *Godiva*. Y ostras. Ostras en su concha. Y mazapán. Y vino español rosado; y cientos, *miles* de rosas. Fotografos. Annie Leibovitz. Haré que vaya *Annie Léibovitz* –dice, excitada–. ¡Y contrataré a alguien para que lo grabe en vídeo!

–O un AR–15. Te gustaría, Evelyn: es el fusil más caro, pero vale lo que cuesta. –Le guiño un ojo. Pero ella sigue hablando; no oye lo que digo; no presta atención a nada. No. escucha ni una de las *palabras* que digo. Mi esencia consiste en eludirla. Se interrumpe violentamente y respira y me mira de un modo que sólo se puede describir como deslumbrante. Me toca la mano, el Rolex, respira una vez más, esta vez expectante, y dice:

–Tenemos que hacerla.

Estoy tratando de atraer la atención de la tía buena que nos atiende; está inclinada para recoger una servilleta que ha caído. Sin volver a mirar a Evelyn, pregunto:

–¿Qué es lo que tenemos que hacer?

–Casamos –dice ella, parpadeando–. Celebraremos una boda.

–¿Evelyn?

–¿Qué, querido?

–¿Estás... borracha? –pregunto.

–Deberíamos casamos –dice suavemente–. Patrick...

–¿Te *me* estás declarando? –digo, riendo, tratando de profundizar en su razonamiento. Le quito la copa de champán y la huelo. –¿Patrick? –pregunta, a la espera de mi respuesta.

–Coño, Evelyn –digo, bloqueado–. No lo sé.

–¿Y por qué *no*? –pregunta ella, petulante–. Dame *una* buena razón por la que no debiéramos hacerlo.

–Porque tratar de follar contigo es como tratar de dar un beso de lengua a una... ardilla muy pequeña y muy nerviosa –le digo–. No lo sé.

–¿Entonces es que sí? –dice.

–Pero ¿por qué? –termino, encogiéndome de hombros.

–¿Qué piensas hacer? –pregunta–. ¿Esperar tres años hasta que tengas treinta?

–Cuatro años –digo, mirándola penetrantemente–. Faltan *cuatro* años para que tenga treinta.

–Cuatro años. Tres años. Tres *meses*. ¿Cuál es la diferencia? Serás viejo. –Me suelta la mano–. ¿Sabes? No dirías eso si hubieras estado en la boda de Jayne Simpson. Con sólo echar una ojeada, querrías casarte inmediatamente.

–Pero si *estuve* en la boda de Jayne Simpson, Evelyn, amor de mi vida –digo–. Estaba sentado al lado de Sukhreet Gabel. Créeme, *estuve*.

–Eres imposible –se queja ella–. Eres un aguafiestas.

–O a lo mejor no estuve –dudo en voz alta–. ¿Lo grabaron los de la cadena de vídeos musicales?

–Y su luna de miel fue *tan* romántica. Dos horas después estaban en el Concorde. Rumbo a Londres. Al Claridge's –Evelyn suspira, con la mano sujetándose la barbilla, los cojos llenos de lágrimas.

Ignorándola, meto la mano en el bolsillo para buscar un puro. Lo saco y doy unos golpecitos con él en la mesa. Evelyn pide sorbetes de tres sabores: cacahuets, regaliz y donuts. Yo pido un café exprés descafeinado. Evelyn se enfurruña. Yo enciendo una cerilla.

–Patrick –me advierte, mirando la llama.

–¿Qué? –pregunto, interrumpiendo el movimiento de la mano, a punto de encender el puro.

–No me has pedido permiso –dice, sin sonreír.

–¿Te he dicho que llevo puestos unos calzones de boxeador de sesenta dólares? –pregunto, tratando de calmarla.

Un martes

Esta noche hay una fiesta de gala en el Puck Building con motivo de una nueva generación informatizada de aparatos para remar profesionales, y después de jugar al squash con Frederick Dibble, tomo J&B esta noche y nos dirigimos a la parte alta de la ciudad. Yo llevo un chaleco de jacquard de Kilgour, French & Stanbury comprado en Barney's, una pajarita de seda de Saks, zapatos sin cordones de charol de Baker–Benjes, gemelos antiguos de diamante de Kentshire Galleries y un abrigo de lana gris bordeado de seda con mangas ranglán y una chaqueta de Luciano Soprani. Una cartera de avestruz de Bosca contiene cuatrocientos dólares en metálico en el bolsillo de atrás de mis pantalones negros de lana. En lugar de mi Rolex, llevo un reloj de oro de catorce quilates de H. Stern.

Paseo sin objetivo por la sala de baile del primer piso del Puck Building, aburrido, bebiendo mal champán (¿podría ser un Bollinger?) en una copa alargada de plástico y tomando trocitos de kiwi, cada uno con un poco de chevre por encima, con la vaga intención de conseguir cocaína. En lugar de encontrarme con alguien que conozca a un traficante, me tropiezo con Courtney junto a la escalera. Lleva una túnica de seda, algodón y tul con pantalones de encaje con lentejuelas, parece tensa y me advierte que me mantenga lejos de Luis. Alude a que sospecha algo. Una orquesta toca malas versiones de viejos éxitos de la Motown de los años sesenta.

–¿Como qué? –pregunto, paseando la vista por la sala–. ¿Qué dos y dos hacen cuatro? ¿Que en secreto tú eres Nancy Reagan?

–No comas con él la semana que viene en el Yale Club –dice ella, sonriéndole a un fotógrafo cuyo flash nos ciega momentáneamente.

–Esta noche tienes un aspecto... voluptuoso –digo, tocándole el cuello y recorriendo su barbilla con el dedo hasta que alcanzo el labio inferior.

–No estoy bromeando, Patrick. –Sonríe y saluda con la mano a Luis, que está bailando desganadamente con Jennifer Morgan. Él lleva una chaqueta de esmoquin de lana color crema, pantalones de lana, camisa de algodón y un chaleco de seda de cuadros escoceses, todo de Hugo Boss, una corbata de lazo de Saks y un pañuelo de bolsillo de Paul Stuart. Devuelve el saludo. Yo levanto el pulgar.

- Valiente carapijo –susurra tristemente Courtney para sí misma.
- Oye, me marcho –digo, terminando el champán–. ¿Por qué no bailas con el... que siempre deja un espacio de seguridad?
- ¿Adónde vas? –pregunta ella, agarrándome del brazo.
- Courtney, no me apetece experimentar otra de tus... explosiones sentimentales –le digo–. Además los canapés son una mierda.
- ¿Adónde vas? –vuelve a preguntar–. Detalles, mister Bateman.
- ¿Por qué *te* interesa tanto?
- Porque me gusta saber esas cosas –dice–. No habrás quedado con Evelyn, ¿verdad?
- Podría ser miento.
- Patrick– dice Courtney–. No me dejes aquí. No *quiero* que te vayas.
- Tengo* que devolver unos vídeos –vuelvo a mentir, dándole mi copa de champán, justo cuando nos deslumbra otro flash de una cámara. Me alejo.

La orquesta encadena con una ruidosa versión de «Life in the Fast Lane» y me pongo a buscar tías buenas con la vista. Charles Simpson –o alguien que se le parece especialmente: pelo peinado hacia atrás, tirantes, gafas de Oliver Peoples– me estrecha la mano, grita:

–¿Qué tal, William? –y me dice que me reúna con un grupo de personas que incluye a Alexandra Craig, en el Nell's a eso de la medianoche. Le aprieto brevemente el hombro y le digo que no faltaré.

Una vez fuera, fumando un puro y contemplando el cielo, distingo a Reed Thompson, que sale del Puck Building con su séquito –Jamie Conway, Kevin Wynn, Marcus Halberstam, pero ninguna chica– y me invita a que me una a ellos para cenar, y aunque sospecho que tienen drogas, no me apetece pasar la noche con ellos y decido no acompañarles a ese bistró salvadoreño, especialmente porque no tienen mesa reservada y puede que no la consigan. Me despido de ellos con la mano, luego atravieso el Houston, evitando otras limusinas que dejan la fiesta, y me dirijo hacia la parte alta de la ciudad. Voy andando por Broadway y me detengo en un cajero automático donde saco otros cien dólares, sintiéndome mejor al tener quinientos en la cartera.

Me sorprende atravesando a pie la zona de anticuarios de debajo de la calle Catorce. Se me ha parado el reloj, de modo que no estoy seguro de la hora que es, aunque probablemente sean las diez y media o así. Pasan unos tíos negros ofreciendo crack o entradas robadas para una fiesta en el Palladium. Paso junto a un quiosco, una tintorería, una iglesia, un restaurante. Las calles están desiertas; el único ruido que rompe el silencio es el de un taxi ocasional que se dirige hacia Union Square. Pasa una pareja de maricones esqueléticos mientras estoy en una cabina telefónica escuchando los mensajes de mi contestador, al tiempo que contemplo mi reflejo en el escaparate de un anticuario. Uno de ellos me silba, el otro se ríe: un sonido agudo, moribundo, terrible. Un arrugado programa de *Les Misérables* yace en la acera destrozada, manchada de orina. Una farola se funde. Alguien con un abrigo de Jean-Paul Gaultier mea en una calleja. El vapor se alza desde el asfalto, ondula y se evapora. Bolsas de basura congelada se alinean en los bordillos. La luna, pálida y baja, cuelga por encima del Chrysler Building. Del West Village llega la sirena de una ambulancia, el viento la recoge y luego su eco se desvanece.

El vagabundo, un negro, está tumbado a la puerta de una tienda de antigüedades abandonada de la calle Doce, encima de una reja abierta y rodeado de bolsas de basura y un carrito de la compra de Gristede's cargado con lo que supongo que son sus pertenencias personales: periódicos, botellas, latas de aluminio. Un cartel escrito a mano sujeto a la parte delantera del carrito dice: «ESTOY HAMBRIENTO Y NO TENGO CASA POR FAVOR AYÚDENME.» Un perro, un chucho pequeño, de pelo corto muy delgado, está tumbado junto a él, con la correa sujeta al carrito de la

compra. No me fijo en el perro la primera vez que paso por delante. Sólo después de haber dado la vuelta a la manzana y volver, lo distingo tumbado encima de una pila de periódicos, custodiando al vagabundo, con un collar que lleva sujeta una placa metálica excesivamente grande para él, que dice GIZMO. El perro alza la vista hacia mí, moviendo su delgado y patético rabo y, cuando le ofrezco mi mano enguantada, la chupa, hambriento. La pestilencia de algo así como alcohol barato mezclado con excrementos se alza como una nube pesada, invisible, y tengo que contener la respiración antes de acostumbrarme a ella. El vagabundo se despierta, abre los ojos, bosteza, y enseña unos dientes muy sucios entre unos labios púrpura agrietados.

Tiene unos cuarenta años, es corpulento, y cuando intenta sentarse puedo distinguir con más claridad sus rasgos a la luz de la farola: barba de unos cuantos días, papada, una nariz colorada con gruesas venas marrones. Lleva puesto una especie de traje de poliéster de un verde lima muy chillón con unos pantalones vaqueros de Sergio Valente muy gastados por encima (la última moda de los sin casa de esta temporada), junto a un jersey de cuello en pico a rayas naranjas y marrones manchado de algo que podría ser vino de borgoña. Parece muy borracho –a no ser que esté loco o sea retrasado mental–. No es capaz de enfocarme con los ojos cuando me detengo delante de él, tapando la luz de la farola. Me arrodillo.

–Hola –digo, tendiéndole la mano, la que ha chupado el perro–. Pat Bateman.

El vagabundo me mira, jadeando debido al esfuerzo que tiene que hacer para sentarse. No me estrecha la mano.

–¿Necesita dinero? –le pregunto amablemente–. ¿Y algo de comer?

El vagabundo asiente con la cabeza y se echa a llorar, agradecido.

Busco en el bolsillo y saco un billete de diez dólares, luego cambio de idea y sujeto uno de cinco.

–Es lo que necesita, ¿verdad?

El vagabundo vuelve a asentir con la cabeza y aparta la vista, y después de aclararse la voz, dice tranquilamente:

–Tengo mucha hambre.

–Además hace frío –digo yo–. ¿No es así?

–Tengo mucha hambre. –Tose una vez, dos, tres, luego aparta la vista, avergonzado.

–¿Por qué no trabaja? –le pregunto, con el billete en la mano, pero lejos del alcance del vagabundo–. Si tiene mucha hambre, ¿por qué no trabaja?

Respira, tiembla y entre sollozos admite:

–Me quedé sin trabajo...

–¿Por qué? –pregunto, auténticamente interesado–. Bebía usted mucho, ¿verdad? ¿Fue por eso por lo que se quedó sin trabajo? Era una broma. No, de verdad..., ¿bebía usted en el trabajo?

Se encoge de hombros, entre sollozos, y dice ahogadamente: –Me echaron. Me pusieron en la calle.

Lo acepto, asintiendo con la cabeza.

–Vaya por Dios, eso está muy mal.

–Tengo mucha hambre –dice, y se pone a llorar con más fuerza. Su perro, esa cosa que se llama Gizmo, se pone a gemir.

–¿Por qué no consigue otro? –pregunto–. ¿Por qué no consigue otro trabajo?

–No estoy... –Tose, temblando de un modo terrible, incapaz de terminar la frase.

–¿No está usted qué? –pregunto suavemente–. ¿Cualificado para otro?

–Tengo hambre –susurra.
–Ya lo sé, ya lo sé –digo–. Vaya, parece usted un disco raya do. Estoy tratando de ayudarle... –
Mi impaciencia aumenta.
–Tengo hambre –repite.
–Oiga. ¿Cree usted que está bien pedirle dinero a la gente que trabaja? ¿A quien *tiene* trabajo?
Se le contrae la cara y dice entrecortadamente, con una voz ronca:
–¿Qué puedo hacer?
–Oiga –digo–. ¿Cómo se llama?
–Al –contesta.
–Más alto –digo–. Venga.
–Al– repite, un poco más alto.
–Tiene que conseguir un trabajo, Al –le digo seriamente–. Tiene usted una actitud muy negativa. Eso es lo que le impide conseguirlo. Debe mostrarse decidido. Yo le ayudaré.
–Es usted tan amable, señor. Es usted tan amable. Es usted un hombre muy amable –balbucea–.
Se lo aseguro.
–Chist –susurro–. Está bien. –Me pongo a acariciar al perro.
–Por favor –dice, cogiéndome de la muñeca–. No sé qué hacer. Tengo tanto frío.
–¿Se da usted cuenta de lo mal que huele? –susurro, dándole un golpecito en la cara–. *Apesta*,
Dios mío...
–No consigo.. –Se ahoga, traga saliva–. No consigo encontrar un sitio donde vivir.
–*Apesta* –le repito–. *Apesta* usted a... *mierda*. –Sigo acariciando al perro, cuyos ojos se abren mucho y se humedecen de agradecimiento–. ¿Sabe una cosa? Maldita sea, AL., míreme y deje de llorar como un *marica* –grito. Mi enfado aumenta, luego se aplaca y cierro los ojos, llevándome la mano a la nariz para tapármela, luego suspiro–. AL., lo siento. Lo que pasa es que..., no sé. No tengo nada en común con usted.
– El vagabundo no escucha. Llora con tal fuerza que es incapaz de responder de modo coherente. Vuelvo a guardarme lentamente el billete en el bolsillo de mi chaqueta Luciano Soprani y dejo de acariciar al perro con la otra mano, que me meto en el bolsillo. El vagabundo deja de sollozar bruscamente y se sienta, buscando con la vista el billete de cinco dólares o, supongo, su botella de Thunderbird. Adelanto la mano y le vuelvo a tocar la cara suavemente, con compasión, y susurro:
–¿Sabes que eres un jodido perdedor?
Él empieza a asentir, desesperado, y yo saco un largo y delgado cuchillo con hoja de sierra y, con mucho cuidado para no matarle le hundo aproximadamente un centímetro de la hoja en el ojo derecho, empujando con el mango y sacándole la retina..
El vagabundo está demasiado sorprendido para decir nada. Se limita a abrir la boca, aturdido, y se lleva lentamente una mano sucia y con unos guantes sin dedos a la cara. Le bajo los pantalones de un tirón y, a la luz de los faros de un taxi que pasa, distingo sus blandos y negros muslos, con un sarpullido asqueroso debido a que se mea constantemente con los pantalones puestos. El hedor a mierda me llega inmediatamente a la cara y, respirando por la boca, me agacho y le apuñalo en el estómago, sin hundir demasiado el cuchillo, por encima de la densa mata de vello púbico. Esto parece que le deja un tanto sobrio, e instintivamente trata de protegerse con las manos, mientras el perro se pone a aullar, de un modo furioso de verdad, pero no me ataca. Sigo dándole puñaladas al vagabundo, ahora entre los dedos, en el dorso de las manos. El ojo le cuelga de la cuenca y le oscila por delante de la cara, y él sigue parpadeando, lo que hace que lo que le queda dentro de la herida

suelte una especie de yema de huevo roja. Le agarro por la cabeza con una mano, se la echo hacia atrás y con el pulgar y el índice le sujeto el otro ojo, se lo mantengo abierto y meto la punta del cuchillo en la cuenca, rompiendo primero la membrana protectora, de modo que la cuenca se le llena de sangre. Luego le corto el globo ocular... y él empieza a gritar cuando le corto la nariz en dos, lo que hace que la sangre me salpique un poco. También el perro, Gizmo, que parpadea al caerle la sangre en los ojos. Deslizo rápidamente la hoja por la cara del mendigo, abriéndole el músculo de encima de la mejilla. Todavía arrodillado, le tiro una moneda de veinticinco centavos a la cara que brilla debido a la sangre y tiene las dos cuencas vaciadas y llenas de coágulos de sangre, y lo que queda de sus ojos balanceándose literalmente por encima de los labios que gritan. Le susurro tranquilamente:

–Ahí tienes veinticinco centavos. Cómprate un *chicle*, jodido *negro asqueroso*.

Luego me vuelvo hacia el perro que ladra, y cuando me levanto se dispone a echármese encima, enseñando los dientes, pero le doy un tajo en los huesos de las patas traseras y cae de lado aullando de dolor, mientras alza las patas delanteras en el aire. No puedo sino echarme a reír y me complazco en la escena, divertido por el espectáculo. Cuando distingo a un taxi que se acerca, me alejo lentamente de allí.

Después, dos manzanas hacia el oeste, me noto temerario, feroz, excitado, como si hubiera hecho ejercicio y las endorfinas me inundaran el sistema nervioso, o como si acabara de meterme la primera línea de cocaína, dado la primera calada a un buen puro, tomado el primer trago de Cristal. Me muero de hambre y necesito comer algo, pero no quiero pasar por Nell's, aunque podría ir andando, e Indochine me parece un sitio poco adecuado para tomar un trago para celebrado. De modo que decido ir a un sitio al que podría ir Al, el McDonald's de Union Square. Pido batido de vainilla «Extra–espeso», advierto al que sirve, que se limita a mover la cabeza y volverse hacia la máquina) y lo llevo a la mesa de delante, donde probablemente se sentaría Al, con la chaqueta y las mangas del abrigo ligeramente salpicadas de sangre. Dos camareras del Cat Club entran detrás de mí y se sientan en una mesa enfrente de la mía; las dos sonríen, coqueteando. Yo hago como que no me doy cuenta y las ignoro. Una vieja con pinta de loca, arrugada, que fuma un pitillo tras otro, está sentada cerca de nosotros, asintiendo al vacío. Pasa un coche de la policía, y después de dos batidos mi excitación se va aplacando lentamente. Me noto crecientemente aburrido, cansado; la noche me parece terriblemente depresiva y empiezo a maldecirme por no haber ido a ese bistró salvadoreño con Reed Thompson y los demás. Las dos chicas siguen mirando, aún interesadas. Yo echo una ojeada a mi reloj. Uno de los mexicanos que trabajan detrás del mostrador me observa fijamente mientras fuma un pitillo, y parece interesado por las manchas de la chaqueta Soprani de un modo que sugiere que va a decir algo sobre ellas, pero entra un cliente, uno de los negros que han tratado de venderme crack antes, y tiene que atenderle. De modo que el mexicano deja su pitillo, y es lo único que hace.

Génesis

He sido un gran fan de Genesis desde el lanzamiento de su álbum de 1980, *Duke*. Antes de eso la verdad es que no entiendo nada de su obra, aunque de su último álbum de los años setenta, ése tan conceptual que se titula *And Then There Were Three* (una referencia al miembro de la banda, Peter Gabriel, que dejó el grupo para iniciar una lastimosa carrera en solitario), me gusta *de verdad* el encantador «Follow You, Follow Me». Por otra parte, todos los álbumes anteriores a *Duke* me parecen demasiado pretenciosos, demasiado intelectuales. Fue en *Duke* (Atlantic; 1980), donde la presencia de Phil Collins se hizo más evidente, y la música más moderna, la batería se volvió más preponderante y las letras empezaron a ser menos místicas y más específicas (puede que debido a la marcha de Peter Gabriel), y las complejas y ambiguas investigaciones sobre el fracaso se convirtieron, en cambio, en contundentes canciones pop de primera categoría que recibí con agradecimiento. Las propias canciones parecen adaptarse mejor a la batería de Collins que al bajo de Mike Rutherford o a los teclados de Tony Banks. Un ejemplo clásico de esto es «Misunderstanding», que no sólo fue uno de los primeros grandes éxitos del grupo en los ochenta, sino que también sentó el tono para el resto de *sus* álbumes de la década. Otro tema destacado es «Turn It Again», que es sobre los efectos negativos de la televisión. Por otra parte, «Heathaze» es una canción que no entiendo, mientras que «Please Don't Ask» es una conmovedora canción de amor compuesta para una mujer separada que consigue la custodia de su hijo. ¿Acaso algún grupo de rock'n'roll ha presentado en términos más íntimos los aspectos negativos del divorcio? No lo creo. «Duke Travels» y «Dukes End» puede que tengan algún significado, pero como no incluyen las letras es difícil decir qué es lo que canta Collins, aunque hay un trabajo de piano complejo y espléndido de Tony Banks en el segundo corte. El único momento bajo de *Duke* es «Alone Tonight», que recuerda excesivamente «Tonight Tonight Tonight» de la más reciente obra maestra del grupo *Invisible Touch*, y el único ejemplo de verdad de hasta dónde se ha plagiado a sí mismo Collins.

Abacab (Atlantic; 1981) apareció casi inmediatamente después de *Duke* y se beneficia de un nuevo productor, Hugh Padgham, que proporciona a la banda un sonido más de los ochenta, y aunque las canciones parecen ligeramente poco concretas, todavía hay grandes fragmentos en todo el disco: la prolongada jam de la mitad del corte del título y los metales de un grupo llamado Earth, Wind and Fire en «No Reply at All» son sólo dos ejemplos. Las canciones vuelven a reflejar oscuras emociones y son sobre personas que se sienten perdidas o están en conflicto, pero la producción y el sonido son brillantes e insuperables (incluso cuando los títulos no lo son: «No Reply at All!», «Keep et Dark», «Who Dunnit?», «Like It or Not»). El bajo de Mike Rutherford queda un poco opaco en las mezclas, pero, por otra parte, la banda, empujada de nuevo por la batería de Phil Collins, suena compacta, auténticamente asombrosa. Incluso en sus momentos más desesperanzados (como la canción «Dodo» sobre la extinción), *Abacab* es musicalmente muy pop y alegre.

Mi corte favorito es «Man on the Corner», que es la única canción compuesta en solitario por Collins, una conmovedora balada con una hermosa melodía de sintetizador, además de un admirable trabajo de batería en el fondo. Aunque podría pertenecer fácilmente a cualquiera de los álbumes en solitario de Phil, debido a que la soledad, la paranoia y la alienación son unos temas excesivamente familiares de Genesis, evoca el esperanzado humanismo de la banda. «Man on the

Corner» propone una relación profunda con un ser solitario (un vagabundo, quizás, o una persona sin hogar), «ese hombre solitario de la esquina» que anda por ahí. «Who Dunnit?» expresa profundamente el tema de la confusión en contraste con un funky prodigioso; y lo que hace que esta canción sea tan excitante es ese final con el narrador que nunca se entera de nada.

Hugh Padgham produjo a continuación otra obra aún menos conceptual, titulada sencillamente *Genesis* (Atlantic, 1983), Y aunque es un buen álbum, ahora gran parte de él parece para mi gusto excesivamente tributario de los anteriores. «That' s All» suena igual que «Misunderstanding». «Taking It All Too Hard» me recuerda a «Throwing It All Away». También parece sonar menos a jazz que sus predecesores, y más como un álbum pop de los ochenta, más rock'n'roll. Padgham realiza un brillante trabajo de producción, pero el material tiene menos fuerza que de costumbre y se puede notar el esfuerzo. Se abre con un autobiográfico «Mama», que resulta conmovedor y extraño, aunque no podría decir si el cantante se está refiriendo a su madre o a una chica a la que le gusta llamar «Mama». «That's All» es el lamento de un enamorado al que ignora y rebaja una persona amada que no le corresponde; a pesar del tono de desesperación, cuenta con una melodía brillante y pegadiza que hace que la canción sea menos deprimente de lo que probablemente necesitaba ser. «That's All» es el mejor tema del álbum, pero la voz de Phil es más potente en «House by the Sea», cuya letra es, sin embargo, demasiado monólogo interior para tener mucho sentido. Podría ser sobre el madurar y la aceptación de la edad adulta", pero es poco clara; de cualquier modo, su segunda parte instrumental, para mí, centra la canción, y Mike Banks consigue mostrar su virtuosismo con la guitarra, mientras Tom Rutherford baña los surcos con sutiles sintetizadores, y cuando Phil repite la tercera estrofa de la canción al final, puede provocarte escalofríos.

«Illegal Alien» es, la canción más explícitamente política que haya grabado el grupo, y la más divertida de las suyas. El argumento se proponía ser triste –una espalda mojada que trata de cruzar la frontera de Estados-Unidos, pero los detalles son intensamente cómicos: la botella de tequila que agarra el mexicano, el par de zapatos nuevos que lleva (probablemente robados), y todo parece perfectamente preciso. Phil canta con una voz intensa y quejumbrosa pseudo–mexicana que la hace aún más divertida, y la rima de “un” con «*illegal alien*» es inspirada. «Just a Job to Do» es la canción más funky del álbum, con una línea de bajo de lo más killer por parte de Banks, y aunque parece que es sobre un detective que persigue a un delincuente, creo que también podría ser sobre un enamorado celoso que persigue a alguien. «Silver Rainbow» es la canción más lírica del álbum. La letra es intensa, compleja y brillante. El álbum termina con una nota positiva, optimista, con «it's Gonna Get Better». Aunque la letra a algunos les parezca un tanto genérica, la voz de Phil es tan segura (intensamente influida por Peter Gabriel, que nunca ha hecho un álbum propio tan refinado y sincero como éste) que nos hace abrigar esperanzas gloriosas.

Invisible Touch (Atlantic; 1986) es la obra maestra indiscutible del grupo. Se trata de una meditación épica sobre la intangibilidad, al tiempo que profundiza y enriquece el significado de los tres álbumes precedentes. Contiene unas resonancias que hacen retroceder al oyente hacia el pasado, y la música es tan hermosa que casi resulta imposible librarse de ella, pues cada canción mantiene relación con lo desconocido o el vacío que hay entre las personas «Invisible Touch», poniendo en la picota el control autoritario, tanto de los amantes posesivos como del Gobierno «Land of Confusion» o de la repetición sin sentido «Tonight Tonight Tonight». En él todo está al nivel de los mejores logros del rock'n roll de la década, y el genio que hay detrás de este álbum, junto, claro está, con las brillantes interpretaciones de Banks, Collins y Rutherford, es Hugh Padgham, que nunca ha conseguido un sonido tan limpio y vigoroso y moderno como éste. Uno puede oír prácticamente cada matiz de cada instrumento.

En términos de destreza lírica y pura habilidad para componer canciones, este álbum consigue una nueva cumbre de profesionalidad. Tómese la letra de «Land of Confusion», en la que un cantante aborda el problema de una autoridad política abusiva. Resulta arrastrado, pero con un tono más funky y más negro que cualquier cosa de Prince o Michael Jackson –o lo que es lo mismo, de

cualquier otro artista negro de los últimos años—. Por mucho que el álbum seaailable, también posee una urgencia inmediata que ni siquiera puede igualar el supervalorado Bruce Springsteen. Como observador de los fracasos amorosos, Collins supera una y otra vez al Boss, consiguiendo nuevas cumbres de honestidad emocional en «In too Deep»; aunque la canción también demuestra el aspecto de payaso, de pícaro impredecible, de Collins. Es la canción pop más conmovedora de los ochenta sobre la monogamia y el compromiso. «Anything She Does» (que parece un eco de «Centerfold», de la J. Geils Band, aunque resulte más animosa y enérgica) inicia la cara dos y después de ella el álbum alcanza su punto más alto con «Domino», una canción en dos partes. La parte uno: «In the Heat of the Night», está llena de intensas imágenes de desesperación delicadamente planteadas, y va a la par con «The Last Domino», que se esfuerza por expresar esperanza. Esta canción es edificante en grado sumo. La letra es positiva y afirmativa como ninguna otra de las del rock.

Los esfuerzos en solitario de Phil Collins parecen ser más comerciales y, en consecuencia, más satisfactorios desde un punto de vista menos exigente, en especial *No Jacket Required*, y canciones como «In the Air Tonight» y «Against All Odds» (aunque esta canción quedó ensombrecida por la película magistral que la incluye) y «Take Me Home», y «Sussudio» (una grande, grandísima canción; una de mis favoritas), y su remake «You Can't Hurry Love», de la que no soy el único en pensar que es mejor que la versión original de las Supremes. Pero también creo que Phil Collins hace mejores trabajos dentro de los confines del grupo que como un artista en solitario —y resalto la palabra *artista*—. De hecho se aplica a los tres músicos, pues Genesis todavía es la mejor y más interesante banda que surgió en Inglaterra en los años ochenta.

Un almuerzo

Estoy sentado en DuPlex, el nuevo restaurante de Tony Manus en Tribeca, con Christopher Armstrong, que también trabaja en P & P. Fuimos juntos a Exeter, luego fuimos a la Universidad de Pennsylvania, antes de instalarnos en Manhattan. Inexplicablemente, no hemos conseguido reservar mesa en Subjects, así que Armstrong ha sugerido este sitio. Armstrong lleva un traje cruzado a rayas de cuatro botones, una camisa de algodón de cuello volado, de Christian Dior, y una gran corbata de seda con estampado escocés de Givenchy Gentleman. Su agenda de cuero y su carpeta de cuero, ambas de Bottega Veneta, descansan en una tercera silla de nuestra mesa, una buena, delante de la ventana. Yo llevo un traje de lana y estambre con grandes solapas de Schoeneman, comprada en DeRigueur, una camisa de algodón de popelín de Bill Blass, una corbata de seda Macclesfield de Savoy y un pañuelo de algodón de Ashear Bros. En el restaurante se oye una versión a escaso volumen para música ambiental de la música de *Les Misérables*. La novia de Armstrong es Jody Stafford, que antes salía con Todd Hamlin, y este hecho, junto a los monitores de televisión que cuelgan del techo en circuito cerrado y muestran a los cocineros trabajando en la cocina, me llena de un miedo innombrable. Armstrong acaba de volver de las islas y tiene un bronceado muy intenso, pero también yo.

—¿Qué tal te fue en las Bahamas? —pregunto, después de que hayamos pedido—. Acabas de volver, ¿no?

–Verás, Taylor –empieza Armstrong, con la mirada clavada en un punto situado detrás de mí y un poco por encima de mi cabeza: ¿la columna que ha sido recubierta de terracota, o la tubería a la vista que corre a lo largo del techo?–. Los viajeros que este verano quieran pasar unas vacaciones perfectas deberían mirar hacia el sur, es decir a las Bahamas y a las islas del Caribe. Al menos hay cinco motivos inteligentes para visitar el Caribe, incluyendo el clima y los festivales y otros acontecimientos, los hoteles que nunca están abarrotados y las diversiones, el precio y las culturas inigualables. Mientras muchas personas salen de vacaciones durante los meses de verano y dejan las ciudades en busca de climas más frescos, hay pocas que se hayan dado cuenta de que el Caribe tiene una temperatura anual que oscila entre los veinticuatro y los veintinueve grados centígrados, y que a las islas las refrescan constantemente los vientos alisios. Es frecuente que haga más calor al norte de...

En el programa de Patty Winters de esta mañana se ocupaban de los asesinatos de niños. Entre el público del estudio estaban los padres de niños que habían sido secuestrados, torturados y asesinados, mientras que una mesa redonda de psiquiatras y pediatras trataban de ayudarles a *superar* –en cierto modo inútilmente, quisiera añadir, y para mi contento– su confusión y su enfado. Pero lo que de verdad me ha dejado patidifuso han sido –vía satélite y en un solitario monitor de televisión– tres asesinos de niños condenados a muerte que esperaban a que los ajusticiasen y que, debido a ciertas argucias legales bastante complicadas, trataban de salir en libertad condicional y probablemente lo conseguirían. Pero había algo que no dejaba de distraerme, mientras miraba la enorme pantalla del Sony y desayunaba kiwi y manzana–pera japonesa, agua Evian, bollos de avena y salvado, leche de saja y galletas granola de canela, quitándome la posibilidad de disfrutar con las afligidas madres, y hasta que el programa casi llegó a su fin no conseguí darme cuenta de lo que era: la grieta de encima de mi David Onica que le había dicho al portero que le dijera al encargado que arreglara. Al salir esta mañana y detenerme en el mostrador del portal para quejarme al portero, me he encontrado con un portero nuevo, un tipo de mi edad, pero casi calvo y *gordo*. Tres donuts con mermelada y dos tazas de *chocolate caliente* extra oscuro estaban encima del mostrador, delante de él y al lado de un ejemplar del *Post* abierto por los comics, y eso me ha hecho comprender que yo era mucho más guapo, tenía más éxito y era más rico de lo que ese pobre hijoputa llegaría a serlo jamás, y por eso he sentido una corriente de simpatía que fluía hacia él, y he sonreído y asentido y he soltado un breve aunque no ineducado buenos días, sin llegar a presentar la protesta.

–¿De verdad? –me encuentro diciéndole a Armstrong en voz alta, sin el menor interés.

–Como en Estados Unidos, celebran los meses de verano con festivales y acontecimientos especiales que incluyen conciertos, exposiciones de arte, ferias callejeras, torneos deportivos, y debido a la gran cantidad de personas que viajan fuera, las islas están menos llenas, lo que permite un mejor servicio y que no haya colas cuando se piensa utilizar un barco de vela o cenar en un restaurante. Quiero decir, que creo que la mayoría de la gente va para disfrutar de la cultura, la comida, la historia...

Camino de Wall Street esta mañana, por culpa del atasco he tenido que apearme del coche de la empresa y bajaba andando por la Quinta Avenida camino de la estación de metro cuando he pasado junto a lo que he creído que era un desfile de Halloween, lo que era desconcertante, pues estaba casi seguro de que es mayo, y Halloween es en noviembre. Cuando me he detenido en la esquina de la calle Dieciséis y he mirado con más atención, ha resultado que era algo llamado un «Desfile del orgullo gay», lo que ha hecho que se me revolviera el estómago. Los homosexuales desfilaban muy orgullosos Quinta Avenida abajo, con triángulos color rosa cosidos en cazadoras de colores pastel, algunos hasta cogidos de la mano, la mayoría cantando «Somewhere» muy desafinados y al tiempo. Me he detenido delante de Paul Smith y los he mirado con cierta fascinación traumatizada, mientras mi mente trataba de hacerse a la idea de que un ser humano, un *hombre*, puede sentir orgullo por sodomizar a otro hombre, pero cuando he empezado a recibir delirantes proposiciones de tipos de edad, llenos de músculos, con bigotes como morsas, entre los cánticos de «*Hay un sitio para nosotros. En alguna parte hay un sitio para nosotros*», he echado a correr por la Sexta Avenida,

decidido a llegar tarde a la oficina y he tomado un taxi para volver a mi apartamento, donde me he puesto un traje nuevo (de Cerruti 1881), me he hecho la pedicura y he torturado hasta matarlo a un perrillo que había comprado a principios de semana en una tienda de animales de Lexington. Armstrong sigue hablando monótonamente.

–Los deportes náuticos son, por supuesto, la principal atracción. Pero los campos de golf y las pistas de tenis están en excelente estado, y de las instalaciones de la mayoría de los puntos de descanso se puede disponer mejor durante el verano. Muchas de las pistas tienen luz para jugar de noche además de...

Que te den por el culo..., Armstrong, pienso, mientras miro por la ventana el atasco y los vagabundos que pasan por Church Street. Llega el primer plato: brioche de tomate secado al sol para Armstrong. Chiles poblano con una mermelada de cebolla y naranja a un lado para mí. Espero que Armstrong no quiera pagar, porque necesito enseñarle al jodido hijoputa que *tengo* una tarjeta American Express Platino. Por alguna razón en este momento me siento muy triste escuchando a Armstrong, y se me forma un nudo en la garganta, pero trago y tomo un sorbo de Corona y se me pasa la emoción y, durante una pausa, mientras él mastica, pregunto:

–¿Y la comida? ¿Cómo es la comida? –casi de modo involuntario, pensando en otra cosa.

–Buena pregunta. En cuestión de comida, la cocina caribeña se ha vuelto más atractiva desde que la cocina isleña se ha mezclado con la cultura europea. Muchos de los restaurantes son propiedad de norteamericanos, británicos, franceses, italianos, incluso holandeses expatriados, que también se ocupan de ellos... –Por suerte hace una pausa, mientras toma un poco de brioche, que parece una esponja empapada en sangre..., *su brioche parece una enorme esponja ensangrentada...*, y se lo traga con un sorbo de su Corona. Vuelvo al ataque.

–¿Y el paisaje? –pregunto, desinteresadamente, concentrándome en los renegridos chiles, la mermelada amarillenta que circunda el plato formando un artístico octágono, las hojas de cilantro que circundan la mermelada, las pepitas de chile que circundan las hojas de cilantro.

–El paisaje ha quedado realzado por la cultura europea que convirtió a muchas de las islas en fortalezas durante el siglo XVIII. Los visitantes pueden ver los diversos puntos en los que desembarcó Colón y como nos encontramos cerca del trescientos aniversario de su primera travesía en 1590, hay un creciente interés en las islas por la historia y cultura que forma parte integral de la vida de la isla...

Armstrong: eres un... *gilipollas*.

–Vaya, vaya –asiento–. Bien, bien... –Corbatas de tela escocesa, trajes a cuadros, mi clase de aeróbic, devolver las cintas al videoclub, especias que debo comprar en Zabar' s, mendigos, trufas de chocolate blanco... El perfume mareante de Drakkar Noir, que es el que lleva Christopher, me llega hasta cerca de la cara y se mezcla con el olor de la mermelada y el cilantro, las cebollas y los chiles–. Vaya, vaya –repito.

–Y para los que prefieran unas vacaciones con actividad, pueden practicar el alpinismo, explorar cuevas, navegar, montar a caballo, y para los amantes del juego hay casinos en muchas de las islas...

Fugazmente se me ocurre que podría sacar mi cuchillo, cortarme una de las muñecas, apuntar la vena cortada en dirección a la cabeza de Armstrong o, mejor aún, a su traje, preguntándome si seguiría hablando. Considero la posibilidad de largarme sin pedir disculpas y tomar un taxi, ir a otro restaurante, a un sitio del Soho, o puede que todavía más lejos, tomar una copa, usar los servicios, puede que incluso llamar por teléfono a Evelyn, volver al DuPlex, y todas las moléculas que constituyen mi cuerpo me dicen que Armstrong seguiría hablando no sólo de sus vacaciones sino de lo que parecen ser las vacaciones de todo el mundo en las jodidas Bahamas. En un determinado momento de la conversación, el camarero retira los primeros platos a medio terminar, trae otras Coronas, pollo con vinagre de frambuesa y guacamole, hígado de ternera con huevas de sábalo y

puerros, y aunque no estoy seguro de que haya pedido esto, la verdad es que no importa, pues los dos platos parecen exactamente el mismo. Terminó con el pollo con salsa de tomatillo, creo.

–Los que visitan el Caribe no necesitan pasaporte, sólo un documento que los acredite como ciudadanos norteamericanos, y mejor aún, Taylor, el *idioma* no es una barrera. *En todas* partes hablan inglés, incluso en aquellas islas donde el idioma local es el francés o el español. La mayoría de las islas fueron anteriormente británicas...

–Mi vida es un infierno –digo para mis adentros, mientras muevo distraídamente los puerros por el plato que, dicho sea de paso, es un triángulo de porcelana–. Y hay muchas personas a las que, bueno, me apetece..., me apetece, bueno, creo que matar –digo, recalcando la última palabra y mirando a Armstrong directamente a la cara.

–El servicio ha mejorado considerablemente en las islas, y tanto American Airlines como Eastern Airlines cuentan con enlaces en San Juan que conectan con vuelos a las islas que no tienen vuelos directos. Con el servicio adicional de BWIA, Pan Am, ALM, Air Jamaica, Bahamas Air y Canyman Airways es fácil llegar a la mayoría de las islas. Hay enlaces adicionales de LIA T y BMIA, que cuentan con una serie de vuelos de isla en isla...

Alguien que creo que es Charles Fletcher se acerca mientras Armstrong sigue hablando y me da un golpecito en el hombro y dice:

–¿Qué tal, Simpson? –y–: Nos veremos en Fluties.

Luego, en la puerta se reúne con una mujer muy atractiva –grandes tetas, rubia, vestido ajustado, que no es su secretaria ni su mujer...– y se marchan de DuPlex juntos en una limusina negra. Armstrong sigue comiendo, cortando en cuadrados perfectamente regulares los filetes de hígado de ternera, y sigue hablando mientras cada vez me pongo más triste.

–Quienes no puedan tomarse una semana entera de vacaciones encontrarán que el Caribe es el lugar ideal para pasar un fin de semana. Eastern Airlines ha creado su Club Fin de Semana que incluye muchos puntos de destino en el Caribe y permite a sus miembros visitar muchos lugares a precios drásticamente reducidos, lo cual sé que no importa mucho, pero impulsará a la gente a ir.

Un concierto

Todo el mundo está muy tenso en el concierto de Nueva Jersey al que Carruthers nos ha arrastrado esta tarde; el de una banda irlandesa que se llama U2 y salió en la portada de la revista *Time* de la semana pasada. Las entradas originalmente eran para un grupo de clientes japoneses que cancelaron su vuelo a Nueva York en el último momento, haciendo que a Carruthers le resultara imposible (o eso dice él) vender esas entradas de la primera fila. De modo que vamos Carruthers y Courtney, Paul Owen y Ashley Cronwell, y Evelyn y yo. Antes de eso, cuando me enteré de que venía Paul Owen, traté de llamar a Cecelia Wagner, la novia de Marcus Halderstam, pues Paul Owen parece bastante seguro de que *yo* soy Marcus, y aunque a ella le encantó que la invitara (siempre sospeché que yo era uno de sus amores secretos), tenía que asistir a una fiesta de gala con motivo del estreno de un nuevo musical inglés, *Maggie!* Pero dijo algo sobre que podíamos almorzar la semana que viene y le respondí que la llamaría el jueves. Estaba previsto que esta noche cenara con Evelyn, pero la idea de pasar dos horas con ella cenando me llena de un miedo

indescriptible, de modo que la llamo y le explico a regañadientes que han cambiado los planes y ella pregunta si va a venir Tim Price y cuando le digo que no, hay una breve vacilación antes de aceptar, y luego cancelo la reserva que nos ha hecho Jean en H20, el nuevo restaurante de Clive Powell, en Chelsea, y salgo de la oficina pronto para una rápida clase de aerobio antes del concierto.

A ninguna de las chicas les resulta especialmente excitante la idea de ver a esa banda y todas me han confiado, por separado, que no les apetece ir, y en la limusina, camino de un sitio que se llamaba Meadowsland, Carruthers no deja de tratar de calmarnos a todos diciéndonos que Donald Trump es un gran fan de U2 y luego, con más desesperación, que John Gutfreund también compra sus discos. Abrimos una botella de Cristal, luego otra. En el televisor hay una conferencia de prensa que da Reagan, pero hay mucha estática y nadie presta atención, excepto yo. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las víctimas de ataques de tiburones. Paul Owen me ha llamado Marcus cuatro veces y a Evelyn, para mi satisfacción, Cecelia en un par de ocasiones, pero Evelyn no se da cuenta porque se ha pasado mirando fijamente a Courtney todo el tiempo que hemos estado en la limusina. En cualquier caso, nadie ha corregido a Owen y es poco probable que alguien lo haga. Incluso yo la he llamado Cecelia un par de veces cuando estaba seguro de que no me escuchaba, pues no dejaba de mirar, llena de odio, a Courtney. Carruthers me dice que tengo un aspecto estupendo y me felicita por mi traje.

Evelyn y yo somos, con mucho, los que mejor vestidos vamos. Yo llevo un abrigo de lana virgen, una chaqueta de lana con pantalones de franela, una camisa de algodón, un jersey de cachemira de cuello en pico y una corbata de seda, todo de Armani. Evelyn lleva una blusa de algodón de Dolce & Gabbana, zapatos de ante de Yves Saint Laurent, una falda de cuero estarcida de Adrienne Landau, con un cinturón de ante de Jill Stuart, medias de Calvin Klein, unos pendientes de cristal veneciano de Frances Patiky Stein, y sujeta en la mano una rosa que he comprado en una tienda coreana antes de que me recogiera la limusina de Carruthers. Carruthers lleva una chaqueta sport de lana virgen, un jersey de cachemira/vicuña, pantalones de montar de sarga, una camisa de algodón y una corbata de seda, todo de Hermes «Qué hortera», me ha susurrado Evelyn, y yo he asentido en silencio). Courtney lleva un top con cuatro pliegues de organdí y seda y una falda larga de terciopelo con dobladillo de raso y unos pendientes de esmalte de José y María Barrera, guantes de Portolano y zapatos de Gucci. Paul y Ashley van, me parece, demasiado puestos, y ella lleva gafas de sol aunque los cristales de la limusina son oscuros y ya es casi de noche. Lleva un ramito de flores, amapolas, que le ha dado Carruthers, con lo que no ha conseguido que Courtney se pusiera celosa, pues parece decidida a arañar a Evelyn, lo que en este preciso momento, aunque su cara sea la más hermosa, no parece una mala idea y a nadie le importaría ver cómo Courtney lo hace. Courtney tiene un cuerpo *ligeramente* mejor; Evelyn, mejores tetas.

El concierto ya dura unos veinte minutos de más. *Odio* la música en directo, pero todos los de alrededor se ponen de pie y sus gritos de entusiasmo compiten con el estrépito que procede de las torres de sonido que tenemos encima. El único placer que obtengo por estar aquí es ver a Scott y Anne Smiley diez filas detrás de nosotros, en unos asientos mucho peores aunque probablemente igual de caros. Carruthers cambia su asiento con el de Evelyn para discutir de negocios conmigo, pero no consigo oír ni palabra, así que cambio mi asiento con Evelyn para hablar con Courtney.

–Luis es un *mamón* –le grito–. No sospecha *nada*.

– The Edge lleva ropa de Armani –grita ella, señalando al bajista. –Eso *no* es de Armani –vuelvo a gritar yo–. Es de Emporio.

–No –grita ella–. Es *Armani*.

–Los grises son demasiado apagados, y lo mismo los marengos y los azules marinos. Las solapas bien armadas, los cuadros claros, los lunares y las rayas son de Armani. *No* de Emporio –grito, muy enfadado de que Courtney no sepa esto, no vea la diferencia, mientras me tapo las orejas con las manos–. Hay una gran diferencia. ¿Quién es The Ledge?

–El batería podría ser The Ledge –grita ella–. Me parece. No estoy segura. Necesito un pitillo. ¿Dónde fuiste la otra noche? Si me dices que saliste con Evelyn, te romperé la crisma.

–El batería no lleva puesto nada de Armani –chillo–. Ni de Emporio.

–No sé quién es el batería –grita Courtney.

–Pregúntale a Ashley –sugiero, gritando también.

–¿Ashley? –grita ella, estirándose por encima de Paul y dando un golpecito a Ashley en la pierna–. ¿Quién es The Ledge? –Ashley le grita algo que no puedo oír, y luego Courtney se vuelve hacia mí, encogiéndose de hombros–. Dice que no puede creer que esté en Nueva Jersey.

Carruthers hace gestos a Courtney de que se cambie de asiento con él. Ella hace gestos de que no con la mano y me agarra el muslo, que yo pongo tenso y duro como la piedra, y su mano sigue agarrándolo, admirada. Pero Luis insiste y ella tiene que levantarse, y me grita:

–¡Creo que esta noche necesitamos drogas!

Asiento con la cabeza.

El cantante, Bono, berrea algo que suena a «Where the Beat Sounds the Same». Evelyn y Ashley se van a comprar pitillos, al ser vicio de señoras y a por unos refrescos. Luis se sienta a mi lado.

–Las chicas se aburren –me grita.

–Courtney quiere que consigamos algo de cocaína –grito yo. –*Estupendo*. –Luis parece enfurruñado.

–¿Tenemos reservada mesa en algún sitio?

–En Brussels –grita él, mirando su Rolex–. Pero es *dudoso* que podamos ir.

–*Si no vamos allí* –le advierto–, no iré a ninguna otra parte.

Puedes dejarme en mi apartamento.

–Iremos –grita.

–*Sino*, ¿qué te parece un japonés? –sugiero, ablandándome–. Hay un bar sushi bueno de verdad en el Upper West Side. Blades. El cocinero era el de Isoito. En la Zagat lo ponen *estupendamente*.

–Bateman, *odio* a los japoneses –me chilla Carruthers, con una mano haciendo pantalla en la oreja–. Son unos enanos hijoputas de ojos oblicuos.

–¿De qué coño estás hablando? –le grito.

–Estoy seguro –grita él, con los ojos saltones–. Ahorran más que nosotros y no innovan demasiado, pero saben jodidamente bien cómo *robamos* las innovaciones, mejorarlas y luego asfixiamos.

Le miro fijamente durante un momento, incrédulo, luego miro el escenario: al guitarrista que corre haciendo círculos. Los brazos de Bono se abren mucho mientras recorre el borde del escenario, y luego vuelvo a mirar a Luis, cuya cara todavía está roja de furia y sigue mirándome, con los ojos muy abiertos y con saliva en los labios, sin decir nada.

–¿Qué *coño* tiene que ver todo eso con Blades? –le pregunto por fin, auténticamente confuso–. Sécate la boca.

–Por eso *odio* la comida japonesa –me contesta, gritando–. Sashimi. Rollo de California. Dios mío.

Hace un gesto de asfixia, llevándose la mano al cuello.

–Carruthers... –me interrumpo, sin dejar de mirarle, estudiando atentamente su cara, ligeramente aturdido, incapaz de recordar lo que quería decir.

–¿*Qué*, Bateman? –pregunta Carruthers, inclinándose hacia mí.

–Oye, no te creo –grito–. No creo que hayas reservado mesa para *después*. Tendremos que esperar.

–¿Qué? –grita él, llevándose la mano a la oreja, como si eso sirviera de algo.

–j Que vamos a tener que *esperar!* –grito más alto.

–Está bien –grita él.

El cantante se estira hacia nosotros desde el escenario, con la mano extendida, y yo le hago gesto de que nos deje en paz.

–¿Que está bien? ¿Que *está bien*? No, Luis, te *equivocas*. No está bien.

Miro a Paul Owen, que parece igual de aburrido, con las manos tapándose los oídos, aunque siga tratando de hablar con Courtney.

–No tendremos que esperar –grita Luis–. Lo prometo.

–No prometas *nada*, payaso –le grito, y luego–: ¿Todavía se encarga Paul Owen de la cuenta de Fisher?

–No quiero que te enfades conmigo, Patrick –grita Luis, desesperado–. *Todo* saldrá bien.

–Olvídalo, por Dios –grito yo–. Y ahora, escúchame: ¿Toda vía se encarga Paul Owen de la cuenta de Fisher?

Carruthers le mira y luego me mira a mí.

–Sí. Eso creo. Me dijeron que Ashley tiene clamidia. –Vaya hablar con él –grito, levantándome, y ocupando el asiento vacío junto al de Owen.

Pero cuando me siento, algo extraño del escenario atrae mi mirada. Ahora Bono se mueve por el escenario siguiéndome hasta el asiento y me mira directamente a los ojos, arrodillado en el borde del escenario con sus pantalones vaqueros negros (puede que Gitano), sandalias, un chaleco de cuero sin camisa debajo. Tiene el cuerpo muy blanco y cubierto de sudor, y no lo ha trabajado lo suficiente, pues carece de tono muscular y el que podría tener queda tapado por una despreciable cantidad de pelo en el pecho. Lleva un sombrero de vaquero y el pelo recogido atrás en una cola de caballo y suelta lamentosamente un canto fúnebre –cojo la letra: «En este mundo un héroe es un insecto»– y tiene una leve sonrisa afectada, escasamente perceptible, pero sin embargo intensa, que aumenta, extendiéndose confiadamente por su cara, y mientras los ojos se le inflaman, el fondo del escenario se pone rojo y de repente capto esa tremenda oleada de sentimiento, ese torrente de conocimiento y puedo ver que el corazón de Bono y el mío laten más deprisa debido a eso y comprendo que estoy recibiendo algún tipo de mensaje del cantante. Me sorprende que tengamos algo en común, que compartamos un vínculo, y no resulta imposible creer que un cordón invisible unido a Bono ahora me envuelva a mí, y el público desaparece y la música se hace más lenta, se vuelve más suave, y sólo permanece Bono en el escenario –el estadio está desierto, la banda se desvanece–, y el mensaje, *su* mensaje, antes inconcreto, ahora se vuelve más intenso, y él me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el saludo y todo se hace más claro, mi cuerpo está vivo y en llamas, y desde un sitio inconcreto me envuelve un relámpago de luz blanca y cegadora y oigo, de hecho *siento*, incluso puedo distinguir, las letras del mensaje que se ciernen por encima de la cabeza de Bono en letras naranja:

–Soy... el... Demonio... y soy... exactamente... igual... que... tú...

Y entonces, todos, el público, la banda, reaparecen y la música aumenta lentamente y Bono, notando que he recibido su mensaje –de hecho sé que él *nota* que he reaccionado ante él–, queda satisfecho y se da la vuelta y yo me quedo titilante, con la cara roja, con una dolorosa erección latiéndome contra el muslo y las manos intensamente apretadas. Pero de pronto todo se detiene, como si hubieran desconectado algo, y en el fondo alternan luces blancas y negras. Bono –el

demonio— ahora está al otro lado del escenario y todo, lo que siento en el corazón, la sensación que me agita el cerebro, se desvanece y ahora más que nunca necesito saber de la cuenta de Fisher de la que se encarga Owen y esta información me parece vital, más importante que el vínculo de semejanza que tengo con Bono, que ahora resulta disperso y lejano. Me vuelvo hacia Paul Owen.

—Oye —grito—. ¿Cómo va todo?

—Esos tipos de ahí... —Hace un gesto hacia un grupo de tramo vistas que están al borde del extremo más alejado de la primera fila, mirando a la multitud, hablando unos con otros—. Estaban señalando hacia aquí. A Evelyn y Courtney y Ashley.

—¿Quiénes son? —grito—. ¿Son de Oppenheimer?

—No —me responde Owen, gritando—. Creo que son roadies que buscan a chicas para llevárselas a los camerinos y que se acuesten con la banda.

—Oh —grito—. Creí que a lo mejor trabajaban en Barney's. —No —grita él—. Los llaman coordinadores de *caños*.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un primo que se ocupa de All We Need of Hell —grita—. Resulta molesto que sepas cosas así —digo.

—¿Cómo? —grita él.

—¿Todavía te ocupas de la cuenta de Fisher? —le respondo, también gritando.

—Sí —chilla él—. Es una suerte, ¿verdad, Marcus?

—Claro que sí —grito—. ¿Cómo te hiciste con ella? —Bueno, me ocupaba de la cuenta de Ransom y las cosas se arreglaron. —Se encoge de hombros, como desamparado, el muy hijoputa—. Ya sabes.

—Claro —grito.

—Sí —grita él por su parte, luego se da la vuelta en su asiento y grita a dos chicas gordas con pinta de idiotas de Nueva Jersey que se pasan un canuto muy grande, una de ellas envuelta en lo que me parece la bandera de Irlanda—: Por favor, ¿podrías apartar esa *jodida yerba*? *Apesta*.

—La quiero —grito yo, mirándole; incluso tiene el cuero cabelludo bronceado.

—¿*Qué* es lo que quieres? —grita a su vez él—. ¿Marihuana?

—No. Nada —grito, con la garganta en carne viva, y me dejo caer de nuevo en mi asiento, y miro sin prestar atención el escenario, golpeando en la silla con la uña del pulgar, arruinando mi manicura de ayer.

Nos marchamos en cuanto vuelven Evelyn y Ashley, y después, en la limusina, camino de Manhattan para reservar mesa en Brussels, con otra botella de Cristal abierta, y Reagan todavía en el televisor, Evelyn y Ashley nos cuentan que en el servicio de señoras se les han acercado dos matones y les han dicho que fueran con ellos a los camerinos. Les explico quiénes eran y cuáles eran sus intenciones.

—Dios mío —dice Evelyn, atragantándose—. ¿Me estás diciendo que me han elegido unos... coordinadores de *caños*?

—Apuesto a que Bono tiene una polla muy pequeña —dice Owen, mirando por la ventanilla—. Los irlandeses, ya se sabe.

—¿Creéis que habrá algún cajero automático por aquí? —pregunta Luis.

—Ashley —grita Evelyn—. ¿Has oído eso? ¡Nos han elegido unos coordinadores de *caños*!

—¿Qué tal tengo el pelo? —pregunto.

—¿Más Cristal? —pregunta Courtney a Luis.

Atisbas de un jueves por la tarde

Y es media tarde y me encuentro junto a una cabina telefónica de una esquina del centro, no sé de dónde, pero estoy sudando, y una migraña me late dolorosamente en la cabeza y experimento un intenso ataque de ansiedad, mientras en *los* bolsillos busco Valium, Xanax, un Halcion suelto, lo que sea, y lo único que encuentro son tres descoloridos Nuprin dentro de una caja para píldoras Gucci, de modo que me meto los tres en la boca y me los trago con una Diet Pepsi y no te podría decir de dónde los he sacado aunque mi vida dependiera de ello. He olvidado con quién he comido hace poco y, más importante aún, *dónde*. ¿Ha sido con Robert Ailes en Beats? ¿O con Todd Hendricks en Ursula's, el nuevo bistró de Philip Duncan Holmes, en Tribeca? ¿O con Ricky Worrall en December' s? ¿O puede que haya sido con Kevin Weber en Contra, del No-Ha? ¿He tomado sándwich de perdiz con tomates verdes, o un gran plato de endivias con salsa de almejas?

–Dios mío, *no consigo recordarlo* –me lamento.

Lo que llevo puesto –una chaqueta sport de lino y seda, una camisa de algodón, pantalones caquis de lino con pinzas, todo de Matsuda, una corbata de seda con el anagrama de Matsuda y un cinturón de Coach Leatherware está empapado de sudor, y me quito la chaqueta y me seco la cara con ella. El teléfono suena sin parar, pero no sé a quién he llamado y me quedo en la esquina, con las Ray-Ban en la frente en un ángulo que parece extraño, y luego oigo un sonido levemente familiar que llega a través de la línea –la suave voz de Jean desafiando el atasco sin fin de Broadway–. El programa de Patty Winters de esta mañana era: ¿La aspirina le puede salvar la vida?

–¿Jean? –grito–. ¿Me oyes? ¿Jean? –¿Patrick? ¿Eres tú? –me grita ella. –¿Jean? Necesito *ayuda* –grito. –¿Patrick?

–¿Qué?

–Ha llamado Jesse Forrest –dice Jean–. Tiene mesa reservada en el Melrose para esta noche a las ocho, y Ted Madison y Jamie Conway quieren tomar unas copas contigo en el Harry's. ¿Patrick? –pregunta Jean–. ¿Dónde estás?

–Jean –digo, suspirando y sonándome la nariz–. No sé...

–Oh, y también ha llamado Todd Lauder –dice Jean–. No, quiero decir Chris..., no, no, era Todd Lauder. Sí, Todd Lauder.

–Dios mío –me lamento, aflojándome la corbata, con el sol de agosto cayendo sobre mí–, ¿qué estás diciendo, jodida subnormal?

–No, no es en Subreal, Patrick. La mesa está reservada en el Melrose. No en Subreal.

–No sé qué estoy *haciendo* –grito.

–¿Dónde estás? –dice Jean, y luego–: ¿Patrick? ¿Te pasa algo?

–No voy a poder ir –digo, luego me ahogo– a la oficina esta tarde.

–¿Por qué? –Su voz suena deprimida, o puede que simplemente confusa.

–Limítate... a decir... que no –grito.

–¿Qué pasa, Patrick? ¿Estás bien? –pregunta.

–No me gusta esa voz tan triste que pones –grito. –¿Patrick? Lo siento. Quiero decir que quiero decir que diré simplemente que no, pero...

Cuelgo y me alejo de la cabina y el walkman que llevo en el cuello de repente me parece una roca que llevo atada alrededor del cuello (y el sonido que sale de él un Dizzy Gillespie de la primera época intensamente molesto) y tengo que tirar el walkman, un modelo barato, en la primera papelera que encuentro, y luego me apoyo en el borde, respirando pesadamente, con la barata chaqueta Matsuda en el brazo, mirando el walkman que sigue funcionando, mientras el sol me funde la espuma del pelo y hace que se mezcle con el sudor que me corre por la cara y puedo notar su sabor cuando me paso la lengua por los labios y empieza a saberme bien y de repente me siento hambriento y me paso la mano por el pelo y chupo la palma con ansia mientras avanzo por Broadway, ignorando a las calle, mientras los movimientos de la gente van al ritmo de la música, una canción de un single de Madonna, que grita: «*la vida es un misterio, todos deben estar solos...*», y pasan zumbando mensajeros en moto y yo me detengo en una esquina mirándolos a todos con el ceño fruncido, pero la gente pasa, ajena a todo, nadie presta atención, ni siquiera hacen como si *no* prestaran atención, y este hecho me tranquiliza lo suficiente como para dirigirme a un Conran's cercano a comprar una tetera, pero justo cuando supongo que ya he recuperado la normalidad y estoy perfectamente, se me revuelve el estómago y los retortijones son tan intensos que me meto en el portal que tengo más cerca y me llevo las manos a las caderas, doblándome de dolor, y tan deprisa como se ha producido, desaparece lo suficiente para que pueda volver a estirarme y correr a una ferretería cercana, y una vez dentro compro un juego de cuchillos de carnicero, un hacha, una botella de ácido clorhídrico, y luego, en una tienda de animales de la misma manzana, una trampa doble y dos ratitas blancas que pienso torturar con los cuchillos y el ácido, pero avanzada la tarde, olvido el paquete con las ratas dentro en el Pottery Barn mientras compro velas, ¿o ha sido donde he comprado la tetera? Ahora ando por Lafayette, sudando y quejándome y quitándome a la gente de delante, mientras me sale espuma por la boca y el estómago se me contrae con espantosos retortijones abdominales –podrían provocármelos los esteroides, pero lo dudo– y me tranquilizo lo suficiente como para entrar en un Gristede's, recorrer a toda velocidad los pasillos y robar una lata de jamón que saco, metida debajo de la chaqueta Matsuda, tranquilamente de la tienda y camino manzana abajo, donde trato de esconderme en el vestíbulo del American Felt Building para abrir la lata con las llaves, ignorando al portero, que al principio parece reconocerme; luego, cuando empiezo a meterme el jamón a puñados en la boca, sacándolo con las uñas, amenaza con llamar a la policía. Salgo de allí, me termino todo el jamón apoyado en un cartel de *Les Misérables* de una parada de autobús y beso el dibujo de la cara de Eponine, sus labios, dejando hilos marrones de bilis por encima de su suave y modesta cara y la palabra «BOLLERA» garabateada debajo. Me aflojo los tirantes, ignorando a los mendigos, unos mendigos que me ignoran, empapado de sudor, delirando, y me encuentro de vuelta al centro, en Tower Records, y me arreglo, murmurándome una y otra vez:

–Tengo que devolver las cintas, tengo que devolver las cintas.

Compro dos ejemplares de mi disco compacto favorito, *The Return of Bruno*, de Bruce Willis, y luego quedo atascado en la puerta giratoria y doy cinco vueltas antes de salir a la calle, donde me tropiezo con Charles Murphy, de Kidder Peabody, o quizá se trate de Bruce Barker, de Morgan Stanley, *el que sea*, y me dice:

–Hola, Kinsey. –Y yo le eructo en plena cara, con los ojos casi en blanco e hilos de bilis verdosa colgándome de los dientes al aire, y él sugiere, imperturbable–: Nos veremos en Fluties, ¿verdad?

Suelto un grito y al echarme hacia atrás tropiezo con un cajón de frutas de una tienda coreana, derribando montones de manzanas y naranjas y limones, que ruedan por la acera, el bordillo y la calzada donde las aplastan los taxis y los coches y los autobuses y los camiones y me disculpo, en pleno delirio, ofreciéndole al coreano, que aúlla, mi American Express Platino, luego un billete de veinte, que coge de inmediato, pero todavía me agarra por las solapas de la chaqueta, toda manchada y arrugada, y me obliga a entrar y cuando miro su redonda cara de ojos oblicuos, de repente él suelta el estribillo de Lou Christie, «Lightnin' Strikes». Salgo corriendo, horrorizado, y doy tumbos hacia la parte alta de la ciudad, hacia casa, pero la gente, los sitios, las tiendas no dejan

de molestarme. Un vendedor de droga de la calle Trece me ofrece crack y sin pensarlo saco un billete de cincuenta dólares y él dice:

–Tío, tío –agradecido, y me estrecha la mano, poniéndome cinco tubitos en la mano, que yo procedo a *tragar enteros*, y el vendedor de crack me mira asombrado, tratando de disimular su profunda inquietud con una mirada divertida, y le agarro por el cuello y grito, con el aliento apestándome:

–*El mejor motor es el del BMW 75oil.* –y luego me meto en una cabina telefónica donde farfulla un galimatías sin sentido a la telefonista hasta que por fin consigo decir el número de mi tarjeta de crédito, y luego me encuentro hablando con Xclusive, donde cancelo la cita para un masaje que no había concertado. Consigo tranquilizarme con sólo mirarme los 'pies, de hecho calzados con unos mocasines A. Testoni, y dando patadas a las palomas y, sin darme cuenta, entro en un miserable restaurante de la Segunda Avenida y aunque sigo confuso, desconcertado, cubierto de sudor, me dirijo a la vieja judía baja y gorda y espantosamente vestida.

–Oiga –digo–. Tengo una mesa reservada. A nombre de Bateman. ¿Dónde está el maître? Conozco a Jackie Mason.

La mujer suspira.

–Puede sentarse. No necesita reserva –dice, mientras coge una carta.

Me precede a una horrible mesa del fondo, cerca de los servicios, y le arrebato la carta y corro a una mesa de delante y me siento atraído por esa asquerosa comida.

–¿Se trata de una broma? –pregunto, y notando que se acerca una camarera, pido sin levantar la vista–: Una hamburguesa con queso. No demasiado pasada.

–Lo siento, señor –dice la camarera–. No tenemos queso. Kosher³.

No tengo ni idea de qué coño me está hablando, y digo:

–Bien. Una hamburguesa con *kosher* y *con queso*, Monterey Jack si, puede ser y..., Dios mío –me quejo, notando que empiezan los retortijones.

–No tenemos queso, señor –dice ella–. *Kosher...*

–Dios mío, ¿se trata de una *pesadilla*, *judía* de mierda? –murmuro, y luego–: ¿Y *queso Cottage*? ¿Me lo va a traer?

–Llamaré al encargado –dice ella.

–El que sea. Pero tráigame algo de beber mientras tanto –le digo–. ¿De acuerdo?

–Sí –dice ella.

–Un batido de... vainilla.

–No hay batidos. Kosher –dice ella, y luego–: Llamaré al encargado.

–No, *espere*.

–Señor, voy a llamar al encargado.

–¿Qué coño pasa? –pregunto, muy enfadado, dejando violentamente mi American Express Platino encima de la grasienta mesa.

–No hay batidos. Kosher –repite ella, pasándose la lengua por los labios.

–Entonces tráigame una... vainilla... *¡malteada!* –rujo, bañando de saliva la carta. La camarera se limita a mirarme–. *¡Extra espesa!* –añado. Ella se aleja en busca del encargado y cuando veo que éste se acerca (es una copia en calvo de la camarera), me levanto y grito–: Que te den por el culo,

³ «Kosher» son los alimentos permitidos por la religión judía. (N. del T.)

soplapollas, subnormal, judío de mierda. –y salgo corriendo del restaurante y en la calle donde está el⁴

Yale club

–¿Cuándo se puede llevar un chaleco de punto? –pregunta Van Patten a la mesa.

–¿A qué te refieres? –McDermott arruga la frente y toma un sorbo de Absolut.

–Sí –digo yo–. *Acláralo*.

–Bueno, ¿es estrictamente informal...?

–¿O se puede llevar con un *traje*? –interrumpo, terminando la frase.

–Exacto. –Sonríe Van Patten.

–Bueno, según Bruce Boyer... –empiezo.

–Espera –me interrumpe Van Patten–. ¿Trabaja para Morgan Stanley?

–No. –Sonríe–. No trabaja para Morgan Stanley.

–¿Fue un asesino en serie? –pregunta McDermott, desconfiadamente, luego se queja–. No me digas que fue otro asesino en serie, Bateman.

–No, McMierda, no fue un asesino *en serie* –digo, volviéndome hacia Van Patten, pero antes de seguir me vuelvo nuevamente hacia McDermott–. Me joden esas cosas.

–Pero *siempre* las sacas a relucir –se queja McDermott–. Y siempre de un modo casual, educativo. Lo que quiero decir es que no me apetece saber nada del Hijo de Sam o del jodido Hillside Strangler o de Ted Bundy o de Featherhead, por el amor de Dios.

–¿Featherhead? –pregunta Van Patten–. ¿Quién es Featherhead? Suena a especialmente peligroso.

–Lo que quiere decir es Leatherface –digo, con los dientes fuertemente apretados–. Leatherface. Participó en la Matanza de Texas.

–Oh. –Van Patten sonrío educadamente–. Claro, claro. –Y *era* excepcionalmente peligroso –digo.

–Y ahora, sigue. Bruce Boyer, ¿qué fue lo que hizo? –pregunta McDermott, soltando un suspiro y poniendo los ojos en blanco–. Vamos a ver..., ¿los despellejaba vivos? ¿Los dejaba morir de hambre? ¿Corría por encima de ellos? ¿Los usaba para dar de comer a los perros? ¿Qué?

–Veréis, chicos –digo, negando con la cabeza; luego admito, molesto–: Hizo algo *mucho* peor.

–¿Cómo qué? ¿Llevarlos a cenar al nuevo restaurante de McManus? –pregunta McDermott.

–Podría ser –se muestra de acuerdo Van Patten–. ¿Has ido tú? Es una guarrería, ¿verdad?

–¿Tomaste el escalope? –pregunta McDermott.

–¿El escalope? –Van Patten está sorprendido–. ¿Y cómo es el *interior*? ¿Cómo son los jodidos *manteles*?

–¿Pero *tomaste* el escalope? –insiste McDermott.

⁴ Este tipo de conclusiones de capítulo son habituales en esta obra, es decir, unos finales en que la narración queda, simplemente, cortada. (*N. del editor digital*)

–Claro que tomé el escalope, y el pichón, y el pez aguja –dice Van Patten.

–Dios santo, se me había olvidado el pez aguja –gruñe McDermott–. El pez aguja con chiles.

–Después de leer la reseña de Miller en el *Times*, ¿quién en su sano juicio pediría el escalope, o el pez aguja?

–Pero Miller se confundió –dice McDermott–. Todo era una porquería. ¿La quesadilla con papaya? Normalmente es un buen plato, pero *allí*, Dios santo. –Silba moviendo la cabeza.

–y *barato* –añade Van Patten.

–Muy barato. –McDermott está completamente de acuerdo–. Y la tarta de sandía...

–Caballeros. –Toso–. Ejem. Siento mucho interrumpirles, pero...

–De acuerdo, de acuerdo, sigue –dice McDermott–. Cuéntanos algo más sobre Charles Moyer.

–Bruce Boyer –le corrijo–. Fue el autor de *Elegancia: Guía de la ropa masculina de calidad*. –Luego, como en un aparte–: No, Craig, no era un asesino en serie en sus horas libres.

–¿Y qué dijo ese Brucie? –pregunta McDermott, chupando un cubito de hielo.

–Eres un majadero. Es un libro excelente. Su teoría establece que no debemos sentirnos coartados por llevar un chaleco de punto con un traje –digo–. ¿Has oído que te he llamado majadero?

–Sí.

– Pero ¿no explica que un chaleco no debe tener más fuerza que el traje? –propone Van Patten.

–Sí... –admito un tanto irritado de que Van Patten haya hecho los deberes y, sin embargo, pida consejo. Continúo tranquilamente–: Con un traje de rayas finas muy discretas se puede llevar un chaleco de un azul apagado o de un gris oscuro. Un traje a cuadros exige un chaleco más audaz.

–Y recuerda –añade McDermott–, en un chaleco normal debe llevarse desabrochado el último botón.

Miro intensamente a McDermott. Él sonríe, da un trago a su copa y luego chasquea los labios, satisfecho.

–¿Por qué? –quiere saber Van Patten.

–Es lo tradicional –digo, sin dejar de mirar a McDermott–. Pero además es cómodo.

–¿Ponerse tirantes contribuye a que el chaleco siente mejor? –oigo que pregunta Van Patten.

–¿Por qué iba a contribuir? –pregunto yo, volviendo la cabeza.

–Bueno, como evitas el... –se interrumpe, buscando la palabra adecuada.

–Impedimento... –comienzo yo.

–De la hebilla del cinturón –termina McDermott.

–Claro –dice Van Patten.

–Hay que recordar... –McDermott me interrumpe de nuevo.

–Recordad que mientras el chaleco tiene que hacer juego con el color y el estilo del traje, debe evitarse absolutamente que el dibujo del traje haga juego con el de los calcetines o la corbata –dice McDermott, sonriéndonos a mí y a Van Patten.

–Creía que no habías leído ese... libro –exploto yo, enfadado–. Me dijiste que no veías diferencia entre Bruce Boyer y... John Wayne Gacy.

–Se me ocurrió. –Se encoge de hombros.

–Oye. –Me vuelvo hacia Van Patten otra vez, encontrando que el modo en que trata de imponerse siempre McDermott es horrible–. Llevar calcetines color arcilla con un traje color arcilla parece excesivamente estudiado.

–¿Lo crees de verdad? –pregunta.

–Tendrías el aspecto de haberte esforzado de un modo consciente por conseguir ese aspecto – digo; luego, repentinamente molesto, me vuelvo hacia McDermott–. ¿*Peatherhead*? ¿Cómo coño has podido confundir a Featherhead con Leatherface?

–No te cabrees, Bateman –dice, dándome una palmada en la espalda y masajeándome el cuello–. ¿Qué te pasa? ¿No te han hecho un shiatsu esta mañana?

–Deja de tocarme –digo, con los ojos cerrados con mucha fuerza y el cuerpo tenso y listo para encogerse, pero con ganas de estirarse– y retírate a tu puesto.

–Vaya, tranquilízate, amigo –dice McDermott, echándose hacia atrás con una mueca burlona de miedo. Y los dos se ríen como idiotas y se dan una palmada, completamente inconscientes de que les cortarían las manos, y con placer.

Los tres –David van Patten, Craig McDermott y yo mismo– estamos sentados en el comedor del Yale Club a la hora de comer. Van Patten lleva un traje a cuadros de crepé de lana de Krizia Uomo, una camisa Brooks Brothers, una corbata de Adirondack y zapatos de Cole– Haan. McDermott lleva un blazer de lana virgen y cachemira, pantalones de franela de Ralph Lauren, una camisa y una corbata *también* de Ralph Lauren y zapatos de Brooks Brothers. Yo llevo un traje de lana, una camisa de algodón de Luciano Barbera, una corbata de Luciano Barbera, zapatos de Cole–Haan y unas gafas sin graduar de Maush & Lomb. El programa de Patty Winters de esta mañana era sobre los nazis e, inexplicablemente, he sufrido un cambio de verdad al vedo. Aunque no siento exactamente simpatía por lo que hicieron, tampoco los he encontrado tan antipáticos ni, debo añadir, la mayoría de los que lo estábamos viendo. Uno de los nazis, en un raro arranque de humor, incluso ha hecho juegos malabares con los pomelos y, encantado, yo me he sentado en la cama y he aplaudido.

Luis Carruthers está sentado cinco mesas más allá de la nuestra, vestido como si esta mañana hubiera sufrido un rapto de convencionalismo –lleva un traje de un sastre francés inidentificable, y si no me equivoco, el sombrero hongo que hay en el suelo, junto a su silla, también le pertenece–. Me sonrío y yo hago como que no me doy cuenta. He hecho ejercicio en Xclusive esta mañana durante dos horas y, como los tres nos hemos tomado la tarde libre, hemos ido a que nos dieran un masaje. No hemos pedido nada de comer todavía, de hecho ni siquiera hemos mirado la carta. Nos limitamos a beber. Craig en un principio quería una botella de champán, pero David ha negado vehementemente con la cabeza, y ha dicho:

–¡Nada de eso! –en cuanto lo ha sugerido, y por eso hemos pedido otras bebidas. Yo sigo observando a Luis, y cada vez que mira hacia nuestra mesa echo la cabeza atrás y río aunque lo que estén diciendo Van Patten y McDermott no sea particularmente gracioso, lo que pasa casi todas las veces. He conseguido que mis falsas risas sean tan naturales que nadie se da cuenta. Luis se pone de pie, se limpia la boca con la servilleta y vuelve a mirar hacia aquí antes de salir del comedor e ir, supongo, al servicio.

–Pero hay un límite –está diciendo Van Patten–. La cuestión es, quiero decir, que no quiero pasar la tarde con el Monstruo de las Galletas.

–Pero todavía sales con Meredith, por tanto, ¿cuál es la diferencia? –pregunto. Naturalmente, no lo oye.

–Pero las innovaciones arriesgadas quedan bien –dice McDermott–. Las innovaciones exageradas quedan muy bien.

–¿Bateman? –pregunta Van Patten–. ¿Qué opinas de las innovaciones exageradas en lo que se refiere al estilo?

–¿Cómo? –pregunto, levantándome.

–¿Innovaciones exageradas? ¿No? –Esta vez es McDermott–. Las innovaciones exageradas son deseables, ¿entiendes?

–Oíd –digo yo, echando mi silla hacia atrás–. Quiero que todos sepáis que yo estoy a favor de la familia y en contra de las drogas. Perdonad un momento.

Mientras me alejo, Van Patten agarra a un camarero que pasaba y le pregunta, con una voz que se va perdiendo al fondo:

–¿Es agua del grifo? Yo no bebo agua del grifo. Tráigame Evian o algo así, ¿entendido?

¿Me gustaría menos Courtney si Luis muriera? Es la cuestión que encaro y para la que no tengo una clara respuesta, según atravieso lentamente el comedor, saludando con la mano a un tipo que se parece a Vincent Morrison y a otro que estoy bastante seguro de que se parece a Tom Newman. ¿Pasaría Courtney más tiempo conmigo..., el tiempo que ahora pasa con Luis..., si éste se esfumara, no ofreciera otra alternativa, si estuviera, podría ser..., *muerto*? ¿Le molestaría mucho a Courtney que mataran a Luis? ¿Podría serle yo de auténtico consuelo sin reírme delante de su cara, tragando saliva, renunciando a todo? ¿Es el hecho de salir conmigo a espaldas de Luis lo que la excita, o es mi cuerpo, o el tamaño de mi polla? ¿Por qué quiero gustarle a Courtney? Si sólo le gusto por mis músculos, el tamaño de mi polla, entonces es una puta arrastrada. *Pero* una puta arrastrada físicamente superior, de un aspecto que ronda la perfección, y eso puede con todo, excepto quizá con el mal aliento y los dientes amarillos, que son dos cosas que pueden terminar provocando una ruptura. ¿Echaría a perder las cosas si estrangulo a Luis? Si estuviera casado con Evelyn, ¿haría que se comprara vestidos Lacroix hasta terminar por divorciamos? ¿Ya han encontrado la paz en Namibia las fuerzas coloniales sudafricanas y las guerrillas apoyadas por la Unión Soviética? ¿O sería el mundo un sitio más seguro y agradable si a Luis le hicieran pedazos? El *mío*, seguramente, ¿por qué no? En realidad no hay... *otra posibilidad*. La verdad es que incluso es demasiado tarde para hacerse estas preguntas, porque ya estoy en el servicio de caballeros, mirándome al espejo –bronceado y corte de pelo perfectos– examinándome los dientes que son completamente rectos y blancos y están resplandecientes. Al guiñarle el ojo a mi reflejo en el espejo, respiro a fondo y me pongo unos guantes de piel Armani, y luego me dirijo hacia el retrete que ocupa Luis. El servicio está desierto. Todos los retretes están vacíos, exceptuando uno del final. La puerta no tiene el pestillo echado, está ligeramente entreabierta, el sonido de Luis silbando algo de *Les Misérables* se hace opresivamente más fuerte a medida que me acerco.

Está de pie, dentro del retrete, dándome la espalda, con un blazer de cachemira, pantalones de lana con pinzas, una camisa blanca de algodón y seda, meando. Puedo asegurar que nota movimiento en el retrete porque se pone visiblemente tenso y el sonido de su orina al chocar con el agua se interrumpe bruscamente. A cámara lenta, con mi pesada respiración apagando todos los demás sonidos, la visión ligeramente borrosa, mis manos suben por encima del cuello de su blazer de cachemira y de la camisa de algodón, rodeando su cuello hasta que mis pulgares se unen en su nuca y mis dedos índices se tocan uno al otro justo por encima de la nuez de Adán de Luis. Empiezo a apretar, aprisionando a mi presa, pero no lo bastante fuerte como para impedir que Luis se vuelva –de modo que queda encarándome, con una mano en su jersey polo de lana y seda, y la otra luego abre mucho los ojos, que es exactamente lo que yo quiero. Quiero ver la cara de Luis retorcerse y ponerse morada, y quiero que sepa quién es el que le está matando. Quiero ser la última cara, la última *cosa*, que vea Luis antes de morir, y me apetece gritar:

–Me estoy follando a Courtney. ¿Me oyes? Me estoy follando a Courtney. Ja ja ja. –y que éstas sean las últimas palabras, los últimos *sonidos* que oiga hasta que sus propios estertores, acompañados por el crujido de su tráquea, apaguen todo lo demás. Luis me mira fijamente y yo

tenso los músculos de los brazos, preparándome para un combate que, decepcionantemente, no se produce.

En vez de eso, Luis baja la vista hacia mis muñecas y durante un momento titubea, como si estuviera indeciso sobre algo, y luego baja la cabeza y... *me besa* la muñeca izquierda, y cuando vuelve a alzar la vista hacia mí, tímidamente, lo hace con una expresión que es... de amor y sólo parcialmente de confusión. Sube la mano derecha y me toca tiernamente la cara. Yo sigo allí, paralizado, con los brazos todavía estirados delante de mí, con los dedos todavía alrededor del cuello de Luis.

–Dios santo, Patrick –susurra–. ¿Por qué *aquí*?

Ahora su mano juguetea con mi pelo. Aparto la vista hacia un lado del retrete donde alguien ha garabateado *Edwin la chupa muy bien*, y sigo paralizado en esta posición y miro las palabras, confuso, estudiando el recuadro que las envuelve como si éste contuviera una respuesta, una verdad. ¿Edwin? ¿Quién es Edwin? Muevo la cabeza para aclarármela y vuelvo a mirar a Luis, que tiene esa horrible mueca empalagosa de amor pegada a la cara, y trato de apretar con más fuerza, con la cara contraída por el esfuerzo, pero *no puedo*, las manos *no quieren* apretar, y los brazos, todavía extendidos, parecen absurdos e inútiles en una posición fija.

–Ya he visto que me mirabas –dice, jadeando–. Ya me he fijado... –se atraganta– en que estabas cachondo.

Trata de besarme en los labios, pero yo me aparto, apoyándome en la puerta del retrete, que se cierra accidentalmente. Quito las manos del cuello de Luis y éste las coge y se las vuelve a colocar de inmediato donde estaban. Las dejo caer otra vez y me quedo allí, considerando qué debo hacer después, pero sigo inmóvil.

–No seas... tímido –dice.

Respiro profundamente, cierro los ojos, cuento hasta diez, los abro y hago un desesperado intento por volver a subir los brazos para estrangular a Luis, pero los noto extrañamente pesados y levantarlos se vuelve una tarea imposible.

–No sabes cuánto llevo esperándolo... –dice, suspirando, acariciándome los hombros, temblando–. Desde aquella fiesta de Navidades en Arizona 206. Ya sabes cuál, aquella en la que llevabas una corbata Armani de rayas rojas.

Por primera vez me fijo en que tiene bajada la cremallera de los pantalones y, tranquilamente y sin la menor dificultad, salgo de espaldas del retrete y me dirijo a un lavabo para lavarme las manos, pero todavía tengo puestos los guantes y no me los quiero quitar. El cuarto de baño del Yale Club de repente me parece el lugar más frío del Universo y me estremezco involuntariamente. Luis sale detrás de mí, me toca la chaqueta, inclinándose sobre mí en el lavabo.

–Ya te *deseo* –dice, con un murmullo grave de marica, y cuando vuelvo lentamente la cabeza para mirarle, echando espuma por la boca, añade–: *también*.

Salgo como una fiera del servicio de caballeros, entro dando trompicones en Brewster Whipple, creo. Sonríe al maître y, después de estrecharle la mano, me dirijo corriendo al ascensor, cuyas puertas se están cerrando. Pero es demasiado tarde y suelto un grito, dando puñetazos a las puertas y soltando tacos. Al serenarme, me fijo en que el maître habla con un camarero, mientras los dos me miran con aire interrogativo, de modo que me estiro, sonrío tímidamente y los saludo con la mano. Luis entra tranquilamente, sin dejar de sonreír, *ruborizado*, y me limito a quedarme allí ya dejar que se me acerque. No dice nada.

–¿Qué... es... esto? –pregunto finalmente, siseando.

–¿Adónde vas? –susurra él, aturdido.

–Tengo que ir... –Confuso, paseo la vista por el abarrotado comedor, luego vuelvo a mirar la cara temblorosa, anhelante de Luis–. Tengo que ir a devolver unos vídeos –digo, pulsando el botón del ascensor, agotada la paciencia. Después empiezo a alejarme y me dirijo hacia mi mesa.

–Patrick –me llama él. Me vuelvo rápidamente. –*¿Qué?*

Luis dice:

–Te llamaré –con una expresión en la cara que me permite saber, que me *asegura*, que mi «secreto» está a salvo.

–Dios santo –digo, prácticamente dominado por las náuseas, y temblando de modo visible me vuelvo a sentar a nuestra mesa, completamente destrozado, con los guantes todavía puestos, y termino de un trago lo que quedaba de mi aguado J&B con hielo. En cuanto me he sentado, Van Patten pregunta:

–Oye, Bateman, ¿cuál es el modo correcto de llevar un alfiler o una pinza de corbata?

–Una pinza de corbata es indudable que no viene exigida por la ropa formal, pero añade un aspecto limpio, pulcro. Pero el accesorio no debe imponerse a la corbata. Elige un sencillo alfiler de oro o una pinza pequeña y sitúatelo en la parte de abajo de la corbata en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Muerte de un perro

Courtney llama, demasiado pasada de Elavil para reunirse conmigo y cenar de modo coherente en Cranes, el nuevo restaurante de Kitty Oates Sanders en Grammercy Park, donde Jean, mi secretaria, nos reservó mesa la semana pasada, y estoy perplejo. Aunque ha tenido excelentes reseñas (una en la revista *New York*; la otra en *The Nation*), no me quejo ni convengo a Courtney para que cambie de idea, pues tengo dos informes que debo revisar y el programa de Patty Winters de esta mañana grabado, que todavía no he podido ver. Son sesenta minutos sobre mujeres a las que les han hecho mastectomías, lo que a las siete y media, después de desayunar, antes de ir a la oficina, no me veo capaz de soportar, pero después del día de hoy –en la oficina, donde está averiado el aire acondicionado, una comida muy aburrida con Cunningham en Odeon, mis jodidos chinos de la tintorería incapaces de quitar las manchas de sangre de otra chaqueta Soprani, cuatro cintas de vídeo cuya fecha de devolución ha pasado y que terminan por costarme una fortuna, una espera de veinte minutos por el Stairmasters– ya estoy en condiciones; esos acontecimientos me han endurecido y estoy preparado para entendérmelas con ese asunto concreto.

Dos mil ejercicios abdominales y treinta minutos de saltar a la cuerda en el cuarto de estar, con la máquina de discos Wurlitzer atronando con «The Lions Sleeps Tonight» una y otra vez, aunque hoy he hecho ejercicios en el gimnasio durante cerca de dos horas. Después de esto me visto para ir a comprar algo de comer a D'Agostino: pantalones vaqueros de Armani, un polo blanco, una chaqueta sport de Armani, sin corbata, el pelo peinado hacia atrás con espuma Thompson; como llovizna, un par de zapatos de agua de Manolo Blahnik; tres cuchillos y dos pistolas metidas en un *attaché* de cuero negro Epi (3.200 dólares) de Louis Vuitton; como hace frío y no me quiero joder la manicura, un par de guantes de piel de ciervo de Armani. Por fin, una trinchera de cuero negro con cinturón, de Gianfranco Ferré, que me costó cuatro mil dólares. Aunque hasta D' Agostino sólo es un paseo, llevo el walkman, con la versión larga de «Wanted Dead or Alive», de Bon Jovi, puesta. Agarro un paraguas de tela escocesa y mango de madera de Gergdorf Goodman, trescientos dólares en rebajas, de un nuevo paraguera del armario de cerca de la entrada y salgo.

Después de la oficina he hecho ejercicio en Xclusive y, una vez en casa, llamadas telefónicas obscenas a las chicas de Dalton, cuyos números elijo del archivo del que robé una copia en el despacho de administración cuando entré la noche del jueves pasado.

–Soy un asaltante profesional– he susurrado lascivamente por el teléfono inalámbrico–. Organizo violaciones. ¿Qué te parece? –y he hecho una pausa antes de hacer ruido de chupeteos, gruñidos como de cerdo, y luego pregunto–: ¿Qué te parece, so puta?

La mayoría de las veces podría asegurar que estaban asustadas, lo que me ha gustado mucho y me ha permitido mantener una intensa y pulsante erección durante el tiempo que han durado las llamadas telefónicas, hasta que una de las chicas, Hilary Wallace, ha preguntado, impertérrita:

–Papá, ¿eres tú? –y todo el entusiasmo que sentía se ha venido abajo.

Vagamente decepcionado, he hecho unas cuantas llamadas más, pero sólo medio animado, abriendo el correo de hoy mientras las hacía, y al final he colgado en mitad de una frase cuando me he encontrado con una invitación personal de Clifford, el chico que me ayuda en Armani, a una venta privada en la boutique de Madison... *¡dos semanas atrás!*, y aunque me he imaginado que uno de los porteros probablemente no admitiría la tarjeta sólo para fastidiarme, eso no eliminaba el hecho de que *me había perdido la jodida venta*, y lamento esa pérdida mientras camino por Central Park West, entre la Sesenta y seis y la Setenta y cinco, y me duele profundamente que el mundo sea demasiado a menudo un lugar malo y cruel.

Alguien que es casi exactamente igual que Jason Taylor –pelo negro peinado hacia atrás, abrigo cruzado azul marino de cachemira con cuello de castor, botas negras de cuero Morgan Stanley– pasa debajo de una farola y me saluda con la cabeza mientras yo bajo el volumen del walkman para oírle decir:

–Hola, Kevin. –y me llega una vaharada de Grey Frannel y, sin dejar de andar, vuelvo la cabeza hacia la persona que se parece a Taylor, que *podría* ser Taylor, preguntándome si éste todavía seguirá saliendo con Shelby Phillips, cuando casi tropiezo con una mendiga tumbada en la calle, despatarrada a la puerta de un restaurante abandonado, un local que abrió Tony McManus hace un par de veranos, llamado Amnesia. Es una mujer negra y loca, que repite las palabras:

–Dinero por favor señor dinero por favor señor –como si se tratase de una especie de canto budista.

Trato de aleccionada sobre los méritos de conseguir un trabajo –puede que en Complex Odeon, sugiero no sin educación–, dudando en silencio entre si abrir o no el attaché y sacar el cuchillo o la pistola. Pero me fastidia que sea una presa tan fácil y dudo que eso me satisfaga de verdad, de modo que le digo que se vaya al infierno y vuelvo a subir el volumen del walkman justo cuando BonJovi grita: «*Todo es igual, sólo han cambiado los nombres...*» y continúo, deteniéndome en el cajero automático para sacar trescientos dólares sin ningún motivo en particular, todos en billetes nuevos, recién impresos, de veinte dólares, y los guardo con mucho cuidado en mi cartera de piel de gacela para que no se arruguen. En Columbus Circle, un contorsionista que lleva una capa impermeable y sombrero de copa, y que habitualmente está en este mismo sitio por la tarde y que se llama a sí mismo El Hombre de Goma, hace su número delante de un pequeño grupo de personas poco interesadas; aunque huelo a presa, y el tipo parece absolutamente merecedor de mi rabia, continúo en busca de una víctima menos fácil. Aunque si hubiera sido un mimo, existirían todas las posibilidades de que ya estuviera muerto.

Carteles descoloridos de Donald Trump en la cubierta de la revista *Time* tapan los escaparates de otro restaurante abandonado, que se llamaba Palaze, y esto me llena de seguridad. He llegado a D' Agostino y me detengo delante, mirando el interior, y aunque siento un impulso casi insuperable de entrar y recorrer los pasillos entre las estanterías, llenando la cesta con botellas de vinagre balsámico y sal marina, de andar sin rumbo entre las verduras y alimentos frescos, examinando los tonos de color de los pimientos rojos y los pimientos amarillos y los pimientos verdes y los pimientos mo-

rados, decidiendo qué sabor, qué *forma* de galletas de jengibre comprar, tengo ganas de algo más intenso, algo que no sé de antemano lo que es y me dirijo a las calles oscuras y frías de Central Park West y percibo mi cara reflejada en los cristales ahumados de una limusina que está aparcada delante del Café des Artistes, y la boca se me mueve involuntariamente, tengo la lengua más húmeda que de costumbre y los ojos me parpadean incontrolables. A la luz de la farola, mi sombra se destaca claramente en el mojado pavimento y pueda ver mis manos con guantes que se mueven, cerrándose y abriéndose, y tengo que detenerme en mitad de la calle Sesenta y siete para tranquilizarme, pensando en cosas tranquilizadoras: la compra en D' Agostino, una mesa reservada en Dorsia, el nuevo CD de Mike and the Mechanics, y me cuesta mucho esfuerzo vencer las ganas que tengo de ponerme a darme de bofetadas.

Por la calle se me acerca lentamente una lo caza vieja que lleva un jersey de cuello alto de cachemira, un pañuelo de cuello escocés de lana y un sombrero de fieltro, y pasea a un sharpei marrón y blanco que avanza husmeando el suelo. Los dos se aproximan a mí, pasan debajo de una de las farolas de la calle, luego de otra, y ya me he tranquilizado lo bastante como para quitarme el walkman y abrir disimuladamente el attaché. Me quedo parado en mitad de un trozo de acera muy estrecho junto a un BMW 320i blanco y la loca del sharpei ahora está a unos pocos metros de mí y lo miro de arriba abajo: cincuenta y muchos años, rechoncho, con una piel rosa de aspecto obscenamente sano, sin arrugas, y con un absurdo bigote que acentúa *sus* rasgos femeninos. También él me mira de arriba abajo con una sonrisa burlona, mientras el sharpei olfatea un árbol y después un cubo de basura que hay cerca del BMW.

–Bonito perro. –Sonrío y me agacho.

El sharpei me mira con desconfianza, luego gruñe.

–Se llama Richard. –El hombre mira fijamente al perro, luego vuelve a mirarme, como pidiendo disculpas, y noto que se siente halagado, no sólo porque me haya fijado en su perro, sino porque me he detenido a hablar con él, y juro que el jodido hijoputa se ha sonrojado y tiene el culo hecho agua dentro de *sus* horteras pantalones anchos de pana de, supongo, Ralph Lauren.

–Estupendo –le digo, y acaricio suavemente al perro, dejando el attaché en el suelo–. Es un sharpei, ¿verdad?

–No. *Shar-pei* –dice, ceceando, como nunca lo he oído pronunciar antes.

–¿Shar-pei? –trato de decir del mismo modo que él, sin dejar de acariciar la aterciopelada piel del cuello y lomo del perro.

–No. –Se ríe, coqueteando–. *Shar-pei*. Con acento en la última sílaba. –Con acento en la última sílaba.

–Bueno, como sea –digo, estirándome y sonriendo juvenilmente–. Es un bonito animal.

–Muchas gracias –dice él, y añade, ezazperado–: Cuestan una fortuna.

–¿De verdad? ¿Por qué? –pregunto, volviendo a agacharme y acariciando el perro–. Hola, Richard. Hola, amiguete.

–No te lo vas a creer –dice–. Fíjate, las bolsas de alrededor de los ojos tienen que operárselas *cada dos años*, de modo que tenemos que ir hasta Key West, donde hay el único veterinario del que me fío en este mundo, y un cortecito, unos puntos y Richard puede volver a ver perfectamente, ¿verdad, guapo? –Asiente con la cabeza, mientras yo continúo pasando suavemente la mano por el lomo del animal.

–Muy bien –digo–. Tiene un aspecto estupendo.

Hay una pausa durante la que yo miro al perro. Su dueño no deja de mirarme y luego, sin poder evitarlo, tiene que romper el silencio.

–Oye –dice. La verdad es que me molesta preguntártelo.

–Adelante –le animo.

–Dios santo, es tan estúpido –admite, riéndose ahogadamente. Me echo a reír.

–¿Por qué?

–¿Eres modelo? –pregunta, dejando de reír–. Podría jurar que te he visto en una revista o en algún sitio así.

–No, no lo soy –digo, decidiendo no mentir–. Pero me encanta que lo preguntes.

–Bueno, pareces una estrella de cine. –Mueve una fina muñeca, luego añade–: No sé; –y finalmente, cecea lo siguiente (lo juro por Dios) para sí mismo–: Déjalo, idiota, eres una auténtica vergüenza.

Me agacho, como si fuera a coger el *attaché*, pero debido a que estoy en la sombra, no me ve sacar el cuchillo, el más afilado, con la hoja de sierra, mientras le pregunto cuánto le costó Richard y de comprobar si hay más gente en la calle. Con un rápido movimiento, agarro a perro por el cuello y lo sujeto con el brazo izquierdo, empujándolo contra la farola mientras el animal trata de morderme los guantes, abriendo y cerrando sus fauces, pero como le tengo tan bien cogido por el cuello no puede ladrar y *oigo* que mi mano le rompe la tráquea. Aprieto la hoja de sierra contra su estómago y rápidamente siero un trozo de su tripa sin pelo y sale un chorro de sangre parda, mientras suelta patadas y trata de arañarme, luego salen unos intestinos azules y rojos y dejo al perro en la acera. La loca sigue allí parada, sujetando todavía la correa, y todo ha ocurrido tan deprisa, que está paralizada y me mira con horror, diciendo:

–Dios mío, Dios mío. –Mientras el *sharpei* se arrastra en círculo, moviendo el rabo, aullando, y se pone a chupar y olfatear el montón de sus propios intestinos, que se derraman formando un montículo en la acera, algunos de ellos todavía sujetos a su estómago, y cuando empieza a padecer los últimos estertores, aún sujeto a la correa, me doy la vuelta hacia su dueño y le empujo hacia atrás enérgicamente, con los guantes ensangrentados, y empiezo a darle cuchillazos al azar en la cara y la cabeza, abriéndole finalmente la garganta de dos breves tajos; un arco de sangre rojo oscuro baña el BMW 320i blanco aparcado junto al bordillo de la acera, disparando su alarma, mientras cuatro chorros como los de una fuente le salen disparados de debajo de la barbilla. El sonido como de espuma de la sangre. Cae en la acera, agitándose como un loco, mientras la sangre no deja de manar, y yo limpio el cuchillo en su chaqueta y vuelvo a guardarlo en el *attaché* y empiezo a alejarme, pero para asegurarme de que la jodida loca está muerta de verdad y no lo simula (a veces hacen eso) le disparo con la pistola con silenciador un par de veces en la cara y luego me marchó, casi resbalando en el charco de sangre que se ha formado junto a su cabeza, y bajo por la calle y salgo de la oscuridad y como en una película me encuentro delante de D' Agostino y las vendedoras me hacen señas para que entre y utilizo un vale caducado para una caja de cereales y la chica del mostrador –negra, estúpida, lenta– no se da cuenta de que ha caducado aunque es lo único que compro, y tengo un breve pero incendiario estremecimiento de placer cuando salgo de la tienda, abro la caja y me meto el cereal a puñados en la boca, mientras silbo «Híp to Be Square» al mismo tiempo, y luego abro el paraguas y corro Broadway abajo, luego Broadway arriba, luego de nuevo hacia abajo, gritando como un poseso, con el abrigo desabrochado volando detrás de mí como una especie de capa.

Chicas

Esta noche una irritante cena en Raw Space con una Courtney vagamente pasada que no deja de hacerme preguntas sobre menús sanos y George Bush y Tofutti que sólo son propias de la pesadilla de alguna persona. Yo la ignoro por completo, y mientras está a media frase –Page Six, Jackie O– recorro a hacer señas a nuestro camarero para que se acerque y le pido la bisque de maíz frío, pescado y limón, con cacahuets y eneldo, una ensalada César y filete de pez *espada* con mostaza de kiwi, aunque ya lo había pedido hace un momento, como él me dice. Alzo la vista, sin tratar de fingir sorpresa, y sonrío torvamente.

–Sí, ya lo había pedido.

Los platos de la cocina de Florida tienen un aspecto impresionante, pero las raciones son pequeñas y caras, en especial en un local con un plato de lápices en cada mesa. (Courtney dibuja un estampado de Laura Ashley en su parte del mantel de papel y yo dibujo el interior del estómago y pecho de Monica Lustgarden en la mía, y cuando Courtney, encantada con lo que estoy dibujando, pregunta que de qué se trata, le digo: «Bueno..., una sandía».)

La cuenta, que pago con mi tarjeta American Express Platino, asciende a trescientos dólares. Courtney está guapa con su chaqueta de lana de Donna Karan, una blusa de seda y una falda de cachemira.

Subimos a la limusina y la dejo en Nell's, donde tenemos previsto tomar unas copas con Meredith Taylor, Louise Samuelson y Pierce Towers, y le digo a Courtney que necesito comprar drogas y le prometo que volveré antes de las doce de la noche.

–Ah, y saluda a Nell de mi parte –añado despreocupadamente. –Podrías compradas en el piso de abajo si tanta necesidad tienes, por el amor de *Dios* –se lamenta ella.

–Pero es que prometí a alguien que me pasaría por *su* casa. Paranoia. ¿Entiendes? –me lamento yo a mi vez.

–¿Quién tiene paranoia? –pregunta, bizqueando los ojos–. No lo entiendo.

–Querida, las drogas del piso de abajo normalmente son de un grado inferior al del NutraSweet en términos de potencia –le digo–. Ya sabes.

–No *me* compliques la vida, Patrick –me advierte.

–Mira, entra y pídemme una Foster's, ¿de acuerdo? –¿Adónde vas en realidad? –me pregunta después de una pausa, desconfiada.

–Voy a... casa de Noj –digo–. Voy a comprarle coca a Noj. –Pero Noj es el cocinero de Deck Chairs –dice ella, cuando abro la puerta de la limusina–. Noj no es un camello. ¡Es *cocinero!*

–Tranquilízate, Courtney –digo, y suspiro poniéndole las manos en la espalda.

–Pues no me mientas sobre Noj –se lamenta, esforzándose por quedarse en el coche–. Noj es el cocinero de Deck Chairs. ¿No me has oído?

La miro fijamente, en silencio, cegado por las intensas luces que cuelgan encima de los cordones de Nell's.

–Quiero decir Fiddler –admito por fin mansamente–. Voy a comprarle coca a Fiddler.

–Eres imposible –murmura, apeándose de la limusina–. En serio, te pasa algo malo.

–Volveré –le grito, cerrando de un portazo la limusina, luego hablo alegremente para mí mismo mientras vuelvo a encender el puro–. No apuestes nada al respecto.

Le digo al conductor que se dirija al oeste de Nell's, cerca del bistró Florent, para buscar prostitutas, y después de recorrer la zona un par de veces –de hecho, me he pasado *meses* merodeando por esta parte de la ciudad buscando a la chica apropiada–, encuentro a una en la esquina de Washington con la Trece. Es rubia y delgada y joven, y lo más importante, es *blanca*, lo que es una rareza en zonas como ésta. Lleva unos shorts ajustados, una camiseta blanca y una cazadora de cuero barata, y si se exceptúa un moratón en su rodilla izquierda, tiene la piel pálida, incluida la de la cara, aunque lleva la boca muy pintada de rosa. Detrás de ella, con unas letras rojas de metro y medio de alto que hay al lado de un almacén de ladrillo abandonado, está escrita la palabra «CARNE», y el modo en que están espaciadas las letras despierta algo en mi interior y miro hacia la parte de arriba del edificio donde hay un cielo sin luna, que hace unas horas, por la tarde, estaba lleno de nubes, aunque no esta noche.

La limusina pasa por delante de la chica. Aunque el coche tiene los cristales ahumados, al mirarla desde más cerca es todavía más pálida y el pelo rubio ahora parece teñido y los rasgos de su cara indican que es incluso más joven de lo que en principio imaginaba, y como es la única chica blanca que he visto esta noche en esta parte de la ciudad, parece –lo sea o no– especialmente limpia; uno podría tomarla fácilmente por una de esas chicas de la Universidad de Nueva York que vuelve de Mars a casa; una chica que se ha pasado bebiendo Seabreezes toda la tarde mientras se movía en la pista de baile al ritmo de la nueva canción de Madonna; una chica que quizá se haya peleado al final con su novio, un tipo que se llama Angus o Nick o... Pokey; una chica camino de Florent para charlar con unos amigos, posiblemente pedir otro Seabreeze o puede que un cappuccino o un vaso de agua Evian; y a diferencia de la mayoría de las putas de por aquí, casi no se fija en la limusina cuando se le acerca y se detiene. Y la verdad es que sigue quieta como quien no quiere la limusina.

Cuando bajo la ventanilla, la chica sonrío pero mira hacia otro lado. La siguiente conversación tiene lugar en menos de un minuto.

–No te había visto por aquí –digo.

–No debes de haber mirado bien –dice ella, indiferente de verdad.

–¿Te gustaría ir a mi apartamento? –pregunto, encendiendo la luz del interior de la parte trasera de la limusina para que pueda ver mi cara y el esmoquin que llevo. Ella mira la limusina, luego a mí, luego de nuevo a la limusina. Busco mi cartera de piel de gacela.

–No suelo hacerla –dice ella, mirando hacia la oscuridad de entre dos edificios del otro lado de la calle, pero cuando vuelve su mirada hacia mí, se fija en el billete de cien dólares que le estoy tendiendo y, sin preguntarse qué es lo que hago, sin preguntarse qué es lo que de verdad quiero de ella, sin siquiera preguntarse si soy un poli, coge el billete, y luego vuelvo a preguntarle:

–¿Quieres venir a mi apartamento, o no?

–No suelo hacerla –repite, pero después de otra ojeada al coche tan negro y tan largo, y al billete, que ahora se está metiendo en el bolsillo de su cazadora, y al vagabundo, que avanza trabajosamente hacia la limusina, con una taza de plástico en la que tintinean unas monedas que agarra con el extremo de su asqueroso brazo estirado, consigue responder:

–Pero puedo hacer una excepción.

–¿Aceptas American Express? –pregunto, apagando la luz.

Ella todavía mira fijamente la oscuridad, como si buscara una señal de alguien invisible. Al fin, clava su mirada en la mía y cuando repito: ¿Aceptas American Express? –me mira como si estuviera loco, pero yo sonrío anodidamente mientras abro la puerta, y le digo: Estaba bromeando. Ven, sube.

Ella hace un gesto con la cabeza a alguien situado al otro lado de la calle, y yo le indico que se siente en la parte de atrás de la limusina a oscuras, cerrando de un portazo.

En mi apartamento, mientras Christie toma un baño (no sé cómo se llama de verdad, no se lo he preguntado, pero le he dicho que sólo respondiera cuando la llamara Christie), marco el número de Cabana Bi Escort Service y, utilizando mi tarjeta American Express Oro, solicito una mujer, rubia, que atienda a parejas. Doy mi dirección un par de veces y luego vuelvo a insistir en lo de *rubia*. El tipo del otro lado de la línea, un italiano viejo, me asegura que antes de una hora tendré a una rubia en mi puerta.

Después de cambiarme y ponerme unos calzones de boxeador Polo y una camiseta de algodón sin mangas de Bill Blass, entro en el cuarto de baño donde Christie está tumbada en la bañera, tomando vino blanco en una copa de Steuben con un fino pie. Me siento en el borde de mármol y echo aceite de baño con olor a hierbas Monique van Frere dentro, mientras examino el cuerpo que está tumbado en el agua lechosa. Durante largo rato la mente se me dispara, quedando llena de porquerías –tengo su cabeza al alcance de la mano, puedo destrozársela, y al mismo tiempo mis deseos de destrozarla, insultarla y castigarla aumentan y luego disminuyen–, y después soy capaz de indicarle:

–Estás bebiendo un chardonnay muy bueno.

Después de una larga pausa, acaricio su pequeño pecho infantil y digo:

–Quiero que te laves la vagina.

Me mira fijamente con esos ojos de chica de dieciséis años y luego baja la vista para contemplarse el cuerpo que flota en la bañera. Se encoge de hombros, deja la copa en el borde y se lleva la mano al escaso pelo, también rubio, de debajo de su estómago terso como la porcelana, y separa las piernas.

–No –digo yo tranquilamente–. Por detrás. Ponte de rodillas. Vuelve a encogerse de hombros.

–Me gusta mirar –explico–. Tienes un cuerpo muy bonito –digo, animándola.

Ella se pone a cuatro patas, con el culo por encima del agua, y yo me traslado al otro lado de la bañera para tener una vista mejor de su coño, que lava con unos dedos jabonosos. Desplazo la mano por encima de su cintura en movimiento hasta el ojo de su culo, que abro, meto un dedo. Saco el dedo, lo deslizo dentro de su coño, que cuelga debajo del culo y los dedos de ambos se mueven en su interior, salen, se vuelven a meter. Está mojada por dentro y uso esta humedad para llevar mi dedo índice a su culo, en cuyo interior lo deslizo con facilidad, hasta el nudillo. La chica suelta un par de boqueadas y hace fuerza para que entre más, mientras todavía se manosea el coño con sus dedos. Estamos así un rato, hasta que llama el portero, anunciando que ha llegado Sabrina. Le digo a Christie que salga de la bañera y se seque, elija una bata –pero no la Bijan– del armario y se reúna conmigo y nuestra invitada en el cuarto de estar para tomar una copa. Me dirijo a la cocina, donde sirvo un vaso de vino para Sabrina.

Sabrina, sin embargo, *no* es rubia. La tengo un rato en la puerta mientras mi sorpresa inicial desaparece y por fin la dejo entrar. Tiene el pelo castaño claro, no rubio *de verdad*, y aunque eso me enfurece, no digo nada porque también es muy guapa; no tan joven como Christie, pero tampoco demasiado estropeada. En resumen, tiene aspecto de merecer lo que me pida por una hora. Me tranquilizo lo suficiente como para perder el enfado por completo cuando se quita el abrigo y revela que es una tía buena de verdad, vestida con unos pantalones negros muy ajustados y un top con un estampado de flores y zapatos de tacón de aguja negros. Aliviado, la llevo al cuarto de estar y le señalo el sofá blanco y, sin preguntarle si quiere algo de beber, le traigo la copa de vino blanco y un posavasos del Mauna Hotel de Hawa para que la coloque encima. La versión de Broadway de *Les Misérables* en CD suena en el estéreo. Cuando Christie sale del cuarto de baño para unírseme, con un albornoz de Ralph Lauren puesto, lleva su pelo rubio peinado hacia atrás y ahora parece incluso más pálida debido al baño. Hago que se siente en el sofá aliado de Sabrina –se saludan con la cabeza– y luego tomo asiento en la butaca noruega de cromo y madera de teca de enfrente. Decido que probablemente sea mejor que nos conozcamos un poco entre nosotros antes de trasladarnos al

dormitorio, de modo que rompo un largo aunque no desagradable silencio, aclarándome la voz y haciendo unas cuantas preguntas.

–De modo –empiezo–, que no queréis saber a qué me dedico. Me miran las dos durante largo rato, con unas sonrisas desganadas en la cara, luego se miran una a la otra, antes de que Christie, in segura, encogiéndose de hombros, responda quedamente:

–No.

Sabrina sonrío, toma eso como pie de entrada y se muestra de acuerdo:

–La verdad es que no.

Las miro a las dos durante un minuto antes de volver a cruzar las piernas y suspirar, muy irritado.

–Bueno, pues trabajo en Wall Street. En Pierce & Pierce. Una larga pausa.

–¿No habéis oído hablar de ella? –pregunto.

Otra larga pausa. Por fin Sabrina rompe el silencio.

–¿Tiene relación con Mays..., o Macy's?

Hago una pausa antes de preguntar:

–¿Mays?

Ella piensa en ello un momento, luego dice:

–Sí. ¿No es un mayorista de zapatos? ¿P & P no es una zapatería?

La miro fijamente, con dureza. Christie se pone de pie, sorprendiéndome, y se dirige a admirar el estéreo.

–Tienes una casa muy bonita..., Paul. –y luego, mirando los discos compactos, los cientos y cientos que hay, en una gran estantería de roble blanco, todos por orden alfabético, añade–: ¿Cuánto te ha costado?

Me levanto para servirme otra copa de Acacia.

–La verdad es que no es asunto tuyo, Christie, pero te puedo asegurar que *no fue* en absoluto barata.

Desde la cocina me fijo en que Sabrina ha sacado un paquete de tabaco de su bolso y me dirijo rápidamente al cuarto de estar, negando con la cabeza antes de que pueda encender un pitillo.

–No, no se fuma –le digo–. Aquí no.

Ella sonrío, hace una breve pausa y, asintiendo con la cabeza, vuelve a meter el pitillo en el paquete. Traigo una bandeja de bombones y le ofrezco uno a Christie.

–¿Una trufa Yarda?

Ella mira la bandeja sin expresión y luego dice educadamente que no con la cabeza. Me dirijo hacia Sabrina, que sonrío y coge uno, y entonces, interesado, me doy cuenta de que su copa sigue llena.

–No pretendo que te emborraches –le digo–. Pero estás dejando de beber un chardonnay bueno de verdad.

Dejo la bandeja de bombones en la parte de arriba de cristal de la mesita Palazzetti y me siento en el brazo del sofá, indicándole a Christie que se siente, lo que hace. Nos quedamos sentados en silencio, escuchando el CD de *Les Misérables*. Sabriha mastica pensativamente el bombón y coge otro.

Tengo que volver a romper el silencio.

–¿Nunca habéis estado fuera? –Enseguida me doy cuenta de que la frase puede ser mal interpretada–. Quiero decir en Europa.

Las dos se miran entre ellas como si se transmitieran alguna señal secreta, antes de que Sabrina niegue con la cabeza y luego Christie la imite, haciendo el mismo movimiento.

La siguiente pregunta que hago, después de otro largo silencio es:

–¿Ha ido alguna de vosotras a la universidad, y si es así, a cuál?

La respuesta a esta pregunta consiste en una mirada de enfado contenida con dificultad, de modo que decido aprovechar esta oportunidad para precederlas al dormitorio, donde hago que Sabrina baile un poco antes de quitarse la ropa delante de Christie y de mí mientras están encendidas todas las luces halógenas de la habitación. Le pongo unas mínimas bragas de encaje de Christian Dior y luego me quito toda la ropa –excepto unas zapatillas deportivas Nike– y Christie también se quita el albornoz Ralph Lauren y queda completamente desnuda si se exceptúa un pañuelo de cuello de seda y látex de Angela Cummins, que le ato cuidadosamente alrededor del cuello, y unos guantes de gamuza de Gloria José para Bergdorf Goodman que compré en rebajas.

Ahora los tres estamos encima del futón. Christie está a cuatro patas de cara al cabecera, con el culo levantado, y yo estoy subido encima de ella como si montara a un perro o algo así, pero desde detrás, con las rodillas apoyadas en la colcha, la polla medio dura, y de cara a Sabrina, que está mirando el ojo del culo de Christie con expresión decidida. Su sonrisa parece torturada y se está humedeciendo los labios pasándose el índice por ellos como si se estuviera aplicando brillo. Con las dos manos mantengo muy abiertos el ojo del culo y el coño de Christie y animo a Sabrina para que se acerque más y los huela. La cara de Sabrina ahora está a la altura del ojo del culo y el coño de Christie, que yo toco con los dedos con suavidad. Indico a Sabrina que acerque la cara todavía más hasta que me huele los dedos que le meto en la boca y que ella chupa con ganas. Con la otra mano sigo dando masaje al prieto y húmedo coño de Christie, que cuelga pesadamente, muy mojado, debajo de su dilatado ojo del culo.

–Huélelo –le digo a Sabrina, y ella se acerca más hasta que se encuentra a cinco centímetros, a dos centímetros, del ojo del culo de Christie.

La polla ahora se me ha puesto dura y me la meneo para mantenerla así.

–Chúpale el coño primero –le digo a Sabrina, y ella se lo abre con los dedos y se pone a lamerlo como un perro mientras le masajea el clítoris y luego se cambia alojamiento del culo de Christie, que lame del mismo modo. Los gemidos de Christie son apremiantes e incontrolados y se pone a empujar el culo con más energía hacia la cara de Sabrina, cuya lengua entra y sale lentamente del ojo del culo de Christie. Mientras hace esto, yo miro, transpuesto, y me pongo a frotar rápidamente el clítoris de Christie hasta que da saltos delante de la cara de Sabrina y grita:

–Me vaya correr ya. –y mientras se estruja sus propios pezones tiene un orgasmo largo, sostenido. Y aunque puede estar simulándolo, me gusta el modo en que lo hace, por lo que no' le pego ni nada.

Cansado de mantener el equilibrio, me dejo caer desde mi posición encima de Christie y quedo tumbado de cara de Sabrina encima de mi polla dura, enorme, que le meto en la boca con la mano, meneándomela mientras me la chupa. Atraigo a Christie hacia mí y, mientras le quito los guantes, me pongo a besarla con fuerza en la boca, metiéndole la lengua, empujándola contra la suya. Ella se pasa los dedos por el coño, que está tan mojado que parece como si le hubieran echado algo brillante en la parte de arriba de los muslos. Empujo a Christie para que pase más allá de mi cintura y ayude a Sabrina a chuparme la polla, y después de que las dos se hayan turnado para lamermela, Christie cambia a mis huevos, que están hinchados como dos grandes ciruelas y me duelen, y los lame antes de metérselos en la boca, dándoles masajes y chupándolos alternativamente, mientras los separa con la lengua. Luego vuelve a dedicarse a la polla, que todavía está chupando Sabrina, y se ponen a besarse, con fuerza, en la boca, justo encima de la punta de mi polla, que llenan de saliva y menean. Christie lleva todo el tiempo masturbándose, con tres dedos metidos en la vagina, y se trabaja el clítoris, jadeando. Esto me excita lo bastante para que la agarre por la cintura y la haga

girar y coloque su coño encima de mi cara, sobre la que se sienta alegremente. Limpio y rosa y mojado y dilatado e hinchado, tengo su coño encima de la cabeza y hundo mi cara en él, dándole lengüetazos, disfrutando de su sabor, mientras le meto un dedo en el ojo del culo. Sabrina todavía me trabaja la polla, meneando su base, con el resto llenándole la boca, y ahora se me sube encima, con una rodilla a cada lado de mi pecho, y le desgarró la mínima braga de modo que su culo y su coño quedan delante de la cara de Christie, a cuya cabeza fuerzo para que baje, ordenándole:

–Chúpalos, come ese coño –cosa que ella hace. Es una posición incómoda para los tres, de modo que esto sólo dura unos dos o tres minutos, pero durante este breve período Sabrina se corre en la cara de Christie, mientras que ésta, frotándose el coño contra la boca, se corre encima de la mía y yo tengo que sujetarle los muslos con firmeza para que no me rompa la nariz con sus saltos. Todavía no me he corrido y Sabrina no le está haciendo nada especial a mi polla, así que se la saco de la boca y hago que se siente encima de ella. Mi polla se desliza dentro casi con demasiada facilidad –tiene el coño demasiado lubricado, empapado en sus propios líquidos y la saliva de Christie, y no hay fricción– de modo que quito el pañuelo que Christie lleva alrededor del cuello y saco la polla de dentro del coño de Sabrina y, abriéndoselo lo más posible, seco mi polla y su coño con el pañuelo y luego trato de volver a follármela mientras continúo comiéndole el coño a Christie, a la que llevo a otro clímax en cuestión de minutos. Las dos chicas están cara a cara –Sabrina con mi polla dentro, Christie sentada en mi cabeza– y Sabrina se inclina para chupar y toquetear las pequeñas y firmes tetas de Christie. Luego Christie se pone a besar a Sabrina en la boca y le mete la lengua mientras yo sigo comiéndole el coño, con la boca y la barbilla cubiertas de sus líquidos, que aunque momentáneamente se secan, pronto son remplazados por otros.

Empujo a Sabrina, saco la polla y la tumbo de espaldas, con la cabeza a los pies de la cama. Luego pongo a Christie encima de ella, colocándolas en la posición del sesenta y nueve, con el culo de Christie levantado, y con una cantidad sorprendentemente pequeña de vaselina, después de ponerme un condón, trabajo con los dedos su tenso ojo del culo hasta que se relaja y lo abre lo suficiente para que le pueda meter la polla dentro mientras Sabrina le come el coño a Christie, chupándole el dilatado clítoris y a veces agarrándome los huevos y apretándolos suavemente, y dándole toques alojado de mi culo con un dedo resbaladizo. Y luego Christie está agachada sobre el coño de Sabrina y le separa las piernas lo más que puede y se pone a hundirle la lengua en el coño, pero no durante mucho tiempo porque la interrumpe otro orgasmo y entonces alza la cabeza y me mira, con la cara brillante de líquidos vaginales, y grita:

–Fóllame que me corro oh Dios cómeme que me corro –y eso me empuja a ponerme a darle por el culo con, más fuerza mientras Sabrina sigue comiendo el coño que tiene delante de la cara y que está cubierto de los líquidos vaginales de Christie. Saco la polla del culo de Christie y obligo a que Sabrina me la chupe antes de meterla en el coño de Christie y al cabo de un par de minutos empiezo a correrme y al mismo tiempo Sabrina deja de trabajarme los huevos con la boca y, justo antes de correrme del todo dentro del coño de Christie, me abre las nalgas y me mete la lengua en el ojo del culo, que tiene espasmos, y debido a esto mi orgasmo se prolonga y luego Sabrina retira la lengua y gime diciendo que también se va a correr pues después de correrse Christie vuelve a comerle el coño y yo miro, desde encima de Christie, jadeando, mientras Sabrina sube y baja repetidamente las caderas delante de la cara de Christie y entonces tengo que tumbarme, agotado pero todavía con la polla dura, que brilla y me duele debido a la fuerza de mi eyaculación, y cierro los ojos, con las rodillas débiles y temblándome.

No me despierto hasta que una de ellas me toca accidentalmente la muñeca. Abro los ojos y les advierto que no me toquen el Rolex que he llevado puesto durante todo este tiempo. Las dos están tumbadas tranquilamente, una a cada lado de mí, y a veces me tocan el pecho y de vez en cuando pasan sus manos por los músculos del abdomen. Media hora después la vuelvo a tener dura. Me levanto y me dirijo al vestidor, donde, junto a una clavadora automática, hay una afilada percha, un cuchillo de carnicero oxidado, cerillas del Gotham Bar and Grill y un puro a medio fumar, y

dándome la vuelta, desnudo, con la erección apuntando delante de mí, saco esos objetos y explico con un susurro ronco:

–No hemos terminado todavía...

Una hora después las acompaño impaciente a la puerta. Las dos van vestidas y sollozan. También sangran, pero les he pagado bien. Mañana Sabrina cojeará. Christie probablemente tendrá un ojo terriblemente amoratado y profundos arañazos en las nalgas causados por la percha. Kleenex manchados de sangre se amontonan a uno de los lados de la cama junto a un paquete vacío de sal italiana que compré en Dean & DeLuca.

De compras

Los colegas a los que tengo que comprar regalos incluyen a Victor Powell, Paul Owen, David van Patten, Craig McDermott, Luis Carruthers, Preston Nichols, Connolly O'Brien, Reed Robison, Scott Montgomery, Ted Madison, Jeff Duvall, Boris Cunningham, Jamie Conway, Hugh Tumball, Frederick Dibble, Todd Hamlin, Muldwyn Butner, Ricky Hendricks y George Carpenter, y aunque podría haber pedido a Jean que hiciera estas compras, hoy le he mandado que firmara, pusiera sello y echara al correo trescientas tarjetas de Navidad con un grabado de Mark Kostabi y luego le he pedido que averiguara todo lo que pudiera de la cuenta Fisher de la que se encarga Paul Owen. En este preciso momento voy Madison Avenue abajo, después de pasarme casi una hora aturrido cerca del final de la escalera de la tienda Ralph Lauren, en la Setenta y dos, mirando los jerseys de cachemira, confuso, hambriento, y cuando por fin he cogido mis pertenencias después de no conseguir que me diera su dirección la tía buena rubia que trabajaba detrás del mostrador, he salido de la tienda gritando:

–¡ Que os den mucho por el culo!

Ahora miro ceñudo a un vagabundo acurrucado a la entrada de una tienda que se llama Ear Karma, que agarra un letrero que dice: «TENGO HAMBRE Y ESTOY SIN CASA... POR FAVOR A YÚDENME. DIOS SE LO PAGUE», y luego me encuentro andando Quinta Avenida abajo en dirección a Sacks, tratando de recordar si he cambiado las cintas de mi vídeo, y de repente me preocupa mucho que pueda estar grabando *Treinta y tantos* encima de *El caliente coño de Pamela*. Un Xanax no me elimina el miedo. Sacks lo intensifica.

–Plumas y álbumes de fotos, sujetalibros y maletines ligeros, limpi Zapatos eléctricos y toalleros secatoallas y termos de plata y televisores en color portátiles con auriculares del tamaño de la palma de una mano, jaulas y candelabros, felpudos, cestas de merienda y cubos para el hielo, servilletas de lino de tamaño grande bordeadas de encaje y paraguas y palos de golf con el monograma de plata de ley y filtros para el humo y lámparas de despacho y frascos de perfume, joyeros y jerseys, y cestas para guardar revistas y cajas de almacenaje, bolsas para llevar a la oficina, material de oficina, pañuelos, archivadores, agendas, agendas de bolsillo...

Mis prioridades para las Navidades incluyen lo siguiente: 1) reservar mesa en Dorsia para las ocho del viernes para Courtney y yo, 2) conseguir que me inviten a la fiesta de Navidad de los Trump a bordo de su yate, 3) averiguar todo lo humanamente posible sobre la misteriosa cuenta Fisher de Paul Owen, 4) serrarle la cabeza a una tía buena y mandársela por Federal Express a Robin Barker –el muy hijoputa– a Salomon Brothers y 5) disculparme con Evelyn sin que parezca que me disculpo. El programa de Patty Winters de hoy era sobre las mujeres que se casan con

homosexuales y he estado a punto de llamar a Courtney para advertirle –como broma–, pero luego he decidido no hacerlo, obteniendo cierta satisfacción al imaginar a Luis Carruthers declarándosele, Courtney aceptando tímidamente y su luna de miel de pesadilla. Miro ceñudo a otro mendigo que tiembla en la llovizna y niebla del cruce de la Cincuenta y siete con la Quinta, me acerco a él y le aprieto la mejilla afectuosamente, luego me río muy alto y digo:

–¡Cómo pestañeaban sus ojos! ¡Qué encantadores sus hoyuelos!

El coro del Ejército de Salvación canta desafinadamente «Alegría del mundo». Saludo con la mano a alguien que es exactamente igual que Duncan McDonald, luego me sumerjo en Bergdorf's.

... corbatas de cuadros escoceses y jarras de cristal para agua, juegos de copas y relojes de oficina que miden la temperatura y la humedad y la presión barométrica, agendas eléctricas y copas para margaritas, galanes de noche y juegos de platos de postre y espejos y mandiles y jerseys y bolsas de deportes y botellas de champán y tarros de porcelana y toallas de baño con monogramas y minicalculadoras para el cambio de moneda extranjera y agendas plateadas y pisapapeles con peces y cajas de papelería y sacacorchos y discos compactos y pelotas de tenis personalizadas y pedómetros y cafeteras...

Miro mi Rolex, mientras compro loción limpiadora en el mostrador de Clinique, todavía en Bergdorf's, para asegurarme de que tengo tiempo de hacer algunas compras más antes de reunirme con Tim Severt para tomar unas copas en el Princeton Club a las siete. He hecho dos horas de ejercicio esta mañana antes de ir a la oficina, y aunque podría haber aprovechado este tiempo para que me dieran un masaje (pues tengo los músculos doloridos del agotador régimen de entrenamiento que estoy siguiendo), o un tratamiento facial, aunque me hicieron uno ayer, hay demasiados cócteles durante las semanas próximas a los que *tengo* que asistir y mi presencia en ellos me obliga a seguir comprando cosas. Me tropiezo con Bradley Simpson de P & P junto a F.A.O. Schwartz, y lleva un traje de lana a cuadros con las solapas muy marcadas de Perry Ellis, una camisa de algodón de Gitman Brothers, una corbata de seda de Savoy, un cronógrafo con correa de piel de cocodrilo de Breil, un impermeable de algodón de Paul Smith y un sombrero de fieltro y piel de Paul Stuart. Después de oírle decir:

–Hola, Davis –inexplicablemente me pongo a enumerar por orden alfabético los nombres de los otros ocho renos del trineo de Santa Claus, y cuando he terminado, él sonrío y dice–: Oye; hay una fiesta de Navidad en Nekenieh el día veinte, ¿nos veremos allí?

Sonrío y le aseguro que el veinte estaré en Nekenieh y me alejo, y me vuelvo para gritarle:

–Oye, gilipollas, ya me gustaría verte *morir*, hijoputa.

Y me pongo a chillar como un poseso, atravieso la Cincuenta y ocho y golpeo mi attaché de Bottega Veneta contra una pared. Otro coro, en Lexington, canta «Mira a los ángeles de la Anunciación» y bailo claqué, cantando, delante de ellos antes de correr como un zombie hacia Bloomingdale's, donde me dirijo a toda velocidad al primer colgador de corbatas que veo y le murmuro al joven maricón de detrás del mostrador:

–Fabulosas –mientras acaricio una corbata de seda. Él coquetea y pregunta si soy modelo–. Nos veremos en el Infierno –le digo, y me alejo.

... jarrones y sombreros flexibles con plumas en la cinta y cuestan doscientos dólares y candelabros y fundas para almohada y guantes y zapatillas y borlas para polvos y jerseys tejidos a mano para la nieve y botas de cuero y gafas de esquí diseño Porsche y antiguos botes de farmacia y pendientes con diamantes y corbatas de seda y frascos de perfume y estuches para naipes y cámaras de fotos y bandejas de caoba y pañuelos de cuello y lociones para después del afeitado y álbumes de fotos y saleros y pimenteros y tostadores y calzadores de doscientos dólares y mochilas y cubetas de aluminio y fundas para almohada...

Una especie de vacío existencial se abre ante mí mientras me paseo por Bloomingdale's y me obliga a localizar un teléfono y comprobar qué mensajes tengo. A punto de llorar, después de tomarme tres Halcion (pues mi cuerpo ha mutado y se ha adaptado al producto y ya no me induce el sueño, se limita a evitar que enloquezca), me dirijo hacia el mostrador de Clinique donde con mi American Express Platino compro seis tubos de crema de afeitar mientras coqueteo nerviosamente con las chicas que trabajan allí y decido que este vacío tiene, al menos en parte, cierta relación con el modo en que traté a Evelyn en Barcadia la otra noche, aunque siempre existe la posibilidad de que simplemente tenga algo que ver con el aparato del tracking de mi vídeo, y mientras tomo nota mental de que debo causar sensación cuando aparezca en la fiesta de Navidad de Evelyn –incluso he estado tentado de pedirle a una de las chicas de Clinique que me acompañara– también recuerdo que tengo que mirar el manual de instrucciones del vídeo y tratar de resolver ese problema con el tracking. Parezco una niña de diez años que está al lado de su madre, que compra un pañuelo de cuello, algunas joyas, y pienso: no está tan mal. Llevo un abrigo de cachemira, una chaqueta sport lisa cruzada de lana y alpaca, unos pantalones de lana, una corbata de seda estampada, todo de Valentino Couture, y zapatos de cordones de Allen–Edmonds.

Una fiesta de Navidad

Estoy tomando unas copas con Charles Murphy en Rusty's para animarme antes de hacer mi aparición en la fiesta de Navidad de Evelyn. Llevo un traje cruzado de lana y seda con cuatro botones, una camisa de algodón de Valentino Couture, una corbata de seda estampada de Armani y unos zapatos de Allen–Edmonds. Murphy lleva un traje de gabardina y lana cruzado con seis botones de Courrèges, una camisa a rayas de algodón y una corbata de crepé de seda, ambas cosas de Hugo Boss. Habla sin parar de los japoneses:

–Han comprado el Empire State Building y Nell's. *Nell's*, ¿te lo puedes creer, Bateman? – exclama, con su segundo Absolut con hielo en la mano.

Eso activa algo en mi interior, dispara algo, y después de salir de Rusty's, mientras recorro el Upper West Side, me encuentro metido en la entrada de lo que fue Carly Simon's, un restaurante muy de moda que cerró el otoño pasado, y me echo encima de un repartidor japonés que pasa, le tiro de su bicicleta y le arrastro a la entrada. Las piernas del chico quedan enredadas en la Schwinn que montaba, lo que me supone una ventaja, pues cuando lo degüello –con facilidad, sin esfuerzo– el pataleo espasmódico que habitualmente acompaña a la agonía queda disimulado por la bicicleta, a la que todavía se las arregla para levantar cinco, seis veces, mientras se ahoga en su propia sangre. Abro las cajas de comida japonesa y derramo su contenido encima de él, pero para mi sorpresa en lugar de sushi y terikay y rollos y soba, cae pollo con anacardo encima de su ensangrentada cara; chow mein de vaca y arroz frito con camarones y mushu se derraman sobre su jadeante pecho, y este molesto error –he matado accidentalmente a un asiático equivocado– me empuja a verificar a quién iba a llevar el pedido –Sally Rubinstein– y con mi pluma Montblanc escribo: *También iré a por ti...*, puta, en el dorso de la nota, luego la coloco sobre la cara del chico muerto y me encojo de hombros, disculpándome, y murmuro:

–Lo siento. –y recuerdo que el programa de Patty Winters de esta mañana era sobre las adolescentes que comercian con su sexo para conseguir crack. Hoy he pasado dos horas en el gimnasio y ahora puedo realizar doscientos estiramientos abdominales en menos de tres minutos.

Cerca de casa de Evelyn le doy a un vagabundo congelado una de las galletas de la fortuna que le he quitado al repartidor y se la traga, con papel y todo, dándome las gracias.

–Jodido mamón –murmuro en voz lo suficientemente alta para que me oiga.

Cuando doblo la esquina y me dirijo a casa de Evelyn, me fijo en que *todavía* hay policías en torno a la casa donde decapitaron a su vecina Victoria Bell. Hay cuatro limusinas aparcadas delante, una todavía con el motor en marcha.

Llego con retraso. El cuarto de estar y el comedor ya están abarrotados de gente con la que de verdad no quiero hablar. Hay abetos muy altos y azules llenos de luces que parpadean a ambos lados de la chimenea. Viejos villancicos de los años sesenta cantados por las Ronettes suenan en el estéreo. Un camarero con esmoquin sirve champán y ponche, prepara manhattans y martinis, abre botellas de Calera Jensen pinotnoir y de chardonnay Chappellet. Oportos de veinte años se alinean en una barra improvisada entre jarrones de flores de Pascua. Una larga mesa plegable está cubierta con un mantel rojo y está llena de fuentes y boles de avellanas tostadas y langosta y bisques de ostras y sopa de raíces de apio con manzana y caviar Beluga y cebollas a la crema y oca asada rellena de puré de castañas y caviar con hojaldre y pasteles de verduras, pollo asado y roast beetcon chalotas y gnocchi gratinados y strudel de vegetales y ensalada Waldorf y vieiras y bruschetta con mascarpone y trufas blancas y soufflé de chiles verdes y perdiz estofada con salvia, patatas y cebollas y salsa de arándanos, pastel de carne y trufas de chocolate y soufflés de limón y tarta Tatin de pecana. Hay velas por todas partes, todas en candelabros de plata de ley de Tiffany. Y aunque no estoy seguro de no estar alucinando, se pueden ver enanos vestidos de verde y rojo con gorros puntiagudos moviéndose entre la gente con bandejas de copas y vasos. Hago como que no me fijo y me dirijo directamente a la barra donde tomo una copa de un champán no demasiado malo antes de acercarme a Donald Petersen, al que, como a la mayoría de los restantes hombres, le han puesto una cornamenta de reno en la cabeza. En el otro extremo de la sala, la hija de cinco años de María y Darwin Hutton, Cassandra, lleva un vestido de terciopelo de setecientos dólares de Nancy Halser. Después de terminar una segunda copa de champán me dedico a los martinis –dobles y de Absolut–, y después de haberme tranquilizado lo suficiente vuelvo a lanzar una mirada al cuarto, *pero los enanos siguen allí*.

–Demasiado rojo –murmuro para mí mismo, ensimismado–. Me pone nervioso.

–Hola, McCoy –dice Petersen–. ¿Qué cuentas?

Lo ignoro y pregunto automáticamente:

–¿Es la grabación de la versión inglesa de *Les Misérables* o no? –Oye, que tengas unas felices Navidades. –Me señala con el dedo, borracho.

–¿Entonces qué música es la que suena? –pregunto, totalmente aburrido.

–Bill Septor –dice, encogiéndose de hombros–. Creo que Septor o Skeptor.

–¿Por qué no ponen algo de Talking Heads, por el amor de Dios? –me quejo amargamente.

Courtney está en el otro extremo de la habitación con una copa de champán en la mano y me ignora por completo.

–O *Les Misérables* –sugiere él.

–¿La grabación del reparto norteamericano o del inglés? –Los ojos se me estrechan. Le estoy probando.

–Bueno, el inglés –dice él, mientras un enano nos da un plato de ensalada Waldorf a cada uno.

–Sin duda –murmuro, observando al enano mientras se aleja contoneándose.

De repente Evelyn se dirige rápidamente hacia nosotros con una chaqueta de marta y unos pantalones de terciopelo de Ralph Lauren, y en una mano lleva una rama de muérdago que me pone en la cabeza y en la otra mano un bastón de caramelo.

–¡Al fin llegas, querido! – me dice, besándome secamente en la mejilla–. Feliz Navidad, Patrick. Feliz Navidad, Jimmy.

–Feliz... Navidad –digo yo, incapaz de quitármela de delante, pues tengo un martini en una mano y una ensalada Waldorf en la otra.

–Llegas tarde, querido –dice ella.

–No, no llego tarde –digo yo, protestando.

–Sí, te has retrasado –dice ella monótonamente.

–Llevo aquí todo el tiempo –digo, mirando hacia otra parte–. Lo que pasa es que no me has visto.

–Deja de poner mala cara. Eres un gruñón. –Se vuelve hacia Petersen–. ¿Sabías que Patrick es el gruñón?

–No digas tonterías –suspiro yo, mirando a Courtney.

–Demonios, todos sabemos que McCloy es el gruñón –farfulla Petersen, muy borracho–. ¿Cómo le va mister Gruñón?

–¿Y qué quiere mister Gruñón por Navidades? –pregunta Evelyn con voz de niña pequeña–. ¿Ha sido bueno este año mister Gruñón?

Suspiro.

–El Gruñón quiere una gabardina Burberry, un jersey de cachemira Ralph Lauren, un Rolex nuevo, un estéreo para el coche...

Evelyn deja de chupar el bastón de caramelo para interrumpirme:

–Pero tú *no tienes coche*, querido.

–De todos modos quiero uno. –Vuelvo a suspirar–. De todos modos el Gruñón quiere un estéreo para el coche.

–¿Cómo está la ensalada Waldorf? –pregunta Evelyn, preocupada–. ¿Crees que tiene el sabor adecuado?

–Está deliciosa –murmuro, girando el cuello, y distingo a una persona, súbitamente impresionado–. Oye, no me habías dicho que Laurence Tisch estaba invitado a esta fiesta.

Evelyn se da la vuelta.

–¿De qué me hablas?

–¿Por qué Laurence Tisch está ofreciendo una bandeja de canapés? –pregunto.

–Dios mío, Patrick, ése *no* es Laurence Tisch –dice ella–. Es uno de los elfos de Navidad.

–¿Uno de los *qué*? Querrás decir enanos.

–Son *ellos* –subraya ella–. Los ayudantes de Santa Claus. Dios santo, valiente gruñón. Míralos. Son adorables. Ése de ahí es Rudolph, el que ofrece bastones de caramelo es Blitzen. El otro es Donner...

–Espera un momento, Evelyn, espera –digo, cerrando los ojos y levantando la mano en la que tengo la ensalada Waldorf. Estoy sudando, déja vu, ¿pero dónde? ¿He visto antes a estos enanos? Olvídalo–. Ésos son los nombres de los renos de Santa Claus. No de los elfos. Blitzer era un *reno*.

–El único judío –nos recuerda Petersen.

–Oh... –Evelyn parece muy sorprendida por esta información, y alza la vista hacia Petersen para confirmarla–. ¿Es eso cierto? Él se encoge de hombros, piensa en ello y parece confuso. –Oye, guapa..., renos, elfos, Gruñón, agentes de bolsa... ¿qué diferencia hay mientras fluya el Cristal? –Se ríe ahogadamente, dándome un codazo–. ¿No tengo razón, mister Gruñón?

. –¿No te parece que es muy propio de Navidad? –pregunta Evelyn, esperanzada.

–Claro que sí, Evelyn –le digo–. Es muy propio de Navidad y hablo en serio, no miento.

–Pero mister Gruñón ha llegado tarde –se enfurruña ella, agitando la jodida rama de muérdago en mi dirección acusadoramente–. Y ni una palabra sobre la ensalada Waldorf.

–Ya sabes, Evelyn, hay un montón de otras fiestas de Navidad en esta metrópolis a las que debía asistir esta noche, y sin embargo he elegido la tuya. ¿Por qué?, podrías preguntarme. ¿Por qué?, me he preguntado yo mismo. No he encontrado respuesta, pero aquí estoy, de modo, querida, que agradécelo.

–¿Entonces eres mi regalo de Navidad? –pregunta, sarcástica–. Qué amable, Patrick, qué atento.

–No, es esto. –y le doy un tallarín que acabo de descubrir que tengo pegado al puño de la camisa–. Toma.

–Oh, Patrick, voy a llorar –dice, columpiando el tallarín junto al candelabro–. Es magnífico. ¿Me lo puedo poner ahora?

–No. Que se lo coma uno de los elfos. Ése de allí que parece tan hambriento. Perdona, pero necesito otra copa.

Le doy a Evelyn el plato de ensalada Waldorf y pellizco la cornamenta de Petersen y me dirijo a la barra tarareando «Noche de paz», vagamente deprimido por lo que llevan puesto la mayoría de las mujeres –jerseys de cachemira, blazers, faldas largas de lana, vestidos de pana, jerseys de cuello alto–. Tiempo frío. Nada de tías buenas.

Paul Owen está de pie junto a la barra con una copa de champán en la mano, examinando atentamente su antiguo reloj de bolsillo de plata (de Hammacher Schlemmer, sin duda), y estoy a punto de acercarme a él y mencionarle algo sobre esa jodida cuenta de Fisher, cuando Humphrey Rhinebeck tropieza conmigo al tratar de no pisar a uno de los elfos, y todavía lleva puesto un abrigo de cachemira de Crombie para Lord & Taylor, un esmoquin de lana cruzado con las solapas muy marcadas, una camisa de algodón de Perry Ellis, una pajarita de Hugo Boss y una cornamenta de papel de un modo que sugiere que no es consciente de ella, y como maquinalmente, el muy majadero dice:

–Oye, Bateman, la semana pasada llevé una chaqueta nueva de tweed a mi sastre para que me la arreglase.

–Muy bien, bueno, te felicito –digo, estrechando su mano–. Eso es... tener estilo.

–Gracias. –Se sonroja, bajando la vista–. En cualquier caso, se fijó en que el que me la vendió había quitado la etiqueta original y la había reemplazado por la suya. Me gustaría saber una cosa, ¿es legal eso?

–Está algo confuso, lo sé –digo, sin dejar de moverme entre la gente–. Una vez que a un fabricante le han comprado una línea de prendas de vestir, es perfectamente legal que el que las vende remplace la etiqueta original por la suya. Sin embargo, *no* es legal que las remplace con la etiqueta de otro vendedor.

–Espera un momento. ¿Y eso por qué? –pregunta, tratando de dar un trago a su martini mientras me sigue.

–Porque los datos referentes al contenido de fibra y al país de origen o al número de registro del fabricante deben permanecer *intactos*. La falsificación de etiquetas es muy difícil de detectar y raramente se denuncia –le grito por encima del hombro. Courtney está besando a Paul Owen en la mejilla, con las manos entrelazadas con firmeza. Me pongo tenso y dejo de andar. Rhinebeck se me echa encima. Pero ella se aparta, saludando a alguien con la mano.

–Entonces, ¿cuál es la mejor solución? –dice Rhinebeck, desde detrás de mí.

–Comprar prendas de etiquetas conocidas y tener cuidado con esas jodidas antenas que llevas en la cabeza, Rhinebeck. Pareces un subnormal. Perdona que te lo diga. –Me alejo, pero no antes de que Humphrey se lleve la mano a la cabeza y se toque la cornamenta.

–Oh, *Dios* santo.

–¡Owen! –exclamo, tendiéndole alegremente una mano, mientras con la otra cojo un martini de la bandeja de un elfo que pasa junto a mí.

–¡Marcus! Feliz Navidad –dice Owen, estrechándome la mano–. ¿Qué ha sido de ti? Un alcohólico del trabajo, me imagino.

–Hace mucho que no te veo –digo, luego le guiño el ojo–. ¿Conque alcohólico del trabajo, eh?

–Oye, acabamos de venir del Knickerbocker Club. –Y entonces saluda a alguien que tropieza con él–: Hola, Kinsley. –Luego me sigue diciendo–: Vamos a ir a Nell's. Tenemos la limusina enfrente.

–Deberíamos comer –le digo, tratando de imaginar un modo de sacar a relucir la cuenta de Fisher sin que se note demasiado.

–Sí, sería estupendo –dice–. A lo mejor puedes traer a...

–¿*Cecelia*? –apunto.

–Sí. A *Cecelia* –dice él.

–Oh, a *Cecelia*... le encantaría –digo.

–Muy bien, pues que venga contigo. –Sonríe.

–Sí. Podríamos ir a... Le Bernardin –digo, después de hacer una pausa–, a tomar... *unos mariscos*. ¿Te parece bien?

–Le Bernardin está el primero en la Zigat de este año. –Asiente–. ¿Lo sabías?

–Podríamos tomar también... –vuelvo a hacer una pausa, mirándole fijamente– algo de *pescado*.

–Erizos de mar –dice él, examinando atentamente la habitación–. A Meredith le encantan los erizos de mar.

–¿De verdad? –pregunto.

–Meredith –llama él, haciendo un gesto a alguien que está detrás de mí–. Ven aquí.

–¿Está *aquí*? –pregunto.

–Está hablando con *Cecelia* allí –dice–. Meredith –vuelve a llamar, moviendo la mano. Me doy la vuelta. Meredith y Evelyn se dirigen hacia nosotros.

Me doy rápidamente la vuelta hacia Owen.

Meredith se nos acerca acompañada de Evelyn. Meredith lleva un vestido y un bolero de gabardina y lana con perlitas de Geoffrey Beene para Barney's, unos pendientes de oro y diamantes de James Savitt (13.000 dólares), guantes de Geoffrey Beene para Portolano Products, y dice:

–Hola, chicos. ¿De qué estabais hablando? ¿Haciendo la lista de regalos de Navidad?

–De los erizos de mar de Le Bernardin, querida –dice Owen.

–Mi tema de conversación *favorito*. –Meredith me pasa el brazo sobre el hombro, mientras me confía, como en un aparte–: Son fabulosos.

–Deliciosos. –Toso, nervioso.

–¿Qué opináis de la ensalada Waldorf? –pregunta Evelyn–. ¿Os ha gustado?

–*Cecelia*, querida, todavía no la he probado –dice Owen, reconociendo a alguien al otro lado de la habitación–. Pero me gustaría saber p r qué Laurence Tisch está sirviendo el ponche.

–Ése *no* es Laurence Tisch *se* lamenta Evelyn, realmente molesta–. Es un elfo de Navidad. Patrick, ¿qué le has dicho?

–Nada –digo yo–. Cecelia.

–Además, Patrick, eres el Gruñón.

Ante la mención de mi nombre, de inmediato me pongo a balbucear, esperando que Owen no lo haya notado.

–Bien, Cecelia, le he dicho que creía que era, ya sabes, una mezcla de los dos, como... un Tisch de Navidad. –Luego, nerviosamente, cojo una ramita de perejil de un canapé de paté de la bandeja que lleva un elfo que pasa y se la pongo a Evelyn en la cabeza antes de que pueda decir nada–. ¡Atención al muérdago! –grito, y los que nos rodean de repente se apartan, y luego la beso en los labios mientras miro a Owen y Meredith, que me observan fijamente con extrañeza, y con el rabllo del ojo distingo a Courtney, que está hablando con Rhinebeck y me mira con odio, ultrajada.

–Oh, Patrick... –empieza Evelyn.

–¡Cecelia! Ven aquí inmediatamente. –Le tiro del brazo y les digo a Owen y Meredith–: Perdonadnos. Tenemos que hablar con ese elfo y aclarar todo esto.

–Lo siento mucho –les dice ella a los dos, encogiéndose de hombros con desamparo, mientras yo tiro de ella–. Patrick, ¿qué es lo que pasa?

Me las arreglo para llevarla hasta la cocina.

–Oye –le digo, cogiéndola por los hombros, cara a cara–. Vayámonos de aquí.

–Oh, Patrick –dice ella, sollozando–. No me puedo ir. ¿No lo estás pasando bien?

–¿Por qué no te puedes ir? –pregunto–. ¿No llevas ya demasiado tiempo aquí?

–Patrick, es *mi* fiesta de Navidad –dice ella–. Además, los elfos van a cantar «O Tannenbaum» en cualquier momento.

–Vámonos, Evelyn. Salgamos de aquí. –Estoy a punto de ponerme histérico, aterrado ante la perspectiva de que Paul Owen o, peor aún, Marcus Halberstam, entre en la cocina–. Quiero alejarte de todo esto.

–¿De todo *qué*? –pregunta Evelyn, luego sus ojos se estrechan–. No te ha gustado la ensalada Waldorf, ¿ha sido eso, verdad?

–Quiero alejarte de esto –digo, señalando la cocina, paralizado.

Entra un elfo en la cocina, con una bandeja de platos sucios, y detrás de él distingo a Paul Owen que está inclinado gritándole algo al oído a Meredith por encima del estruendo de la música navideña, y luego él recorre atentamente la habitación con la vista como buscando a alguien, y luego distingo a Courtney y agarro a Evelyn y la acerco a mí todavía más.

–¿Sushi? ¿Elfos? Patrick, me estás armando un lío –dice Evelyn–. Y *no* me gusta eso.

–Vámonos. –La estrecho contra mí bruscamente, empujándola hacia la puerta trasera–. Sé amable por una vez. Aunque sólo sea por una vez en tu vida, Evelyn, sé amable.

Ella se detiene, resistiéndose a que la empuje, y luego se pone a sonreír, considerando mi ofrecimiento, pero sólo decidida a medias.

–Vayámonos de aquí... –empiezo a suplicar–. Hazme ese regalo de Navidad.

–Oh no, ya he pasado por Brooks Brothers y... –empieza.

–No sigas. Vámonos, quiero que nos vayamos –digo, y luego, en un desesperado intento final, sonrío coqueteando, la beso ligeramente en los labios y añado–: Señora Bateman.

–Oh, Patrick –suspira ella, derritiéndose–. ¿Y quién va a recoger las cosas?

–Los enanos –le aseguro.

–Pero tiene que controlarlos alguien, querido.

–Entonces escoge a un enano. Haz que uno de ellos controle a los demás –digo–. Pero vayámonos, *ya*. –Empiezo a empujarla hacia la puerta trasera, mientras sus zapatos rechinan cuando se desliza sobre las losas de mármol de Muscoli.

y luego salimos, corremos por la calleja trasera de la casa y nos detenemos y atisbamos por la esquina para comprobar si alguien conocido entra o se marcha de la fiesta. Corremos a una limusina que creo que *es* la de Owen, pero no quiero que Evelyn sospeche nada; así que me dirijo a la más cercana, abro la puerta y la empujo dentro.

–*Patrick* –chilla ella, encantada–. Es tan atrevido. *Y* en una limusina... –Cierro la puerta y rodeo el coche y golpeo en la ventanilla del conductor. El conductor la baja.

–Hola –digo, tendiéndole la mano–. Soy Pat Bateman.

El conductor se limita a mirar, con un pitillo apagado en la boca, primero mi mano abierta, luego mi cara, después mi coronilla.

–Pat Bateman –repito

Él sigue mirándome. Me toco disimuladamente el pelo para ver si estoy despeinado y para mi sorpresa noto un par de cornamentas de papel. Tengo *cuatro* cuernos en mi *jodida* cabeza. Murmuro:

–¡Dios mío! –y me las quito y las hago pedazos y luego las miro horrorizado. Después las tiro al suelo y me vuelvo hacia el conductor.

–Pat Bateman –digo, poniéndome el pelo en su sitio.

–Muy bien. Y yo Sido –Se encoge de hombros.

–Oiga, Sid. Mister Owen dice que podemos coger este coche, de modo que... –Me interrumpo, el aliento me humea en el aire frío. –¿y quién es mister Owen? –pregunta Sido

–Paul *Owen*. Ya sabe –digo–. El que le ha contratado.

–No. Esta es la limusina de mister Barker –dice–. Bonitos cuernos.

–Mierda –digo, corriendo para sacar a Evelyn de la limusina antes de que pase algo malo, pero es demasiado tarde. Cuando estoy abriendo la puerta, Evelyn asoma la cabeza fuera y chilla:

–Patrick, querido. *Me encanta*. Champagne. . –tiene una botella de Cristal en una mano y una caja dorada en la otra –y también *trufas*.

La agarro del brazo y le quito las dos cosas, murmurando a modo de explicación:

–Nos hemos equivocado de limusina, deja las trufas. –y nos dirigimos a la limusina siguiente. Abro la puerta y ayudo a Evelyn a que suba, luego me dirijo a la parte delantera y golpeo en la ventanilla del conductor. Éste la baja. Es exactamente igual que el otro conductor.

–Soy Pat Bateman –digo, tendiéndole la mano.

–¿No me diga? Pues yo soy Donald Trump. Mi esposa, Ivana, está atrás –dice sarcásticamente, estrechándomela.

–Oiga, tenga cuidado –le advierto–. Mire, mister Owen me ha dicho que le hablara... ¿Le he dicho que soy Marcus?

–Acaba de decir que se llama Pat.

–No. Estaba equivocado –digo, mirándole con dureza y directamente–. Estaba equivocado cuando he dicho que me llamaba Pat. Me llamo Marcus. Marcus Halberstam.

–Está seguro de que ése es su nombre ¿verdad? –pregunta.

–Oiga. Mister Owen dijo que podía usar su coche lo que queda de noche, de modo que... –Me interrumpo–. Ya sabe, dejemos las cosas como están.

–Creo que debería hablar antes con mister Owen –dice el conductor, jugando conmigo.

–¡No, espere! –digo, y con más calma, añado–: Oiga, soy..., es todo correcto, de verdad. –Me pongo a reír para mí mismo–. Mister Owen está de muy, pero que de *muy* mal humor.

–No puedo hacerlo –dice el conductor sin levantar la vista para mirarme–. Es completamente ilegal. No puede ser. Déjelo.

–Vamos, tío –digo yo.

–Va completamente contra las normas de la empresa –dice él.

–Que le den por el culo a las normas de la empresa –le grito.

–¿Qué les den por el culo a las normas de la empresa? –pregunta, asintiendo y sonriendo.

–Mister Owen dice que es correcto –digo–. Puede que no me haya escuchado.

–Nada de eso. No hay nada que hacer. –Niega con la cabeza.

Hago una pausa, me estiro, me paso una mano por la cara, respiro y luego me vuelvo a inclinar.

–Oiga... –Vuelvo a tomar aliento–. Ahí dentro tienen enanos. –Señalo con el pulgar a la casa que está a mis espaldas–. Unos enanos que van a cantar «O Tannenbaum»... –Le miro implorante, suplicando su simpatía, al tiempo que pongo el adecuado aspecto de susto–. ¿Sabe usted lo espantoso que es? Elfos –trago saliva–, *cantando a coro*. –Hago una pausa, luego añado rápidamente–: Piense en ello.

–Oiga, señor...

–Marcus, se lo recuerdo.

–Marcus. Como sea. No voy a saltarme las normas. No puedo hacer una cosa así. Son las normas de la empresa. No me las voy a saltar.

Los dos quedamos en silencio. Yo suspiro, paseo la vista a mi alrededor, considerando la posibilidad de llevar a Evelyn a una tercera limusina, o puede que de volver a la de Barker –es un gilipollas total–, pero *no, maldita sea*, quiero *la de Owen*. Entretanto el conductor suspira para sí mismo.

–Si los enanos quieren cantar, déjelos que canten.

–Mierda –suelto yo, sacando mi cartera de piel de gacela–. Aquí tiene cien. –Le tiendo dos billetes de cincuenta.

–Doscientos –dice él.

–Esta ciudad le sangra a uno –murmuro, dándole el dinero.

–¿Adónde quiere ir? –pregunta, cogiendo los billetes con un suspiro, mientras arranca la limusina.

–Al Club Chernoble –digo, corriendo atrás y abriendo la puerta.

–Muy bien, *señor* –grita él.

Entro de un salto, cerrando la puerta cuando el conductor pasa afeitando la casa de Evelyn y se dirige a Riverside Drive. Evelyn está sentada junto a mí mientras recupero la respiración, secándome el sudor frío de la frente con un pañuelo de Armani. Cuando la miro, está a punto de echarse a llorar; le tiemblan los labios. Por una vez está callada.

–Me estás asustando. ¿Qué ha pasado? –*Estoy* alarmado–. ¿Qué..., qué es lo que he hecho? La ensalada Waldorf estaba buena. ¿Qué pasa?

–Oh, Patrick –dice, suspirando–. Es tan... maravilloso. No sé qué decir.

–Bueno... –hago una pausa con mucho cuidado–, pues yo tampoco.

–Esto –dice, mostrándome un collar de diamantes de Tiffany, el regalo que Owen le ha hecho a Meredith–. Bueno, ayúdame a ponérmelo, querido. No eres nada gruñón, cariño.

La limusina da un frenazo y Evelyn cae contra mí, riendo, luego me besa en la mejilla.

–Es fabuloso, me encanta... Ups, debe saberme el aliento a trufa. Lo siento, cariño. Mira a ver si hay champán y sírve una copa.

–Pero... –Miro desesperado al resplandeciente collar–. No es *éste*.

¿Cómo? –pregunta Evelyn, examinando la limusina–. ¿Hay copas por ahí? ¿Qué no es, cariño?

–Ése no es –hablo monótonamente.

–Oh, cariño. –Sonríe–. ¿Tienes algo más para mí?

–No, lo que quería decir...

–Vamos, vamos, diablillo –dice, buscando juguetonamente en el bolsillo del pecho de mi chaqueta–. Venga, ¿qué es?

–¿Qué es *qué*? –pregunto, tranquilo y aburrido.

–Tienes que tener algo más. Deja que lo adivine. ¿Una sortija a juego? –dice–. ¿Un brazalete a juego? ¿Un *broche*? Seguro que es eso. –Palmotea–. ¡Es un broche a juego!

Mientras intento apartarla, sujetándole uno de los brazos detrás, el otro se agita a mis espaldas y me saca algo del bolsillo –otra de las galletitas de la fortuna que le he quitado al chino muerto–. La mira, desconcertada durante unos momentos, y dice:

–Patrick, era tan... romántico. –y luego, examinando la galletita de la fortuna y con menos entusiasmo, añade–: Tan... original.

Yo también estoy mirando la galletita de la fortuna. Está muy manchada de sangre y me encojo de hombros y digo, lo más jovialmente que puedo:

–Bueno, ya me conoces.

–Pero ¿qué es esto? –Se la acerca a la cara, mirándola fijamente–. ¿Qué es esta... cosa roja?

–Es... –También yo la miro fijamente, haciendo como que estoy intrigado por las manchas, luego sonrío–. Es salsa agridulce.

Evelyn la abre, muy excitada, y lee detenidamente el papelito, y parece confusa.

–¿Qué dice? –pregunto, poniendo la radio y luego buscando el *attaché* de Owen por la limusina, mientras me pregunto dónde podrá estar el champán, y veo la caja de Tiffany, abierta y vacía en el suelo; abrumadora, deprimente.

–Dice... –Evelyn hace una pausa, luego la lee con mucho cuidado–. Dice: *El foie gras fresco de Le Cirque es excelente pero la ensalada de langosta sólo es así así*.

–Es bonito –murmuro, buscando copas de champán, cintas magnetofónicas, lo que sea.

–Dice eso de verdad, Patrick. –Me tiende el papelito, con una ligera sonrisa asomándole a la cara que incluso distingo en la oscuridad de la limusina–. ¿Qué puede significar? –pregunta tímidamente.

Se lo cojo, lo leo, luego miro a Evelyn, luego la inscripción, luego miro hacia fuera por los cristales ahumados; los copos de nieve que se arremolinan en torno a las farolas, a la gente que esperad autobús, a los mendigos que avanzan sin rumbo por las calles de la ciudad, y digo en voz alta para mí mismo:

–Podría tener peor suerte. De verdad que podría.

–Cariño –dice ella, echándome los brazos al cuello–. ¿Una comida en LeCirque? Eres el mejor. No eres gruñón. Me retracto. ¿El jueves? ¿le viene bien el jueves? Oh, no, el jueves yo no puedo. Tengo tratamiento de hierbas. Pero ¿qué tal el viernes?

La aparto y golpeo con los nudillos en el cristal que nos separa del conductor, hasta que éste lo baja.

–Sid, quiero decir Earle, o como sea, éste no es el camino del Chernoble.

–Sí que lo es, mister Bateman.

–¿Cómo?

–Quiero decir mister *Halberstam*. La avenida C, ¿no? –Tose educadamente.

–Eso es –digo, mirando por la ventanilla–. No reconozco nada.

–¿La avenida C? –Evelyn levanta la vista del collar que Paul Owen le ha comprado a Meredith–. ¿Qué es eso de la avenida C? ¿Es como en... Cartier?

–Está muy de moda –le aseguro–. Totalmente de moda. –¿Ya has estado, tú? –pregunta.

–Millones de veces –murmuro.

–¿Chernoble? No, al Chernoble *no* –se lamenta ella–. Querido, es *Navidad*.

–¿Y qué coño quieres decir con *eso*? –pregunto. –Conductor, conductor... –Evelyn se echa hacia delante, balanceándose encima de mis rodillas–. Conductor, vamos al Rainbow Room. Conductor, al Rainbow Room, por favor.

La empujo hacia atrás.

–No le haga caso. Al Chernoble. –Aprieto el botón y el cristal que nos separa del conductor se sube.

–Oh, Patrick. Es *Navidad* –gime ella.

–Dices eso sin parar como si *significara* algo –digo, mirándola fijamente.

–Pero es que es *Navidad* –vuelve a quejarse.

–No puedo *soportar* el Rainbow Room –digo, terminante. –¿y por qué *no*, Patrick? –lloriquea–. En el Rainbow Room tienen la mejor ensalada Waldorf de la ciudad. ¿Te ha gustado la mía? ¿Te ha gustado mi ensalada Waldorf, cariño?

–Dios santo –susurro, tapándome la cara con las manos. –Sinceramente. ¿Te ha gustado? –pregunta Evelyn–. Lo único que me preocupa de verdad era *eso* y el relleno de castañas... –Hace una pausa–. Bien, pues el relleno de castañas estaba..., bueno, espeso, ya sabes...

–No quiero ir al Rainbow Room –la interrumpo; sigo tapándome la cara con las manos–, porque allí no consigo drogas.

–Oh... –Me mira con desaprobación–. ¿Drogas, Patrick? ¿De qué tipo de, ejem, drogas estás hablando?

–De drogas, Evelyn. Cocaína. *Drogas*. Esta noche quiero cocaína. ¿Lo entiendes? –Me siento muy recto y la miro fijamente.

–Patrick –dice, negando con la cabeza, como si hubiera perdido su fe en mí.

–Noto que estás desconcertada –señalo.

–No quiero participar en eso –protesta.

–No tienes por qué hacerla –digo yo–. Puede que ni siquiera te lleve.

–No entiendo por qué tienes que echarme a perder estos días del año –dice.

–Piensa en ello como en... *nieve*. Como en unas Navidades blancas. Unas Navidades blancas carísimas –digo.

–Bien... –dice ella, animándose–. Es una especie de local de los barrios bajos muy excitante, ¿verdad?

–Treinta pavos la entrada *por cabeza* no es exactamente muy propio de los barrios bajos, Evelyn. –Luego pregunto desconfiadamente–: ¿Por qué no has invitado a Donald Trump a tu fiesta?

–No, Donald Trump *otra vez*, no –se queja Evelyn–. Dios santo, ¿es por eso que te has comportado como un payaso? ¡Esta obsesión tuya *se tiene* que terminar! –prácticamente grita–. ¡Es por eso que te has comportado como un gilipollas!

–Ha sido la ensalada Waldorf, Evelyn –digo, con los dientes apretados–. ¡Ha sido la ensalada Waldorf la que me ha hecho comportarme como un gilipollas!

–Dios mío. ¿Lo dices de verdad? –Echa la cabeza hacia atrás con desesperación–. Lo sabía, lo sabía.

–¡Pero si tú ni siquiera la has probado! –grito–. ¡La has comprado *hecha!*

–Dios mío –gime–. No me lo puedo creer.

La limusina se detiene delante del Club Chernoble, donde la multitud espera más allá de los cordones, en la nieve. Evelyn y yo nos bajamos, y utilizándola a ella, ante su disgusto, como ariete, me abro entre la multitud y por suerte distingo a alguien que es exactamente igual que Jonathan Leatherdale, que está a punto de entrar, y empujando sin ningún miramiento a Evelyn, que todavía sujeta su regalo de Navidad, le grito:

–Jonathan, oye, Leatherdale. –y de repente, y predeciblemente, toda la multitud se pone a gritar:

–Jonathan, oye, Jonathan.

Me distingue al volverse y grita:

–¡Hola, Baxter! –y guiña el ojo, alzando el pulgar, pero no a mí, a otra persona. De todos modos, Evelyn y yo hacemos como que vamos con ese grupo. El portero cierra los cordones y pregunta:

–Ustedes dos. ¿Han venido en esa limusina? –Mira hacia el bordillo de la acera y señala con la cabeza.

–Sí. –Evelyn y yo asentimos enérgicamente con la cabeza.

–Pueden entrar –dice él, levantando los cordones.

Entramos y pago sesenta dólares, y ni un solo vale para copas. El club está predeciblemente a oscuras, si se exceptúa el relampagueo de las luces estroboscópicas, e incluso con ellas, lo único que puedo ver de verdad es hielo seco que sale de un aparato de niebla y a una tía buena que baila «New Sensation» de INXS, que atruena por los altavoces a un volumen que hace vibrar el cuerpo. Le digo a Evelyn que vayamos a la barra por dos copas de champán.

–Por supuesto –me responde gritando, y nos dirigimos decididamente hacia un delgado tubo de neón blanco, la única luz que ilumina lo que podría ser un sitio donde sirven alcohol. Entretanto, le compro un gramo a un tipo que se parece a Mike Donaldson, y después de debatir durante diez minutos, mientras me alejo del chico, si debería librarme de Evelyn o no, ésta se acerca con dos copas medio llenas de champán, indignada, con cara triste.

–Es Korbel –grita–. *Vayámonos* de aquí. Yo niego con la cabeza y grito a mi vez: –Vamos a los servicios.

Ella me sigue.

El único cuarto de baño de Chernoble es unisex. Ya hay dentro otras dos parejas, una de ellas en el retrete. La otra pareja está impaciente, como nosotros, esperando que se vacíe el retrete. La chica lleva un top de seda, una falda de chiffon y seda, y unas mallas de "seda, todo de Ralph Lauren. Su

novio lleva un traje de, creo, William Fioravanti o Vincent Nicolosi o Scali –un italiano–. Los dos tienen copas de champán en la mano: la de él, llena; la de ella, vacía. No se oye nada si se exceptúan las esnifadas y las risas apagadas que salen del retrete, y la puerta del cuarto de baño es lo bastante gruesa para impedir que entre la música, si se exceptúa el profundo retumbar de la batería. El chico da golpecitos impacientes en el suelo con el pie. La chica no deja de suspirar y de quitarse el pelo de los hombros con unos extraños y bruscos movimientos de cabeza; luego nos mira a Evelyn y a mí y le susurra algo a su novio. Por fin, después de que le vuelva a susurrar algo, él asiente y se marchan.

–Gracias a *Dios* –susurro yo, toqueteando el gramo que tengo en el bolsillo; luego le digo a Evelyn–: ¿Por qué estás tan callada?

–Por la ensalada Waldorf –murmura ella, sin mirarme–. Maldita sea.

Se" oye un dic, se abre la puerta del retrete y una pareja joven –el chico lleva un traje cruzado de lana, camisa de algodón y corbata de seda, todo de Givenchy, la chica lleva un vestido de seda de flores con réborde de avestruz de Geoffrey Beene, pendientes de plata dorada de Stephen Dweck Modeme y zapatos de baile de gro de Chanel– sale, limpiándose discretamente la nariz el uno al otro, y se miran al espejo antes de abandonar los servicios, y –justo cuando Evelyn y yo estamos a punto de metemos en el retrete que han dejado vacío, la primera pareja entra corriendo y trata de pasar antes.

–*Perdona* –digo, con el brazo estirado, bloqueando la entrada–. Os habéis marchado. Nos toca, bueno, a nosotros, ¿entiendes?

—Oye, no, me parece que no –dice el chico mansamente. –Patrick –me susurra Evelyn desde atrás–. Déjales..., ya sabes.

–Espera. No. *Nos* toca a nosotros –digo yo.

–Sí, pero *nosotros* estábamos esperando antes.

–Oye, no *quiero* ponerme a discutir...

–Pues es lo que estás haciendo –dice la chica, aburrida pero con expresión de desprecio.

–Vaya por Dios –murmura Evelyn detrás de mí, mirando por encima de mi hombro.

–Oye, entraremos primero nosotros –escupe la chica, a la que no se me ocurriría follarme.

–Valiente *puta* –murmuro, negando con la cabeza.

–Oye –dice el chico ablandándose–. Mientras lo discutimos, podría entrar alguno.

–Dios santo –dice la chica, con las manos en las caderas, y luego a Evelyn y a mí–: No vais a entrar antes.

–Eres una puta –murmuro, incrédulo–. Apestaras, ¿lo sabías? Evelyn me coge del hombro.

–Patrick.

El chico ya se a puesto a esnifar su coca, echando el polvo que saca de un tubito marrón en una cucharilla, aspirando y luego riéndose, apoyado en la puerta.

–Tu novia es una puta –le digo.

–*Patrick* –dice Evelyn–. Cállate.

–Es una puta –digo, señalándola.

–*Patrick*, discúlpate –dice Evelyn.

El chico parece histérico, con la cabeza echada hacia atrás, esnifando ruidosamente, luego se parte de risa y trata de recuperar la respiración.

–*Dios* santo –dice Evelyn, asustada–. ¿Por qué te ríes? Defiéndela.

–¿Por qué? –pregunta el chico, y se encoge de hombros, con polvo blanco en los agujeros de la nariz–. Tiene razón.

–Me marchó, Daniel –dice la chica, a punto de echarse a llorar–. No lo puedo soportar. No *lo* puedo soportar. Te lo he advertido en Bice.

–Adelante –dice el chico–. Vete. Haz lo que quieras. Lárgate. No me importa.

–Patrick, ¿ves lo que has hecho? –pregunta Evelyn, poniéndose delante de mí–. Eso es intolerable. –y luego, alzando la vista a los fluorescentes del techo, añade–: Y si esto es luz... Me marchó. –Pero no se mueve, esperando.

–Me marchó, Daniel –dice la chica–. ¿Me has *oído*?

–Adelante. Olvídate –dice Daniel, mirándose la nariz en el espejo y haciéndole señas con la mano de que se vaya–. He dicho que te puedes largar.

–Vaya utilizar el retrete –digo yo–. ¿Os parece bien? ¿Le importa a alguien?

–¿No vas a defender a tu novia? –le pregunta Evelyn a Daniel.

–¿Y qué coño quieres que haga? –Daniel la mira por el espejo, limpiándose la nariz y volviendo a esnifar–. La he invitado a cenar. Le he presentado a Richard Marx. ¿Qué más quiere?

–Pártele la cara –sugiere la chica, señalándome.

–Oye, guapa –digo yo, moviendo la cabeza–, no sabes la de cosas que te podría hacer con una percha.

–Adiós, Daniel –dice ella, haciendo una dramática pausa–. Me largo de aquí.

–Muy bien –dice Daniel, levantando el tubito–. Más para mí.

–Y no se te ocurra llamarme –grita, abriendo la puerta–. Esta noche tengo puesto el contestador automático y no atenderé ninguna llamada tuya.

–Patrick –dice Evelyn, todavía tranquila, remilgadamente–. Estaré fuera.

Espero un momento, mirándola desde el interior del retrete, luego miro a la chica que está en la puerta.

–¿A qué coño esperas?

–Patrick –dice Evelyn–, no digas algo que luego tengas que lamentar.

–Lárgate si quieres –digo yo–. Márchate. Llévate la limusina.

–Patrick...

–Vete –rujo–. ¡El gruñón dice que *te vayas*!

Cierro de un portazo y me pongo a coger coca de la papelina con mi American Express Platino, metiéndomela en la nariz. Entre las esnifadas oigo que Evelyn se marcha, diciéndole a la chica entre sollozos:

–Ha hecho que me marchara de mi propia fiesta de Navidad, ¿te lo puedes creer? *Mi* fiesta de Navidad.

Y oigo que la chica dice con desprecio:

–Así es la vida.

Me echo a reír con voz ronca, dándome cabezazos contra el tabique lateral del retrete, y luego oigo que el chico se mete otros dos toques y luego se marcha. Después de terminar con la mayor parte del gramo, atisbo por la parte de arriba del retrete para ver si Evelyn todavía anda por aquí, haciendo pucheros, mordiéndose el labio inferior toda apenada –oh *vaya vaya* pequeña–, pero no ha vuelto, y entonces me imagino a Evelyn ya la novia de Daniel en la cama, la chica separando las piernas de Evelyn y ésta a cuatro patas chupándole el ojo del culo, manoseándole el coño, y eso me

deja mareado y salgo rápidamente de los servicios, vuelvo al club, cachondo y desesperado, con ansias de relacionarme con alguien.

Pero ya es tarde y el público ha variado: ahora el club está lleno de punks y negros, y hay menos tipos que trabajen en Wall Street y más chicas ricas aburridas de la avenida A, y la música ha cambiado; en lugar de Belinda Carlisle cantando «I Feel Free», un negro canta *rap*, si lo oigo correctamente, algo que se titula «La mierda de ella en la polla de él», y me acerco a una pareja de tías buenas ricas, las dos con vestidos tipo Betsey Johnson, y me siento increíblemente colocado y me pongo a decir:

–Buena música..., ¿no os he visto en Salomon Brothers?

Y una de las chicas se ríe burlescamente y dice:

–Vuelve a Wall Street.

Y la que lleva un *anillo en la nariz* dice:

–Jodido yuppie.

Y dicen esto aunque mi traje parece negro con la oscuridad del club y mi corbata –escocesa, Armani, de seda– está aflojada.

–Oídmeme bien –digo, rechinando los dientes–. Podéis creer perfectamente que soy un yuppie asqueroso, pero no lo soy, *de verdad* –les digo, tragando rápidamente, con la cabeza disparada.

Dos negros están sentados con ellas en su misma mesa. Los dos llevan pantalones vaqueros descoloridos, camisetas y cazadoras de cuero. Uno lleva gafas de espejo; el otro, la cabeza afeitada. Los dos me miran fijamente. Muevo la cabeza a uno y otro lado, tratando de imitar a un raper.

–Oídmeme –digo–. Soy el mejor, ya sabéis... como, bueno, un rebelde. –Tomo un sorbo de champán–. Ya sabéis, un rebel...

Para demostrar esto, o lo que sea, veo a un negro con tirabuzones y me dirijo a él y exclamo:

–¡Rasta man! –y alzo la mano, preparado para darle una palmada. Pero el jodido negro se limita a quedarse inmóvil–. Quería decir –toso–. Bueno... –y luego, con menos entusiasmo–. Bueno, bromeaba.

Me aparta de un empujón, moviendo la cabeza. Me vuelvo para mirar a las chicas. Éstas niegan con la cabeza, advirtiéndome que no me vuelva a acercar. Me doy la vuelta y miro a una tía buena que está bailando sola junto a una columna, termino el champán y me dirijo a ella, pidiéndole su número de teléfono. Sonríe. Se marcha.